



LECCIONES APRENDIDAS DE LA HISTORIA



LOS EJÉRCITOS DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA

**Mando de
Adiestramiento
y Doctrina**

**Dirección de Investigación
Doctrina, Orgánica
y Materiales**

Lecciones aprendidas de la historia

**Los ejércitos de la
Monarquía Hispánica
(1475–1700)**

Autores:

Andrés Romero Corpas
Bernardo Ramos Oliver
Fernando J. Mogaburo López
Juan Silvela Miláns del Bosch
Carlos J. Medina Ávila
Miguel Mayoral Guiu
Víctor J. Sánchez Tarradellas
Javier Jordán Enamorado
Hugo A. Cañete Carrasco
Javier Wagener Cuenca

Coordinador:

Fernando J. Mogaburo López

Editor:

Ministerio de Defensa de España

© Autores y editor, 2019.

Depósito legal:

M-33173-2019

Ilustración de portada:

Escudo de armas de la Monarquía Hispánica (1520–1556).

Salvo mención expresa, todas las imágenes pertenecen al dominio público y han sido descargadas de Wikimedia Commons u otros repositorios de Internet.

Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de propiedad intelectual. Ningún contenido, ya sea texto o gráfico, puede ser reproducido, almacenado ni transmitido en forma alguna ni por medios electrónicos, mecánicos o de grabación, incluidas las fotocopias, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del *copyright*.

ÍNDICE

Presentación	5
Introducción.....	7
Lansquenetes y piqueros suizos: precedentes de los tercios	13
De Granada a Nápoles: campañas del Gran Capitán	39
La infantería de los Austrias: análisis por capacidades.....	53
La caballería en los siglos XVI Y XVII	89
La artillería en la época de los tercios	113
Los ingenieros militares al comienzo de la Edad Moderna	153
El Camino Español: un prodigio logístico	179
La guerra de las Alpujarras: insurgencia y contrainsurgencia	201
La «estrategia de estómago» en un teatro sin retaguardia	227
Los tercios embarcados: la guerra en el mar	251
Fuentes consultadas	273
Los autores.....	281

PRESENTACIÓN

El Mando de Adiestramiento y Doctrina (MADOC) es, dentro de la estructura del Ejército de Tierra, el órgano del Apoyo a la Fuerza encargado de la gestión del conocimiento como recurso principal.

En el mundo global en el que nos movemos, el entorno operativo futuro se caracterizará por su complejidad, inestabilidad, incertidumbre y la omnipresencia de la información. La naturaleza del conflicto se encontrará en constante mutación, a la que los diferentes adversarios tratarán de adaptarse rápidamente, evolucionando e incorporando nuevas tecnologías y capacidades emergentes.

En este proceso prospectivo en el que forzosamente nos vemos envueltos, las lecciones aprendidas toman un valor preponderante como verdadero factor de retroalimentación del denominado ciclo de la gestión del conocimiento, permitiendo la explotación eficaz de experiencias obtenidas en operaciones y ejercicios a fin de mejorar la preparación, la organización, el equipamiento y las tácticas, técnicas y procedimientos de nuestras unidades, para afrontar con las máximas garantías de éxito, las misiones que les son encomendadas.

La tendencia natural es circunscribir este proceso de lecciones aprendidas al contexto de las misiones internacionales contemporáneas y a la instrucción y el adiestramiento diario de las unidades, por su relevancia y cercanía en la historia reciente de nuestro Ejército. Sin embargo, nuestra rica historia militar nos ofrece una extraordinaria fuente de la que extraer enseñanzas que, con el consiguiente filtro del análisis y la reflexión, nos pueden permitir identificar buenas prácticas y lecciones identificadas que aplicar a día de hoy.

Esta circunstancia ha llevado a la Dirección de Investigación, Doctrina, Orgánica y Materiales del MADOC, a impulsar un proyecto para extraer lecciones aprendidas de la historia militar de España; iniciativa que no pretende escribir libros de historia, sino aprovecharse de los ya editados, para complementar ese proceso ya aludido de lecciones aprendidas para el Ejército de Tierra.

Para ello, se han identificado una serie etapas de nuestra historia militar y se ha constituido un grupo de expertos, procedentes tanto del ámbito castrense como del universitario y académico, sin cuya desinteresada y excelsa colaboración este proyecto no sería posible.

El periodo inicial afrontado se plasma en este primer volumen, focalizado en las lecciones aprendidas de los ejércitos de la monarquía de los Habsburgo, comenzando con las unidades precursoras de los tercios, continuando con las campañas del Gran Capitán, para pasar a continuación al análisis de la evolución de las diferentes armas combatientes; finalmente, se afrontan aspectos tan interesantes como la guerra de las Alpujarras, la «estrategia de estómago» en un teatro sin retaguardia o los tercios embarcados y la guerra en el mar.

No pretende caer el documento en juzgar y analizar estos periodos desde el presentismo, pero sí que, por el contrario, los autores realizan un esfuerzo encomiable por extraer conclusiones aplicables a la actualidad en un magnífico ejercicio de síntesis y concreción.

Sin duda, esta iniciativa viene a cubrir una carencia en las fuentes de adquisición de lecciones aprendidas que se verá completada en el futuro con la confección de nuevos volúmenes correspondientes a los distintos periodos identificados de nuestra historia.

En el continuo esfuerzo de adaptación que supone la preparación para el combate, la historia representa una inmejorable fuente de recursos para extrapolar los éxitos y aprender de los errores del pasado, evitando la contumacia de olvidarla para condenarse a repetirla.

Finalmente, quiero agradecer a los autores el extraordinario esfuerzo realizado en sus aportaciones a este ejemplar que ve la luz como mascarón de proa de un proyecto global que, sin duda, contribuirá a la razón de ser para la que fue concebido: la adecuada preparación de nuestras unidades para su misión.

Granada, 1 de octubre de 2019

GD D. Antonio Ruiz Benítez

Director de Investigación, Doctrina, Orgánica y Materiales

Mando de Adiestramiento y Doctrina

INTRODUCCIÓN

El Ejército de la Monarquía Hispánica bajo la dinastía de los Habsburgo, fue la máquina bélica más perfeccionada de su época. En solo ochenta años conquistó un imperio en el que nunca se ponía el sol, regando generosamente con su sangre los campos de batalla de cinco continentes. A pesar de las dificultades logísticas, que aún hoy en día parecen casi insuperables, consiguió defenderlo durante dos siglos frente a todas las potencias europeas, un récord solo superado por las legiones romanas que apenas se vio comprometido por algunas derrotas puntuales como Cerisoles o Rocroi. Aunque el cine le ha sido incomprensiblemente esquivo, se han vertido ríos de tinta sobre su organización, su personal, su logística o sus operaciones. Algunas obras tienden a confundir historia y leyenda, aproximándose más a la novela que al ensayo científico, pero la realidad supera con creces la ficción. Una realidad donde se mezclan las mayores hazañas con las peores atrocidades, algo bastante común en aquella época brutal en la que tanto el Viejo como el Nuevo Mundo se desangraron en nombre de un mismo Dios.

Esta monografía no pretende sumarse sin más a ese caudal literario antes mencionado, sino convertirse en la primera obra escrita desde un enfoque tan genuinamente militar como es el de las lecciones aprendidas. Para ello, se ha estructurado en tres partes bien diferenciadas. En la primera, se abordan dos contingentes militares extranjeros y dos operaciones del recién nacido Ejército español que influirían de forma decisiva en la generación de los tercios. A lo largo de la historia, pocas naciones se han identificado tanto con un arma determinada como la Confederación Helvética. Tras emanciparse del Sacro Imperio Romano Germánico a finales de la Edad Media, sus cuadros de piqueros cosecharon una serie de victorias tan impresionantes como inesperadas contra la caballería pesada alemana y borgoñona, lo que empujaría al rey de Francia a contratarlos masivamente como mercenarios. La «maniobra suiza» sería adoptada primero por los lansquenets alemanes y transmitida después a los soldados españoles junto a los que combatían en Nápoles. El Gran Capitán derrotó allí a un ejército francés, que *a priori* parecía muy superior al español, tanto cualitativa como cuantitativamente, gracias a las experiencias obtenidas durante la guerra de Granada y a las innovaciones doctrinales introducidas por diversas ordenanzas promulgadas por los Reyes Católicos. Las lecciones de los combates entablados contribuirían decisivamente al tránsito entre la hueste feudal y el ejército real.

En la segunda parte se afronta ya el análisis de las dos armas de combate, los dos cuerpos de apoyo al combate y la logística del Ejército Habsburgo. Un milenio después del ocaso de las legiones romanas, una renacida infantería, compuesta asimismo por súbditos y mercenarios, aprendió las lecciones de los piqueros suizos, de los lansquenets alemanes y de los propios peones castellanos para arrebatar definitivamente la hegemonía a la caballería feudal y sentar así las bases de la revolución militar moderna. La clave del éxito de los tercios no residió tanto en su innovadora combinación de armas blancas y de fuego, sino en el valor y la abnegación de unos soldados imbuidos del humanismo renacentista que, pese a estar reclutados en todos los rincones de Europa, buscaron el honor y la gloria combatiendo bajo una misma bandera. Aunque a veces se ha menospreciado su papel, la caballería seguía

constituyendo una parte imprescindible en todos los ejércitos modernos. De hecho, una derrota tan paradigmática como Rocroi se debió en gran parte a una falta de coordinación con la infantería, ya que los jinetes habían cumplido con los objetivos que se les asignaron. Entre los siglos XVI y XVII, se fueron abandonando progresivamente las pesadas armaduras medievales en beneficio de una caballería ligera armada con armas de fuego, que alcanzaría la máxima polivalencia con los dragones. Pero si un cuerpo caracteriza el tránsito entre la Edad Media y la Moderna, es la artillería. La combinación del fuego con la maniobra de la infantería y la caballería, las mejoras introducidas en los materiales, y la nueva dimensión que la pólvora añadió a las antiguas técnicas del combate provocaron un profundo cambio en el arte de la guerra. En las batallas en campo abierto adquiriría un papel cada vez más decisivo, mientras que en los sitios a las plazas propiciaría, incluso, el tránsito del castillo medieval a la fortaleza abaluartada. Los ingenieros permitieron que España mantuviese su dominio universal a pesar de sus dos únicos obstáculos: la distancia entre sus dominios y su escasez demográfica. Los centenares de fortificaciones construidas en las posesiones del Imperio, lo pusieron a la cabeza de las grandes potencias del mundo. Hablar de logística en la Edad Moderna es hablar del Camino Español. La expedición de Alba en 1567 inauguró un corredor militar que permitió durante décadas comunicar las principales zonas de reclutamiento de los tercios con el teatro de operaciones de Flandes. Sin duda, constituyó la maniobra logística más importante de su época.

La tercera parte está dedicada a las operaciones, con tres ejemplos desarrollados en otros tantos teatros bien diferentes. El capítulo sobre la guerra de las Alpujarras, además de analizar las líneas maestras de dicho conflicto armado, extrae lecciones para el presente en materia de insurgencia y contrainsurgencia. Se destaca la importancia de las dimensiones política y socio-cultural en ese tipo de enfrentamiento, así como la necesaria adaptación de los ejércitos al asumir un rol contrainsurgente; algo que en este caso lograron hacer los oficiales y soldados de la Monarquía Hispánica. Los teatros sin retaguardia son escenarios operativos típicos de la Edad Moderna que se caracterizan por la dificultad de obtener una victoria decisiva en un periodo de tiempo determinado debido a la multitud de enclaves fortificados, a las deficiencias logísticas de los ejércitos de maniobra y a lo reducido de una campaña. En este contexto, los ejércitos de la Monarquía pusieron en práctica la llamada «estrategia de estómago», una derivada de las «tácticas fabianas» cuyo objetivo era asfixiar a una fuerza invasora con el mínimo menoscabo de la fuerza propia. Como colofón a esta monografía, se hace un breve repaso por las principales operaciones anfibas en las que se vieron envueltos los tercios, concretamente, las de Lepanto, Azores e Inglaterra. Unas operaciones que demuestran la vocación conjunta que tuvieron desde sus orígenes, debido a la vasta extensión del Imperio y a la proliferación de frentes no lineales.

ABSTRACT

The Army of the Hispanic Monarchy under the Habsburgs was the most perfected war machine of its time. In just eighty years it conquered an empire in where the sun never set, generously watering with his blood the battlefields of five continents. Despite the logistical difficulties, which still seem almost insurmountable, it managed to defend it for two centuries against all European powers, a record only surpassed by the Roman legions that was barely compromised by some defeats such as Cerisoles or Rocroi. Although movies have been incomprehensibly elusive, rivers of ink have been poured over its organization, its personnel, its logistics or its operations. Some works tend to confuse history and legend, approaching the novel more than the scientific essay, but reality far exceeds fiction. A reality where the greatest feats are mixed with the worst atrocities, something quite common in that brutal era when both the Old and the New World bled to death in the name of the same God.

This monograph is not intended to be added to that literary flow mentioned above, but to become the first work written from an approach as genuinely military as that of the lessons learned. For this reason, it has been structured in three distinct parts. In the first one, two foreign military contingents and two operations of the newborn Spanish Army that would decisively influence the generation of tercios are addressed. Throughout history, few nations have identified as much with a particular weapon as the Helvetic Confederation. After emancipating from the Holy Germanic Roman Empire in the late Middle Ages, his squares of pikemen reaped a series of victories as impressive as unexpected against the heavy German and Burgundian cavalry, which would push the king of France to hire them massively as mercenaries. The «Swiss maneuver» would be first adopted by the German landsknechts and then transmitted to the Spanish soldiers alongside those fighting in Naples. The Great Captain was able to defeat there a French army, which a priori seemed far superior, both qualitatively and quantitatively, to the Spanish one, thanks to the experiences obtained during the war in Granada and the doctrinal innovations introduced by various ordinances promulgated by the Catholic Monarchs. The lessons of the fighting would contribute decisively to the transit from the feudal host to the royal army.

In the second part, the analysis of the two combat arms, the two combat support corps and the logistics of the Habsburg Army is already addressed. A millennium after the twilight of the Roman legions, a reborn infantry, also made up of subjects and mercenaries, learned the lessons of the Swiss pikemen, the German landsknechts and the Castilian pawns themselves to definitively snatch the hegemony from the feudal cavalry and thus sit the foundations of the modern military revolution. The key to the success of tercios did not lie so much in their innovative combination of cold weapons and firearms, but in the courage and self-denial of soldiers imbued with Renaissance humanism who, despite being recruited in every corner of Europe, sought the honor and glory fighting under the same flag. Although his role has sometimes been belittled, the cavalry remained an essential part in all the armies of the Hispanic Monarchy. In fact, a sounded defeat such as Rocroi was largely due to a lack of coordination with the infantry, because the riders reached the objectives assigned to them. Between the sixteenth and seventeenth centuries, the heavy medieval body armors were

gradually abandoned for the benefit of a light cavalry armed with firearms, which would reach maximum versatility with dragoons. But if a corps characterizes the transit from the Middle to the Modern Ages, that one is the artillery. The combined fire with the infantry and cavalry maneuver, the improvements introduced in the materials, and the new dimension that gunpowder added the ancient techniques of combat caused a profound change in the art of war. In pitched battles, it would acquire an increasingly decisive role, while in siege warfare to the strongholds it would even lead to the transition from the medieval castle to the bastion fort. The engineers allowed Spain to maintain its universal domain despite its only two obstacles: the long distances in its domains and its demographic scarcity. Hundreds of fortifications built on the possessions of the Empire, put it at the head of the great powers of the world. To talk about logistics in the Modern Age is to talk about the Spanish Road. Alba's expedition in 1567 inaugurated a military corridor that allowed for decades to communicate the main recruitment areas of tercios with the Flanders theater of operations. Without a doubt, it was the most important logistics maneuver of its time.

The third part is dedicated to operations, with three examples developed in as many different theaters. The chapter on the war of the Alpujarras, in addition to analyzing the main lines of this armed conflict, extracts lessons for the present in matters of insurgency and counterinsurgency. The importance of the political and socio-cultural dimensions in this type of confrontation is highlighted, as well as the necessary adaptation of the armies when assuming a counterinsurgent role; something that the officers and soldiers of the Hispanic Monarchy managed to do in this case. Theaters with no rearguard are operational scenarios typical of the Modern Age that are characterized by the difficulty of obtaining a decisive victory in a certain period of time due to the multitude of fortified enclaves, the logistical deficiencies of the maneuvering armies and the reduced campaigns. In this context, the armies of the Monarchy put into practice the so-called «stomach strategy», a derivative of the «Fabian tactics» whose objective was to asphyxiate an invading force with the least impairment of their own strength. As a colophon to this monograph, a brief review is made of the main amphibious operations in which the tercios were involved, specifically those of Lepanto, Azores and England. Operations that demonstrate the joint vocation they had from their origins, due to the vast extension of the Empire and the proliferation of non-linear fronts.

PALABRAS CLAVE

Monarquía Hispánica, Ejército español, tercios, infantería, caballería, dragones, artillería, ingenieros, logística, piqueros, arcabuceros, lansquenets, revolución militar, Camino Español, guerras de Granada, Italia y Flandes, contrainsurgencia, estrategia de estómago, Armada Invencible, Rocroi, Lepanto, Azores, lecciones aprendidas, historia.

KEYWORDS

Hispanic Monarchy, Spanish Army, pike & shot, infantry, cavalry, dragoons, artillery, engineers, logistics, landsknecht, military revolution, Spanish Road, wars of Granada, Italy and Flanders, counterinsurgency, stomach strategy, Spanish Armada, lessons learned, history.

LANSQUENETES Y PIQUEROS SUIZOS: PRECEDENTES DE LOS TERCIOS

Andrés Romero Corpas

INTRODUCCIÓN

El nacimiento y evolución de los tercios españoles tiene mucho que ver con la época y el entorno europeo donde surgieron y se desarrollaron. Por ello y basándome para esta exposición en el concepto de revolución militar, pretendo establecer los vínculos de los tercios con dos fuerzas mercenarias que les precedieron en la Europa convulsa de inicios del siglo XVI. Por un lado, estarían los piqueros suizos que asombrarían a la Europa bajomedieval terminando con la hegemonía de la caballería pesada nobiliaria. Por el otro, los lansquenetes que representan el esfuerzo del Sacro Imperio Romano Germánico por reproducir la fórmula helvética. Hubo muchas consecuencias en la generación periódica de estos contingentes, la mayoría de las veces duales y antagónicos. Además de los cambios que se operan en los aspectos tácticos, se producen transformaciones mucho más profundas en lo que respecta al origen de los soldados integrados en las referidas fuerzas. La financiación de sus servicios o también las necesidades diplomáticas de gestionar su participación, el aspecto económico, en suma, sería otra vertiente de la oleada de cambios que traerían consigo.

Al iniciarse la Edad Moderna en Europa se impone por parte de los diferentes actores políticos necesidades nuevas en lo que se refiere a los aportes de tropas, por contraposición a las tradiciones medievales. Estos contingentes eran aportados hasta ese momento por la nobleza o bien por las milicias concejiles con una distribución territorial. La necesidad de un ejército permanente llevaría a recibir, en momentos o campañas puntuales, refuerzos de tropas especializadas de regiones igualmente especializadas en proporcionar estos servicios. Las zonas de procedencia de los mercenarios eran zonas remotas de la geografía europea, por su situación geográfica o por su altitud. La interacción de las tropas españolas con lansquenetes y piqueros, unas veces al otro lado del campo de batalla y otras en el flanco, creo que es un elemento clave en la definición de los luego llamados tercios, los cuales a la postre sustentarían la hegemonía española en los siglos XVI y XVII.

LA REVOLUCIÓN MILITAR COMO CONCEPTO

Enmarcado en el interés que generó el estudio de los fenómenos bélicos al final de la Segunda Guerra Mundial surgiría el término que nos ocupa en una conferencia que fue pronunciada por Michael Roberts en la Queen's University de Belfast en enero de 1955.¹ El camino iniciado por Roberts tuvo a partir de ese

¹ Michael Roberts, *La revolución militar 1560-1660* (Universidad de Belfast, 1955).

momento muchos seguidores y críticos, lo cual ha facilitado si no su consolidación, al menos la continuidad del debate historiográfico.

La ampliación cronológica, y también geográfica, del concepto fue sugerida por René Quatrefages.² Sin embargo, tanto Geoffrey Parker como Jeremy Black valoran los cambios que se producen en los enfrentamientos bélicos de finales del siglo XV.³ Visión compartida también por J.L. Price y Andrew Ayton, los cuales proponen como inicio de las transformaciones significativas de este proceso esas fechas.

Clifford Rogers va a establecer una secuencia, que es muy esclarecedora en el sentido cronológico. Propone una serie de revoluciones parciales que se sucederían desde el siglo XIV hasta el siglo XVIII. Siendo la primera la revolución de la infantería en el siglo XIV. Le seguirían la revolución de la artillería en el XV, la revolución de la fortificación en el XVI, la de las armas de fuego (entre 1580–1630) y la revolución del tamaño de los ejércitos y marinas en el siglo XVIII. De esa forma la llamada «revolución militar» se transformaría en una evolución diferida durante un período bastante amplio.⁴

Otro aspecto relevante sería el papel de la guerra en la formación del estado moderno. Charles Tilly, haciéndose eco de las ideas que con anterioridad expuso Michael Duffy, le atribuye a la guerra y su gestión un rol principal en la ulterior formación del Estado moderno. Esta relación entre los Estados y la formación de sus ejércitos la disecciona en tres etapas: una etapa patrimonialista (hasta el siglo XV con milicias urbanas y levas feudales), otra etapa de mediación (entre 1400 y 1700 dependencia cada vez mayor de tropas mercenarias y por tanto de capitales para su financiación) y una última etapa de nacionalización (el Estado ejerce el control administrativo y financiero de su ejército).⁵

En el aspecto estrictamente técnico del combatiente a pie, los inicios de la época moderna fueron un período de transición en el que se venía de una guerra ejecutada en exclusiva con armas blancas, se comienza a introducir las armas de fuego de manera creciente.⁶ Este proceso se extendería durante los siglos XVI y XVII, culminando con la adopción del fusil con bayoneta. Los infantes de línea, portando sus largos fusiles de avancarga, armados con sus largas bayonetas, serán los combatientes más numerosos y decisivos. Por el camino la proporción de armas de fuego con armas blancas iría variando conforme se fueron perfeccionando las primeras y también a los cambios tácticos que fue imponiendo su uso y su proliferación.

² René Quatrefages, *La revolución militar moderna: el crisol español* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1996).

³ Geoffrey Parker, *La revolución militar: innovación militar y apogeo de Occidente 1500-1800* (Madrid: Alianza, 1999), 26.

⁴ Enrique Martínez Ruiz, *Historia militar de la Europa moderna* (Madrid: Síntesis, 2015), 15.

⁵ *Ibid.* 16.

⁶ *Ibid.* 34.

EL QUATTROCENTO ALPINO

El día 1 de agosto se celebra la fiesta Nacional en Suiza en conmemoración del Pacto de Rütli, que data de 1291. El origen de este Estado centroeuropeo se iniciaría con la firma de este pacto de protección mutua entre las comunidades de Uri, Schwyz y Nidwalden. Los duques de Austria no iban a dejar de ejercer su dominio feudal sobre los cantones rebeldes de forma pacífica. Se abre así un período jalonado por enfrentamientos entre los rudos campesinos confederados y los ejércitos profesionalizados imperiales o de la casa de Habsburgo.



Batalla de Morgarten, ilustración de Benedikt Tschachtlan (ca. 1470)

En enero de 1314 se produjo el saqueo del monasterio de Einsiedeln por tropas del cantón de Schwyz, que marcaría el inicio de las hostilidades. Leopoldo I de Austria se presentó con una fuerza de unos 9000 hombres entre los cuales había al menos 2000 hombres de armas. Los tres cantones boscosos apenas pudieron reunir algo más de 1700. El 15 de noviembre de 1315, un grupo del cantón de Schwyz cortó la columna austriaca a su paso por el desfiladero de Morgarten. La vanguardia austriaca la componían sus hombres de armas desmontados. Una vez cortada su columna, los austriacos entraron en pánico, el impulso del cuadro de cantones boscosos condujo a parte del ejército austriaco a unas marismas

cercanas.⁷ La batalla de Morgarten supuso más de 2000 bajas de lo más granado de la nobleza que acompañaba a las tropas del duque Leopoldo I. La sorpresa y el hábil uso del terreno propio serían los factores que inclinaron la balanza del lado de la Confederación de los Tres Cantones.

Entre 1338 y 1339 tienen lugar dos campañas desastrosas del emperador Luis IV el Bávaro hacia la ciudad de Berna, que culminarían con la derrota de las tropas de Borgoña y la ciudad de Friburgo en la batalla de Laupen, en junio de 1339. Los berneses contaron con la ayuda de los tres cantones confederados. Este encuentro bélico, además de suponer el estrechamiento de lazos entre confederados y la entonces ciudad libre de Berna, sería una demostración de las capacidades de los confederados en terreno abierto. No obstante, la caballería borgoñona pondría en aprietos a los alabarderos de los cantones boscosos.⁸ Por primera vez se usó como emblema confederado la cruz blanca sobre fondo rojo. Berna terminaría ingresando en la Confederación Helvética en 1353. Desde 1359 podemos hablar de la Confederación de los VIII Cantones. Lucerna había ingresado en 1322 y Zúrich en 1351. Posteriormente lo harían los cantones de Zug y Glaris, retornando a la Confederación después de una cesión temporal a los Habsburgo.⁹

En 1386 es otro duque de Austria Leopoldo III, sobrino de Leopoldo I, quien acudirá a Lucerna a someter a la Confederación. Preparó una concienzuda campaña con un ejército de 4000 caballeros y mercenarios. Los confederados opusieron una fuerza de unos 6000 hombres de Lucerna y los cantones boscosos. Una nueva aplastante derrota del ejército austríaco se sucede en el campo de batalla del lago Sempach. La vanguardia suiza maniobró con rapidez no dando tiempo al despliegue austríaco. Sin embargo, los caballeros desmontados, empleando sus lanzones de ristre a modo de picas, lograron dificultar el avance a la vanguardia de Lucerna. Dada la ineffectividad de la maniobra frontal los comandantes suizos envolvieron por el flanco. Un contingente de refresco de Uri dio un impulso a este ataque. La ruptura de la línea imperial precipitó la huida del tren, donde estaban los caballos de los hombres de armas que formaban el frente. Esta derrota le costaría la vida al duque y otros nobles germanos de renombre.¹⁰

Fuera de su contexto geográfico sería en la guerra de los Cien Años (1337–1453) donde los alabarderos y piqueros de la Confederación adquirieron notoriedad combatiendo a favor de la casa francesa de Valois. Al igual que el llamado *Quattrocento* italiano avanzaría los principios de ruptura de la continuidad medieval con una nueva realidad y la renovación técnica a la luz de la reinterpretación de los clásicos, los cuerpos francos de la Confederación darían nueva vigencia a la falange macedonia y a las legiones romanas.¹¹

⁷ Douglas Miller y Gerry Embleton, *The Swiss at war* (Oxford: Osprey, 1979), 7-8.

⁸ Miller y Embleton, *The Swiss*, 8-9.

⁹ Chris Wickham, *Europa en la Edad Media* (Barcelona: Crítica, 2017), 166.

¹⁰ Guillermo Calleja Leal, «Los reisläufer suizos, una milicia a sueldo». *Revista internacional de historia militar*, 95 (2018), 9-35.

¹¹ *Ibid.* 23.

Carlos el Temerario sucedería a su padre Felipe como duque de Borgoña en 1467. El duque era un ávido lector de autores clásicos especialmente de tratados militares y su ejército borgoñón era uno de los más avanzados de su época. Era la pieza fundamental de su estrategia para reunir el antiguo reino de Lotaringia y ser reconocido rey del mismo. El duque de Borgoña amenazaba por igual a la Confederación y al ducado de Lorena. Lo cual iba a fructificar en una alianza natural entre el rey de Francia Luis XI, la Confederación y el duque de Lorena. La toma de Nancy, capital de Lorena, por los borgoñones se produjo en 1475, tras ello el duque se disponía a conquistar los territorios irredentos de la Confederación. Los suizos conseguirían sendas victorias en territorio propio, Grandson en marzo y Morat en junio de 1476, destrozando los ejércitos y la reputación del Temerario. La batalla de Nancy, en enero de 1477, supone la participación fuera del territorio de la confederación de los *reisläufer* (o cuerpos francos suizos), a favor de René II duque de Lorena y con la financiación de Francia. Culmina con la derrota borgoñona y la muerte del duque en los alrededores de la ciudad.¹²



Maximiliano y María de Borgoña, óleo Bernhard Striegel y Niklas Reiser (ca. 1500)

SOLDADOS PARA UN IMPERIO: LOS LANSQUENETES

El colapso del Ejército borgoñón en Nancy resonó en toda Europa. La muerte del duque Carlos el Temerario hizo que recayese el ducado sobre su única hija María. A su vez, esta contrajo matrimonio con Maximiliano de Habsburgo, el cual con el tiempo sería el archiduque de Austria y emperador del Sacro Imperio.

¹² Calleja, *Reisläufer*, 15-18.

Desde entonces las querellas dinásticas entre los Valois en el trono de Francia y los Habsburgo en el trono imperial por la herencia borgoñona serán una constante. Maximiliano fue un gran reformador militar que usando la base dejada por su suegro en su ejército la aplicaría en las fuerzas que periódicamente hubo de reunir. Muy influenciado por las victorias confederadas, para 1486 había erigido dos fuerzas de lansquenetes, de entre 3000 a 4000 hombres cada una, contando para ello con la ayuda de instructores confederados.¹³ Los mercenarios acudían del área del Rin, de Alsacia, Alta Alemania, de la Confederación Helvética, de los Países Bajos e incluso de Escocia. Posteriormente y tras las primeras campañas en los Países Bajos y en el Este de Europa, se acentuó la germanización de los lansquenetes además de instaurar el juramento de lealtad. Maximiliano, que ejercía de corregente del Imperio, fue educado en la tradición caballeresca medieval. Pero a pesar de ello estaba convencido del éxito de un ejército formado por soldados a pie. También se propuso mejorar la fiabilidad de sus formaciones mediante la conjunción de la disciplina borgoñona con las tácticas usadas por los helvéticos. Creó un nuevo orden militar, basado más en el historial militar que en el nacimiento. Introdujo el combate a pie en los torneos. El mismo emperador ocupa su lugar, encabezando las filas de sus lansquenetes en ocasiones importantes. Un ejemplo de ello es la entrada triunfal de Maximiliano en Colonia a pie y con la pica al hombro en 1505. Junto a él lo más granado de la nobleza imperial le acompañaban marchando a su lado. Se estaba gestando el espíritu de cuerpo, característico de los lansquenetes, donde los hombres de los más altos orígenes compartían filas con los de origen más humilde y dependían unos de otros.¹⁴

Con el surgir de los lansquenetes irá creciendo también un gran antagonismo con los confederados. El emperador en la dieta de Worms de 1495 consigue la aprobación de sus planes expansivos en Italia. Para ello se instaura el impuesto imperial del penique común. Una vez más un emperador, Maximiliano no iba a ser una excepción, intenta imponer su soberanía en los cantones confederados. La rivalidad se convirtió en un conflicto armado. Previamente las escaramuzas se suceden a través de la frontera renana, además de una ingente producción impresa de panfletos insultantes y burlones desde la parte imperial hacia la confederada.¹⁵ Una de las primeras muestras de guerra psicológica con medios impresos que conocemos.¹⁶ Los alemanes se referían de forma peyorativa a los confederados con el término *Schweizerland* (tierra de rebaños de vacas), además de otros más ofensivos que se hacían eco de pretendidas conductas zoofílicas.¹⁷ En febrero de 1499 comienzan las hostilidades con pequeñas incursiones en territorio del oponente, de la que sería llamada guerra de Suabia.

El conde Heinrich de Furstenburg organizó a 15 000 lansquenetes. Con ellos estableció el sitio sobre el castillo de Dorneck, cercano a Basilea. El 22 de julio los confederados que acudían en auxilio de la fortaleza aprovecharon el descuido

¹³ John Richards, *Landsknecht soldier* (Oxford: Osprey, 2002), 6 a 8.

¹⁴ *Ibid.* 9.

¹⁵ *Ibid.* 47-48.

¹⁶ *Ibid.* 47.

¹⁷ En el presente trabajo intento evitar el término «suizo» debido a la propia percepción de los habitantes de la Confederación de ese tiempo sobre sí mismos.

en la protección del ejército sitiador, al que embisten en sus campamentos, y apenas le dan tiempo para reorganizarse. El conde Heinrich fue uno de los primeros en caer muerto ese día. Con esta derrota el emperador perdió la esperanza de integrar a la Confederación en los dominios imperiales.¹⁸ En los años venideros se ensancharía en la Confederación de los XIII Cantones, con las uniones de Basilea, Schaffhausen (1501) y Appenzell (1513).



Batalla de Dorneck, grabado anónimo (1499)

ASPECTOS ORGANIZATIVOS

Los *reisläufer* de los cuerpos francos helvéticos

La Confederación Helvética, a través de sus cantones, proporcionaba los servicios de sus cuerpos francos o *reisläufer*. Los acuerdos de monarcas o diplomáticos extranjeros podían ser parciales con uno o varios cantones en caso de contingentes pequeños, o bien acuerdos con la Confederación que en algunos casos fueron muy duraderos. Por tanto, los referidos *reisläufer* eran campesinos o ciudadanos agrupados por sus cantones de origen que eran liderados por algún noble local. El origen común era un elemento que reforzaba la cohesión del grupo. Los cantones además del consiguiente beneficio

¹⁸ Ibid. 50.

económico como intermediarios, gozaban bien individualmente o bien la Confederación en su conjunto de una extraordinaria representatividad delante de las grandes monarquías europeas.¹⁹ El equipo y el entrenamiento de los *reisläufer* corrían a cargo de los diferentes cantones, a los cuales la Confederación le asignaba un determinado número de efectivos a aportar. A cambio, los cantones se beneficiaban con fijos y pensiones que aportaban aquellos que deseaban contratar sus servicios.

Los diferentes contingentes helvéticos, ya fuesen las milicias cantonales o ya fuesen los cuerpos francos contratados por algún monarca, formaban en columna, y eran fuertemente disciplinados. Hacían profusión del uso de picas muy largas (entre 5 y 6 metros) y alabardas.²⁰ En la batalla de Arbedo en 1422 un contingente de los cantones de Uri, Berna y Unterwalden sitiaba la ciudad milanesa de Bellizona.²¹ El condotiero Caramagnola, al mando de las tropas milanesas, para reforzar sus filas, añadió a sus hombres de armas combatiendo esta vez a pie con sus lanzas de caballería. No era la primera vez que se combatía a ejército opositor con su caballería desmontada, pero la derrota en Arbedo marcó un punto de inflexión. En la dieta de Berna se decidió poco después la adopción de la pica como arma principal. Es en esa ciudad donde se ubicó una escuela donde se enseñaba el manejo de la pica.²² Las formaciones de piqueros fueron decisivas para súbitamente reducir la eficacia de las cargas de caballería. Los cuerpos francos solían ocupar el centro del ejército por el que luchaban, formaban entre dos y tres columnas en paralelo, con más profundidad que amplitud. Las milicias cantonales dividían sus columnas en una primera columna con forma de triángulo, seguida de un centro y retaguardia con formaciones en cuadro.²³

Un regimiento de lansquenetes

El regimiento era la unidad de referencia en la que se articulaban las fuerzas de lansquenetes. Por regla general contaba con diez *fähnlein* o compañías. A su vez cada compañía se dividía en *rotten* o secciones. Las secciones se componían por diez *sold* o soldados, o bien por seis *doppelsöldner* o soldados de doble sueldo (soldados experimentados que portaban los mandobles o espadas de dos manos, posteriormente una gran variedad de armas, sobre todo armas de fuego). Los regimientos se componían, cuando comenzaba una campaña, por más de 4000 hombres, con diez compañías de 400 y estas a su vez con unas 40 secciones de 10.²⁴

Al mando del regimiento figuraba el generalmente depositario de las «cartas de citación» que no era otro que el *Obrist* o coronel. El éxito del reclutamiento dependía en parte del prestigio del coronel, aunque no solían, encontrar problemas para reunir los efectivos que se proponían. En ocasiones alcanzaban

¹⁹ Calleja, *Reisläufer*, 15.

²⁰ Ibid. 21.

²¹ Miller y Embleton, *The Swiss*, 12-13.

²² Martínez Ruiz, *Historia militar*, 56-57.

²³ Calleja, *Reisläufer*, 23.

²⁴ Douglas Miller, *The landsknechts* (Oxford: Osprey, 1976), 5.

cifras de más de 20 000 hombres.²⁵ Cuando un coronel mandaba más de un regimiento recibía el rango de *Oberster Feldhauptman*. El mando del regimiento recaía entonces en el *Locotenent* o teniente coronel, sin embargo, en presencia del coronel, volvía a su rango de *Hauptmann* o capitán. El coronel por su parte tenía una plana de 22 personas, entre las que se incluía un capellán, un escribano, un médico, un explorador, un oficial de intendencia, un alférez enseña, un tamborilero, un flautista y ocho hombres de confianza.²⁶ Estas cifras podían aumentar en función de la fortuna del coronel que en ocasiones sufragaba con sus medios la incorporación de personal a su servicio.

Los capitanes de hecho contaban con una plana, con su propio cocinero y sirviente y una escolta de dos *doppelsoldner*. Un intérprete, un capellán, un explorador, un furriel y dos músicos completaban la plana de la compañía. Una figura importante era el *Feldwebel* o sargento mayor, responsable de la instrucción y las formaciones. Había un sargento mayor regimental que ejercía esa función en el nivel superior. El *webel* o sargento se ocupaban de las relaciones entre hombres y oficiales y de la disciplina en general.²⁷



Carlos VIII recibiendo la corona de Nápoles, óleo de Francisco Bassano el Joven (1585)

Otra figura muy importante era el *provost*, que era el oficial que velaba por la disciplina y aplicaba los castigos contemplados en las «cartas de artículos». A su servicio estaba un carcelero, un alguacil y un verdugo.

Las cartas de citación era el documento inicial por el cual se autorizaba el reclutamiento de personal para levantar una fuerza de lansquenetes. El coronel debía aceptar las condiciones que fijaba la carta contado con los consiguientes

²⁵ Ibid. 4.

²⁶ Ibid. 7.

²⁷ Ibid. 5.

medios financieros necesarios. Entonces el coronel delegaba en los mandos de compañía que, acompañados de un tambor y un pífano, recorrían la zona previamente asignada. Los firmantes eran citados en un determinado lugar donde se realizaba la revista. Como ceremonia se hacía pasar a todos los revistados por un pórtico formado por dos alabardas con una pica encima.²⁸ Mientras tanto, el oficial reclutador debía quedarse en el pórtico para comprobar fehacientemente el juramento.

Después de la revista se les reunía para la lectura de la carta de artículos, donde se les relataba una relación de derechos y deberes durante su período como mercenario.²⁹ Lo usual era que el período de contratación fuese de seis meses, tras los cuales se podían prorrogar a otros tantos.

LANSQUENETES Y CONFEDERADOS EN COMBATE

Según el cronista Hernando del Pulgar hubo un cierto número de confederados combatiendo junto al ejército de los Reyes Católicos en la guerra de Granada (1481–1492).³⁰ Pero sería en Italia, en la batalla de Seminara el 21 de junio de 1495, donde Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, y sus tropas tuvieron que enfrentarse por primera vez a los helvéticos.³¹ El encuentro bélico con franceses y confederados en Seminara fue de extraordinaria importancia para el noble cordobés, aunque fue derrotado, consiguió sacar valiosas enseñanzas.³² En agosto de 1497 se produjo en el contexto de esa campaña una revuelta de nobles calabreses encabezados por Antonello Sanseverino, Príncipe de Salerno, que se hizo fuerte en Diano. Además, contaba con el apoyo de los condes de Lauria y Capaccio. El Gran Capitán dispuso a su mando de 500 españoles y otros tantos lansquenetes alemanes que estaban al servicio del rey Fadrique de Nápoles. Con ellos pudo sofocar la revuelta y detener a los notables.

Italia continuaría siendo el teatro de los deseos expansionistas entre la reinante casa francesa Valois y los Habsburgo titulares de la dignidad imperial. A esta rivalidad hubo que añadirle el afán expansionista de Fernando el Católico, una vez que finalizó la guerra granadina. Unos y otros intrigaban entre las diferentes entidades políticas italianas.

Como resultado de la expedición francesa de Carlos VIII entre 1494 y 1497 los franceses habían tenido que retirarse de Italia. A la muerte de Carlos VIII de Francia, el 7 de abril de 1498, le sucedió Luis XII. Este concertaría alianzas con la república de Venecia y el Papado (Alejandro VI, Rodrigo Borgia) y volvería a iniciar una campaña italiana con la pretensión de anexionarse el ducado de Milán. En agosto de 1499 el avance sobre el territorio milanés fue exitoso para los franceses, que contaban en su cuerpo principal con los confederados entre

²⁸ John R. Hale, *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento 1450-1620* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1990), 168-169.

²⁹ Miller, *Landsknechts*, 4.

³⁰ Calleja, *Reisläufer*, 19.

³¹ Carta del Gran Capitán a los Reyes Católicos fechada en Reggio (Calabria) el 7 de julio de 1495, en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, 5 (1905).

³² Calleja, *Reisläufer*, 20.

sus filas. Las tropas milanesas ceden ante la presión de franceses en el oeste y venecianos en el este. El duque de Milán, Ludovico Sforza el Moro, se refugia en la corte del emperador en Innsbruck. En enero de 1500 Sforza contando con un pequeño contingente de borgoñones y helvéticos avanza desde el Tirol. Su ejército se engrosaría día a día, vuelve a entrar en Milán. En abril otro ejército francés mandado por Luis de la Tremouille sitiaba al duque en Novara. Se dio la circunstancia de que, tanto por el lado francés como por el milanés, habían combatido mercenarios de la Confederación. Los franceses se ofrecieron a pagar los meses de adeudo que les debían a aquellos que servían a Sforza.



Ludovico el Moro traicionado por los suizos en Novara, ilustración de Diebold Schilling (1513)

Se consumó una de las defecciones más sonadas, lo que llevó a Maquiavelo a defender la causa de las tropas nacionales sobre los «cínicos y traidores mercenarios», en su obra *el Arte de la guerra*.³³ El duque prisionero de los franceses moriría cautivo, estos volverían a entrar en Milán. Las tropas papales entre las cuales había 4000 confederados, al mando de César Borgia, reducen los dominios de los milaneses en la costa adriática. Además del episodio de

³³ Hale, *Guerra y sociedad*, 82.

Novara el avance francés de Lombardía coincide con la llamada guerra de Suabia, cuyo desenlace mantuvo muy ocupado al emperador.³⁴

Con la firma del tratado secreto de Granada en noviembre de 1500, Fernando el Católico y Luis XII acordaban el reparto del reino de Nápoles. La ocupación se consumó entre las tropas de los dos signatarios, aunque pronto surgirían desavenencias por el reparto territorial. Los franceses contaban con más de 5000 helvéticos entre sus tropas. Por su parte, Maximiliano enviaría 2000 lansquenetes que terminaron al mando del Gran Capitán. Llegaron justo a tiempo para la batalla en torno a Ceriñola el 28 de abril de 1503.

Los franceses derrotados resistirían en Gaeta, donde empezaron a recibir cuantiosos refuerzos para revertir la situación. El Gran Capitán, a la vez que simulaba una retirada del frente establecido, preparaba la ofensiva final sobre Gaeta, cruzando el río Garellano el 28 de diciembre. En el cuerpo central de ese avance figuraba el mismo Gonzalo Fernández de Córdoba mandando a los lansquenetes. Consiguieron aguantar el empuje de la caballería pesada francesa en Mola.

El resultado de la contienda en Nápoles alejó la guerra del sur italiano durante bastante tiempo. Le van a seguir unos años de distensión diplomática entre las tres casas dinásticas con pretensiones sobre los dominios italianos. Se firma la tregua de Lyon entre Luis XII y Fernando de Aragón, por otra parte, el mismo Maximiliano inviste duque de Milán al rey francés. El nuevo papa Julio II (Giuliano della Rovere), ante las apetencias territoriales de los venecianos consigue articular una coalición antivenecciana, que se llamaría la Liga de Cambrai. En ella se integraban junto al Papado las tres dinastías beligerantes en suelo italiano, Valois por Francia, Habsburgo por el Imperio y Trastámara por Aragón y Castilla.

El primer enfrentamiento armado tendrá lugar entre venecianos y franceses en la batalla de Agnadello, en mayo de 1509. En este encuentro bélico los franceses contaron con 4000 confederados, su victoria le supuso ensanchar los dominios territoriales del ducado de Milán. Cada uno de los coaligados, con la excepción del emperador, le arrancó a la Serenísima una porción territorial. El papa entonces perdonó a los venecianos y estableció una alianza con ellos en prevención del expansionismo francés.

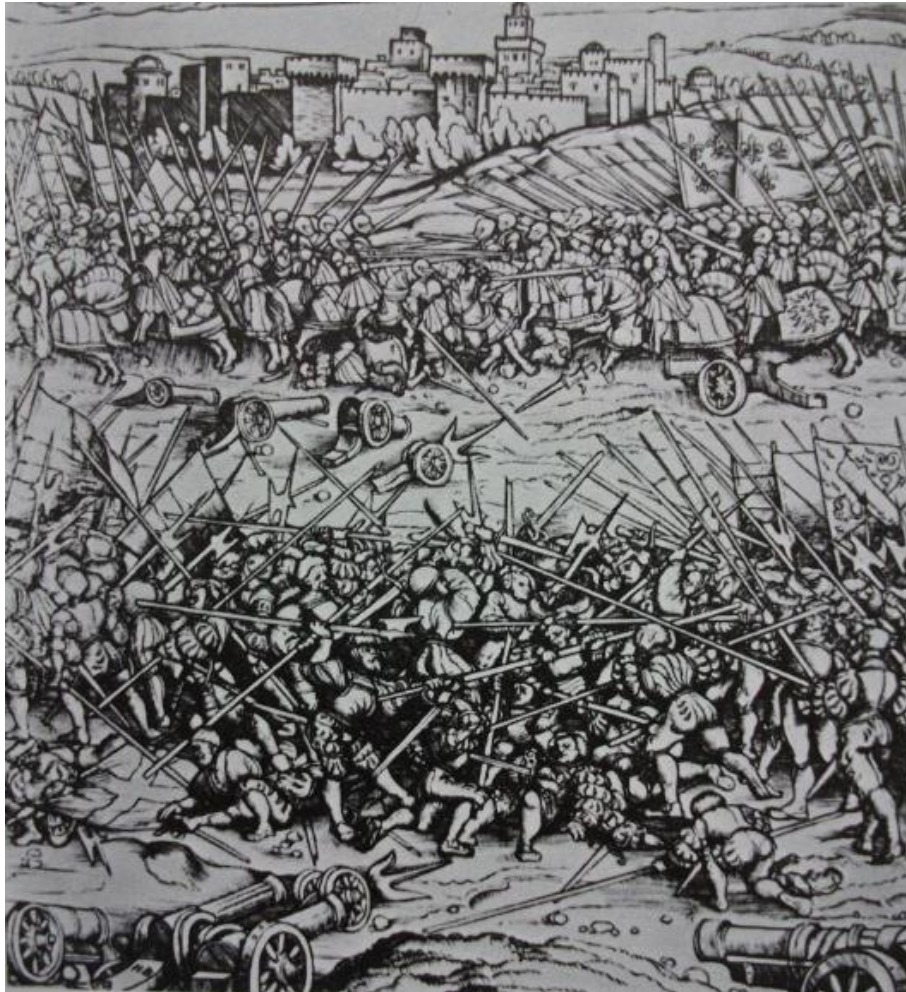
Aunque hubo un acercamiento entre Luis XII y Maximiliano, el papa respondió en octubre de 1511 con la articulación de la Santa Liga. Contando con Fernando de Aragón, el rey de Inglaterra, la Confederación (actuando como actor político) y la república Veneciana. Los franceses vencieron a españoles y papales en la batalla de Rávena el 11 de abril de 1512.

Dado que la Confederación era beligerante de la Santa Liga los franceses hubieron de recurrir a la competencia, es decir a los lansquenetes. Contrataron a 8500 que esta vez combatieron frente a las tropas de a pie españolas.³⁵ Los

³⁴ Culminaría en la batalla de Dorneck el 22 de julio de 1499.

³⁵ Eduardo de Mesa, *Los tercios en las campañas del Mediterráneo s. XVI. Italia* (Madrid: Almena, 2001), 8.

alemanes por su parte no contravinieron a su emperador, aún no era parte beligerante. Mientras los confederados helvéticos junto a los venecianos atacaron Milán, tropas papales y españolas recuperaban las posesiones pontificias de la Romaña, en la costa adriática. Los franceses asediados en sus fronteras por ingleses y españoles hubieron de evacuar Milán. Los confederados instauran a Maximiliano Sforza en el ducado (el hijo de Ludovico el Moro, su padre fue abandonado por sus mercenarios helvéticos, siendo tomado prisionero por los franceses). Además de la compensación económica que obtiene la Confederación, esta se constituye como actor político precisamente en el ducado de Milán.



Batalla de Rávena, grabado anónimo (ca. 1512)

Con los franceses fuera de Italia, Julio II intentaría en noviembre de 1512 recabar el apoyo del emperador Maximiliano. Arreglo que no satisfizo a los venecianos, quienes a su vez se acercaron de nuevo al rey francés en marzo de 1513, se firmaría entonces la reconciliación de Blois. Como contraposición resultaría la firma de la alianza de Malinas, entre el emperador, los reyes de Inglaterra y Aragón y el nuevo papa León X (Giovanni di Lorenzo de Medici). Una nueva campaña conjunta francesa y veneciana invadió las tierras del ducado de Milán. Esta vez fueron estrepitosamente derrotados por los confederados en Novara, ciudad que estaban sitiando, el 6 de junio de 1513. Los franceses recurrieron de

nuevo a los lansquenetes alemanes como su núcleo principal. La leva de 16 000 helvéticos reunida apresuradamente, hubo de bajar a marchas forzadas los pasos alpinos. Cuando lo hicieron sorprendieron a sus rivales franceses que se debieron de retirar en total desorden.³⁶

En enero de 1515 accedería al trono francés Francisco I, el cual relanzó los preparativos de su antecesor para una nueva campaña sobre el ducado de Milán. El ejército de Francisco I cerró los pasos alpinos con la idea de poder negociar mejor con los confederados. Los franceses logran sembrar la semilla de la discordia, así entre 10 000 a 12 000 confederados regresan a casa después de ser compensados económicamente. Serían los procedentes de los cantones de Berna, Friburgo y Soleura. Los autóctonos de los cantones orientales liderados por el cardenal Mateo Schinner, permanecerán con su compromiso con el duque de Milán. Francisco I agrupaba en su centro a dos enormes contingentes de lansquenetes, de más de 19 000 efectivos. Al menos 6000 de estos eran lansquenetes de la Banda Negra, o bien antiguos soldados imperiales que habían rehusado obediencia al Emperador. La batalla en torno al campamento francés en Marignano el 13 de septiembre de 1515, sería de unas proporciones excepcionales para esos tiempos. Los suizos que tantas veces habían logrado sorprender a sus enemigos con ataques fulgurantes, esta vez fueron contenidos a duras penas por la línea francesa de lansquenetes. A la mañana siguiente, los suizos volvieron a cargar de nuevo contra la línea francesa, al poco, estos fueron reforzados por la caballería veneciana, que acudió en su ayuda. Venecianos y franceses contraatacaron y lograron provocar la retirada de los helvéticos, primero del campo de batalla, luego de Italia.³⁷

El cardenal Schinner aglutinó a los cantones orientales e intentó coaligarse con el emperador para expulsar a los franceses del ducado. Esta coalición no prosperaría por los problemas de financiación que tenía el Imperio, la falta de confianza en los suizos y la falta de artillería.

El 29 de noviembre de 1516 se firmó la paz perpetua de Friburgo del rey de Francia con los cantones en Ginebra.³⁸ Esta paz supondría el suministro ininterrumpido de mercenarios para el reino francés durante buena parte del siglo XVI. Por otro lado, la Confederación dejaría de ser un actor político en la compleja escena de esos años. La paz de Bruselas del 3 de diciembre de 1516 la firmaría el joven rey de España Carlos de Habsburgo, en nombre de su abuelo Maximiliano. Supuso la liquidación de las posesiones imperiales en Italia a favor de Venecia y de Francia.

A la muerte de Maximiliano la nueva elección imperial recayó en su nieto, Carlos de Habsburgo en noviembre de 1520. El rey francés se postuló como candidato alternativo. Los nuevos titulares de la monarquía francesa e imperial marcarían el máximo grado de antagonismo entre las Casas Valois y Habsburgo.

³⁶ Mesa, *Los tercios*, 10.

³⁷ Mesa, *Los tercios*, 10.

³⁸ Martínez Ruiz, *Historia militar*, 57.



Francisco I carga contra los suizos en Marignano, ilustración de Noël Bellemare (1530)

La campaña bélica la iniciaría Carlos V en junio de 1521 desde los Países Bajos, atacando Mezieres que fue duramente defendida lo que obligó al emperador a retirarse precipitadamente. A su vez los franceses toman la ciudad de Fuenterrabía en octubre de ese año. Sin embargo, en Italia, la gran coalición que se había articulado en contra de Francia, obtuvo mayores ganancias territoriales. El gobernador francés de Milán, el vizconde de Lautrec hubo de evacuar la capital ante el avance de Prospero de Colonna con las tropas papales (León X) e imperiales a finales de noviembre. La fuerza francesa hubo de esperar a los mercenarios confederados que habían de reforzarla, la falta de liquidez impidió un ataque a las tropas imperiales que debió posponerse. En abril del año siguiente se produjo el ataque de franceses y confederados a las líneas defendidas por españoles y lansquenets alemanes en la localidad de Bicocca,

cercana a Milán.³⁹ Los helvéticos se precipitaron hacia las líneas defensivas donde serían barridos por sucesivas descargas de las armas individuales de sus oponentes. La magnitud de la derrota hizo que los suizos volvieran a sus cantones por los pasos alpinos. También se retiró el vizconde de Lautrec con las tropas francesas restantes. Los imperiales por su parte continuarían su avance hasta Génova, la cual tomaron el 30 de mayo de 1522.

La derrota de Bicocca mostró las debilidades de Francia y eso tendría gravísimas consecuencias. Por un lado, Enrique VIII cerraría una alianza con Carlos V, por el otro, el duque de Borbón, enemistado con Francisco I por una heredad, se pasaría al servicio del Emperador, y por último, Venecia, su aliado en esa ocasión, se retiraría de la guerra. De esta disposición de fuerzas vendrían las campañas de finales de 1523 y 1524. Carlos desde el sur de España recuperaría Fuenterrabía y sitiaría Bayona, los ingleses devastaron los alrededores de Calais. Pero nuevamente, los movimientos más decisivos de la campaña, tendrían lugar en Italia. Un ejército francés, al mando del señor de Bonnivet de 18 000 hombres y reforzado por el mismo número de confederados, cruza los pasos alpinos. Para oponérsele, Carlos de Borbón contaría con 15 000 lansquenetes. En abril de 1524 se produce la batalla de Sesia donde los imperiales producen grandes bajas a las tropas francesas y provocan la retirada de los helvéticos. El avance de Borbón y de Ávalos continuó hasta Marsella a la que pusieron sitio en julio. Fracasados los asaltos hubieron de retirarse ante el avance de un gran ejército que encabezaba el propio rey Francisco I en octubre de ese año. Se produce una nueva entrada de rey francés en Milán ante la retirada de los imperiales.⁴⁰



Francisco I es capturado en Pavía, tapiz de Bernard von Orley (1528)

Antonio de Leyva con más de 6000 soldados españoles y lansquenetes se atrincheró en la cercana ciudad de Pavía. Los franceses se detendrían en Pavía y establecerían el sitio. A su auxilio acudiría Georg von Frundsberg con 15 000 lansquenetes, con ellos se unieron los contingentes de Fernando de Ávalos,

³⁹ Ibid. 43.

⁴⁰ Mesa, *Los tercios*, 32-33.

Carlos de Lannoy y Carlos de Borbón. El ataque sobre los sitiadores comenzó el 25 de febrero de 1525 con formaciones de piqueros protegidos por arcabuceros y flanqueados por la caballería. El rey Francisco I ordenó una carga con la totalidad de su caballería, que se estrelló contra los arcabuceros de Ávalos.⁴¹ Las tropas sitiadas de Leyva salieron al encuentro del enemigo con lo cual los sitiadores fueron atrapados entre dos fuegos. La victoria imperial fue total, el propio Francisco I fue tomado prisionero.



Saqueo de Roma, óleo de Francisco Javier Amerigo Aparici (1887)

En marzo de 1526 el papa Clemente VII (Giulio de Medici) en un intento de restaurar el equilibrio en suelo italiano, aglutinaría una coalición con Venecia, Florencia, Milán y Francisco I. Recibiría el nombre de Liga de Cognac. Las fuerzas imperiales obligaron al duque de Milán a abandonar la ciudad en julio. Las tropas venecianas y papales permanecían a la espera de las francesas. Los imperiales formarían un ejército con 15 000 lansquenets de Georg von Frundsberg, uniéndose en Piacenza a los españoles mandados por Carlos de Borbón. El condestable de Borbón no tenía liquidez para mantener su ejército de españoles, italianos y alemanes. Se vio así obligado a marchar contra la ciudad eterna, pues la adquisición de un cuantioso botín era el móvil de unas tropas próximas al amotinamiento. El 6 de mayo de 1527 muere Borbón en el sitio de la ciudad, lo cual precipita el asalto por la colina Vaticana. Las tropas irrumpen en los palacios papales, los lansquenets persiguen al papa que es defendido por su guardia suiza. En el último momento el pontífice consigue refugiarse en el

⁴¹ Martínez Ruiz, *Historia militar*, 46

castillo de Sant Angelo, salvando la vida gracias al sacrificio de sus guardias suizos. No sería hasta diciembre de ese año cuando se liberó al papa.⁴²

Entretanto durante el verano de ese año de 1527, aparecen los franceses en Italia de nuevo e inician en conjunción con los genoveses el sitio de Nápoles, bloqueando la llegada de suministros de Sicilia. En julio de 1528 se produce la defección de Andrea Doria del lado francés al imperial. En agosto se puso fin al asedio. A partir de ese momento Génova sería parte fundamental de la estrategia italiana del emperador.⁴³

Fuera de Italia y contra la amenaza otomana fue muy importante la contribución de 1500 lansquenets y 700 arcabuceros españoles que reforzaron la defensa de la ciudad de Viena. El sultán Solimán el Magnífico, al frente de un enorme ejército de la Sublime Puerta, fracasó en el primer sitio de otoño de 1529.⁴⁴

Entre junio y julio de 1534 tendría lugar la toma de Goleta y Túnez por el ejército imperial. Este estaba compuesto por 25 000 infantes de los cuales al menos 8000 eran lansquenets. Españoles, italianos, portugueses y los caballeros de la Orden de Malta completaron el contingente que consiguió reponer a su trono al bey Muley Hasan bajo la protección de las tropas imperiales⁴⁵. Terminada la campaña de Túnez es en Génova donde el emperador promulgaría la ordenanza del 15 de noviembre de 1536. Quedarían de forma oficial organizados los tercios.

La infantería helvética continuaría luchando aportando mercenarios al rey francés Francisco I. A la muerte de este, aunque siguieron luchando bajo pabellón de la flor de Lis, se harían tratados parciales con los distintos cantones. En esas fechas la Confederación se encontraba dividida por causas religiosas al igual que muchas regiones de Europa.⁴⁶

Los emperadores Carlos, Fernando y sus sucesores autorizarían periódicamente la recluta de lansquenets, pero la continuidad en el uso de ese término, más bien haya que achacarlo a una inercia en su empleo. Fue introducido en todas las lenguas europeas e incluso generó algunos topónimos. Más bien, se suele aceptar que del lansquenet de principios de siglo se pasaría al *kaiserlicher Fussknecht* (soldado de a pie imperial). La muerte de Frundsberg, uno de sus mejores valedores, en 1528, y la inflación europea que devaluó las pagas que cobrarán, se apunta como otras causas de su declive.⁴⁷

LA VIDA EN CAMPAÑA

Los lansquenets y quienes los acompañaban no estaban sujetos a las leyes imperiales, se les aplicaba su propio sistema legal. Este privilegio, otorgado por Maximiliano, era especialmente visible en la irreverencia de los lansquenets por

⁴² Mesa, *Los tercios*, 44-45.

⁴³ Ibid. 47.

⁴⁴ Martínez Ruiz, *Historia militar*, 326.

⁴⁵ Martínez Ruiz, *Historia militar*, 326

⁴⁶ Calleja, *Reisläufer*, 32.

⁴⁷ Miller, *Landsknechts*, 33.

las estrictas leyes suntuarias. Los códigos del vestido eran alegremente transgredidos por las tropas mercenarias, lo cual llegó a ser una seña de identidad.⁴⁸ El «acuchillado» se produce en los lansquenets alemanes por imitación de los confederados. Estos a su vez capturaron enormes cantidades de ropa cortesana en sus enfrentamientos con los borgoñones. El uso de esas prendas prestigiaba al portador de las mismas, como evidencia de haber participado en esa campaña.



La muerte observa a dos lansquenets con una prostituta, grabado de Urs Graf (1524)

Los artículos de guerra contenían el listado de oficiales responsables de la justicia militar, los códigos de justicia que se les podía aplicar y las condiciones

⁴⁸ Martínez Ruiz, *Historia militar*, 145.

de pago.⁴⁹ Un aspecto muy importante de la regulación legal era que en última instancia el lansquenete se vería juzgado por magistrados que serían sus «iguales», perdiendo así las resonancias estamentales que aún perdurarían en la justicia ordinaria.

A los ejércitos les seguía una enorme cantidad de carros que contenían la impedimenta y suministros que recibía el nombre de tren. Además de proporcionar suministros y alojamiento, el tren servía para acomodo de las pertenencias de los lansquenetes. Sobre el papel, el sustento de cada uno de ellos, era de su cuenta. Por ello, el tren que seguía a los ejércitos lo completaba una gran variedad de personas, esposas, prostitutas, niños, comerciantes, cocineros, conductores de carros y un largo etcétera.⁵⁰

La organización de esta facción estaba a cargo del *hurenweibel* o «sargento de las prostitutas». Además de imponer la organización y orden en ese grupo tan heterogéneo de personas, debía evitar el contacto con el enemigo, lo cual sucedía algunas veces con funestas consecuencias. Debido a la importancia de su cometido, su salario era idéntico al de un jefe de compañía. El personal del tren se hacía cargo de trabajos fundamentales para el funcionamiento de la vida en campaña. Entre ellos estaban los trabajos domésticos de limpieza y preparación de alimentos. Pero también trabajos de zapa y preparación del terreno, muy importantes para la defensa de los campamentos o en los sitios y plazas fortificadas.

UN LÍDER DE LOS LANSQUENETES: GEORG VON FRUNDSBERG

Un caso paradigmático entre aquellos combatientes que lideraron a los diferentes contingentes lansquenetes, lo hallamos en la singular figura de este noble suabo, aunque llegó a ser duque de Tirol, de donde era originaria su familia. Precisamente comenzó luchando en la guerra de Suabia que mantuvo el emperador Maximiliano contra la Confederación Helvética.

Su primera participación al mando de un regimiento de lansquenetes se produce en el marco de los enfrentamientos de la Liga Suaba contra el príncipe elector del Palatinado y el rey Vladislav de Bohemia. En las cercanías de Ratisbona se encontraron los contendientes. Los lansquenetes avanzaron al encuentro de caballería, logrando atraerla hacia una pared de picas donde serían masacrados.⁵¹ Esta victoria posibilitaría al emperador aprobar en la dieta de Constanza en 1505 un sistema de pago para los lansquenetes.

Georg von Frundsberg sería nombrado caballero por el mismo emperador Maximiliano. Ambos son considerados los padres de los lansquenetes, el emperador por inspirar su creación, el noble alemán por ser el mejor guía de sus triunfos.

⁴⁹ Richards, *Landsknecht*, 14-15.

⁵⁰ Richards, *Landsknecht*, 25-27.

⁵¹ Miller, *Landsknechts*, 17-18.

Para conseguir el éxito como reclutador era muy importante la confianza que el «coronel–empresario» generase entre sus filas. Frundsberg destacó desde el inicio de su vida militar en este aspecto. Tenía una gran capacidad de arrastrar y generar fuerzas de la nada en tiempos muy cortos.⁵²



Georg von Frundsberg, óleo de Christoph Amberger (1528)

El 1509 Frundsberg con sus lansquenets serían enviados al norte italiano donde intervendrían en la guerra contra la república de Venecia. Era de vital importancia para el Imperio mantener francos los pasos alpinos y la región del Trentino para poder ejercer la soberanía e influencia en Italia. La acertada defensa de la ciudad de Verona, frente a los ataques venecianos, le vale incrementar su fama como comandante tenaz y valeroso. En 1511 y en el mismo escenario, el juego de alianzas del complejo teatro italiano lleva a Frundsberg a verse aliado con los franceses comandados por Alejandro Trivulzio. Juntos derrotan a las tropas papales y venecianas. Frundsberg y sus lansquenets con unas fuerzas muy inferiores en número arrinconan a los venecianos a la región de Friuli.⁵³

Una nueva campaña contra los venecianos es comandada por Frundsberg en 1513, esta vez junto a contingentes de italianos y españoles, todos bajo el mando de Ramón Cardona. La solidez de las filas de lansquenets junto al aprovechamiento del terreno propició la victoria en la llamada batalla de la Motta.

⁵² Hale, *Guerra y sociedad*, 167.

⁵³ AA. VV. *New Encyclopaedia Britannica*, 15ª edición, vol. 5 (Chicago: 2003).

Esta campaña fijaría los pasos alpinos para mantener las pretensiones imperiales sobre el norte de Italia. En 1520 podemos ver de nuevo Georg von Frundsberg que comanda una fuerza disuasoria en Frankfurt para que se realice la elección imperial en la persona de Carlos Habsburgo, que subirá al trono como Carlos V. La subida al trono del joven Carlos reactivará la rivalidad Valois–Habsburgo personalizada en su coetáneo Francisco I rey de Francia. En la guerra que sucedió inmediatamente después de la elección imperial en la campaña de Picardía, aconsejó al joven emperador que se retirase de Valencienes, lo que a la postre lo salvaría de la ofensiva comandada por Francisco I. Frundsberg es enviado nuevamente a Italia a través de los pasos alpinos en pleno invierno.⁵⁴ Se une así en Milán, a las tropas imperiales al mando de Prospero de Colonna en febrero de 1522. Bajo su dirección se prepararía el terreno en los alrededores del pabellón de caza de Bicocca. Frundsberg aplicaría el método «español», una formación ajedrezada de picas y arcabuces. Suya sería la arremetida de sus piqueros sobre las castigadas filas suizas que se precipitaron sobre la posición imperial.

A finales de 1524 Kaspar von Frundsberg, el hijo mayor de nuestro personaje, se encontraba en Milán cuando un gran ejército francés de 40 000 hombres al mando de su rey cruzaría los pasos alpinos. Las guarniciones imperiales se reúnen en torno a la ciudad de Pavía como se ha mencionado en las páginas precedentes. Un achacoso Frundsberg participaría en estas últimas campañas en Italia. Organizó el paso del río Po en su avance hacia Pavía. Sus hombres además lograron tener contacto con los sitiados, que eran mandados por Francisco de Leyva y entre los cuales se encontraba su hijo Kaspar. Les facilitaron suministros de municiones y provisiones. En la medianoche del 24 de febrero de 1525, Frundsberg comandaba a siete compañías vestidos con camisas blancas sobre sus armaduras, para poder identificarse en la noche. Iniciaron el avance para rodear a los franceses. Su hijo Kaspar lideró la carga que desde Pavía se dirigió hacia el flanco francés.



Los lansquenets hacen huir al león de Venecia, acuarela de Albrecht Altdorfer (1515)

⁵⁴ Miller, *Landsknechts*, 23.

En noviembre de 1526 comenzaría la última campaña italiana de Frundberg. Falto de recursos financieros hubo de hacer frente al sostenimiento de los lansquenetes con su propio patrimonio. Se reuniría con el condestable de Borbón. Ambos nobles no pudieron dominar el amotinamiento de sus tropas ante la falta de paga. Los intentos del duque de Tirol para contener a su tropa fueron vanos. Muchos de sus soldados eran luteranos, como él mismo, pero los días del saqueo fueron unos días amargos, dado que la fuerza que mandaba se devino en ingobernable. Una vez recuperado de esta campaña, en un hospital italiano, pudo trasladarse a su castillo de Mindelheim donde moriría en agosto de 1528.

Georg von Frunsberg, al igual que otros personajes de la época, sería un precursor del hombre de Estado, al mostrar un apoyo sólido y sin fisuras hacia el poder político. Su contribución al sostenimiento del Imperio es crucial, siendo un valioso instrumento de la acción exterior del emperador. A pesar de los diferentes cambios acaecidos en la escena italiana fue colaborador de españoles, condotieros pontificios, borgoñones e incluso franceses. Pero siempre a las órdenes del emperador, tanto de Maximiliano I como de Carlos V. Técnicamente podemos hablar de él, como un jefe elegido, ya que su experiencia en la dirección de unidades y su carisma en el campo de batalla lo hacía acreedor de la confianza de sus lansquenetes.



El emperador Maximiliano I junto a Georg von Frundsberg, óleo de Karl von Bass (1868)

LECCIONES APRENDIDAS

En primer lugar, quiero destacar la **adaptabilidad** tanto de los cuerpos francos suizos, como la de sus coetáneos lansquenetes, en una época que sería de cambios generalizados en todos los órdenes. Los cambios en los medios técnicos provocarían a su vez la transformación de las tácticas y a su vez generarían cambios, de aún mayor calado, en lo referente a las necesidades de conscripción, que se capitalizan. Tanto unos como otros son tremendamente innovadores, pues conviven en un tiempo donde se aplican las novedades tecnológicas a una velocidad mayor de lo que lo había hecho hasta ese momento. La batalla de Bicocca, en ese sentido sería un paradigma del comienzo de una nueva época, esbozada en hechos anteriores, pero cuyo resultado no dejó a nadie indiferente sobre la época que entonces se iniciaba. Las formaciones de unos y otros estaban totalmente abiertas a las innovaciones técnicas, como el uso de las formaciones coordinadas de alabarderos, piqueros y el creciente uso de armas de fuego. A su vez, los medios técnicos darían pie a la resurrección de tácticas de inspiración clásica. Lansquenetes y confederados representan al soldado a sueldo que combate a pie y que puede ser de cualquier clase social. Algunos de los mercenarios volvían de sus campañas y, en sí mismos, constituían un modelo del cual no se descartaba el ascenso social.

Conocidos los hechos es indudable que hace falta una gran dosis de **audacia** para oponerse a la caballería pesada medieval. Los hombres de armas contaban con caballos imponentes especialmente criados y pertrechados para la guerra. El medio técnico en sí, la pica, de forma individual no es de gran utilidad. Para ello se la acompañó de un exacerbado sentido de la acción conjunta y, por tanto, de la disciplina para presentar al enemigo una formación coordinada de piqueros. Audacia también, por oponerse al estamento social dominante, la nobleza, desde el suelo, dando inicio así a la infantería moderna. Aunque los *reisläufer* fuesen acusados de transgredir las reglas del «noble arte de la guerra», de forma especial cuando combatían sobre su territorio. El desafío al orden establecido se sustentaba en haber generado una capacidad de combate sin paragón.

El valor otorgado a la **cohesión** de la fuerza es máximo. Para ello se basan en el origen común de sus integrantes. En el caso de las fuerzas helvéticas es muy importante, también lo sería entre los lansquenetes. No obstante, estos últimos comenzarían su andadura integrando soldados de procedencias muy variadas. Con las primeras campañas se convino en la «germanización» de la fuerza. Con el paso del tiempo y las sucesivas levas se diversificó de nuevo el origen de los lansquenetes. El factor religioso fue un nuevo factor divergente que dificultaba la mencionada cohesión de la fuerza.

El **aprovechamiento** de las lecciones aprendidas que ofrece la historia, concretamente el mundo clásico. No podemos dejar de ver el papel que empezó a jugar la imprenta en la difusión del conocimiento. El legado grecorromano oculto en códices manuscritos comenzaría a difundirse, también a ser puesto a prueba y a experimentarse. Los campos de batalla de la época diferían sustancialmente de la problemática a la que se enfrentaron los autores de la antigüedad. Pero el aporte clásico generó, de forma creciente, una incipiente tratadística militar que se desarrollarían con plenitud en los inicios del siglo XVII.

A pesar de su gran calidad como tropas y la rapidez de su adquisición podemos constatar la **falta de fiabilidad** de la fuerza armada «externalizada» para el poder político que hace uso de ella. Es por ello que hay un gran esfuerzo para crear un modelo nuevo que sustente la generación de contingentes.

En sus inicios los tercios coexisten con el máximo apogeo de los lansquenetes imperiales. Maximiliano intentaría sin éxito **su continuidad** como ejército permanente. Su nieto Carlos V, en su condición de rey de España, dispondría de mayor autonomía política para implantar el modelo de su abuelo.

Las dos fuerzas que a finales del siglo XV combatían por el suelo de la actual Confederación Suiza, **resultaron ser modelos** que por un lado se influían entre sí y, por otro, fueron una referencia indiscutible para la formación de organizaciones militares de nuevo cuño. Los tercios españoles son deudores en su organización y su inspiración, de suizos y lansquenetes, que sentarían las bases del modo de combatir a pie, en los inicios de la modernidad.

DE GRANADA A NÁPOLES: CAMPAÑAS DEL GRAN CAPITÁN

Bernardo Ramos Oliver

*No hay capitán ilustre ni pueblo guerrero
que no haya sido vencido por seguir la misma táctica
con que había logrado antes la victoria.¹*

INTRODUCCIÓN

Convencionalmente, para la historia de España, se ha establecido 1492 como el año en el que finaliza la Edad Media y da comienzo la Edad Moderna. La toma de Granada y el descubrimiento de un nuevo continente fueron hitos lo suficientemente importantes como para marcar esa transición.

Desde el punto de vista militar, las campañas de conquista del reino nazarí representan el inicio de una serie de transformaciones en las tácticas medievales, cuyo banco de pruebas serán las guerras del Rosellón y Navarra o las conquistas del norte de África, y que llegarán a consolidarse en las campañas en el reino de Nápoles.

Obviamente estos cambios continuarán en los años posteriores, progresando al compás de los avances técnicos y del perfeccionamiento de la maquinaria militar.

En este capítulo nos ceñiremos a los dos acontecimientos bélicos más representativos de la evolución de los ejércitos, la guerra de Granada y las guerras de Italia, y a las reglamentaciones que hicieron posible esta evolución.

La guerra de Granada fue un empeño político que tuvo, como no podía ser de otra manera, una profunda repercusión en las campañas. La decidida implicación de los gobernantes hizo posible la consecución de los objetivos: soberanía territorial en la península y unidad religiosa.

Las guerras de Italia supusieron un esfuerzo añadido al plantearse lejos del territorio peninsular, lo que obligó a asumir el concepto de ejército expedicionario y sus derivaciones en los ámbitos sociales y económicos.

Atendiendo al objetivo general de extraer las lecciones de la historia, se prescinde de la narración detallada de las batallas, que puede seguirse en cualquiera de las obras registradas en la bibliografía. Además, el carácter introductorio de este capítulo obliga a su brevedad, por lo que se hace un rápido

¹ Francisco Villamartín, *Nociones del arte militar* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1989).

recorrido por los principales aspectos que harán posible la formación de los tercios.

LA GUERRA DE GRANADA

Desde la perspectiva histórica, la guerra de Granada entre 1482 y 1492 puede tomarse como el embrión de la guerra moderna, que nace en las campañas de Italia y alcanza su madurez con los tercios.

En efecto, a lo largo de la década en la que tuvieron lugar las campañas contra el reino nazarí se aprecian diversos cambios en la forma de hacer la guerra que, hábilmente liderados por Fernando el Católico, le llevarían al éxito.

Siguiendo la propuesta de Ladero, podemos contemplar tres fases diferenciadas en el desarrollo de la guerra: la primera entre 1482 y 1484; la segunda de 1485 a 1487 y, por último, la fase final de 1488 a 1492.²

Primera fase (1482–1484)

El inicio de la guerra queda marcado por el error estratégico por parte nazarí de la toma de Zahara, lo que proporcionó el *casus belli* a los Reyes Católicos para acometer la definitiva toma del reino granadino. Lo que en principio fue un hecho «habitual» en la frontera se convirtió, en virtud de la victoria alcanzada por Isabel en la sucesión al trono de Castilla y a la consiguiente sumisión de la nobleza castellana, en el catalizador para alcanzar un objetivo deseado desde años atrás: la unificación territorial y religiosa de la península.

La reacción cristiana comienza con la toma por sorpresa de Alhama de Granada por el marqués de Cádiz y aún se caracterizó por la forma habitual de hacer la guerra fronteriza, haciendo uso frecuente de las talas, incursiones y asedios y asaltos a las fortalezas.

Segunda fase (1485–1487)

Hasta ahora, el empeño había sido la conservación de la plaza de Alhama como enclave fundamental para el control del nudo de comunicaciones entre Antequera, Granada y Málaga. Pero también en este periodo se decide la fijación de Málaga, principal puerto del reino nazarí, como objetivo estratégico de primer orden.

A la vez, el rey Fernando, empleando a fondo su voluntad de vencer, dedica fuertes sumas de dinero a la ampliación de su parque artillero, lo que le proporcionará la superioridad en las acciones de asedio y asalto a las ciudades y plazas fortificadas.

² Miguel Ángel Ladero Quesada. «Baja Edad Media 1250-1504», *Historia militar de España*, t. 2 *Edad Media* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2013).

Tercera fase (1488–1492)

Tras la durísima prueba de la toma de Málaga, se vuelca el esfuerzo hacia el flanco oriental del reino granadino. La conquista de Almería, segundo puerto marítimo en importancia, será ahora el objetivo.

En estos años ya no habrá tregua durante el invierno como en el Medievo, sino que comenzarán a utilizarse campamentos fijos.

Frente a una tenaz defensiva impuesta por el Zagal en toda esta zona, los cristianos se refuerzan con más artillería, pero aun así no tomarán Baza hasta pasados seis meses de asedio. La caída de esta ciudad en 1489 provocó la de Guadix y la de la misma Almería, dejando muy reducido el reino granadino.

Tras el compás de espera y reorganización de fuerzas que supuso el año 1490, el ejército cristiano se establece en el real de Santa Fe en abril de 1491, dando comienzo así el último estertor de Granada.

El 2 de enero de 1492 comienza la Edad Moderna española.



La rendición de Granada, óleo de Francisco Pradilla (1882)

LECCIONES APRENDIDAS EN GRANADA

En un ámbito de actuación eminentemente medieval, se obtuvieron algunas lecciones muy valiosas para el futuro. Veamos, resumidas, estas experiencias.

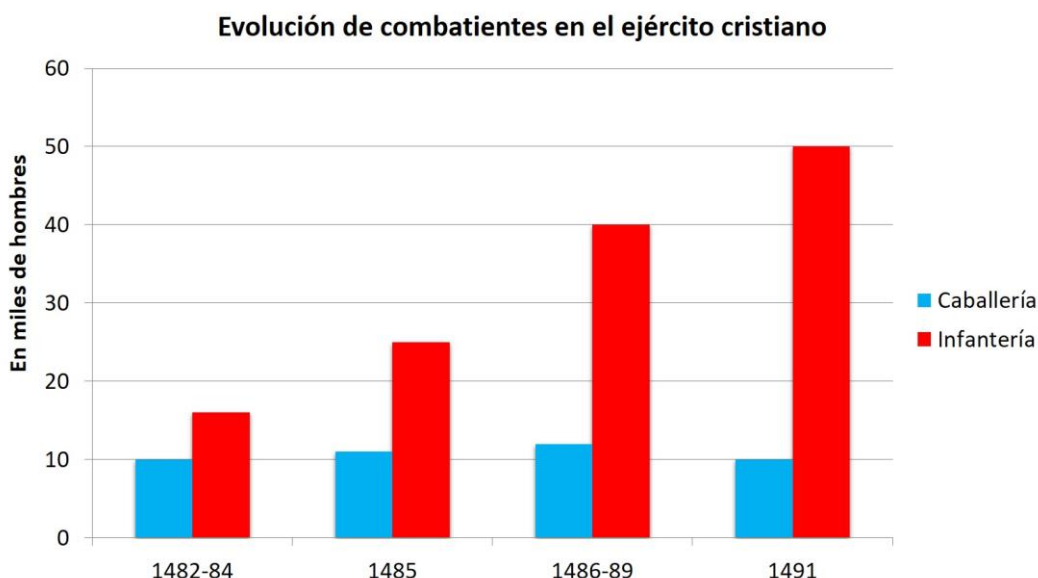
Mando y control

El inicio de la guerra estuvo caracterizado por las acciones llevadas a cabo por iniciativa de los grandes señores. Así, la toma de Alhama (1482) o la incursión

fracasada por la Axarquía malagueña estuvieron planificadas y dirigidas por el marqués de Cádiz y el maestro de Santiago respectivamente. A partir de entonces fue el rey Católico quien asumió el mando único y con ello la planificación metódica de la guerra. Ello supuso una considerable mejora en la coordinación de los esfuerzos.

Maniobra

Es notable la ausencia de batallas campales, salvo algunas incursiones que, además, terminaron en fracaso. Las operaciones se basaron en el asedio y la conquista al asalto de las fortalezas. En consecuencia, el empleo de la caballería ligera (a la jineta) predominó sobre el de la pesada, y el de la infantería (los peones en la denominación de la época) fue aumentando paulatinamente. Partiendo de las cifras aportadas por Ladero, se puede apreciar esta evolución en el siguiente cuadro:



Evolución de fuerzas durante la guerra de Granada, gráfico del autor (2019)

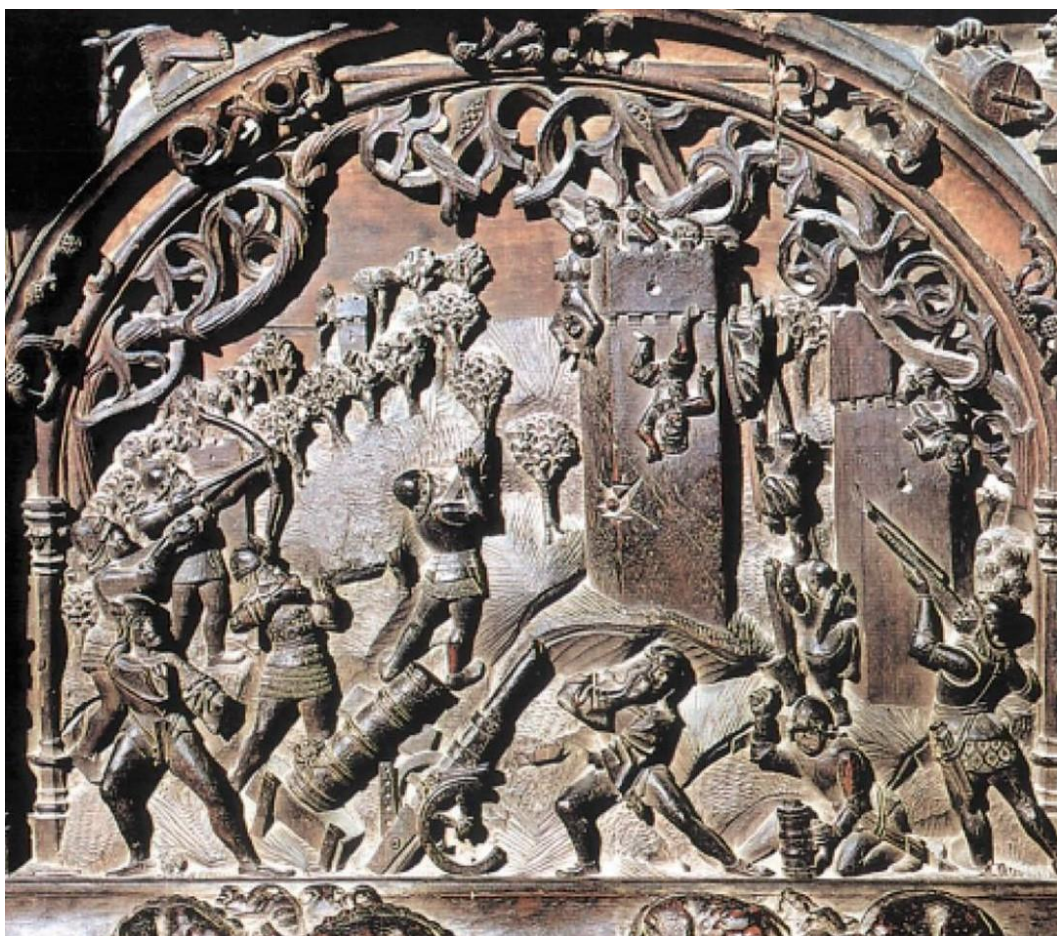
En cuanto a movilidad, el incremento de la artillería (ver apartado Fuegos) hizo necesaria la dedicación de abundante personal para la preparación de carriles y caminos. Sirva como ejemplo de esto que, para poder trasladar las piezas al asedio de Málaga (1487) fue necesario emplear una cantidad de peones cercana a los 4000 hombres

Además, este aumento de los fuegos propició el empleo de minas excavadas bajo las murallas o torres, donde se introducían bombardas a modo de explosivos, dirigidas a su demolición desde el subsuelo, como hizo Francisco Ramírez de Madrid en el asedio de Málaga.

Otro avance importante fue la progresiva dotación de armas de fuego individuales a los peones, las espingardas.

Fuegos

Los asedios a las fortalezas demostraron la eficacia de la artillería contra los muros defensivos de perfil recto, donde los impactos lograban abrir amplias brechas que favorecían la penetración de la infantería. Al comenzar la guerra, el parque artillero de la Corona era muy escaso, y fueron precisas fuertes inversiones en la contratación de técnicos extranjeros (en buena parte franceses y bretones) y en la instalación de talleres y parques de construcción en Écija, que fue cuartel y depósito de artillería durante toda la guerra, hasta que buena parte de las piezas se depositaron en Baza, después de la campaña de 1489. Todo aquello permitió disponer de al menos 200 piezas, empleadas casi todas ya en los asedios de Vélez Málaga y Málaga en 1487.



Toma de Cambil, relieve de Rodrigo Alemán para el coro de la catedral de Toledo (1498)

Apoyo logístico

Este incremento artillero requirió la organización del apoyo logístico, tanto para lograr el difícil transporte de las piezas (en 1487 se emplearon más de 1100 carretas) como para proveerlas de municiones y de bastidores (180 pedreros y 110 carpinteros).

La sanidad cobró valor como potenciador de la moral de los combatientes. Fue habitual que la reina Isabel ordenase la instalación de un primitivo hospital de campaña donde sus médicos particulares atendieran a los heridos.

En Alhama de Granada se construyó (1485) el primer hospital de sangre de la guerra.

Protección

Fue abundante el empleo de adalides, almogávares, hombres del campo y demás gente conocedora de las regiones fronterizas, en especial de la frontera de Granada, por su habilidad para detectar las señales de movimiento de tropas en descampado y la manera de instalar los diversos tipos de puntos de vigilancia (guardas y velas, escuchas y atajadores que patrullaban los caminos en vanguardia de las tropas...). Sus servicios eran imprescindibles para guiar a las huestes, tender emboscadas, determinar los mejores lugares de paso o acampada y facilitar información de primera mano, personalmente o por medio de señales.

REORGANIZACIÓN MILITAR

Todas estas lecciones, junto con estudios anteriores, fueron el origen de las sucesivas normas que prefiguraron el ejército moderno de los Reyes Católicos. Ya en 1459 el tratadista Alonso de Palencia en su obra *Tratado de perfección del triunfo militar* recomienda la utilización de peones veteranos de las anteriores campañas de la Reconquista. Para sacar ventaja en el dominio militar, hace ya apuesta por la futura infantería. Según Quatrefages, todos sus principios se encontrarán siglos más tarde en los tratados teóricos del modelo del tercio.³

El fin de la guerra de Granada fue la ocasión propicia para volver la vista hacia el enemigo secular de Castilla, Francia (considerada la mayor potencia militar europea), y para ello era necesario introducir las mejoras derivadas de las experiencias anteriores. Así, en julio de 1492 los Reyes Católicos promulgaron una pragmática actualizando la legislación sobre la caballería popular, en la que reforzaban su capacidad de combate frente a la temible *Gendarmerie* francesa.⁴

Al año siguiente, 1493, los monarcas reorganizaron el antiguo cuerpo de las Guardas, aumentando su plantilla hasta las 25 compañías y 2500 lanzas, entre hombres de armas y jinetes. Esta institución no debe entenderse solo como una guardia real al uso, sino como una especie de brigada de caballería que constituía el grueso del nuevo ejército permanente peninsular. El resto estaba formado por reducidos destacamentos de peones que custodiaban las principales fortalezas del reino.

En 1494 se publicó una instrucción en la que, entre otras cosas, se fijaba los sueldos de los capitanes de las Guardas. Con ese dinero se podía sufragar

³ René Quatrefages, *La revolución militar moderna: el crisol español* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1996).

⁴ *Gendarmerie* o *gens d'armes* (hombres de armas), es la denominación de la caballería pesada.

también el sueldo de un eventual teniente elegido por el capitán, pero cuyo nombramiento quedaba a merced del rey. Este requisito del consentimiento real, aunque parezca formal, constituyó un medio de control de la fuerza militar por el poder central.

En 1495 el armamento general fue objeto de una primera Ordenanza que obligaba a todos los hombres, excepto a los religiosos consagrados, los pobres de solemnidad y, por supuesto, a los moriscos, a tener «en su casa o en su poder armas convenientes ofensivas y defensivas según el estado e manera e facultad de cada uno». Como consecuencia se crearon tres clases de peones:

Un tercio con lanzas, como los alemanes las llevaban, que llamaron picas, y el otro tenía el nombre antiguo de escudados, y el tercero de ballesteros y espingarderos.⁵



Ballestero y espingarderos, ilustración de José Rubio y Villegas (1851)

La segunda Ordenanza, de 1496, creaba una fuerza de reserva de hombres aptos para ser llamados por el rey. La tercera, también de 1496, organizaba la administración de la guerra y se aplicaría a todas las tropas, ya fueran reales o procedentes de levas o de mesnadas señoriales y tanto en la península como en el exterior.

El paso oficial definitivo hacia el ejército moderno lo dieron los reyes con la Ordenanza de 1503, en previsión de un ataque en el Rosellón por los franceses, contra los que se volvía a combatir en Italia. Los peones se transformaron en

⁵ Jerónimo Zurita, *Historia del rey don Fernando el Católico, de las ligas y empresas de Italia*, vol. 5 (Zaragoza: Herederos de Pedro Lanaja y Lamarca, 1670).

infantes, desaparecieron los escudados y se impuso el sistema de armas y forma de combatir «a la suiza». Tras la experiencia, la lanza se convertía oficialmente en pica: una punta de acero de 25 cm colocada en un asta de 5 m, en una formación de combate en cuadro cerrado. De esta forma, la caballería y la infantería enemigas se enfrentaban a un bloque monolítico del que sobresalían las picas de las cuatro primeras filas, con combatientes provistos de armaduras para protegerles del tremendo choque inicial.

LA GUERRA DE NÁPOLES

En 1494, tras la muerte del rey de Nápoles Ferrante el Viejo, Carlos VIII de Francia reivindica sus pretendidos derechos sobre los dominios de la Corona de Aragón en la península italiana y los materializa por la fuerza con una potente incursión: 20 000 jinetes, 15 000 infantes y 150 cañones.

Con un ejército basado en su famosa caballería pesada, las *compagnies d'ordonnance*, y en la mejor artillería de la época el rey francés penetra hasta la capital del reino de Nápoles, violando el acuerdo suscrito con Fernando de Aragón de respetar a la Iglesia y su patrimonio.

La respuesta hispana no se hace esperar y el 20 de noviembre los Reyes Católicos nombran a Gonzalo Fernández de Córdoba jefe de la expedición que defenderá sus derechos en la península italiana.

Gonzalo Fernández de Córdoba había participado activamente en las campañas de la guerra de Granada, destacando por sus cualidades tácticas y de liderazgo. Estuvo a la cabeza de sus hombres en la toma de castillos y fortalezas, como Tájara, Montefrío o Íllora, población esta última de la que fue nombrado alcaide por la propia reina Católica.

Posteriormente, una vez establecido el cerco final de la capital, fue uno de los interlocutores con el reino nazarí en las negociaciones de la rendición de Granada.

Indudablemente toda esta experiencia, y la colección de ordenanzas tratada en el punto anterior, modelarán la visión táctica de Gonzalo, quien llegará a ser el maestro indiscutible en el arte militar de su tiempo.

Su misión inicial en Italia es puramente defensiva: ocupar varias fortalezas fieles y proteger Sicilia de la codicia francesa. Esto justifica lo menguado de las fuerzas enviadas, 300 jinetes y 2000 peones; nada de artillería.

Sin embargo, al llegar a Mesina recibe nuevas órdenes y debe poner sus tropas en disposición de combatir junto a las napolitanas.

La primera acción de importancia en la que interviene, la batalla campal de Seminara, a las órdenes del heredero al trono Ferrante el Joven, termina en derrota. Pero a partir de aquí Gonzalo, asumiendo el mando del ejército, pone en práctica todo lo aprendido en Granada.

Reorganizadas y reforzadas sus fuerzas comienza, de sur a norte, la expulsión de los franceses del reino de Nápoles siguiendo una estrategia similar a la de Fernando el Católico en las campañas granadinas: tomar una a una todas las plazas fuertes en manos francesas.

Desde el punto de vista militar, esta primera campaña no aporta grandes novedades con respecto a lo comentado para la guerra de Granada: el Gran Capitán elude las grandes batallas, consciente de su inferioridad de medios, y opta por la guerra de desgaste. Mención aparte merece la toma de Atella (1497) donde, cercados los franceses, Gonzalo enseguida descubre el punto flaco de su defensa: los molinos que abastecen la ciudad de harina y agua. Rápidamente, con un puñado de veteranos peones españoles, haciendo la «guerra guerreada»⁶ que tanto abundó en las lides contra los nazaríes, se infiltró con arrojo para sorprender y derrotar a los afamados piqueros suizos y a los ballesteros que guarnecían tan importante objetivo. Lograda la capitulación, los franceses se retiraron del reino napolitano.

Así pues, Atella rompe con el tipo de batalla medieval en la que dos ejércitos combaten frente a frente. Aquí la información, la sorpresa y la acción sobre el punto débil de la defensa son los factores determinantes de la victoria.

Quizá en esta acción pueda verse un precedente de las encamisadas protagonizadas, años después, por los infantes de los tercios.



Despliegue inicial de la batalla de Ceriñola, ilustración del autor (2019)

⁶ Así se denominaba entonces a lo que hoy llamaríamos «guerra irregular»

De toda la segunda campaña analizaremos solamente la batalla de Ceriñola, pues es en ella donde se muestra cómo el conocimiento teórico adquirido del arte de la guerra unido a una legislación innovadora y a una apuesta por las mejoras armamentísticas son conjugadas por un hombre con gran capacidad para el liderazgo para la consecución de una victoria aplastante.⁷

Esta segunda campaña en Nápoles da comienzo en 1501 y, tras lograr algunas victorias, en julio de 1502 Gonzalo se ve obligado a refugiarse en Barletta, donde el duque de Nemours, jefe del ejército francés, le cerca.

Pero recibe refuerzos de tropas reclutadas en Italia y de 2000 lansquenets enviados por el emperador Maximiliano, por lo que, a finales de abril de 1503, decide plantar cara al francés. Y lo hará llevando a cabo una batalla que revolucionará la táctica militar.

La noche del 28 de abril de 1503 reúne a sus fuerzas a orillas del río Ofanto, en la misma llanura donde Aníbal derrotó a un ejército romano: Cannas.

Al amanecer del día siguiente emprende una agotadora marcha hacia Ceriñola, ciudad bien conocida por el Gran Capitán y lugar que ha elegido para enfrentarse a Nemours. La distancia es larga y el calor sofocante, tanto que algún alemán cae desvanecido en el camino. Gonzalo, siempre preocupado por sus hombres, ordena que cada jinete sea acompañado por un infante en su montura.

El francés, desde Canosa, advierte su movimiento e intenta salirle al paso. Pero las tropas hispano-alemanas son más rápidas y alcanzan su objetivo sin mayores percances.

Al momento entra en juego la capacidad para el mando táctico de Gonzalo. Sin descanso tras la agotadora marcha, ordena preparar la defensa del terreno ampliando un canal de riego que rodea la parte baja de la colina donde se encuentra Ceriñola. Refuerza este foso con una empalizada y, además, aprovecha los campos de viñedos que tiene delante como obstáculo natural que dificulte el avance de los galos.

Inmediatamente detrás del foso sitúa a los arcabuceros y tras ellos a los piqueros alemanes y españoles. La caballería a los flancos y la artillería en la parte alta de la colina, para disparar por encima de la infantería. Gonzalo sitúa su puesto de mando tras la infantería, a una altura tal que le permite la visión global del campo de batalla.

Un despliegue totalmente innovador, si lo comparamos con el típico medieval que adopta el bando francés: la caballería pesada en el flanco derecho; a su izquierda y algo retrasada, la infantería suiza formando un bloque compacto de 100 hombres dando frente al enemigo por 70 de fondo; a la izquierda de estos,

⁷ Antonio Martín Gómez, *El Gran Capitán. Las campañas del duque de Terranova y Santángelo* (Madrid: Almena, 2000).

la caballería ligera; y delante de todo este dispositivo, 26 piezas de artillería, el doble de las españolas.

Falta poco para el anochecer y Nemours es reacio a entablar combate, pero acuciado por sus capitanes, que incluso ponen en duda su valor, se lanza a la batalla. Él mismo se pone al frente de su caballería pesada, los *gens d'armes*, lo más florido de la nobleza francesa. Observemos que con esta decisión se va a implicar directamente en el combate y ya no podrá dirigir la maniobra, fiándolo todo al plan inicial acordado con sus jefes subordinados. Todo lo contrario que Gonzalo que, una vez más, demuestra su estilo «moderno» de profesar la milicia.

La batalla se inicia con el fuego de la artillería gala que, mal dirigida, obtiene efectos poco significativos. Pronto debe detener su fuego para que avance la caballería pesada francesa, que intentará lo de siempre: con su marcha arrolladora abrir una brecha en el despliegue enemigo por el que entren los suizos a rematar la faena. Pero el Gran Capitán ya lo esperaba y ahí están los arcabuceros aguardando la carga.

Ralentizado su ataque por culpa de los viñedos, se ponen a tiro de los españoles, primero de la artillería y después de los arcabuceros que, haciendo fuego disciplinado, diezman las filas francesas traspasando con sus balas las corazas de los gendarmes. Nemours es de los primeros en caer mortalmente herido. Su golpe decisivo ha resultado fallido.

Siguiendo el plan previsto y sin ningún otro alternativo, avanzan los suizos, que son recibidos de la misma manera y que además se ven estorbados por los restos de la caballería derrotada. Nuevamente los arcabuces realizan su mortífera función, desbaratando las filas de los piqueros.

Cuando ya se encuentran detenidos y quebrantados, Gonzalo, atento a lo que está sucediendo ordena a la caballería de su lado izquierdo un movimiento envolvente que, como una tenaza, cae sobre sus flancos.

Los arcabuceros españoles se repliegan detrás de las líneas y acto seguido avanzan los lansquenets alemanes y los piqueros españoles, provocando la derrota sin paliativos de los suizos.

La coordinada actuación de la caballería del flanco derecho español hace imposible el avance de la caballería ligera francesa y ésta tiene que retirarse sin entrar en acción.

Aplastante victoria la conseguida por las armas españolas magistralmente conducidas por Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Solo hay que atender al recuento de bajas: por parte hispana, 100 muertos; por la franca, 3000 muertos (entre ellos el propio comandante en jefe) y 500 prisioneros. Y el combate apenas ha durado un par de horas.

En un gesto que le honrará para siempre, Gonzalo, a la vista del campo tras la batalla y apiadado del enemigo, ordenó tocar en su honor tres toques de atención

mientras se rezaba por las almas de los caídos. Este acto será después imitado por todos los ejércitos del mundo.



Los dos caudillos, óleo de Casado del Alisal (1866)

LECCIONES APRENDIDAS EN NÁPOLES

Las lecciones que el Gran Capitán aporta al moderno arte militar en Ceriñola, y que los tercios consumarán, se pueden sintetizar en los siguientes puntos:

Mando y control

Planificación de una batalla defensiva ante la superioridad de las fuerzas francesas, para, una vez detenidas, pasar a la contraofensiva. Mando no implicado en el combate (mejor información sobre el desarrollo de la batalla y más capacidad para tomar nuevas decisiones). Coordinación y gestión durante el combate de los esfuerzos realizados por los tres elementos: artillería, infantería y caballería.

Maniobra

Elección y ocupación rápida y por sorpresa de la posición elegida (salida de Barletta, marcha forzada, llegada a Ceriñola con tiempo suficiente para reorganizarse). Aprovechamiento de los medios técnicos en desarrollo (armas de fuego portátiles, arcabuces). Como consecuencia de lo anterior, ejecución del esfuerzo principal por parte de la infantería y no de la caballería. Organización de la infantería en cuadros más pequeños y móviles en comparación con los suizos, lo que favorece emplearlos allí donde sean más necesarios. Empleo de la caballería como elemento para la explotación del éxito de la infantería y no al contrario (como pretendía Nemours).

Inteligencia

Conocimiento de la situación del enemigo y sus posibilidades de reacción

Fuegos

En esta batalla, un accidente fortuito dejó inoperativas las piezas al poco tiempo de iniciado el combate.

Apoyo logístico

Durante la marcha forzada de Barletta a Ceriñola, el maestresala español acudió con cuatro carretas cargadas de vino y bizcocho para avituallar a las tropas. El Gran Capitán, consciente de la importancia de su acción, le comentó «Desde ahora sois el vencedor de la batalla».

Protección

Preparación del campo de batalla: aprovechamiento de los obstáculos naturales (viñedos, canal) y reforzándolos (empalizada).

CONCLUSIONES

Como conclusiones generales de este capítulo podemos extraer las siguientes enseñanzas, que prefiguran el combate de la Edad Moderna y que posteriormente serán aprovechadas por los tercios.

Organización

La duración de las campañas ya no será estacional como en la Edad Media, sino que pasará a ser de años. Aparece el ejército profesional.

Mando y control

Eficacia del mando único, que coordina los esfuerzos y centraliza las necesidades.

Maniobra

Predominio de la infantería como fuerza de choque y ocupación. Será quien realice el esfuerzo principal y su eficacia se verá incrementada por el progresivo aumento en la dotación y avances técnicos de las armas de fuego portátiles. La caballería será más ligera y ágil. Empleo de la sorpresa y de acciones de guerra irregular. Empleo de gastadores y zapadores para la preparación de vías, y uso de minas y explosivos.

Inteligencia

Necesidad de mantenerse informado de los movimientos e intenciones del enemigo. Empleo de agentes y espías.

Fuegos

Progresivo aumento de la artillería, fundamentalmente en los asedios, mejorando la potencia de fuego y la movilidad de las piezas.

Apoyo logístico

El aumento de efectivos y el alargamiento de las líneas de abastecimiento obligan a la mejora del planeamiento logístico (alojamientos, víveres, vestuario y equipo, etc.).

Protección

Las fortalezas se irán modificando conforme la artillería de sitio vaya evolucionando. Durante los asedios se emplearán con profusión las trincheras.

LA INFANTERÍA DE LOS AUSTRIAS: ANÁLISIS POR CAPACIDADES

Fernando J. Mogaburo López

*Ese Ejército que ves, vago al hielo y al calor,
la república mejor y más política es del mundo,
en que nadie espere que ser preferido pueda
por la nobleza que hereda, sino por la que él adquiere;
porque aquí a la sangre excede el lugar que uno se hace
y sin mirar cómo se nace, se mira cómo procede.¹*

EVOLUCIÓN HISTÓRICA

De la hueste feudal al ejército real

Cuando Felipe I de Habsburgo fue proclamado rey de Castilla el 12 de julio de 1506, la antigua hueste feudal de los Reyes Católicos se encontraba en pleno proceso de transformación hacia un ejército moderno, de acuerdo con la Ordenanza promulgada tres años antes.² La caballería estaba representada por las Guardas, que habían sido recibidas a sueldo en 1475 y en 1498 habían absorbido a la Hermandad.³ Sus 1623 hombres de armas y 2891 jinetes se agrupaban en 69 compañías repartidas por Castilla, la costa de Granada, la frontera pirenaica y el recién conquistado reino de Nápoles. La artillería real, organizada en 1485, contaba con una compañía de 108 efectivos concentrados en Málaga al mando de Juan Rejón.⁴ Respecto a la «gente de a pie», hubo que esperar hasta 1495 para que los Reyes Católicos promulgasen la Ordenanza de armamento general del vecindario, sentando así las bases del servicio militar obligatorio.⁵ De esta forma, cuando estalló la guerra contra Francia en Nápoles y el Rosellón pudieron apercibirse varios miles de peones que ya no serían sostenidos por la nobleza o los concejos, sino por la Corona. Una vez firmado el tratado de Marcoussis todos ellos fueron desmovilizados, excepto las compañías de espingarderos de Covarrubias y Loarte que guarnecían Melilla y la Alhambra.⁶

En 1501 Gonzalo Fernández de Córdoba regresó a Nápoles con seis capitanías de las Guardas y veintitrés de peones levadas para la ocasión. Tres años después, los últimos recibieron por primera vez el nombre de infantes y se

¹ Pedro Calderón de la Barca, «Para vencer a amor, querer vencerle», *Comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (Madrid: Domingo García y Morrás, 1654), 7:7.

² René Quatrefages, *La revolución militar moderna: el crisol español* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1996), 381.

³ Miguel Ángel Ladero Quesada, *Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Nápoles y el Rosellón 1494-1504* (Madrid: Real Academia de la Historia, 2010), 141.

⁴ *Ibid.* 262-265.

⁵ Quatrefages, *Revolución militar*, 349.

⁶ Ladero, *Ejércitos y armadas*, 205.

agruparon en coronelías, dos vocablos derivados del italiano: *fanti* (lacayo) y *colonnello* (jefe de columna).⁷ En 1505 fueron licenciados por el rey Fernando ya que, desde la muerte de Isabel y su enlace con Germana de Foix, las cortes castellanas le negaban los subsidios necesarios.⁸ Ese año fue admitida a sueldo la compañía de peones de la *ordenança* de Gonzalo de Ayora que, tras la muerte de Felipe I, sería reducida a cincuenta alabarderos y destinada a Tordesillas como escolta de la reina Juana.⁹ En 1509 se reclutaron seis nuevas coronelías para la conquista de Orán y Trípoli, pero al año siguiente fueron diezmadas en Djerba y sus supervivientes derrotados en Rávena.¹⁰ Tras una nueva licencia, muchos veteranos optaron por emigrar a las Indias u ofrecer sus servicios como mercenarios a las repúblicas italianas, al Imperio e, incluso, a Francia, de ahí que en Marignano (1515) combatieran españoles contra franceses pero ninguno por su rey. Solo permanecieron a sueldo tres destacamentos en la corte, Granada y Galicia, y las once compañías de infantería «ordinaria» desplegadas en los Pirineos al mando del coronel Cristóbal Villalba, veterano de Nápoles.¹¹



Conquista de Orán, fresco de Juan de Borgoña (1514)

La génesis de los tercios

En la muestra pasada tras la victoria de Pavía (1525), había desaparecido ya el empleo de coronel. Los tres «capitanes de infantería ordinaria que tenían su gente en Lombardía» (Urbina, Mercado y Gayoso) habían sido ascendidos a maestros de campo y se repartían treinta y tres compañías «extraordinarias».¹²

⁷ Ibid. 760-761.

⁸ Luis Serrano y Pineda, «Correspondencia de los Reyes Católicos con el Gran Capitán», *Revista de archivos, bibliotecas y museos* (Madrid: José Manuel de la Cuesta, 1913), 19:180.

⁹ Directa antecesora de la actual. Archivo General Militar de Madrid, colección Clonard (vv. dd.).

¹⁰ Martín de los Heros, *Historia del conde Pedro Navarro* (Madrid: Viuda de Calero, 1854), CODIN 24:192-210.

¹¹ Nóminas de la coronelía de Villalba entre 1511 y 1513. Archivo General Militar de Madrid.

¹² Antonio Rodríguez Villa, *Italia desde la batalla de Pavía al saco de Roma* (Madrid: Luis Navarro, 1885), 209-222. Gayoso aparece como capitán, pero el resumen de oficiales demuestra el error.

Conseguida la paz en Italia escoltaron al emperador hasta Viena, amenazada por los otomanos. A su regreso, quince fueron licenciadas y el resto se repartió entre el ducado de Milán y los virreinos de Nápoles y Sicilia.¹³ En 1535 estas últimas conquistaron Túnez y después marcharon hasta el ducado de Saboya, donde fueron reforzadas por once bisoñas antes de invadir Provenza. Tras el repliegue a Génova, Carlos promulgó la Instrucción de 15 de noviembre de 1536:

La infantería española del tercio de Napoles y Sicilia, que reside en el dicho nro. Exercito, esta pagada hasta en fin del mes de setiembre [...] y la del tercio de lombardia hasta mediado el mes de octubre de este dicho año, y los del tercio de Malaga que quedaron en niça [...] hasta los 25 del dicho mes de octubre [...] En la dicha infantería española an de aver al presente quatro mtres. de campo. Los dos dellos que son Don Geronimo Mendoza y alvaro de grado [...] y el capt.^{an} arce en lugar de Rodrigo derripalda, y el otro que es Juan de Vargas.¹⁴



Jornada de Túnez, tapiz de Jan Vermeyen y Willem Pannemaker (1554)

Mucho se ha debatido sobre este primer uso oficial del vocablo «tercio» pero, al mencionar cuatro maestros de campo, solo caben dos opciones: que ya se llamaran así los tres veteranos o que se aludiera a las tres fechas de pago. Sea cual fuere el motivo, estas unidades no fueron conscientes de cambio alguno hasta su desaparición dos años después. De hecho, en las instrucciones de Vigevano (1538) y Bormes (1545) tampoco se menciona tercio alguno, lo que parece indicar que la adopción de este término tuvo carácter consuetudinario.¹⁵ Lo cierto es que todas las unidades creadas *a posteriori* aparecerán ya en las fuentes manuscritas o impresas como tercios, con independencia de su número.¹⁶ Por extraño que parezca, el único nombre oficial que ostentaron fue

¹³ Martín García Cerezeda, *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del emperador* (Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1873), 1:302, 338, 341 y 345; 2:96.

¹⁴ Antonio Vallecillo, *Legislación militar de España* (Madrid: Díaz y Compañía, 1853), 11:549-566.

¹⁵ Cerezeda, *Tratado*, 2:350 y 393. Vallecillo, *Legislación*, 12:135.

¹⁶ La historia orgánica de todas las unidades del Ejército, tanto actuales como pretéritas, puede consultarse en la web del autor, *Enciclopedia multimedia de la caballería*, <http://caballipedia.es>.

el de su respectivo maestro de campo, por lo que mudaba a cada relevo.¹⁷ Como esto complicaba la labor de funcionarios y cronistas, solían referirse a ellos mediante el topónimo de origen o destino, como había hecho el emperador: *el tercio [venido] de Málaga o el tercio de [guarnición en] Niza*. Clonard solventó las coincidencias mediante los adjetivos «viejo» y «nuevo», pero Sánchez prefirió un numeral romano porque algunos tuvieron múltiples avatares:

- Sicilia: Urbina (I), Castilla (II), Vega (III), Enríquez (IV).
- Nápoles: Ripalda (I), Alarcón (II), Toledo (III), Padilla (IV), Enríquez (V).
- Lombardía: Mendoza (I), Grado (II), De la Cueva (III).¹⁸

No obstante, los tercios no se creaban para «defender» sino para «ofender», esto es, imponer la voluntad de la Monarquía Hispánica dentro o fuera de sus dominios.¹⁹ Una ínfima cantidad permaneció durante toda su vida operativa en la misma guarnición por mera casualidad, pero lo habitual era que rotaran de un escenario a otro en función de las necesidades bélicas. Valga como ejemplo, uno de los tercios que aparecía en la crónica sobre la jornada de Argel:

*Y dexando en Monasterio a don Alvaro de Sandi con el tercio de Sicilia...*²⁰

Aunque hubiera sido organizado en esa isla tras la salida del tercio primigenio hacia Lombardía (1537), solo permaneció allí unos meses antes de ser destinado a Túnez, Grecia, Argel, Cerdeña, Rosellón, Lombardía, Luxemburgo, Hungría, Alemania, Francia, Flandes, Nápoles y la Armada. Cuando se perdió en el naufragio de la Herradura (1562), el nuevo cronista lo citaba ya como:

*Essendosi annegato il Generale di esse Don Giouanni de Mendoza, con molti valorosi Capitani e gran parte degli Spagnuoli del Terzo di Fiandra.*²¹

Ocaso y transformación

La historiografía borbónica, deseosa de ensalzar tanto a Luis XIV como a Felipe V, atribuyó el ocaso de los tercios a la derrota de Rocroi. Sin embargo, las muestras arrojan una mortandad equilibrada entre ambos bandos y equivalente a la de cualquier batalla contemporánea, de ahí que no tuviera repercusiones prácticas.²² Las verdaderas causas del declive hay que buscarlas en las rebeliones de Cataluña y Portugal, que desde 1640 convirtieron a la península en el teatro de operaciones prioritario, absorbieron todos los recursos económicos y obligaron a sustituir los soldados profesionales por milicianos

¹⁷ Como puede comprobarse en el Archivo General de Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas.

¹⁸ Juan L. Sánchez Martín, *La época de los tercios*, <http://www.tercios.org> (consultada en 2015).

¹⁹ Fernando J. Mogaburo López, «Disertación sobre la antigüedad de los regimientos», *Ejército*, 923 (2018), 44.

²⁰ Prudencio Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* (Amberes: Geronymo Verdussen, 1681), 2:308. Carece de fundamento su presunta relación con el tercio de Saboya.

²¹ Iacomo Bosio, *Dell'istoria della sacra religione et illma. militia di San Giovanni Gerosolimitano* (Roma: Guglielmo Facciotto, 1602), 3:458.

²² Juan Luis Sánchez Martín, «Rocroi (1643): el triunfo de la propaganda», *Dragona*, 3 (1993) y *Researching & Dragona*, 16 (2002).

forzados.²³ En 1672, los 33 000 efectivos desplegados en Flandes apenas bastaban para guarnecer las 200 plazas fuertes, por lo que fueron sus antiguos enemigos ingleses y holandeses quienes se enfrentaron en campo abierto a los 120 000 del rey Sol.²⁴ Aunque este resultó victorioso solo consiguió apoderarse del Franco Condado, que había perdido su valor estratégico cinco décadas antes tras el desvío del Camino Español. Salvo esta excepción, los «decadentes» tercios de Carlos II mantuvieron todas las posesiones dinásticas en Italia y los Países Bajos hasta setenta años después de Rocroi. En 1701 se distribuían así:²⁵

ORIGEN	ESPAÑA	ITALIA	FLANDES	ARMADA	TOTAL
Españoles	12	6	6	5	29
Italianos	1	3	3	1	8
Valones	2		6		8
Alemanes	4		3		7
Grisones		1			1
TOTAL	19	10	18	6	53

Todos ellos acataron el testamento de Carlos II, pese a que Felipe de Borbón era nieto de su peor enemigo y Carlos de Habsburgo representaba la continuidad dinástica. Durante la guerra de Sucesión, las unidades de Flandes e Italia fueron efectivamente derrotadas, pero constituían una minoría en el ejército borbónico y siempre combatieron bajo el mando de generales franceses. El propio Luis XIV entabló negociaciones para que Felipe renunciase a la corona española a cambio de la paz, pero este había ganado la campaña en el frente peninsular y prefirió renunciar en Utrecht a su Imperio europeo.²⁶ Así pues, antes que aceptar la tesis francesa de su presunta indisciplina, cabría preguntarse si la transformación de esos tercios en regimientos en 1704 habría sido la causa y no la consecuencia de su decadencia.²⁷

En 1707 los regimientos que combatían en España recibieron por primera vez un nombre «perpetuo» que facilitara su identificación pese al relevo del coronel, medida que se haría extensiva a los replegados de Italia y Flandes en 1718.²⁸ Solo diez de ellos sobrevivieron a las disoluciones masivas de 1823, 1931 y 1985 legando sus historiales a los actuales mediante una legislación no exenta de errores que ya han sido denunciados por varios investigadores.²⁹ La mayoría se

²³ Davide Maffi, «Las guerras de los Austrias», *Historia militar de España*, vol. 3, *Edad Moderna*, t. 2, *El escenario europeo* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2013), 95-99.

²⁴ Antonio José Rodríguez Hernández, *Los tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)* (Valladolid: Castilla Ediciones, 2011), 21.

²⁵ Sánchez Martín, «La infantería de Felipe V», *Researching & Dragona*, 16 (2002), 36-49.

²⁶ Joaquim Albareda, *La guerra de Sucesión de España* (Barcelona: Crítica, 2010), 214 y 284.

²⁷ Real Ordenanza de 28 de septiembre de 1704. José Antonio Portugués, *Colección general de las ordenanzas militares* (Madrid: Antonio Marín, 1764), 1:372.

²⁸ Portugués, *Ordenanzas*, 1: 610 y 2:347.

²⁹ De antiguo a moderno: Galicia>Reina; Lombardía>Príncipe; África>Sicilia; Lisboa>Zaragoza; Zamora>Isabel la Católica; Armada>Córdoba; Soria; Saboya; Castilla>Rey; Corona>Nápoles.

debe al conde de Clonard³⁰ o a Ferrer Couto³¹ quienes, en su afán por aumentar artificialmente la antigüedad de los regimientos decimonónicos, los vincularon a todos los tercios que habían compartido la misma denominación extraoficial rayando, en ocasiones, el esperpento.



Rocroi, óleo de Víctor Morelli (1912)

RECURSOS HUMANOS

Levas, reclutas y asientos

Durante los siglos XVI y XVII el Ejército se nutría de soldados mediante dos procedimientos: la recluta voluntaria y la leva forzosa.³² La caballería y los tercios expedicionarios estaban compuestos por voluntarios reclutados directamente por sus capitanes merced a un nombramiento real denominado «conducta»,³³ documento estandarizado en el que un escribano se limitaba a rellenar:

- El nombre del capitán.
- El número de soldados, que podía oscilar entre cien y trescientos.
- Las villas en las que debía hacerse la recluta.
- El lugar de destino, sustituible por un lacónico «donde se le ordenare».

³⁰ Serafín de Sutton conde de Clonard, *Historia orgánica de la infantería y la caballería españolas* (Madrid: D. B. González, 1851-1859).

³¹ José Ferrer Couto, *Álbum del Ejército* (Madrid: Ducazcal, 1846-1847).

³² Rodríguez Hernández, *Tambores de Marte*, 45.

³³ Término derivado del italiano *condotta* que, a su vez, dio nombre al *condottiero*, un capitán de mercenarios en la Italia de los siglos XIV a XVI.

El redoble de un tambor informaba a los vecinos de que en la villa se había «arbolado» una bandera de enganche. Se admitía prácticamente a cualquiera que tuviese una edad comprendida entre los dieciséis y los sesenta años, incluso a aquellos mutilados que pudiesen caminar y sostener un arma. Tras firmar el compromiso inicial, los mozos regresaban a sus hogares a la espera de que se tocase asamblea y el comisario real les pasase *in situ* la primera «muestra». Si todo estaba a su entera satisfacción, procedía a entregarles una paga y los socorros de marcha hasta el puerto de embarque. Cuando la compañía llegaba a su destino final, ya fuese en Italia, Flandes o Berbería, podía integrarse en un nuevo tercio o «reformarse» en otro veterano.³⁴ En el primer caso, los soldados seguían a las órdenes de los mismos oficiales designados en España pero, en el segundo, eran destinados a «rehinchir» las compañías preexistentes. Los oficiales reformados conservaban sus ventajas económicas, pero perdían el mando y debían «tomar la pica» a la espera de la primera vacante que se produjese tras la licencia o el fallecimiento de algún camarada.



Reclutamiento de tropas, grabado de Jacques Callot (1614)

Las levas consistían en enrolar contra su voluntad a mozos de una determinada provincia en función de un «repartimiento», algo que solo se hacía en casos de extrema necesidad ya que la calidad del soldado decrecía en relación proporcional a la distancia del destino, a la par que aumentaban en sentido inverso las desertiones. Paradójicamente, estas eran más frecuentes en España que en Flandes, ya que el prófugo debía regresar por sus medios esquivando a alguaciles, enemigos y salteadores. Las levas fueron inusuales en el siglo XVI, al desarrollarse la guerra en el Mediterráneo contra los musulmanes y en Centroeuropa contra los protestantes, y contar los españoles con suficientes

³⁴ La reforma era el equivalente a una adaptación orgánica actual, por la cual una compañía podía ser segregada de un tercio, agregada a otro o bien licenciada.

aliados extranjeros. En el XVII aumentaron progresivamente porque las campañas se desarrollaban en la península ibérica y la contracción demográfica había reducido el número de voluntarios. A fin de disponer de una adecuada cantera, Felipe II estableció en 1598 la Milicia General del Reino cuyos soldados, en teoría, no podían ser destinados fuera de España.³⁵ Las autoridades provinciales aprovechaban estas levadas para desembarazarse de vagos y maleantes pero, en caso de no existir suficientes y tener que recurrir a campesinos capaces, preferían sustituirlos por un servicio económico.³⁶

Aunque la Corona ejercía el monopolio directo sobre levadas y reclutas, en ocasiones firmaba un asiento indirecto con un empresario para que fuera él quien se responsabilizase de la recluta a cambio de beneficios económicos. También los nobles solían levantar unidades a su costa para conseguir determinadas prebendas, como títulos, ascensos o mayorazgos.

Instrucción, oficios y sueldos

El Consejo de Guerra nunca se planteó escribir un manual para sus tropas bisoñas, adjetivo derivado del italiano *io ho bisogno* («yo necesito»), en alusión a que el recluta demandaba continuamente de los veteranos consejo, alimento o utensilio hasta que aprendía a buscarse la vida. Tampoco había mucho tiempo para la instrucción, pues los soldados pasaban la mayor parte del tiempo marchando, combatiendo, prestando servicios de guarnición o descansando de todos los anteriores. No obstante, el espíritu renacentista impulsó a algunos oficiales a combinar la pluma y la espada para escribir sus propios tratados:

- Diego de Salazar: *De re militari* (1536).
- Sancho de Londoño: *Disciplina militar* (1568).
- Martín de Eguiluz: *Discurso y regla militar* (1595).
- Bernardino de Mendoza: *Theorica y practica de guerra* (1596).
- Francisco de Valdés: *Espejo y disciplina militar* (1596).

Esos oficiales no equivalían a los actuales militares de carrera, sino a todas aquellas personas que desempeñaban un *officium* diferenciado del de soldado:

- Tambor: transmitir las órdenes y actuar como enlace.
- Cabo: mandar la escuadra e instruir al soldado en el manejo del arma.³⁷
- Sargento: velar por la disciplina y la logística de toda la compañía.
- Alférez: custodiar la bandera y «tener» el mando accidental.³⁸
- Capitán: mandar la compañía en paz y en guerra, pagar al personal.

³⁵ Portugués, *Ordenanzas*, 7:1-4. En la práctica se dieron casos de milicianos enviados a Flandes, como fue el caso de los «pilonos» gallegos. Rodríguez Hernández, «De Galicia a Flandes», *Obradoiro de historia moderna*, 16 (2007), 220.

³⁶ José Contreras Gay, «Las milicias pecuniarias en la Corona de Castilla (1650-1715)», *Studia historica. Historia moderna*, 25 (2003), 93-121.

³⁷ Hasta el siglo XIX la escuadra equivalía a una sección (25 soldados) y el cabo a su teniente.

³⁸ En caballería, en cambio, el teniente era un empleo orgánico y no accidental, ya que los capitanes de la alta nobleza no solían residir junto a sus compañías.

- Sargento mayor: organizar las marchas y alojamientos del tercio, montar las guardias y escuadronar a los piqueros para combatir.
- Maestre de campo: mandar el tercio y aplicar la justicia en nombre del rey.



Asalto nocturno a Ardres, tapiz de Otto van Veen y Martin Reynbouts (1599)

Hasta 1702 solo ejercían el mando en sus propias unidades, por lo que no necesitaban divisas ya que eran conocidos y respetados por sus hombres.³⁹ De hecho, se dio el caso de un soldado ajusticiado por desobedecer y retar a duelo al sargento de su compañía, a quien no había reconocido pese a llevar su alabarda, por haber ascendido unos días antes.⁴⁰ Los sargentos preferían esta arma para abrirse paso entre las picas enemigas y desenvolverse mejor alrededor del escuadrón en busca de indisciplinados o acobardados. Estos no abundaban, porque el humanismo renacentista impulsaba a los soldados españoles a buscar la gloria, tanto en el plano terrenal como en el espiritual.⁴¹ El honor obligaba a los capitanes a predicar con el ejemplo y combatir en primera fila armados de pica o arcabuz que a diario entregaban a sus pajes. Los maestros de campo empleaban la jineta y, al igual que los generales, se distinguían por los valiosos grabados de sus coseletes. El uso de bastones, fajas y bandas no

³⁹ Real Ordenanza de 10 de abril de 1702. Portugués, *Ordenanzas*, 1:278.

⁴⁰ Bernardino Mendoza, *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Payses Baxos* (Madrid: Pedro Madrigal, 1592), 55.

⁴¹ Jorge Roaro, *El humanismo renacentista español visto a través de la retórica, la reflexión filosófica y la búsqueda de la virtud* (tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2017), 135.

estaba reglamentado, y obedecía más a la moda que a criterios prácticos. Respecto a los ascensos, la Ordenanza de 1632 establecía estos requisitos:

- A alférez y sargento: seis años de servicios o cuatro en zona de guerra.
- A capitán: diez años de soldado, o seis si había servido tres como alférez.
- A sargento mayor: ser el capitán más antiguo o benemérito del tercio.
- A maestre de campo: ocho años de capitán.⁴²

Además de esos puestos tácticos reservados a militares profesionales, había ciertos funcionarios equivalentes a los actuales cuerpos comunes: cirujano, barbero, furriel, escribano, contador, veedor, pagador, auditor, alguacil, verdugo, capellán.⁴³ La primera plana de cada ejército incluía un capitán general, un gobernador de las armas, un maestre de campo general, un sargento general de batalla, un general de la caballería, otro de la artillería y sendos tenientes generales. Todos ellos eran designados por el rey y, salvo excepciones, procedían de la nobleza, por lo que habían mandado su propia compañía de caballería y veían esos tiempos de ascenso reducidos a la mitad. En cambio, los soldados de humilde cuna debían hacer carrera en infantería y, salvo que tuviesen una hoja de servicios excepcional, solo podían aspirar a una maestría de campo o a la encomienda de alguna orden. Antes debían superar las pruebas de limpieza de sangre para descartar posibles antepasados judíos o moriscos.

En la Instrucción de Génova se estableció la paga mensual de un maestre de campo en veinticinco escudos y la del sargento mayor en veinte, pero ambos percibían, además, otros cuarenta como capitanes de sus propias compañías.⁴⁴ El alférez cobraba quince escudos y el sargento ocho. La paga del piquero era de solo tres escudos, a todas luces insuficiente. A modo de incentivo, la Corona repartía mensualmente un elevado número de ventajas ordinarias a quienes desempeñasen un oficio subalterno: los cabos, mosqueteros y músicos cobraban una (tres escudos); los arcabuceros, un tercio adicional a la paga del piquero (un escudo); el alférez, una para su abanderado; y el maestre de campo cinco, a repartir entre los alguaciles, el verdugo y el tambor mayor. A todos aquellos que superasen los dieciséis años de servicio se les concedía una ventaja de cuatro, y de seis si lo hubieran hecho de forma continuada. Al llegar a los veinte años se concedía una ventaja extraordinaria de trescientos ducados a quienes hubieran participado en una guerra. También se obtenían por defender o recuperar una bandera, por ser el primero en escalar una muralla o entrar en una fortaleza, y por otros servicios meritorios en campaña.⁴⁵

Fraudes, motines y saqueos

En 1556 Carlos I abdicó la corona imperial en su hermano Fernando y la española en su hijo Felipe pero, contra todo pronóstico, legó a este los Países Bajos pese a que también formaban parte de su herencia paterna. España se vio así envuelta en un conflicto religioso que la desangró durante ochenta años y le

⁴² Portugués, *Ordenanzas*, 1:67, 74, 81 y 82.

⁴³ Instrucción de Génova. Vallecillo, *Legislación*, 11:549-566.

⁴⁴ Vallecillo, *Legislación*, 11:549-551.

⁴⁵ Ordenanza de 1632. Portugués, *Ordenanzas*, 1:85-86 y 99.

impidió atender las necesidades socioeconómicas del resto de su Imperio. Como consecuencia, las remesas americanas de oro y plata acabaron en manos de banqueros centroeuropeos y siempre resultaron insuficientes para sostener a los ejércitos en territorio hostil, incluso en las raras ocasiones en que se les pagaba puntualmente. No en vano, el gobernador Luis de Requesens se quejaba de que:

El soldado de más concierto y mejor economía ha menester, solo para comer, diez placas al día, y su sueldo monta cuatro.

Un piquero cobraba en 1636 la misma paga de tres escudos establecida en Génova un siglo antes aunque los precios se habían cuadruplicado, pero la Corona apenas podía sufragar el coste de sus ejércitos con unos sueldos absolutamente desfasados, y resultaba impensable su adecuación al incremento de la carestía de la vida.⁴⁶ Ante esta situación, el militar debía buscarse el sustento mediante tres alternativas: el fraude, el motín o el saqueo. El fraude solía ser patrimonio de los capitanes, quienes falsificaban las muestras de sus compañías para quedarse con el sueldo de desertores y fallecidos. De hecho, esta fue la causa de que el marqués del Vasto reformase los tres tercios viejos en 1538.⁴⁷ Aunque esta práctica pueda hoy resultar escandalosa, no debe juzgarse a la ligera: todos esos capitanes arriesgaban tanto sus vidas como sus haciendas, pues solían prestar dinero a sus hombres para que pudiesen sobrevivir en tierra extraña hasta la llegada de los atrasos. Raramente recuperaban lo invertido y a su regreso debían reclamar a la Corona, no ya todo lo adeudado, sino una simple pensión tras una vida entera de servicio. Quevedo recogió el lamento del maestro Gil de los Arcos, a quien había correspondido una pensión de solo 150 ducados de cuya cobranza desconfiaba, mientras que cualquier funcionario de la corte percibía 400 sin haber arriesgado su vida⁴⁸.

Cuando los retrasos en las pagas alcanzaban un punto insostenible las tropas recurrían al motín, especialmente las mercenarias, que se retiraban antes del combate. En cambio, el honor del soldado español estaba por encima de intereses económicos: al tener noticia de que sus camaradas estaban cercados en Amberes, los «alterados» de Alost retomaron las armas para socorrerlos y regresaron después a su protesta.⁴⁹ Los oficiales de las unidades amotinadas eran sustituidos por «electos», pero estos mantenían la disciplina con el mismo rigor que empleaba contra ellos el capitán general, una vez satisfecha la deuda. El primer motín se produjo en 1495, síntoma inequívoco del tránsito entre la hueste medieval, formada solo por caballeros, y el ejército moderno, con predominio de infantes.⁵⁰ El más cuantioso ocurrió en 1602, duró 900 días e implicó a 3000 soldados de todas las naciones.⁵¹ Sin embargo, el que produjo mayor impacto cualitativo fue el de 1589 pues, aunque solo duró un día, se saldó

⁴⁶ Ibid. 1:66.

⁴⁷ Cerezeda, *Tratado*, 2:350.

⁴⁸ Mercedes Sánchez, *Cartas a Sancho de Sandoval* (Madrid: Calambur, 2009), 154n.

⁴⁹ Juan Giménez Martín, *Tercios de Flandes* (Madrid: Falcatá, 2004), 115.

⁵⁰ Ladero, *Ejércitos y armadas*, 382.

⁵¹ Geoffrey Parker, *El ejército de Flandes y el Camino Español* (Madrid: Alianza, 2006), 346.

con la disolución disciplinaria del tercio de Lombardía II, heredero del primigenio. Este suceso quedaría inmortalizado por la última orden de Leyva a su alférez:

*Ea, batid la bandera y plegadla, pues yà de agora nunca ira delante del tercio viejo.*⁵²



La furia española, óleo anónimo (ca. 1585)

El principal recurso para sobrevivir del soldado de a pie era el pillaje, tanto a título individual como colectivo. En el primer caso, aprovechaba los ocasionales periodos de descanso para alejarse del campamento y buscar sustento en las granjas vecinas, ya fuesen amigas o enemigas, pues cuando el hambre aprieta la política tiene poca cabida.⁵³ Pese a su frecuencia, esta práctica apenas tuvo repercusión en las operaciones ya que, de tocarse «al arma», los prófugos regresaban rápidamente a sus banderas. En cambio, el saqueo organizado formaba parte de la táctica de los tercios desde que el primigenio entró a sangre

⁵² Famiano Strada, *Guerras de Flandes* (Colonia: Melchor de Nozar, 1681), 2:567. Clonard omitió esta disolución para emparentar al Regimiento Galicia con el tercio de Lombardía (8:77 y 95). Por su parte, Ferrer se inventó una relación imposible entre las compañías reformadas de Leyva y los tercios bisoños de Idiáquez y Velasco para hacer descender a este último del de Ulloa (Nápoles III) y retrotraer su origen ya 1509! (*Álbum*, 3:404-410). Como no podía contradecir la Ordenanza de 1702 (Portugués, *Ordenanzas*, 1:279), que certificaba la prelación en Flandes del tercio de Amezaga sobre el de Zúñiga, asignó la misma antigüedad al Regimiento de la Reina.

⁵³ Las penalidades del soldado durante el asedio de Arrás fueron reflejadas en *Cyrano* (1990).

y fuego en Roma (1527).⁵⁴ Cuando se aproximaban a una plaza hostil, se destacaba un trompeta de caballería o un tambor de infantería a parlamentar con sus autoridades. A los civiles se les aseguraban sus vidas y sus haciendas; a los militares, un salvoconducto para que saliesen con sus armas y sus banderas desplegadas tras jurar que no volverían a combatir durante seis meses. De ser nuevamente capturados antes de ese plazo, eran «pasados por las picas». En el caso de que la oferta fuera rechazada y los sitiadores se vieran obligados a plantar su batería o cavar trincheras, se endurecían día a día las condiciones: entrega de armas, pérdida de banderas, sanción económica. Si finalmente se producía el asalto, la plaza era sometida a un saqueo sistemático que incluía abusos sexuales, robos, asesinatos, incendio de casas y derribo de murallas.⁵⁵ Tal era el pánico que esto causaba a los vecinos, que preferían hacer frente a las fuerzas defensoras antes que padecer la «furia española». Farnesio y Spinola soportaron estoicamente durante meses los rigores de sendos asedios en Amberes y Breda para no arriesgar sus ejércitos en unas cuantas horas de batalla incierta.⁵⁶ En cambio, el propio Carlos I tuvo que levantar el de Metz debido a la pésima meteorología, el desabastecimiento y las enfermedades.⁵⁷

Ocio y conciliación familiar

La vida castrense distaba de ser cómoda, incluso en tiempo de paz, de ahí que muchos hombres alternasen el servicio con la licencia voluntaria para descansar, visitar a la familia, curarse las heridas o correr aventuras en tierras aún más exóticas.⁵⁸ Como el sueldo apenas cubría las necesidades básicas de los soldados, se les conminaba a vivir en «camaradería» a fin de compartir gastos y prestarse asistencia mutua.⁵⁹ El juego estaba oficialmente prohibido con la curiosa salvedad del cuerpo de guardia, para evitar que una mala mano de naipes se tradujese en un derramamiento de sangre. En cambio, se consentía la bebida porque contribuía a hacer más llevaderas las penalidades de la guerra y la lejanía del hogar. Los alemanes, valones y británicos preferían la cerveza pero españoles, italianos y portugueses solo bebían vino. Las tabernas eran regentadas por paisanos que obtenían la concesión a cambio de entregar al sargento mayor una parte de los beneficios, práctica consentida por el alto mando siempre que una parte repercutiera en mutilados, viudas y huérfanos.⁶⁰ Estos últimos suponían una carga inasumible para el ejército, hasta el punto de que Felipe IV se quejaba amargamente de...

⁵⁴ Cerezeda, *Tratado*, 1:173-180.

⁵⁵ Pieter Martens, «La destruction de Théroanne et d'Hesdin par Charles Quint en 1553», *La forteresse à l'épreuve du temps* (París: CTHS, 2007), 63-117.

⁵⁶ Juan Carlos Losada, *Los generales de Flandes: Alejandro Farnesio y Ambrosio de Spínola* (Madrid: Esfera, 2007), 139 y 301.

⁵⁷ Sandoval, *Carlos V*, 2:536 y 550.

⁵⁸ María Antonia Domínguez Flores, *Discurso de mi vida de Alonso Contreras. Edición y estudio* (tesis doctoral, Universidad Complutense, 2007), 177-189.

⁵⁹ Ordenanza de 1632, Portugués, *Ordenanzas*, 1:93.

⁶⁰ Sobre la taberna del castillo de Lisboa: Archivo General de Simancas, Guerra y Mar, leg. 118.

*...mantener dos exercitos, uno de vivos que me sirven y otro de los muertos que me sirvieron, en sus mujeres e hijos que no pueden servir.*⁶¹

Al objeto de reducir esta carga, se limitó el número de licencias matrimoniales a un sexto de cada unidad, siempre que se hiciera con mujeres de buena cuna y con la correspondiente dote, bajo pena de perder el oficio o las ventajas en caso de incumplimiento. Quienes optaban por contraer matrimonio con damas españolas eran conscientes de que pasarían la mayor parte de su vida adulta separados de su familia, por lo que muchos oficiales preferían emparentar con aristócratas italianas o flamencas que les aportasen títulos y recursos económicos. Cuando la unidad cambiaba de teatro de operaciones, acudían a la corte en demanda de algún gobierno que les permitiese seguir conciliando su vida profesional y familiar, pero no siempre conseguían su propósito y debían recurrir a una licencia para poner en orden sus asuntos.⁶² La tropa intentaba amancebarse con lugareñas de moral relajada y, en su defecto, recurría a las prostitutas que acompañaban al ejército en calidad de vivanderas o lavanderas. Ambas prácticas eran toleradas pese a contravenir los férreos preceptos de la Contrarreforma porque liberaban a la Corona de cargas familiares. Como consecuencia, alrededor de los campamentos se levantaban unos barrios poblados por mujeres y niños que complicaban la logística hasta el infinito.



Sitio de Ostende, óleo de Cornelis de Wael (1592–1662)

⁶¹ Ordenanza de 1632, Portugués, *Ordenanzas*, 1:90.

⁶² Caso de Juan de Urbina, que «partió a Nápoles a cosas que a su honra tocaban» y las solventó «matando cuantas cosas halló vivas en su casa». Sandoval, *Carlos V*, 1:446 y 2:78.

La infantería de naciones

El Ejército de la Monarquía Hispánica siempre fue una fuerza plurinacional, al contrario que las unidades que lo componían.⁶³ Ya en la Instrucción de Génova se prohibía taxativamente la presencia de extranjeros en las compañías españolas, con la salvedad de los músicos.⁶⁴ No obstante, los oficiales españoles sí podían mandar unidades de cualquier otra procedencia, como fue el caso de Verdugo y Mondragón, coroneles de sendos regimientos alemanes.

El contingente más importante fue siempre el italiano, ya que Sicilia había sido conquistada por Pedro III de Aragón en 1282.⁶⁵ Una vez licenciada la infantería del Gran Capitán, la nobleza napolitana afrontó la defensa del reino en virtud del juramento vasallático prestado al rey Fernando. Tras la anexión de Lombardía, se reclutaron también unidades en Milán, Saboya, Parma o Urbino, no así en Florencia por su escasa fiabilidad. La infantería italiana se organizó en tercios y seguía en prelación a la española con independencia de su antigüedad. Las frecuentes disputas por la preferencia se saldaron en 1682 al fusionarse el tercio lombardo de Baglioni y el napolitano de Buonamico en uno mixto.⁶⁶

La aportación militar de los Países Bajos comenzó en 1502, pero solo tuvo una entidad significativa durante las guerras contra los luteranos alemanes. Cuando se produjo la rebelión calvinista todas sus unidades fueron disueltas por Alba, y al año siguiente se reintegraron al servicio las católicas tras superar el pertinente juicio.⁶⁷ Muchos nobles antes leales a la Corona serían ejecutados por traición durante los ochenta años que duró este conflicto, como el conde de Egmont, quien había mandado la caballería imperial en San Quintín. Mucho antes de su término *de iure* (1648), se había consumado *de facto* la división entre las ocho provincias católicas de Valonia (Artois, Brabante, Flandes, Henao, Limburgo, Luxemburgo, Malinas, Namur) y las nueve calvinistas de la Baja Alemania (Drenthe, Frisia, Groninga, Güeldres, Holanda, Overijssel, Utrecht, Zelanda, Zutphen). En 1602 los regimientos valones adoptaron el pie de tercio.

Complementaria de la anterior puede considerarse la escasa representación borgoñona, esto es, procedente del actual Franco Condado, que en aquella época formaba parte del patrimonio de los Habsburgo y cuyas unidades tenían el mismo pie que las españolas. Lo mismo sucedió con las portuguesas durante los sesenta años que formaron parte del Imperio. El más antiguo y longevo era el tercio de Almeida, que sirvió en la Armada.⁶⁸

El primer contingente alemán consistió en los 2000 lansquenetes que Hans von Ravenstein llevó a Nápoles en 1503.⁶⁹ Con Carlos I las tropas oriundas del Sacro

⁶³ Se recomienda la lectura de los *Cuadernos de historia militar* 1, 3 y 5 al 8 (2014-2019).

⁶⁴ Vallecillo, *Legislación*, 11: 552.

⁶⁵ Fernando el Católico fue antes rey de Sicilia (1468) que de Castilla (1475) o Aragón (1479).

⁶⁶ Sánchez Martín, *La época de los tercios*, <http://www.tercios.org> (consultada en 2015).

⁶⁷ Sánchez Martín, «La infantería valona y alemana del ejército de Flandes, 1566-1609», *Researching & Dragona* (1998), 5:4-35.

⁶⁸ Francisco Manuel, *Epanaphoras de varia historia portugueza* (Lisboa: Valente, 1660), 185.

⁶⁹ Ladero, *Ejércitos y armadas*, 93.

Imperio constituían el grueso del Ejército y, tras su abdicación, varios regimientos permanecieron a sueldo de España aunque no ya como súbditos sino como mercenarios. Algunos coroneles sirvieron ininterrumpidamente durante varias décadas, como Georg von Frundsberg, Wilhem von Rogendorff o la saga familiar de los condes de Lodron.⁷⁰ Solo se autorizaba la contratación de católicos (austriacos, bohemios, bávaros, alsacianos, croatas), que se enfrentaron en Mühlberg y Nördlingen a los luteranos (sajones, suabos, renanos, prusianos).

Los suizos, en cambio, nunca combatían entre ellos aunque practicasen diferentes confesiones religiosas. Durante las guerras de Borgoña y Suabia habían ganado fama de invencibles, de ahí que fueran contratados masivamente por los monarcas franceses. De hecho, con la salvedad de la *Gendarmerie* y de los belicosos infantes gascones y picardos, el resto de la población gala prácticamente no se vio afectada por las guerras, lo que benefició la agricultura local a costa de mermar el tesoro. La fama helvética se eclipsó cuando fueron barridos en unos minutos por los arcabuceros españoles en Bicocca (1522), aunque se cobrarían cumplida venganza en Cerisoles (1544).⁷¹ Ambas batallas enturbiaron las relaciones hispano-suizas, y hubo que esperar hasta 1574 para que Walter Roll firmara un primer asiento con destino a Flandes. Esta empresa tampoco prosperó, por lo que no volverían a ser contratados hasta el siglo XVII, de forma esporádica y siempre como refuerzo al ejército de Lombardía.⁷²

Curiosamente, la primera aportación británica no se debió al matrimonio de Felipe II con María Tudor, sino a la defección de un regimiento protestante que servía a Francia.⁷³ En cambio, los católicos irlandeses fueron recibidos a sueldo de la Corona como vasallos, al estar su isla invadida por los ingleses.⁷⁴ En 1642 tenían cuatro tercios en Flandes y tres en España, incluyendo el del conde de Tyrone, que sirvió durante cuarenta años. Tras la firma del tratado de Londres (1604) se contrataron un regimiento inglés y otro escocés, cuyo personal era relevado en cada campaña.⁷⁵ Ninguna unidad británica llegó a la guerra de Sucesión, ya que en 1689 el holandés Guillermo de Orange se convirtió en rey consorte de Inglaterra e Irlanda y prohibió que sus súbditos sirvieran a España.

Los regimientos del resto de naciones continuaron sirviendo en el Ejército de los Borbones tras la evacuación de Italia y Flandes, aunque su número se fue reduciendo paulatinamente al refundirse unos en otros para compensar fallecimientos y licencias. Los primeros en desaparecer fueron los alemanes (1718) y los valones (1792). Tras la guerra de Independencia los italianos e

⁷⁰ Anna Mur i Raurell. «Rocandolfo al servicio de Carlos V (1481-1541)». *Anuario de estudios medievales*, 28 (1998).

⁷¹ Cerezeda, *Tratado*, 1:24-28 y 3:190.

⁷² Enrique Martínez Ruiz, «Los suizos en el Ejército español de los siglos XVI y XVII», *Cuaderno de historia militar*, 6 (Madrid: Ministerio de Defensa, 2017), 37-57.

⁷³ Cabrera, *Filipe II*, 1:174.

⁷⁴ Óscar Recio Morales, *El socorro de Irlanda en 1601 y la contribución del Ejército a la integración social de los irlandeses en España* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2002), 97.

⁷⁵ Sánchez Martín, «Las tropas británicas de la casa de Austria», *Researching & Dragona*, 8 (1999), 4-21

irlandeses comenzaron a aceptar españoles en sus filas, no así los suizos, cuyos tres últimos regimientos fueron licenciados en 1835.⁷⁶



Cuerpo de guardia, óleo de David Teniers el Joven (1642)

RECURSOS MATERIALES

Armamento

Algunos autores han querido ver un posible origen del vocablo «tercio» en la campaña del Rosellón (1495) ya que, según el cronista, las cuadrillas de peones se articulaban en:

*Un tercio con lanzas, como los alemanes las traían, que llamaron picas; y el otro tenía el nombre antiguo de escusados; y el tercero de ballesteros y espingarderos.*⁷⁷

Sin embargo, Zurita incurrió en dos graves anacronismos al escribir casi un siglo después de los hechos que relataba y dejarse influenciar por la nomenclatura de su época. La primera partida de picas fue adquirida de forma centralizada por el rey Fernando en 1503 a fin de asegurar el suministro, homogeneizar la calidad y abaratar el precio, que repercutiría después en la paga de los infantes.⁷⁸ También es falso que las cuadrillas se organizaran en tercios, que estos se articularan en tres coronelías o que sus soldados portasen tres tipos de armas diferentes. Las 36 compañías que combatieron en Pavía (1525) eran mixtas de rodeleros,

⁷⁶ Gómez y Alonso, *El Ejército de los Borbones*, t. 1 al 6.

⁷⁷ Jerónimo Zurita. *Historia del rey don Hernando el Católico*, en *Anales de Aragón* (Zaragoza: Lanaja y Lamarca, 1670), 5:124v. Por «escusado» debe entenderse escudado o escudero.

⁷⁸ Quatrefages, *Revolución militar*, 148-152.

lanceros, arcabuceros y escopeteros, pero no tenían plantilla fija ni se agrupaban aún en tercios.⁷⁹ Los cuatro mencionados en la Instrucción de Génova tenían 7, 9, 11 y 12 compañías, todas ellas a 300 efectivos teóricos. Dos compañías por tercio eran de arcabuceros y el resto mixtas de piqueros (2/3) y arcabuceros (1/3). En Vigevano (1538) se redujo la infantería a 1 compañía de arcabuceros y 7 mixtas, y se prohibió el empleo de partesanas y alabardas excepto las 8 que custodiaban la bandera, de donde se infiere que el tránsito hacia la pica distaba de estar completado.⁸⁰ En 1545 se redujo a 2 compañías de arcabuceros y 8 mixtas, incluyendo un 25% de coseletes.⁸¹

En 1567 Alba llevó a Flandes 4 tercios de 10 compañías veteranas, más otras 9 bisoñas que agregó al de Nápoles. A cada una le asignó 15 mosquetes, de mayor alcance y precisión que el arcabuz, pero tan pesados que debían ser apoyados en una horquilla para poder apuntar. Cada compañía se completaba con 11 oficiales y 224 piqueros, pero en dos de cada tercio estos últimos eran sustituidos por arcabuceros.⁸² Desde 1632 cada tercio expedicionario debía contar, teóricamente, con 15 compañías de 200 efectivos, repartidos entre 70 piqueros, 90 arcabuceros y 40 mosqueteros; mientras que los tercios peninsulares tendrían 12 compañías a 250 plazas.⁸³ En la práctica, había tercios de solo 4 compañías y otros de 24 aun antes de entrar en combate. La adopción del fusil de chispa y de la bayoneta a finales del siglo XVII permitió abandonar la pica y unificar toda la infantería bajo una misma especialidad, con la única salvedad de la compañía de elite de cada tercio que estaba formada por granaderos.

Además del armamento reglamentario, todos los militares, sin excepción, llevaban un tipo de espada conocida como «ropera» por formar parte del vestuario. Pese a su nombre, no era un adorno sino una herramienta mortífera, de ahí que se prefiriese corta y afilada para facilitar su empleo en lugares cerrados, persecuciones, escaramuzas o abordajes.⁸⁴ El escudo siguió utilizándose durante gran parte del siglo XVI ya que podía detener el impacto de un arcabuz a media distancia, no así el de un mosquete. Solo se empleaba en combate, pues en los duelos se prefería el mismo estilete empleado para rematar a los malheridos, de ahí su sobrenombre de «misericordia». Los piqueros más veteranos que formaban las primeras filas del escuadrón debían vestir coselete, esto es, una media armadura reducida al morrión, peto, espaldar, escarcelas, brazales y manoplas, ya que las musleras, grebas y escarpes, imprescindibles para combatir a caballo, estorbaban los movimientos pie a tierra. El número de «picas secas» fue disminuyendo progresivamente hasta desaparecer en 1632. Los mosqueteros y arcabuceros también carecían de protecciones, ya que dificultaban la puntería y la recarga del arma, especialmente durante las descubiertas y golpes de mano. Estas acciones, casi siempre nocturnas, se

⁷⁹ Rodríguez Villa, *Italia*, 209-222.

⁸⁰ Cerezeda, *Tratado*, 2:354-360.

⁸¹ Instrucción dada por Carlos I en Bormes, 6 de agosto de 1545. Vallecillo, *Legislación*, 12:135.

⁸² Parker, *Camino Español*, 318.

⁸³ Ordenanza de 1632, Portugués, *Ordenanzas*, 1:69.

⁸⁴ Julio Albi de la Cuesta, *De Pavía a Rocroi* (Madrid: Balkan, 1999), 73 y 88.

conocían como «encamisadas» porque los hombres vestían la camisa blanca por encima del jubón para diferenciarse del enemigo.⁸⁵



Fragmento de encamisada en *La batalla de Pavía*, óleo anónimo (ca. 1525)

Enseñas y uniformes

A muchos sorprenderá que los soldados tuvieran que recurrir a un método tan anodino para identificarse, pero el motivo resulta obvio: ningún ejército vistió uniforme hasta mediados del siglo XVII aunque Hollywood se empeñe en demostrar lo contrario.⁸⁶ El coste de su producción habría sido inasumible para cualquier monarca, su vida limitadísima debido al deterioro continuo en campaña, y su utilidad relativamente dudosa. Las unidades renacentistas combatían siempre en orden cerrado, por lo que bastaba con arbolar su bandera en el centro de la formación para que amigos y enemigos pudieran identificarlas. Especialmente, si se enfrentaban a otras etnias o religiones, pues las diferencias se reflejaban también en la fisonomía y la indumentaria. Cuando esto no ocurría, se recurría a algún distintivo que evitase accidentes en el cuerpo a cuerpo. En el caso de los tercios solía ser un aspa de color rojo, pero no porque fuese el de la infantería, como algunos han propuesto, sino de la dinastía Habsburgo. De hecho, la cruz de san Andrés que se acabaría convirtiendo en el emblema del Ejército hasta su sustitución por el águila de San Juan en 1943, fue introducida por los arqueros a caballo borgoñones que acompañaron a Juana la Loca y

⁸⁵ Cerezeda, *Tratado*, 1:117-121. También puede verse un ejemplo en *Alatriste* (2006).

⁸⁶ No obstante, determinadas unidades como las guardias reales y las órdenes militares solían vestir prendas similares con los escudos heráldicos bordados sin llegar a constituir un uniforme.

Felipe el Hermoso durante su primer viaje a España (1502).⁸⁷ De sus sobrevestas pasó a las banderas de infantería, donde iba sobreimpuesta a unos dibujos flameantes o ajedrezados cada vez más complejos, al tener que identificar a más compañías simultáneamente. En cambio, la caballería prefería unos estandartes con ricos bordados heráldicos o religiosos.⁸⁸

Una de las consecuencias de que los tercios carecieran de nombre oficial es que tampoco tenían bandera ni armas heráldicas, ya que las del maestro de campo solo tenían vigencia mientras ejerciera el mando. Cada capitán se confeccionaba su bandera, de ahí que este vocablo fuera sinónimo de compañía tanto en una crónica de 1522 como en las Ordenanzas de 1632.⁸⁹ En 1707 el rey ordenó que cada batallón ostentase una bandera de tafetán blanco, con el escudo de la provincia que le diera nombre en los extremos de la cruz de Borgoña. La del primer batallón tenía privilegio de coronela, y se diferenciaba del resto porque ostentaba las armas reales en el centro.⁹⁰ Unas armas reales que conservarían las particulares de todos los territorios perdidos en Utrecht hasta 1843, cuando se vieron reducidas a las de Castilla y León en la nueva bandera rojigualda.⁹¹

Hasta el siglo XVII cada soldado vistió con tantas galas como pudiera pagarse de su peculio, pues estaba exento de las normas de austeridad impuestas por el concilio de Trento a los civiles.⁹² Se le recomendaba cierta modestia a la hora del gasto, pero no del color o los artificios, pues el impacto cromático contribuía a la desmoralización del enemigo. No obstante, el Ejército proveía determinadas prendas de munición, generalmente pardas o negras, que no intentaban uniformar a los soldados sino evitar que, ante el retraso de las pagas, se cubriesen solo con harapos. La primera contrata de uniformes la firmó Juan José de Austria en 1664 ya que, al contrario que los expedicionarios en Italia o Flandes, los nuevos tercios provinciales del ejército de Extremadura estaban compuestos por milicianos forzados que carecían de recursos para vestir dignamente.⁹³ Solo cinco permanecieron en pie en 1669, y el pueblo comenzó a identificarlos por el color de sus casacas como tercio de los «Colorados» (Madrid), «Azules» (Toledo), «Amarillos» (Burgos), «Verdes» (Córdoba) o «Morados» (Sevilla). Este último, creado en 1634 para servir en la corte, se transformaría en 1766 en el Regimiento del Rey.⁹⁴ Todas las unidades levantadas durante la guerra de la liga de Augsburgo (1688–1697) fueron uniformadas a criterio de sus coroneles pero, como la gama era limitada, hubo que recurrir a los adjetivos tradicionales para diferenciarlas: «Amarillos Nuevos» (León), «Verdes Nuevos» (Valladolid), «Colorados Nuevos» (Gibraltar), «Azules

⁸⁷ Manuel Giménez, *El Ejército y la Armada* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1982), lám. 29.

⁸⁸ Giancarlo Boeri, José Luis Mirecki y José Palau, *The Spanish armies in the war of the League of Augsburg 1688-1697* (Milán: Boeri, 2002), apéndices.

⁸⁹ Cerezeda, *Tratado*, 1:23. Portugués, *Ordenanzas*, 1:69-70.

⁹⁰ Real Ordenanza de 28 de febrero de 1707. Portugués, *Ordenanzas*, 1:610-614.

⁹¹ Decreto de 13 de octubre de 1843. *Colección legislativa de España*, 31 (1843), 2:263.

⁹² Real Cédula de 10 de noviembre de 1623. Portugués, *Ordenanzas*, 1:56.

⁹³ Rodríguez Hernández, «La evolución del vestuario militar y la aparición de los uniformes en el Ejército de la Monarquía Hispánica», *Obradoiro de historia moderna*, 26 (2017), 186.

⁹⁴ Clonard, *Historia*, 11:32. Carece de fundamento su relación con las Guardas, inventada por Ferrer (*Álbum* 2:8) para demostrar, precisamente, que su antigüedad no era inmemorial.

Nuevos» (Murcia).⁹⁵ Hasta 1706 no vestiría toda la infantería de un mismo color, en este caso, blanco.⁹⁶



Alféreces y tercios provinciales, ilustraciones de Manuel Giménez (1862)

El Camino Español

Durante la primera mitad del siglo XVI, la Armada proveyó a los Países Bajos de recursos humanos, materiales y financieros pero, tras la emancipación de Holanda y la proclamación de Isabel Tudor en Inglaterra, el mar del Norte se llenó de naves hostiles.⁹⁷ La alternativa terrestre que unía Génova con Namur, conocida como Camino Español, parecía más segura *a priori*, aunque no solo transitaba por territorios de la Corona (Milán, Borgoña) o aliados (Saboya, Alsacia), sino también enemigos (Suiza, Palatinado). Algunos tramos eran ya empleados por mercaderes, pero otros fueron construidos por y para el ejército. El primero en recorrerlo fue el del III duque de Alba quien, con su acostumbrada minuciosidad, se hizo acompañar por un pintor, un ingeniero y 300 gastadores.⁹⁸ Los acompañaban 8652 infantes y 1250 jinetes, cifras que solo superarían las expediciones de Santa Cruz en 1631 (9782 + 1526) y del Cardenal-Infante en 1634 (9540 + 2044), si bien ambos tuvieron que emplear la nueva ruta tirolesa ante la defección del duque de Saboya. Alba empleó 56 días en el verano de 1567, una cifra elevada si se compara con los 32 del tercio de Figueroa en el invierno de 1578, lo que arroja una media de 44. Para facilitar el tránsito se

⁹⁵ Boeri *et al*, *Spanish armies*, 7-8.

⁹⁶ Real Ordenanza de 30 de diciembre de 1706. Portugués, *Ordenanzas*, 1:533.

⁹⁷ Víctor Sánchez Tarradellas, *La logística de los tercios* (Zaragoza: HRM Ediciones, 2019), 251.

⁹⁸ Parker, *Camino Español*, 117.

habilitaron una serie de *étapes*, especie de postas donde las autoridades y mercaderes locales proveían a las tropas de sustento y animales de refresco.



Entrada del duque de Alba en Bruselas, grabado de Frans Hogenberg (1535–1590)

Infraestructuras

Cuando los tercios atravesaban territorios hostiles o despoblados levantaban los tradicionales campamentos formados por tiendas de lona y barracas de madera, pero siempre que fuera posible preferían alojarse en el interior de las villas.⁹⁹ Para ello, el aposentador real pactaba las condiciones con las autoridades locales, sorteando el número de inquilinos en función del tamaño de la vivienda y la capacidad económica del propietario. Hecho esto, cada capitán concentraba a sus hombres en la iglesia o el ayuntamiento para que el furriel les repartiese las boletas correspondientes. El anfitrión debía facilitarles también la comida, pero su coste era sufragado por los soldados. Como es obvio, los desórdenes se juzgaban sobre la marcha y se castigaban con severidad.¹⁰⁰

El cuartel urbano es un invento del siglo XVIII, ya que en los albores de la Edad Moderna las unidades militares seguían guarneciendo los últimos castillos que conservaban su interés estratégico: Salses, Nápoles, Milán, Namur, Lisboa, etc. La guarnición de la Alhambra era más reducida, pero allí se ubicó la primera capitánía general de España, destinada a defender la costa meridional de contraataques islámicos. Los avances de la artillería pronto determinaron otro paralelo de la ingeniería y, a raíz de la invasión francesa, se ideó la *trace italienne*: una fortaleza abaluartada con planta poligonal y muros compuestos de

⁹⁹ Se recomienda el visionado de *La kermese heroica* (1935) ya que, pese a su tono de comedia, refleja con acierto el alojamiento de un tercio en una villa flamenca.

¹⁰⁰ Rodríguez Hernández, *Tambores de Marte*, 73.

piedra y arena para absorber mejor los impactos.¹⁰¹ Su complejidad aumentaría hacia 1560 gracias a Gabrio Serbelloni, y alcanzaría el paroxismo un siglo después con Vauban. El tercio de Nápoles se repartía entre trece fortalezas, de ahí que su plantilla fuera siempre la más numerosa. Los presidios toscanos fueron ocupados alternativamente por este tercio, el de Lombardía u otro específico. El de Sicilia guarnecía siete fortalezas insulares y solía proporcionar relevos a las de Berbería: Trípoli, Mahdía, La Goleta, Bona, Bujía, Orán y Melilla. En 1640, Ceuta optó por permanecer en manos españolas tras la guerra de Restauración Portuguesa, conflicto del que se conservan numerosos baluartes enfrentados como los de Badajoz y Elvas. Por su parte, el llamado tercio de la Frontera mantuvo guarniciones permanentes en Fuenterrabía, Pamplona y Perpiñán, sustituida por Rosas cuando fue ocupada por Francia. Prácticamente todas las fortalezas de Lombardía y los Países Bajos fueron guarnecidas o expugnadas por los españoles en algún momento de su historia, destacando por su espectacularidad las de Alessandria y Naarden.



Sitio de Groenlo por Spinola, óleo de Pieter Snayers (1592–1667)

Desde que Isabel la Católica crease el primer hospital de campaña conocido durante la toma de Álora (1484), los escasos cirujanos con los que contaba el Ejército se alternaban con barberos y capellanes para aliviar el sufrimiento de los incontables heridos de cada batalla.¹⁰² La carencia de higiene y de antibióticos propiciaba que cualquier herida leve se convirtiera en mortal debido a la gangrena, por lo que eran frecuentes las amputaciones. No obstante, Julián Romero permanecería en activo tras perder un pie en San Quintín, un brazo en

¹⁰¹ José Javier de Castro Fernández y África Cuadrado, «Las fortificaciones de la corona hispánica en el Mediterráneo durante los siglos XVI y XVII», *Actas del IV Congreso de Castellología* (Madrid: Asociación Española de Amigos de los Castillos, 2012), 143-200.

¹⁰² Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos* (Valencia: Benito Monfort, 1780), 230

Mons y un ojo en Harlem.¹⁰³ Doscientos años después ocurriría lo mismo con Blas de Lezo, señal de que la calidad del soldado español no había menguado un ápice pese al lento avance de la medicina.¹⁰⁴

LOS TERCIOS EN COMBATE

Mando orientado a la misión

El Consejo de Guerra solo distinguía dos teatros de operaciones permanentes: el Mediterráneo, frente a otomanos y berberiscos; y el Atlántico, frente a franceses y protestantes.¹⁰⁵ Ocasionalmente se abría también el Ibérico, frente a moriscos e independentistas. El antiguo reino normando de las Dos Sicilias solo contaba con fuerzas de guarnición subordinadas a sus virreyes: el de Sicilia solía responsabilizarse, además, de comandar las expediciones mediterráneas; el de Nápoles, las campañas en suelo italiano como las de Florencia (1529, 1537), Siena (1552) o Roma (1556). Sus dos tercios fijos fueron empleados en todos los escenarios a modo de fuerza de reacción rápida,¹⁰⁶ pero en siete ocasiones no regresaron y tuvieron que ser relevados por otros bisoños. El tercio de Sicilia IV, creado entre 1567–1570, se replegó a España en 1713 y recibió el nombre de África, pero recuperó el original en 1893. En cambio, el de Nápoles V sería capturado por los austriacos en 1707, interrumpiéndose así su historial.¹⁰⁷

Los Países Bajos siempre contaron con un ejército de maniobra, en el que se integraron los tercios de Sande y Vargas entre 1543–1545, y los de Cáceres y Navarrete entre 1555–1560. Al estallar la rebelión calvinista en 1567, Alba regresó con los de Romero (Sicilia III), Ulloa (Nápoles III), Londoño (Lombardía II) y Bracamonte (Cerdeña).¹⁰⁸ Los tres últimos fueron pronto reformados,¹⁰⁹ pero el primero, organizado con motivo de la campaña de Mahdí de 1550, permanecería en Flandes hasta 1713 salvo por dos breves retornos a Italia en 1577 y 1580, o la expedición de Farnesio a París en 1590. Una vez en España recibió el nombre de Galicia, que se le cambió en 1792 por Reina para que su puesto en el escalafón coincidiera con su antigüedad.¹¹⁰ Le acompañaron en el repliegue los tercios creados por Bobadilla en 1581 y Velasco en 1591, que en 1718 se transformaron en los regimientos Zamora y Soria, respectivamente.¹¹¹

¹⁰³ Antonio Marichalar, *Julián Romero* (Madrid: Espasa-Calpe, 1952), 106, 245 y 261.

¹⁰⁴ Manuel Gracia Rivas, «En torno a la biografía de Blas de Lezo», *Itsas Memoria. Revista de estudios marítimos del País Vasco*, 7 (2012), 487-522.

¹⁰⁵ I.A.A. Thompson, *Guerra y decadencia. 1560-1620* (Barcelona: Crítica, 1981), 17.

¹⁰⁶ Carlos Belloso, *La antemuralla de la monarquía* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2010), 87.

¹⁰⁷ Juan Antonio Samaniego, *Disertación sobre la antigüedad de los regimientos* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1992), 70 y 170.

¹⁰⁸ Mendoza, *Comentarios*, 28.

¹⁰⁹ Nueva CODOIN, 3:214; Strada, *Guerras de Flandes*, 2:470; Parker, *Camino Español*, 264.

¹¹⁰ La historia real de estos dos regimientos está aún por reescribir, ya que Samaniego confundió al tercio viejo de Lombardía con el de Sicilia, y tanto Clonard como Ferrer perpetuaron su error.

¹¹¹ Alonso Vázquez, *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese*, (Madrid: Miguel Ginesta, 1879), CODOIN 72:102 y 73:51. Samaniego, *Disertación*, 121 y 129.

Clonard los bautizaría *motu proprio* como tercios departamentales de Flandes, Holanda y Brabante, nombres que nunca ostentaron.¹¹²

El segundo ejército de maniobra estaba desplegado en el antiguo reino de Lombardía, que se extendía entre los Alpes y los Estados Pontificios a modo de bisagra entre el Atlántico y el Mediterráneo. Su capital residía en el ducado de Milán, que había sido anexionado *de iure* por Carlos I en 1535 aunque el protectorado español se remontaba *de facto* a 1521.¹¹³ Allí se sucedieron tres tercios fijos ya que el primero fue reformado en Vigevano y el segundo en Flandes. El tercero, creado entre 1567–1570, vino a España en 1706 y setenta años después recibiría la denominación de Príncipe.¹¹⁴ Por el ducado de Saboya pasaron muchos tercios itinerantes, pero solo contó con uno fijo desde 1591 hasta su evacuación en 1706. Pese a su sobrenombre, el tercio del Mar de Nápoles, creado en 1635, sirvió siempre en Lombardía. Aunque en 1718 recibió el nombre de Corona, en 1944 se le cambió por el de Nápoles, lo que provocaría la confusión de historiales con el tercio partenopeo.¹¹⁵



Capitanes generales de los ejércitos Habsburgo (1521–1700)¹¹⁶

Por su parte, la península ibérica seguía guarnecida por unas Guardas cada vez menos operativas, ya que el retraso acumulado en las pagas provocaba el absentismo de sus capitanes. Juan de Austria sofocó la rebelión de las Alpujarras con varios tercios de milicias levados *ex profeso* (1569). Con ocasión de la

¹¹² Clonard, *Historia*, 8:78, 344 y 455.

¹¹³ Luis Ribot, «Las provincias italianas y la defensa de la monarquía», *Manuscrits* 13 (1995), 99.

¹¹⁴ Manuel Gómez Ruiz y Vicente Alonso Juanola, *El ejército de los Borbones* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1989), 2:67-68.

¹¹⁵ Decreto de 21 de diciembre de 1943, Boletín Oficial del Estado de 2 de enero de 1944, p. 46.

¹¹⁶ Marqués del Vasto (Tiziano), duque de Alba (Mor), Juan de Austria (Coello), Alessandro Farnese (van Veen), Ambrogio Spinola (Rubens), duque de Feria (Diricksen), Cardenal-Infante (van Dyck), Juan José de Austria (anónimo).

conquista (1580) y restauración de Portugal (1659) se organizaron en Extremadura sendos ejércitos provisionales que quedaron al mando del duque de Alba y de Juan José de Austria.¹¹⁷ El tercio que guarnecía el castillo de Lisboa pasó por Sicilia y Milán antes de venir a España, donde recibiría el nombre de Zaragoza en 1791.¹¹⁸ El ejército de Cataluña tuvo una vida discontinua en función de las relaciones con Francia, hasta convertirse en permanente tras la rebelión de 1640. Al principio solo contó con unidades de milicias, lo que propició la pérdida del Rosellón, pero su operatividad se vio notablemente reforzada cuando incorporó los cinco tercios provinciales veteranos de Extremadura.¹¹⁹

Los ejércitos expedicionarios al Sacro Imperio siempre se organizaron *ad hoc*, pese a lo cual cosecharon notables triunfos. El propio emperador mandaba los dos que derrotaron a los otomanos en Viena (1532) y a los protestantes en Mühlberg (1547).¹²⁰ Spinola condujo otro al Palatinado, donde venció en Wimpfen y Fleurus (1622).¹²¹ El duque de Feria se internó en Alsacia para liberar Constanza y Breisach.¹²² Por su parte, el Cardenal-Infante acabó en Nördlingen (1634) con la teórica invencibilidad de las brigadas suecas¹²³ y, quizás por ello, esta innovación de Gustavo Adolfo no se aplicaría en España hasta la Ordenanza de 1702.¹²⁴ A Hungría marcharon cuatro tercios de forma sucesiva: Ávalos, Morales, Sande y Aldana (Nápoles II), diezmado en 1554.¹²⁵ Desde la muerte de Carlos I el frente magiar quedó en manos austriacas, y los españoles no regresarían hasta 1686 para tomar parte en la recuperación de Buda.¹²⁶

Lo orgánico frente a lo operativo

Los caballeros que componían las huestes feudales marchaban al frente «en compañía», al mando de un adalid y con un alférez portaestandarte. De ahí proviene el término «compañía», que desde 1504 designaría también a las antiguas cuadrillas de peones. Una vez frente al enemigo, los caballeros desplegaban tácticamente en «batalla», término que los franceses transformaron en *bataillon* y que pasaría a la infantería en 1702. Paradójicamente, los piqueros se agrupaban para el combate en escuadrones, entidad que ese año pasaría a la caballería.¹²⁷ Al contrario de lo que muchos piensan, esta adaptación española del cuadro suizo no fue introducida por el Gran Capitán en Nápoles sino por el II duque de Alba en el Rosellón.¹²⁸ En orden de marcha, el ejército se articulaba en un escuadrón de vanguardia, otro de retaguardia, y tantos en la batalla como

¹¹⁷ Serafín Estébanez Calderón, *De la conquista y pérdida de Portugal* (Madrid: Dubrull, 1885).

¹¹⁸ Gómez Ruiz y Alonso Juanola, *Borbones*, 4:14.

¹¹⁹ Raquel Camarero, *La guerra de recuperación de Cataluña* (Madrid: Actas, 2015), 23.

¹²⁰ Sandoval, *Carlos V*, 2:109 y 447.

¹²¹ Hugo Cañete, *Los tercios de Flandes en Alemania* (Málaga: Salamina, 2014), 305 y 365.

¹²² Carlos de la Rocha et al, *El ejército de Alsacia* (Madrid: Sátrapa, 2010), 62 y 78.

¹²³ William P. Guthrie, *Batallas de la guerra de los Treinta Años* (Málaga: Salamina, 2016), 1:382.

¹²⁴ Portugués, *Ordenanzas*, 1:316.

¹²⁵ Antonio Rodríguez Villa, *Expedición del maestro de campo Bernardo de Aldana a Hungría en 1548* (Madrid: Medina, 1878), 100.

¹²⁶ Emiliano Zarza Sánchez, *La participación del duque de Béjar en el sitio de Buda* (Béjar: Centro de Estudios Bejaranos, 2014).

¹²⁷ Portugués, *Ordenanzas*, 1:295.

¹²⁸ Quatrefages, *Revolución militar*, 148-152.

fuera necesario, todos ellos compuestos por uno a tres tercios. Los españoles siempre reclamaban encabezar la ofensiva y proteger la retirada.

En orden de combate los escuadrones desplegaban paralelos al frente, de forma que el tercio más antiguo quedase siempre a la derecha.¹²⁹ Los arcabuceros y mosqueteros se distribuían en «guarniciones» a los flancos del escuadrón, o bien en «mangas» en sus cuatro vértices. En caso necesario buscaban refugio entre las picas, pues caballeros y caballos no temían tanto a una bala errática como a quedar empalados, de ahí que cargaran al trote en un movimiento conocido como «caracola». Los sargentos mayores eran expertos en el «arte de escuadronar», esto es, distribuir a los piqueros en filas y columnas en función del terreno y del enemigo. Como un piquero ocupaba un pie cuadrado pero necesitaba otro libre a cada costado, tres por delante y tres por detrás, para conseguir la formación deseada debía resolverse la siguiente ecuación:¹³⁰

- Hileras = raíz de (piqueros x frente / fondo).
- Filas = piqueros / hileras.

Un tercio de 900 piqueros podía formar los siguientes tipos de escuadrón:

- Cuadro de terreno (7:3): 45 x 20 piqueros, que ocupan 135 x 140 pies.
- Cuadro de gente (1:1): 30 x 30 piqueros, que ocupan 90 x 210 pies.
- Gran frente (3:1): 52 x 17 piqueros, que ocupan 156 x 119 pies.



Batalla de Wimpfen, óleo de Pieter Snayers (1592–1667)

Desechadas las picas hacia 1700, el cuadro fue sustituido por la línea para conseguir mayor volumen de fuego a vanguardia. Sin embargo, sería

¹²⁹ Ordenanza de 1632. Portugués, *Ordenanzas*, 1:113-114 y 118-119.

¹³⁰ René Quatrefages, *Los tercios* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2015), 234-242.

nuevamente adoptado desde las guerras Napoleónicas hasta la invención de la ametralladora, porque los flancos se habían convertido en presa fácil para una caballería que había recuperado la carga al arma blanca y a pecho petral.

Maniobra interarmas

Los tercios solo estaban compuestos por infantería y, desde 1649, por caballería o dragones, pero unos y otros siempre combatieron en ejércitos interarmas. Su maniobra habitual, que los historiadores anglosajones bautizaron como *pike & shot*, constaba de tres fases.¹³¹ La caballería comenzaba cargando a la enemiga para expulsarla del campo y capturar su artillería. A continuación, los mosqueteros y arcabuceros lanzaban una tormenta de fuego sobre los escuadrones enemigos que, si perdían su cohesión, se convertían en presa fácil para una segunda carga. Esto rara vez ocurría frente a soldados profesionales y disciplinados como los suizos pero sí con los milicianos holandeses, fanatizados por la religión y el nacionalismo. Una vez decretado el «alto el fuego», los escuadrones de piqueros avanzaban lentamente en medio de un silencio sepulcral que helaba la sangre de sus enemigos, acostumbrados a vociferar alaridos que reforzaban los escasos ánimos que la bebida les proporcionaba. Es falso que los españoles corrieran con el ¡Santiago y cierra España! en los labios, frase que pudo salir de la imaginación de Cervantes,¹³² pues en las crónicas escritas por los propios veteranos queda patente que ¡Santiago! y ¡España! se gritaban por separado durante acciones individuales, nunca en el escuadrón.¹³³

La *pike & shot* requería una adecuada coordinación interarmas que no se daría en Rocroi. La caballería de Alburquerque derrotó a la francesa y capturó su artillería pero el capitán general Melo no supo aprovechar el éxito, lo que permitió a los jinetes galos reagruparse, expulsar del campo a italianos, valones y alemanes, y cargar sin oposición a los cinco tercios españoles.¹³⁴ El maestre de campo general, La Fontaine, no los había desplegado para combatir, sino «para mostrarlos» y, ante la falta de órdenes, no avanzaron un palmo ni tampoco lo cedieron. Al no poder doblegarlos por haber sufrido bajas superiores, y temiendo la inminente llegada de los refuerzos de Beck, el duque de Enghien les ofreció una rendición honrosa reservada hasta entonces a las plazas fuertes.¹³⁵

Cada capitán general contaba siempre con un número variable de piezas de artillería, que no se agruparían en un regimiento del arma hasta 1710. La tropa incluía tiradores, polvoristas, fundidores, carpinteros y otros artesanos, a modo de cuerpo de especialistas. Sus escasos oficiales solían concentrarse en la defensa de puertos y plazas fuertes, de ahí que en campaña fuesen sustituidos por otros procedentes de infantería o caballería. Así, por ejemplo, Luis Pizaño,

¹³¹ Charles Oman, *A history of the art of war* (Londres: Methuen, 1937), 385.

¹³² Miguel de Cervantes Saavedra, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quixote de la Mancha* (Madrid: Juan de la Cuesta, 1615), 220v.

¹³³ Cerezeda, *Tratado*, 2:37 y 281. Vázquez, *Sucesos*, 1:73, 2:521 y 3:226.

¹³⁴ Cesáreo Fernández Duro, «Informe en desagravio del duque de Alburquerque», *Memorias de la Real Academia de la Historia* (Madrid: Manuel Tello, 1881), 10:331-458.

¹³⁵ Juan Antonio Vincart, *Relación de la campaña de 1643*, CODOIN 75:415-483.

capitán del tercio de Sicilia, mandó la artillería imperial en Koroni, Túnez y Marsella antes de ser ascendido a general de la artillería en España.¹³⁶

En los primeros compases de Ceriñola todas las municiones de la artillería volaron por los aires, dejando a los espingarderos españoles y lansquenets alemanes a merced de la *Gendarmerie*.¹³⁷ Sin embargo, un avezado capitán de caballería como Gonzalo Fernández no podía ignorar que aquella ya había sido humillada un siglo antes en Agincourt por un puñado de arqueros ingleses parapetados tras un campo embarrado y una empalizada de estacas.¹³⁸ Además, ordenó a sus gastadores cavar una trinchera para guarnecer a la infantería, combinar obstáculos para canalizar a la caballería y levantar parapetos para proteger la artillería. En los asedios, estos sufridos combatientes se dedicaban a recoger fajina para rellenar los fosos de las fortalezas y excavar minas para derribar baluartes, protagonizando una guerra subterránea tanto o más cruel que la de superficie. Como el soldado español consideraba deshonoroso el trabajo manual, para ejercer como gastadores se recurría a campesinos locales, casi siempre forzosos, porque sus bajas solían ser cuantiosas. No obstante, Carlos I reclutó muchos voluntarios bohemios.¹³⁹



Un tercio español rechaza una carga de caballería, óleo de Pieter Meulener (1602–1654)

Operaciones conjuntas

El Imperio español no reunió tantos habitantes o territorios como el mongol, pero fue el primero en expandirse a los cinco continentes. Debido a la carencia de rutas terrestres ininterrumpidas y a la existencia de frentes no lineales, su Ejército

¹³⁶ La evolución de este personaje está bien descrita por Cerezeda en sus tres volúmenes.

¹³⁷ Antonio Rodríguez Villa, *Crónicas del Gran Capitán* (Madrid: Bailly Bailliere, 1908), 158-161.

¹³⁸ John Keegan, *El rostro de la batalla* (Madrid: Turner, 2013), 81.

¹³⁹ Albi, *De Pavía a Rocroi*, 250.

tuvo siempre vocación conjunta. Los Reyes Católicos enviaron su Ejército y su Armada a Nápoles en 1494 y 1501, con el objetivo (subrepticio al principio, pero manifiesto después) de reunificar este territorio con el de Sicilia.¹⁴⁰ Cabe recordar que ambos habían sido conquistados en 1059 por los normandos, equivalente medieval de la infantería de marina. Tras las Vísperas de 1282, la parte insular (*Regnum Siciliae ultra pharum*) pasó a manos aragonesas y la peninsular (*Regnum Siciliae citra pharum*) a los angevinos franceses. Ambas serían reunificadas en 1442 por Alfonso V de Aragón pero, a su muerte, legó Sicilia a su legítimo heredero Juan II, padre del Católico, y Nápoles a su bastardo Ferrante. Este hecho resulta determinante para comprender la política italiana de españoles y franceses durante el primer tercio del siglo XV.

Aun antes de consumir su conquista, Fernando había reorientado ya su política hacia el norte de África, a fin de prevenir el apoyo berberisco a los moriscos granadinos: Melilla fue conquistada por Estopiñán en 1497; Orán, Bujía y Trípoli por Navarro entre 1509 y 1510. En 1528 Andrea Doria se pasó al bando imperial con toda la flota genovesa, lo que permitió hacer frente al pujante Imperio otomano. En 1532 nueve compañías de Sicilia le arrebataron Koroni; en 1535 los futuros tercios de Nápoles I y Sicilia I invadieron Túnez;¹⁴¹ en 1550, los de Sicilia III, Nápoles III y Lombardía II conquistaron Mahdía;¹⁴² en 1564 se tomó el peñón de Vélez; y al año siguiente, cinco tercios españoles y dos italianos consiguieron socorrer Malta.¹⁴³ La fortuna no siempre les fue propicia: en 1539 los tercios de Niza y Florencia fueron exterminados en Castelnuovo;¹⁴⁴ en 1541 los de Nápoles II, Sicilia II y Bona fracasaron ante Argel;¹⁴⁵ en 1560 Sande fue apresado en Djerba junto a tres mil soldados;¹⁴⁶ en 1562 su antiguo tercio naufragó en La Herradura.¹⁴⁷ A fin de erradicar la doble amenaza de las flotas otomana y berberisca, el papa organizó en 1571 una liga a la que Felipe II aportó seis tercios italianos y cuatro españoles: Moncada, Figueroa, Sicilia IV y Nápoles IV.¹⁴⁸ Aunque Juan de Austria venció en Lepanto, tres años después su inexperiencia propiciaría la pérdida de Túnez.¹⁴⁹

Cuando no participaban en una operación anfibia, las galeras del Mediterráneo contaban con una guarnición de 50 infantes para rechazar posibles abordajes de piratas. Eran conocidos como «gente de guerra» para diferenciarlos de la «gente de mar» compuesta, a su vez, por la «de vela» (marinería voluntaria) y la «de remo» (chusma forzosa). Se entresacaron por turno de todos los tercios italianos hasta que en 1635 se creó uno específico de napolitanos. En 1718 recibió el

¹⁴⁰ Ladero Quesada, *Ejércitos*, 36 y 76.

¹⁴¹ Cerezeda, *Tratado*, 1:315 y 2:131.

¹⁴² Pedro Salazar, *Historia de la guerra y presa de África* (Nápoles, Mattia Cancer, 1552), 21.

¹⁴³ Luis Cabrera de Córdoba, *Filipe Segundo, rey de España* (Madrid: Aribau, 1876), 1:405 y 454.

¹⁴⁴ Hugo Cañete Carrasco, *Los tercios en el Mediterráneo* (Málaga: Salamina, 2015), 101.

¹⁴⁵ Cerezeda, *Tratado*, 3:2-3.

¹⁴⁶ Miguel Muñoz de San Pedro, «Don Álvaro de Sande, cronista del desastre de los Gelves», *Revista de estudios extremeños* (Badajoz: Diputación Provincial, 1955), 467-509.

¹⁴⁷ María del Carmen Calero Palacios, *Naufragio de la Armada española en La Herradura* (Granada: Diputación Provincial 2012), 57.

¹⁴⁸ Cervantes serviría sucesivamente en los tres primeros. Juan Luis Sánchez Martín, «Los capitanes del soldado Miguel de Cervantes», *Revista de historia militar*, extra (2016), 175-232.

¹⁴⁹ Cayetano Rosell, *Historia del combate naval de Lepanto* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1823), 80-82.

nombre de Regimiento Nápoles, que conservó hasta su disolución en 1823. Algunos historiadores lo confunden con los diferentes tercios españoles de Nápoles o con el del Mar de Nápoles, aunque no había relación entre ellos.

Tras la conquista de Portugal (1580) el escenario naval se trasladó al Atlántico, de ahí que las únicas operaciones contra el Islam se ejecutaran en Larache y La Mamora.¹⁵⁰ Los tercios de Figueroa y Bobadilla desembarcaron en las Azores en 1583 y al año siguiente pasaron a Flandes, donde el primero sería reformado pese a su brillante historial.¹⁵¹ El de Enríquez desplegó *entre Douro e Minho* y marchó luego a Nápoles para sustituir a su tercio fijo, que había naufragado en Irlanda cuando servía en la «Invencible» junto a otros cuatro tercios españoles.¹⁵² El de Juan del Águila atacó varios puertos ingleses desde su base de operaciones en Bretaña, pero en 1601 sería también diezmado en Irlanda.¹⁵³

Pero viajar ocasionalmente en barco no basta para transformar a un infante ordinario en infante de marina, como hacerlo en avión tampoco lo convierte en paracaidista. El primer tercio al servicio permanente de la Armada fue el de la Guarda de la Carrera de Indias, creado en 1561. Al contrario que los del Ejército, era una unidad meramente administrativa, ya que sus compañías siempre combatían repartidas entre los galeones.¹⁵⁴ Este era, precisamente, su sobrenombre cuando fue diezmado por los ingleses en Barú (1708).¹⁵⁵ Algunos lo confunden con el tercio viejo de la Armada del Mar Océano, que se organizó durante la empresa de Inglaterra (1588) y, tras el desastre, permaneció embarcado para proteger la navegación entre Cádiz y Fuenterrabía.¹⁵⁶

Hasta entonces, la defensa del Imperio ultramarino se había basado en tres pilares: la distancia; la supremacía de la Armada española y algunas milicias criollas. Aunque las americanas derrotaron a los corsarios Drake y Hawkins (1595), y las filipinas a los samuráis japoneses en Cagayán (1582),¹⁵⁷ su número era insuficiente para proteger tan vastos territorios, y no pudieron impedir la captura de algunas islas caribeñas y plazas de tierra firme. En 1625 Fadrique Álvarez de Toledo recuperó San Salvador de Bahía a los holandeses, en una operación que supuso el traslado al Brasil de 56 navíos y 12 000 soldados, encuadrados en dos tercios españoles, dos portugueses y uno italiano.¹⁵⁸ Cuatro años después expulsaría a ingleses y franceses de San Cristóbal y Nieves.

¹⁵⁰ Enrique Martínez Ruiz, *Los soldados del rey* (Madrid: Actas, 2008), 704-706.

¹⁵¹ Vázquez, *Sucesos*, 1:486. No puede, por tanto, ser antepasado del tercio de Armada (luego Regimiento Córdoba) como propuso Clonard en su *Historia orgánica*, 8:259.

¹⁵² Cesáreo Fernández Duro, *La Armada Invencible* (Madrid: Rivadeneyra, 1884), 1:203 y 2:77.

¹⁵³ Manuel Gracia Rivas, «La campaña de Bretaña» y Micheline Kerney Walsh, «La expedición española a Irlanda en 1601», en *Cuadernos monográficos del IHYCN*, 20 (1993).

¹⁵⁴ *Recopilación de leyes de Indias*, tomo 4, título 30, ley 1 (Madrid: Boix, 1841).

¹⁵⁵ Francisco San Martín de Artiñano, *La defensa militar de la Carrera de Indias, la infantería de Armada y el tercio de Galeones (1521-1717)* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2015), 433.

¹⁵⁶ *Relación del armada que el rey mandó juntar en Lisboa* (Madrid: Alonso Gómez, 1588), sf.

¹⁵⁷ Emilio Sola, «España y Japón en el Siglo de Oro, historia de un desencuentro», *Japón y España: acercamientos y desencuentros (siglos XVI y XVII)*, (Gijón: Satori, 2012).

¹⁵⁸ Hugo Cañete Carrasco, *Los tercios en América* (Málaga: Salamina, 2017), 13.



Recuperación de la isla de San Cristóbal, óleo de Félix Castello (1634)

En 1682 se creó el tercio nuevo del Mar Océano, y poco después otros cuatro destinados a las armadas del Estrecho (Gibraltar), Poniente (Flandes), Barlovento (Caribe) y Mar del Sur (Pacífico). Los cuatro europeos combatieron en tierra durante la guerra de Augsburgo, y en la de Sucesión se convirtieron en los regimientos Córdoba, Mallorca, Andalucía y Cuenca, rebautizado en 1935 como Flandes.¹⁵⁹ En 1717 Patiño los relevó por otros tantos batallones de marina, cuyos oficiales pertenecerían en adelante a la Armada y no al Ejército.¹⁶⁰ Como la tropa de uno de ellos provenía del antiguo tercio del Mar de Nápoles, ahora Regimiento de la Corona, la infantería de marina reclamó su presunta antigüedad (1537) y se atribuyó todas sus acciones bélicas.¹⁶¹

La vida a bordo de las galeras y galeones distaba de ser cómoda ya que, a los habituales trastornos provocados por la mar, se unían el deterioro de las ya precarias condiciones higiénicas y la pésima alimentación. Una vez sacrificados los escasos animales embarcados, aquella se reducía a vino, queso, legumbres, cecina, pescado salado y bizcocho, una especie de pan recocado para eliminarle la humedad y que se mantuviera en estado comestible durante más tiempo que

¹⁵⁹ Boeri, *Spanish armies*, 9. Decreto de 25 de junio de 1935, *Gaceta de Madrid*, 178: 2475.

¹⁶⁰ Gómez y Alonso, *Borbones*, 1:363.

¹⁶¹ El Real Decreto 1888/1978 (BOE 191) contenía numerosos anacronismos. El tercio organizado en 1537 no era el Mar de Nápoles (1635) sino el Nápoles II, que se perdió en Hungría.

el casero. Siempre, claro está, que no fuese pasto de cierta fauna indeseable que competía con el hombre por los escasos alimentos de a bordo.¹⁶²

LECCIONES APRENDIDAS

Gran parte del éxito del Ejército de los Austrias se debió a la rapidez con la que incorporaba las lecciones aprendidas de sus propios aciertos y errores. Hoy en día resultarían de dudosa utilidad en un conflicto híbrido, pero en su momento constituyeron el verdadero motor de la revolución militar moderna. El concepto original de este término había sido planteado por Michael Roberts en 1956, pero cediendo su protagonismo a los ejércitos de Suecia y Holanda.¹⁶³ Cuatro décadas después, René Quatrefages demostraría el importante papel que habían desempeñado las innovaciones españolas desde los tiempos de Fernando el Católico.¹⁶⁴ No en vano, la Monarquía Hispánica fue la primera compuesta por territorios inconexos cuya defensa requería un ejército profesional y permanente desplegado muy lejos de sus bases de reclutamiento. De esas lecciones, pueden extraerse las siguientes para cada uno de los factores del planeamiento por capacidades (MIRADO).

Materiales

Se buscó siempre la complementariedad entre las armas blancas y las de fuego, y dentro de estas, el equilibrio entre peso y alcance eficaz. Esto confirió a los tercios una gran polivalencia equivalente a la de las brigadas actuales aunque no fuesen interarmas. Los primeros uniformes propiamente dichos fueron adquiridos en 1664, aunque previamente se habían entregado «vestidos de munición» para evitar que la tropa vistiera con harapos ante el retraso de la paga.

Infraestructuras

Las únicas que conocieron los tercios fueron los mismos castillos y fortalezas que guarnecían las plazas más importantes, pues en sus desplazamientos solían alojarse en las villas que encontraban a su paso, con o sin la aquiescencia de sus pobladores. El desarrollo de la artillería provocó otro paralelo de la ingeniería, y los nuevos baluartes de traza italiana demandaron una táctica de asedio tanto o más compleja que la de maniobra, en la que el temor a la «furia española» desempeñaba un importante papel disuasorio.

Adiestramiento

Ante la falta de centros de enseñanza, serán los propios oficiales quienes escriban sus propios tratados del arte militar. El cabo equivalía a un jefe de sección actual, y era responsable de la instrucción individual. El sargento de las compañías y el sargento mayor del tercio desarrollaban una labor crucial para disciplinar a los soldados, adiestrar y desplegar la unidad. El anhelo renacentista de conseguir la gloria empujaba a los soldados españoles, en general, y a los

¹⁶² Magdalena de Pazzis Pi Corrales, *Tercios del mar* (Madrid: Esfera, 2019), 245-253.

¹⁶³ Michael Roberts, *The military revolution 1560-1660* (Belfast: University Press, 1956).

¹⁶⁴ Quatrefages, *Revolución militar*, 331-335.

veteranos en particular, a reclamar siempre los destinos más arriesgados. Los capitanes combatían codo a codo con ellos, como un *primum inter pares*.

Doctrina

Aunque los escuadrones de piqueros imitaban la maniobra suiza, el reforzarlos con un abundante volumen de fuego fue una innovación española que luego copiarían todos sus enemigos. La infantería de los tercios se labró una merecida fama de invencible, pero la *pike & shot* no habría tenido éxito sin el imprescindible concurso de la caballería, injustamente menospreciada por algunos historiadores. Cuando estuvo bien mandada protagonizó brillantes victorias como Mühlberg o San Quintín, y una derrota tan paradigmática como Rocroi se debió a que la infantería no sacó rédito a sus cargas. En los asedios, en cambio, resultaba fundamental el apoyo de artillería e ingenieros y siempre, siempre, el concurso de la logística. Los tercios nacieron con vocación conjunta, pero solo media docena permanecieron embarcados y podrían ser considerados precedentes de la infantería de marina.

Orgánica

Pese a su extensión, el Imperio solo contó con dos reducidos ejércitos de guarnición (España, Dos Sicilias) y dos permanentes de maniobra (Flandes, Lombardía), que se intercambiaban recursos humanos, materiales y económicos por el Camino Español. La defensa de ultramar era responsabilidad de las escasas milicias locales, y para intervenir en otros teatros se organizaban expediciones *ad hoc*. Diferentes ordenanzas teorizaron sobre la composición ideal de tercios y compañías, pero unos y otras se fueron adaptando siempre a las circunstancias bélicas, a la disponibilidad del personal y a la evolución del armamento. Los tercios carecían de nombre oficial pero, en ocasiones, fueron identificados por los topónimos de origen o destino. La agrupación de tercios diferentes bajo un mismo seudónimo, generalmente inventado por los propios cronistas, ha provocado numerosos errores en los historiales de los regimientos actuales, que deberían ser solventados para atribuirle a cada uno los méritos a los que realmente se hicieron acreedores sus antepasados.

Recursos humanos

El Ejército de los Austrias era una fuerza multinacional, en la que militaban siervos de la Corona (españoles, portugueses, italianos, valones, borgoñones) y mercenarios (alemanes, suizos, británicos). Su declive comenzó, precisamente, cuando las necesidades bélicas y la crisis demográfica obligaron a sustituir la recluta voluntaria por la leva forzosa, ya que la calidad del soldado miliciano no era comparable con la del profesional. El estado de guerra permanente y la inabarcable extensión del Imperio desembocaron en varias bancarrotas que impidieron a la Corona pagar a sus tropas puntualmente y que provocaron, a su vez, numerosos fraudes, motines y saqueos que darían lugar a la «leyenda negra». No obstante, las virtudes de esta infantería legendaria compensaban sobradamente sus defectos...

...Aquí en fin la cortesía,
la fineza, la amistad,
el buen trato, la verdad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,
fama, honor y gloria son
caudal de pobres soldados
que, buena o mala fortuna,
la milicia no es más que una
religión de hombres honrados.¹⁶⁵



La rendición de Breda, óleo de Diego de Velázquez (1634)

¹⁶⁵ Calderón, *Para vencer*, 7:8.

LA CABALLERÍA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Juan María Silvela Miláns del Bosch

INTRODUCCIÓN

Puede afirmarse que la caballería española comenzó su andadura histórica como arma «orgánica, nacional, permanente y homogénea»¹ cuando por iniciativa de los Reyes Católicos «se acentuó la profesionalidad y permanencia»² de las Guardas de Castilla entre 1475 y 1479. Debido a la influencia musulmana y a los avatares de la Reconquista, las capitanías solo estaban formadas por jinetes, un tercio con caballo «de dobladura» y otros dos tercios «sencillos». Ambas especialidades montaban «a la jineta» (con estribos cortos y piernas recogidas) y estaban dotadas de lanzas ligeras o ballestas. Puede darse por terminada esta constitución de la caballería con la promulgación de la Ordenanza Real de 1495, ya acabada la Reconquista al finalizar la guerra de Granada. Ante la necesidad de hacer frente a la caballería pesada francesa, conocida como Gendarmería, se incorporaron a las Guardas los hombres armas, que vestían a su imagen y semejanza con armadura completa, se armaban con lanzón de arandela y ristre y montaban «a la brida» (con estribos largos y piernas estiradas) sobre silla bardada o caballeresca.

Durante este reinado y hasta la segunda campaña de Italia (1501/4) la caballería se mantuvo como el arma principal, pero fue en Italia donde el Gran Capitán dio primacía a la infantería. Desde entonces, una parte de los jinetes se armó también de espingardas y, posteriormente, de escopetas y arcabuces. Gonzalo Fernández de Córdoba, hizo entrar en el orden de combate a los hombres de armas y a los caballos ligeros en línea con la infantería, aminorando las diferencias entre ambos. La cobertura quedaba asegurada por los estradiotes, nueva modalidad de la caballería ligera, encargada de explorar y cuya arma característica era la azagaya, lanza ligera de doble moharra para combatir a caballo o a pie.

Aunque Carlos I fundamentó, al principio y en Europa, la potencia de sus ejércitos en los hombres de armas, pronto las armas de fuego harían que la infantería adquiriera el protagonismo principal en las batallas igual que en Italia. Felipe II crearía otra modalidad de caballería ligera, los herreruelos, sin apenas armas defensivas y dotados de arcabuces cortos, denominados pistoletos.

Durante el siglo XVII, que comprendió los reinados de Felipe III (1598/1621), Felipe IV (1621/65) y Carlos II (1665/1700), España perdería su hegemonía militar. Esta decadencia se inició a partir de la década de los 40. Dos derrotas,

¹ Joaquín Sotto y Montes, *Síntesis histórica de la caballería española* (Madrid: Escelicer, 1968).

² Miguel Ángel Ladero Quesada, *Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Nápoles y el Rosellón (1494-1504)* (Madrid: Real Academia de la Historia, 2010), 141-143.

durante el reinado de Felipe IV, señalarían su declive como primera potencia de occidente. Fueron Rocroi (1643) y Las Dunas (1658). A mitad de este siglo, los caballos coraza, dotados de arcabucejos y creados a imitación de los mercenarios alemanes, llamados *reiters*, terminarían por sustituir a los jinetes con lanza.



Monta a la jineta, ilustración de Manuel Giménez (1862)

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Con respecto al resto del continente, la península ibérica fue muy peculiar, sus habitantes ya conocían el caballo cuando lo trajeron los pueblos precélticos indoeuropeos a Europa en el siglo XI a. de C. Dos centurias antes se habían adelantado los pueblos que, procedentes de Egipto, se instalaron en Andalucía y Levante. El clima peninsular favoreció el desarrollo de la ganadería caballar, que pronto adquiriría gran fama, atestiguada por varios textos de Mela, Plinio, Silio Itálico... Por tanto no puede extrañar que, con la aportación de los visigodos y musulmanes, las unidades de caballería fueran predominantes en los ejércitos que luchaban en la península durante la Reconquista y su empleo fuera eminentemente táctico, cosa difícil de ver en el resto de Europa. Como ejemplo pueden citarse la temprana batalla de La Polvoraria (878), estudiada por

Sánchez Albornoz,³ las terribles campañas de Almanzor (siglo X) y, por último, la batalla de las Navas de Tolosa (1212), que señaló el declive de los reinos musulmanes peninsulares.



Silla de montar «a la jineta», Academia de Caballería (foto del autor)

Durante la Edad Moderna, el empleo del caballo por los españoles, al menos en América, siguió siendo muy efectivo. Francisco Vázquez Coronado (1510/55), desde el Yucatán y en febrero de 1540, partió con cerca de 400 jinetes hacia América del Norte. Una vez atravesado Sonora, Arizona y Nuevo Méjico y descubierto el Gran Cañón del Colorado, cruzó el Pecos y el Llano Estacado hasta alcanzar Arkansas. Mal herido, regresaría a Nueva Galicia, después de haber recorrido 10 000 kilómetros.

Sin embargo y a partir de la década de los años 40 del siglo XVII, la caballería española fue perdiendo importancia en la península y no se distinguiría por su protagonismo en las batallas. En Europa llegó a disponer de un gran número de unidades durante esta segunda mitad del siglo hasta el final del reinado de Carlos II, pero su organización no era la más adecuada y gran parte de ella era extranjera y mercenaria, motivo de que no fuera bien aprovechada en varias ocasiones. Quizás, la decadencia de la cría caballar en España obligó a contratar

³ Claudio Sánchez Albornoz, *La batalla de Polvoraria* (Madrid: Anales de la Universidad de Madrid, 1932), 225-238.

numerosas unidades de jinetes mercenarios con demasiada frecuencia. Si ya era difícil «poner una pica en Flandes», mucho más costaría llevar allí los jinetes con sus caballos desde España.

LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XVI

La caballería de los Reyes Católicos

Se puede afirmar que la caballería española nació como arma durante el reinado de Isabel y Fernando. Fundamentalmente son dos las razones que permiten establecer esta premisa. La primera es que, a partir de entonces, el Ejército y su caballería comenzaron a organizarse de forma más permanente para la expansión y defensa de la nación, aunque esta misión estuvo solapada, hasta el siglo XIX, con los intereses de la casa de Austria y de la dinastía de Borbón. Esta evolución fue posible por la unificación de los reinos cristianos en un embrión de estado moderno; empezaba a cumplirse el principio de que: «exactamente como el Estado moderno fue necesario para crear al Ejército permanente, así creó el Ejército al Estado moderno, pues la influencia de ambas causas es recíproca». Con respecto al concepto de nación, puede decirse que no era extraño a los hispanos y que España es la más antigua de Europa. El sentimiento de pertenecer a una gran familia, a una protonación, como dijo el profesor José Antonio Maravall,⁴ ya era asumido por los habitantes de la península con naturalidad desde antes de la Edad Media; afirmaba que, paradójicamente, se encontraba mucho más unida, cultural y socialmente, en los años previos a la invasión musulmana que al final de la Reconquista, aunque el ideal neogótico de unificación fuera intensísimo. Según Claudio Sánchez Albornoz, desde el *Laudes Hispaniae* de San Isidoro, «la perpetua fermentación catalizadora» no dejó de funcionar, aún después del 711.⁵ De esta forma se entiende que, durante el reinado de Felipe IV, los soldados de los tercios españoles, amotinados en Flandes porque no les llegaban las pagas, pudieran justificar su rebelión ante el rey por carta (conservada en el Archivo de Simancas y descubierta por el historiador René Quatrefages) con la expresión: «siendo como somos en nación como V. M. españoles...»; frase que difícilmente podría suponerse dicha o escrita por un británico, francés o cualquier otro europeo, contemporáneo de los integrantes de nuestros tercios y menos a su propio rey.

La segunda razón, derivada de la primera, fue la profunda transformación y reforzamiento de las Guardas de Castilla ordenada por los Reyes Católicos. No le faltaba razón al general Sotto y Montes cuando afirmaba que entonces comenzó: «la verdadera historia de la caballería española como arma orgánica, nacional, permanente y homogénea». Aunque mantuvo la fecha de fundación del citado cuerpo por medio de una ordenanza de 2 de mayo de 1493, según lo

⁴ José Antonio Maravall, *El concepto de España en la Edad Media* (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1981).

⁵ Claudio Sánchez Albornoz, *Del ayer de España* (Madrid: Obras Selectas, 1973).

aseguraba su antepasado, el conde de Clonard, tanto la fecha como la ordenanza han sido recientemente discutidas.⁶



Hombres de armas y caballo ligero, alcázar de Segovia (foto del autor)

Estas fuerzas permanentes no eran suficientes para formar un ejército con el fin de iniciar una campaña. Como en los tiempos anteriores a este reinado, la gran nobleza y los altos prelados ponían a disposición de la corona las armerías vinculadas a sus mayorazgos. Eran los *rico-homes de pendón y caldera*, vestidos «de punta en blanco»; es decir, con armadura completa, rodela o tarja y lanzón en ristre con arandela; además, empleaban sus caballos de batalla con monta bardada o caballeresca. Por el peso de sus protecciones, necesitaban otro caballo para sus traslados que denominaban de «dobladura». Igualmente, las órdenes militares formaban sus propias unidades de caballería pesada, jinetes semejantes a los anteriores, o de caballos ligeros. Estos más difíciles de definir, salvo en las Guardias, donde normalmente no tenían caballo de dobladura y donde podían ser ballesteros, que no formaban unidades propias, o disponer de lanza jineta (sin ristre, más corta y ligera que la de los hombres de

⁶ Conde de Clonard, *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas* (Madrid, D.B. González, 1851)

armas) y estar integrados en compañías. También las villas y ciudades libres organizaban sus propias mesnadas; constituían normalmente unidades de caballería villana, que montaban a la jineta, con menos protecciones que la caballería pesada, y lanza con la misma denominación. En territorios fronterizos o próximos a las costas fue también necesario mantener fuerzas permanentes. Para ello se constituyeron los acostamientos con infantes y jinetes. Se revistaban en asambleas anuales y, aunque normalmente permanecían en las zonas donde se reclutaban, fueron empleados en la guerra de Granada.



Armadura con rodela, alcázar de Segovia (foto del autor)

Durante el reinado de los Reyes Católicos y hasta la segunda campaña de Italia de Gonzalo de Córdoba (1501–1504), la caballería se mantuvo como el arma principal, aunque en Europa ya se habían observado síntomas del desarrollo y progreso de la infantería. Así, en Grandson y Morat (1476), los piqueros suizos derrotaron a la caballería pesada del duque de Borgoña, Carlos el Temerario. Pero fue en Italia, donde el Gran Capitán dio primacía a la infantería.

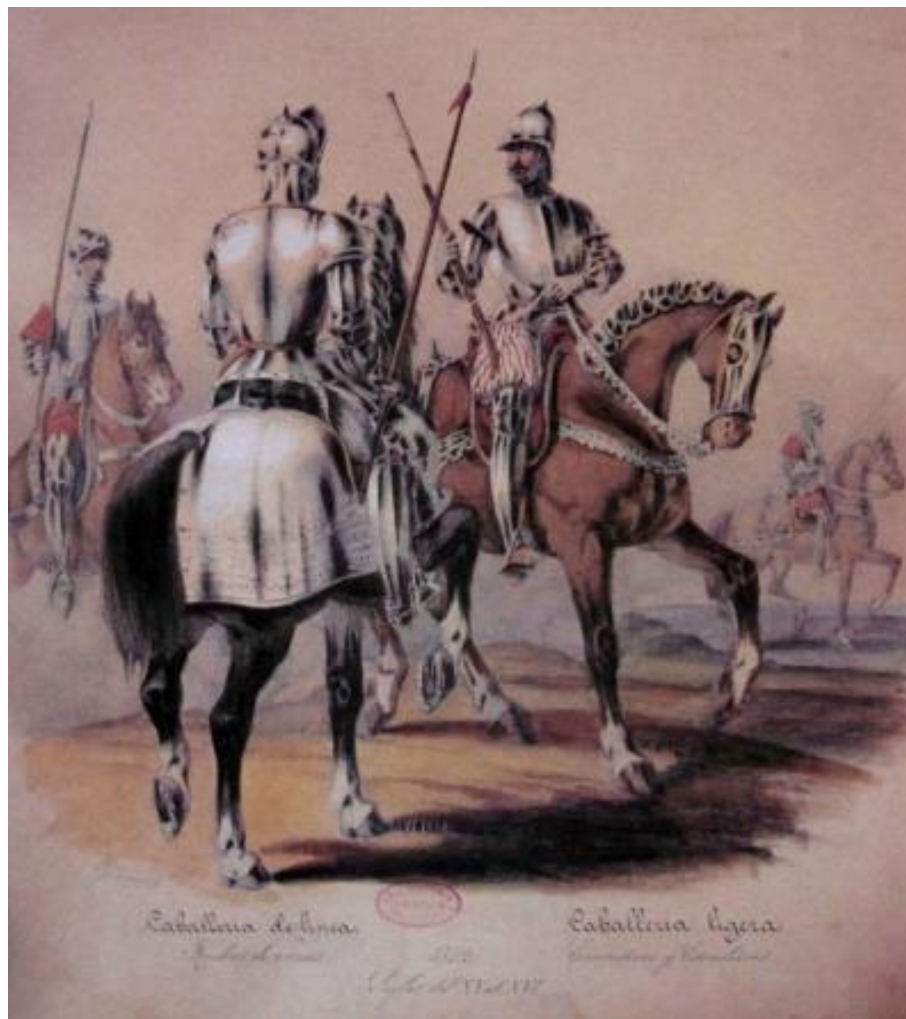
Gonzalo de Córdoba desplegaba normalmente sus tropas con la infantería en el centro y en tres líneas, siempre detrás de un obstáculo natural o artificial; así lo hizo en 1503 al plantear las batallas de Garellano y Ceriñola. Quitó la misión de formar la cobertura de los despliegues a la caballería ligera, para alinearla con la infantería en el flanco izquierdo, también en tres líneas. Sus armas ofensivas eran la lanza jineta, la capa-gorja y la espada con tablachina. A partir de entonces, formar la cobertura, explorar y dar golpes de mano fueron cometidos que asumieron los ballesteros y arcabuceros a caballo. Situó a la caballería pesada en el ala derecha de la misma forma que la ligera y su armamento era el lanzón, el estoque, la maza y la espada con pavés.



Lanzón de justas, alcázar de Segovia (foto del autor)

El Gran Capitán puso en evidencia la decadencia de la caballería medieval de los hombres de armas, representada preferentemente por Francia, donde todavía se mantenía la valoración individual del caballero. A estos jinetes bardados, vulnerables a las armas de fuego y frenados por las cerradas formaciones de infantes con sus largas picas clavadas en el suelo, no les bastaba ya su fuerza de choque. Su crónica falta de movilidad les impedía prolongar sus acciones y, detenidos ante la infantería, eran blanco fácil de los arcabuceros que formaban las mangas que protegían los flancos y frentes de aquellas gruesas unidades a pie. En cambio, el Gran Capitán procuró mejorar la movilidad de toda su caballería, mediante el aligeramiento de las protecciones. Gracia a ello, la caballería pesada de Diego de Mendoza, en los preliminares de la batalla de Ceriñola, pudo sorprender en una emboscada a la retaguardia del ejército francés, que se retiraba a ocupar las posiciones primitivas del asedio a Barletta; dicha retaguardia, atacada de flanco a la vez por los arcabuceros, fue totalmente destruida, lo que permitió romper el cerco. En la misma batalla, cuando el ejército francés se encontraba desorganizado y casi vencido, con muerte de su general, el duque de Nemours, la caballería pesada de Próspero Colonna inició la persecución de las unidades francesas en retirada, lo que provocó su huida y dispersión. Colonna llegaría a pernoctar en la misma tienda del duque. En Garellano, la caballería ligera consiguió cortar el camino de retirada al ejército francés, acción que permitió su derrota y la conquista de Gaeta. Gonzalo de Córdoba utilizó más a los caballos ligeros que a los hombres

de armas, por lo que aquellos acabaron por ser más numerosos que estos; de todas formas, no se puede obviar que había sido capitán de una compañía de caballos ligeros.



Caballo ligero, hombre de armas, escopetero y estradiote, ilustración de Giménez (1862)

Forjado en la guerra de Granada, es el primero que se dio cuenta del progreso táctico que supuso el uso generalizado de las armas de fuego. Sus vastas concepciones estratégicas le capacitaron para superar y vencer a ejércitos más numerosos que el suyo; además, siempre procuraba elegir el terreno donde dar batalla y esperar la desorganización del enemigo por falta de apoyo logístico y el relajamiento de su disciplina. Sabía que era más importante mantener la operatividad del ejército que incluso el propio triunfo en la batalla. La organización que dio a sus tropas y el modo de emplearlas en el combate, mediante ingeniosas maniobras tácticas (batalla de Garellano), fueron los elementos que sirvieron de base al desarrollo de la ciencia militar moderna.

En 1507 se crearon unidades de estradiotes para cumplir las misiones de reconocimiento y exploración a imitación de las unidades que los venecianos

tenían en Morea y Albania. Su arma característica era la azagaya, lanza de doble moharra para combatir a caballo o a pie.⁷

La caballería del emperador y de Felipe II

El régimen absoluto, impuesto por las monarquías europeas desde principios del siglo XVI, produjo la unidad de mando en los ejércitos y una mayor permanencia de las tropas, nutridas mayoritariamente por mercenarios. Como consecuencia, los reyes y príncipes tuvieron que desarrollar su administración para regular los gastos de la hacienda pública y obtener los recursos necesarios para mantener sus ejércitos, que serían cada vez más numerosos por culpa de las sucesivas guerras que asolaron Europa en este siglo. Se constituyeron entonces diversos estados con intereses contrapuestos, varios de los cuales han perdurado hasta hoy.

La mejora de las armas de fuego portátiles convertiría a la infantería en el nervio del Ejército y el progreso de la artillería provocaría el renacimiento de la fortificación de campaña. A principios del siglo, la artillería aún no había evolucionado lo suficiente y las formaciones se mantenían compactas, la mayoría de las veces con la infantería en el centro y la caballería en las alas. En las fuerzas españolas, toda la caballería de un ejército era mandada por un general a las órdenes del capitán general y del maestro de campo general. Este último empleo fue creado en 1512 para asesorar al primero.

Todavía en el centro y norte de Europa, durante los primeros años de Carlos I como emperador, la caballería se mantuvo inicialmente como el arma principal, pues fundamentó la potencia de sus ejércitos en los hombres de armas. Los empleaba dispuestos en grandes escuadrones de 20 a 30 caballos de frente por 15 a 20 de fondo, con intervalos entre las filas de 2 trancos. Tal formación era obligada por la debilidad de las filas separadas por 40 pasos ante las picas «completas» de la infantería adversaria. Evitaba, de esta forma, el desorden producido cuando una de las filas fracasaba en su carga, pues las siguientes eran incapaces de apoyarla o secundarla y lo único que conseguían era perjudicar sus movimientos. Así, se pudieron dar dos cargas en masa, oportunamente y por sorpresa, sobre un lugar vulnerable del enemigo en Mühlberg (1547). La caballería pesada del emperador lo hizo después de atravesar un vado del río Elba; el ataque fue protegido por los arcabuceros a caballo, que efectuaron su fuego de apoyo con el agua hasta el pecho.

A partir de la derrota de Cerisoles (1544), en el Piamonte italiano, se disminuyó el fondo y se alargó el frente. En esta batalla, la caballería de ambos ejércitos fue intercalada con la infantería, disposición que cada vez se hizo más frecuente ante la efectividad de las armas de fuego. Cabe destacar que las cargas dadas por los jinetes bardados franceses fueron todavía decisivas para lograr la victoria. No lo aprovechó bien Francisco I, ya que no lograría conquistar Milán.

⁷ No hay acuerdo en el origen de esta palabra. Puede derivarse de *strada*, que en italiano es camino, o de la voz griega *stradiotta*. La raíz de ambos vocablos hace referencia a la misión asignada a los estradiotes.



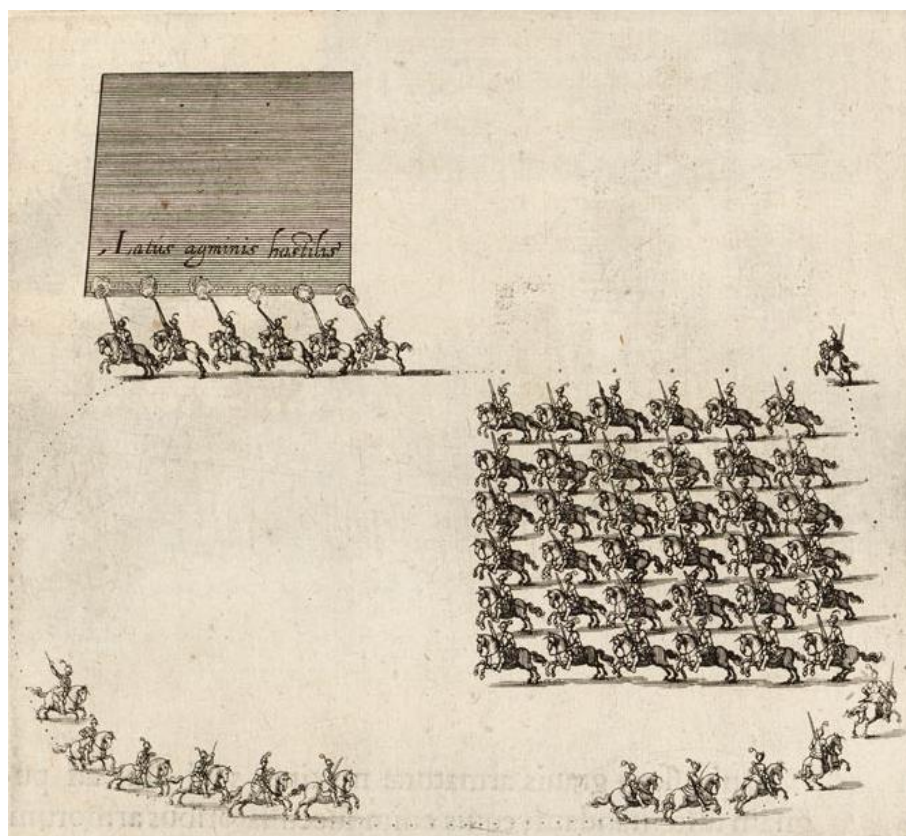
Celada borgoñona y rodela de Carlos V, armería del Palacio Real de Madrid (foto del autor)

A pesar de esta derrota, el Ejército de Felipe II mantuvo este orden profundo, al que se deben las victorias de San Quintín (1557) y Gravelinas (1558). Según Jacquinet de Presle,⁸ fue efectivo por el empeño de los franceses en mantener el orden paralelo y no intentar atacar los flancos de los hombres de armas. El duque de Alba y Alejandro Farnesio reducirían el número de filas de las compactas formaciones a 8 y, posteriormente, a 6. Solía iniciar la batalla el fuego de la artillería y el ataque de los infantes y jinetes ligeros. A continuación, los arcabuceros a caballo preparaban la carga de la caballería situada en la alas y cada cuerpo luchaba normalmente contra su homólogo.

La decadencia de los hombres de armas sería acelerada por la presencia en los campos de batalla de los *reiters*. Eran mercenarios alemanes que se armaban, montaban y equipaban a sus expensas. Con espadas y arcabuces cortos de llave de rueda,⁹ estaban protegidos por unas ligeras armaduras negras, pintadas así porque les distinguía y para evitar que la humedad las deteriorase. Montados en caballos de menos alzada y con protecciones más ligeras que los hombres de armas, tenían evidentemente más movilidad y flexibilidad y se enfrentaban con éxito la mayoría de las veces contra aquellos. Combatían a la infantería mediante la técnica del «escarceo»; consistía en avanzar al trote, por hileras o filas, y sucesivamente disparaban sus armas, para inmediatamente volver a retaguardia a recargarlas, sin deshacer las filas o hileras, o realizando «caracolas» a través de los intervalos de las siguientes. Se repetía esta maniobra hasta lograr desorganizar y quebrantar las gruesas unidades de infantería, momento en que se ejecutaba la carga con la espada. Pero no eran tan efectivos ante los infantes; sus arcabucejos tenían menos alcance que los arcabuces y mosquetes y apuntar y cargar era más dificultoso desde sus caballos. A pesar de sus formaciones profundas, tampoco podían dar continuidad y densidad a sus rociadas.

⁸ C. Jacquinet de Presle, *Curso de arte y de la historia militar* (Toledo: Jordán, 1833).

⁹ Invento de Juan Kiefuss, relojero de Nuremberg. Se inflamaba la pólvora de la cazoleta a causa de las chispas producidas por el rozamiento de una rueda dentada contra un pedernal o ágata. Al principio, fue solamente utilizada por la caballería.



Escarceo, ilustración de Herman Hugo (1630)

Para economizar el gasto del reclutamiento de *reiters*, se llegó a un modelo de contrato más barato, denominado *vartguelt*, por el que solo se les utilizaba en caso de necesidad. De esta forma, era más difícil que fueran empleados por un ejército enemigo; cuestión que no se consiguió solucionar. También se reclutaron jinetes borgoñones, flamencos, italianos y húngaros. El problema era que la eficacia de estas tropas dependía de su inconstante lealtad y disciplina.

La necesidad impuesta por las armas de fuego de que la caballería pesada adquiriera mayor movilidad hizo que la diferencia entre los hombres de armas y los caballos ligeros fuera cada vez menor y que sus cometidos en la batalla acabaran por ser las mismas. Los primeros se armaban con lanza de 3,75 metros sobre cuja, estoque, maza y hacha; su protección había consistido hasta entonces en celada y visera para la cabeza, peto doble para el cuerpo, *cuxotes* y grebas para los muslos y las piernas, zapatos de hierro para los pies, y escudo; los caballos se cubrían de bardas de hierro o ante doble para proteger las ancas, pecho, cuello y cabeza. Sus compañías eran independientes y compuestas de 35 a 45 jinetes. Según propuso Álava, los hombres de armas debían ser jinetes de primera calidad y para lograrlo debían pasar dos años como arcabuceros a caballo, otros dos en los estradiotes y dos más en los caballos ligeros.¹⁰ Era un intento de mantener un cuerpo aristocrático de elite, más por prestigio que por su efectividad en el combate, así como para facilitar que la nobleza de los Países

¹⁰ Diego de Álava y Viamont, *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1993).

Bajos se alistase en el Ejército. Según un documento existente en el Archivo General de Simancas, el Ejército imperial disponía en 1536 de 69 153 combatientes, de los que 580 eran hombres de armas y 4640 caballos ligeros, muestra clara de la pérdida de protagonismo de los hombres de armas. Las compañías de los caballos ligeros contaban con 50 jinetes y, sin dejar su lanza de 3,40 metros, sustituyeron la maza o el cuchillo por pistolas de arzón a partir de 1550. De todas formas, España conservaría en Europa algunas bandas de ordenanza (compañías de hombres de armas) hasta mediado el siglo XVII.



Herreruelos y hombres de armas en San Quintín, fresco de Fabrizio Castello (1591)

En 1560, se sustituyeron las unidades de estradiotes por otras llamadas de herreruelos, nombre derivado de una capa corta o esclavina de color negro que se llamaba así. Se protegían con coselete para el pecho, grebas para las piernas y chapelete en la cabeza. Sus armas ofensivas eran la pistola larga de llave de rueda, causa de que también se les llamara pistoletes, y la espada de cazoleta. Exploraban, como sus antecesores, proporcionaban seguridad a los despliegues, tomaban contacto con el enemigo, realizaban las grandes guardias de noche y organizaban pequeños puestos de vigilancia avanzados. Los herreruelos solían formar en profundas columnas delante o en el flanco al descubierto de los hombres de armas; atacaban pistola en mano, con la espada colgada del pulgar izquierdo, hacían la rociada a corta distancia de la formación enemiga y empuñaban seguidamente la espada para cargar contra el adversario.

Muy efectivos fueron los arcabuceros a caballo; ya se habían empleado en el siglo anterior para el servicio de exploración, al mando de capitanes expertos en el terreno a quienes se les daba el nombre de «despepitadores». Debían, además, «tomar lengua»; es decir, capturar prisioneros que les proporcionaran información sobre el enemigo. En el orden de batalla, formaban en tres o cuatro filas homogéneas al frente y flancos de la caballería situada en las alas y en línea con la infantería. Se colocaban de esta forma para preparar el ataque de los escuadrones con sus fuegos y, una vez iniciada la carga, la apoyaban con ataques de flanco; posteriormente, contribuían a la persecución. Algunas veces se les ordenaba proteger el flanco desde una posición, ocupar puntos de paso obligado y posiciones importantes para el desarrollo de la batalla, acciones que debían ejecutarlas a pie. Algunos autores los han considerado como un antecedente de los dragones. A pesar de tener misiones auxiliares, los arcabuceros contribuyeron a varias victorias. El adecuado empleo que Próspero Colonna hizo de estos jinetes al frente del Ejército imperial le facilitarían la victoria en Bicocca (1522). Los ataques por sorpresa y de flanco de los arcabuceros frenaron primero a la caballería pesada francesa y permitieron, después, la derrota de los infantes suizos.



Arcabucero, caballo ligero, herrero y hombre de armas, ilustración de Giménez (1862)

En Pavía (1525), el marqués de Pescara, que era quien verdaderamente mandaba el Ejército imperial, pues el virrey Lannoy respetó sus decisiones,

dirigió con eficacia a los arcabuceros a pie y a caballo, que, con acciones de auténtica guerrilla, acabaron por desorganizar a todo el Ejército francés que asediaba la ciudad. Así fueron derrotados sucesivamente la vanguardia, la caballería y finalmente la infantería enemiga, pues la reserva francesa había sido ya empleada para destruir la artillería imperial. La carga de la caballería pesada, ordenada por Francisco I, como un último recurso para evitar que se rompiera el cerco a la ciudad, sería desbaratada por 3000 arcabuceros a pie desplegados delante de la infantería de línea que llegaba como refuerzo. La escena del rey francés, hecho prisionero, cuando se abría paso pie a tierra con su escolta, por el soldado vasco Juan de Urbietta, señala claramente la inoperancia de una caballería que había sido el fundamento de los ejércitos medievales. En esta batalla, los 400 caballos ligeros del marqués de Civita tuvieron también una actuación destacada.

Con la profusión de las armas portátiles de fuego, la caballería empezó a olvidarse del choque y a atacar al trote, acción favorecida por la rigidez del orden de combate. Con todo, Julio Albi de la Cuesta describe dos ejemplos de empleo de la carga al galope en el combate entre unidades de caballería.¹¹ El primero, fue el intento de la caballería pesada francesa de romper el cerco de Mons (1572), que acabó en fracaso y en donde actuó contra aquella y con éxito la caballería ligera española; el otro se dio durante la batalla de Mook (1574) y consistió en varias cargas reiteradas de los jinetes holandeses, igualmente fracasadas. Es también significativa la carga ejecutada por Alejandro Farnesio en Gembloux (1578). Al comprobar que las lanzas de la caballería enemiga indicaban claramente que marchaba en desorden, se lanzó contra su flanco a través de un barraco cenagoso. Desorganizó de tal manera a la caballería y al grueso de la infantería adversaria, que Juan de Austria pudo completar la derrota del ejército protestante, mediante el envío oportuno de su vanguardia. Según Martín Arrúe, Alejandro Farnesio fue

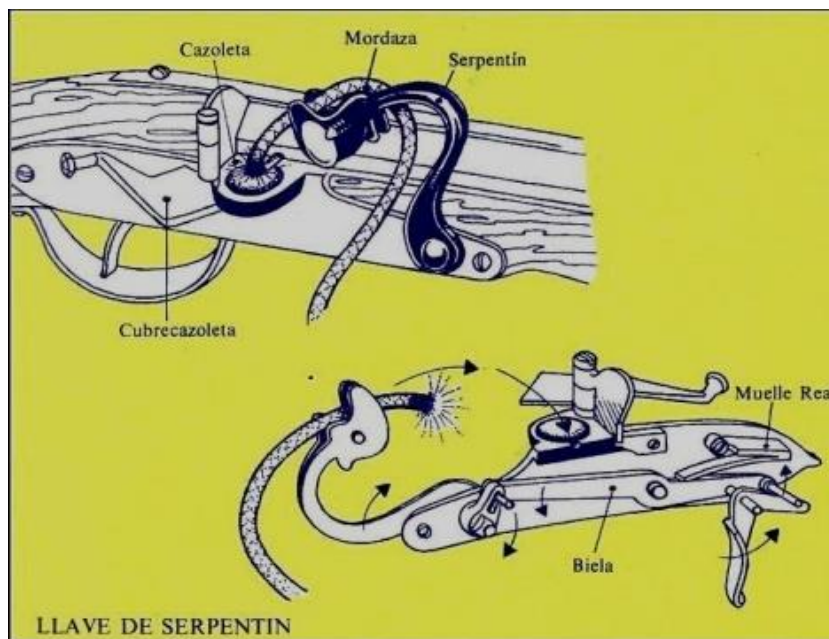
*la más notable personificación de la escuela militar hispano-italiana, que comenzó el Gran Capitán y que en el siglo XVI efectuó el renacimiento del arte de la guerra y abrió el camino a la estrategia moderna.*¹²

Durante el siglo se mantuvo generalmente la tónica del anterior; se evitaba normalmente la lucha en campo abierto y se desarrolló la técnica de acampar y sitiar. Fue imprescindible el apoyo de las plazas fuertes y disponer de comunicaciones protegidas para los convoyes. Ante la dificultad de recibir los abastecimientos, se seguía suspendiendo las operaciones en invierno. La ciencia militar consistía fundamentalmente en marchar con un planteamiento estratégico adecuado para presentarse unidos al frente, sabiendo acampar y guardar las líneas de retirada y aprovisionamiento. Carlos I fue un experto en ello.

¹¹ Julio Albi de la Cuesta, Leopoldo Stampa Piñeiro y Juan Silvela Miláns del Bosch: *La caballería española: un eco de clarines* (Madrid: Tabapress, 1992).

¹² Francisco Martín Arrúe, *Curso de historia militar* (Toledo: Menor Hermanos, 1884).

Todavía en este siglo se organizaron unidades con jinetes que provenían del «tributo de lanzas» por el que los grandes señores, altos prelados y las órdenes militares, así como los consejos de villas y ciudades, tenían que cooperar con la Corona en las campañas guerreras que esta emprendía. En Andalucía, los caballeros que poseían un capital superior a 4000 ducados, llamados caballeros de «cuantía» o «cuantiosos», estaban obligados a participar en las guerras. Se llegó a contar con cerca de 6000 jinetes que eran revistados una vez al año. Durante el reinado de Felipe II, una mayor centralización del gobierno, la entrada en servicio de palacio de gran parte de la nobleza y el desgaste de la guerra de Granada contra los moriscos redujeron en gran medida esta aportación.



Llave de serpiente, ilustración del autor (1979)

LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XVII

Comprende este siglo los reinados de Felipe III (1598/1621), Felipe IV (1621/1665) y Carlos II (1665/1700), durante el cual España perdió su hegemonía militar. Esta decadencia se hizo patente a partir de la década de los 40. Las guerras en que se vio involucrada España y la despoblación del país, debido a la emigración a América y a las grandes pestilencias, dejaron a la nación exhausta.

A lo largo del siglo, los ejércitos europeos no pudieron desprenderse de los efectos inherentes al régimen absoluto, pero se logró un mejor uso de los adelantos científicos para su aplicación a la guerra, debido a un mayor rigor metodológico y experimental de los científicos, cuyos estudios estaban dirigidos hacia fuerzas con un carácter permanente más intenso. Continuó en este siglo la contratación de mercenarios y el reclutamiento por enganche de voluntarios y levas forzosas (normalmente en infantería). Mejorarían la organización, la disciplina y la administración, pero lo que verdaderamente caracterizó al siglo fueron las innovaciones tácticas y la mayor instrucción de las tropas.

La temprana batalla de Nieuwpoort (1600) fue un aviso de que una nueva táctica, en este caso la empleada por Holanda, acabaría por sustituir a la española. Mauricio de Nassau, su iniciador, derrotó al archiduque Alberto, gracias a la mejor disposición de sus tropas en el combate. Había establecido completa separación entre las tropas con armas de fuego y las que actuaban con armas blancas; sustituyó los gruesos escuadrones por pequeñas fracciones; dio mayor flexibilidad a las líneas, ligándolas entre sí; y agrupó las pequeñas unidades tácticas, bajo el mando de un jefe. Sus despliegues se componían de tres líneas y una reserva. Una parte de la caballería servía de enlace entre las agrupaciones formadas y la independiente se situaba en las alas. En esta batalla, se vería favorecido por el mal empleo de la caballería del archiduque, que cargó sin el apoyo de la infantería; también por el agotamiento de esta última, que habían recorrido 40 kilómetros entre el día y la noche anterior y, al llegar al campo de batalla, se encontró con los protestantes formados sobre las dunas de la playa. Después de cuatro asaltos sobre las arenas, los infantes del archiduque serían derrotados a pesar de que habían conseguido ocupar una de ellas y estuvieron a punto de ocupar otra. Con todo, Nassau no logró conquistar su principal objetivo, el puerto de Dunquerque. Tampoco conseguiría que los flamencos se sublevaran a su favor.

Pero el gran artífice de la evolución de los ejércitos fue Gustavo Adolfo de Suecia, que se encontró con su hacienda saneada y repleta al subir al trono de su país en 1611, con lo que pudo transformar y modernizar su Ejército. Redujo los equipos de los infantes y jinetes y el atalaje de los caballos; aligeró el mosquete de peso y calibre, al que quitó la horquilla que se utilizaba para disparar; sustituyó la llave de serpentín por la llave de rueda y municionó a sus tropas con cartuchos de envuelta de papel para facilitar la carga. Suprimió la lanza, por lo que la caballería que entraba en línea quedaría solamente representada por los coraceros, armados de carabina, dos pistolas y espada.

En 1630 organizó las unidades de dragones, nueva arma, que se llamaría «mixta» por su alternativa en combatir como infantería o caballería. Iban armados de espada, arcabuz y pistola. Algunos investigadores consideran que fueron utilizados antes por los franceses y holandeses. Alonso Vázquez, al describir la campaña de Francia de 1590, mostraba su sorpresa ante las nuevas compañías de infantería «que van en pequeños caballos, siempre que los franceses quieren hacer una facción pronta y determinada o de improviso» para lo que se apeaban de sus malos «rocines» que abandonaban.¹³ Podría afirmarse, por tanto, que los dragones comenzaron por ser una infantería que se trasladaba a caballo, para acabar integrándose en la caballería en 1805, como jinetes instruidos en combatir a pie.

La caballería sueca tenía como unidad táctica el escuadrón, dispuesto en el orden de batalla por una línea de tres filas de 15 a 20 jinetes de frente, sin intervalos entre ellos y sin distancia entre filas. Empezaban aquellos jinetes la carga al trote, que alargaban a entrar dentro de alcance efectivo de las armas de fuego portátiles, para terminarla al galope; usaban entonces con preferencia el

¹³ Alonso Vázquez, *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese* (Madrid: Miguel Ginesta, 1879).

arma blanca. Llegaron a limitar el fuego a los casos imprescindibles. Marselli decía que Gustavo Adolfo «fue el primer capitán que supo fusionar la movilidad con el choque».¹⁴ Su orden de combate se constituía con la brigada, la media brigada y el cuarto de brigada, unidades que desplegaban en dos líneas, que podían tener, a su vez, dos escalones en los que se combinaban los piqueros y mosqueteros; además, establecía siempre una reserva. La caballería afecta a las brigadas servía de enlace y protección de estas unidades y la independiente se situaba en las alas y a retaguardia como reserva. Las piezas de artillería de posición se situaban a vanguardia del centro o de las alas y los cañones de las brigadas en los intervalos de la primera línea.



Hombre de armas y arcabucero a caballo, ilustración de Giménez (1862)

Este despliegue aprovechaba mejor el terreno, facilitaba la mutua protección de las tres armas y la movilidad de las fracciones organizadas. Cesó, por tanto, la limitación de la maniobra a movimientos generales de avance y retroceso, pero

¹⁴ Nicola Marselli, *La guerra y su historia* (Toledo: Fando y Hermano, 1884).

la ejecución del combate fue todavía simétrica; es decir, se oponía generalmente a cada arma su homóloga. La facultad de reforzarse sucesivamente los escalones de las líneas, que permitía ejecutar varios ataques seguidos, dio una gran superioridad al Ejército sueco sobre sus enemigos. Además, siempre disponía de reservas de caballería, que, en acertado empleo, le proporcionarían numerosas victorias.

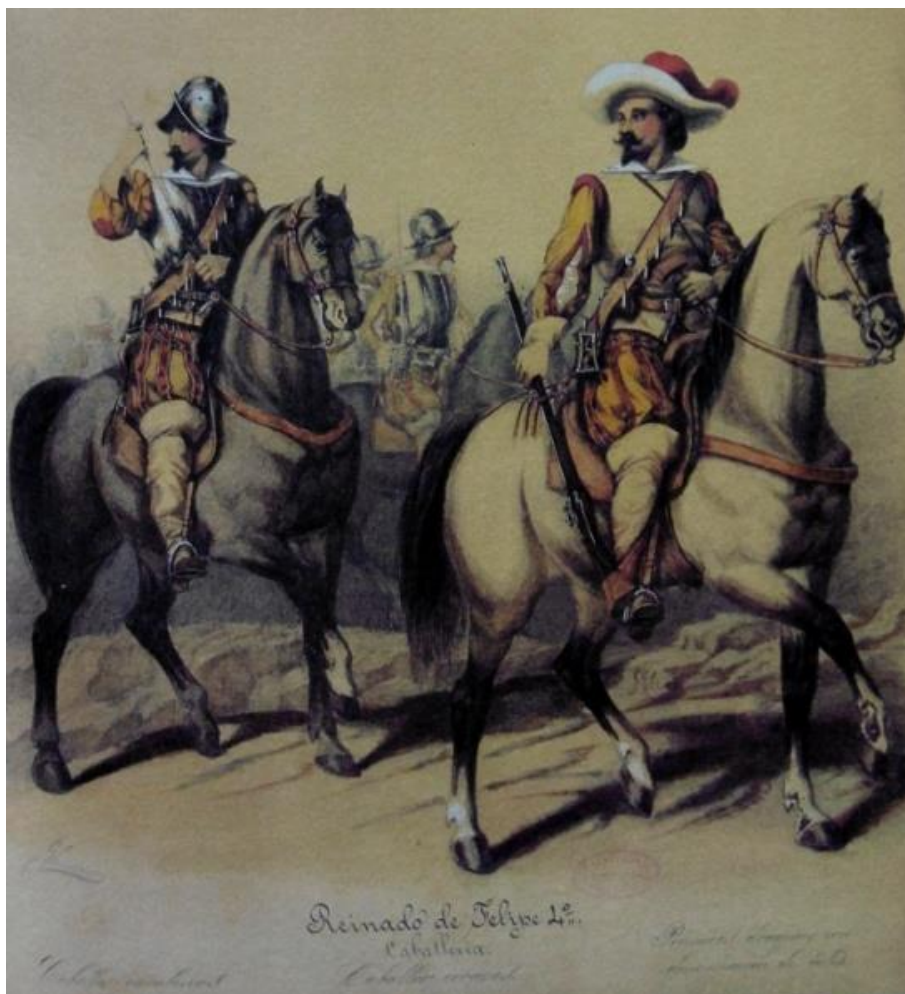


Llave de rueda, armería del Palacio Real de Madrid (foto del autor)

Felipe III mantuvo, en la península, las especialidades de hombres de armas, caballos ligeros, arcabuceros a caballo y herreruelos, integradas por compañías independientes de 50 plazas, excepto las de arcabuceros que eran de 60. El rey concedería a determinados capitanes una patente real que les autorizaba a levantar gente, obligada a servir por un año. Durante este reinado, que prácticamente comprendió las dos primeras décadas del siglo, no se aprovecharían los años de paz para reformar al Ejército y, como consecuencia, su caballería, que se mantuvo aferrada al sistema de combate del siglo anterior. Hubo que esperar al reinado siguiente, en 1632, para que se realizara una reforma de entidad; entonces, los arneses fueron simplificados y aligerados y determinadas compañías de arcabuceros cambiaron estas armas por carabinas. Esta modificación del armamento llevaría consigo también el de su nombre; recibieron entonces el de compañías carabinas o carabineros. Además de heredar las misiones de los herreruelos, que desaparecieron, se les asignó la de constituir la vanguardia. Los arcabuces desechados se dieron posteriormente a los dragones. A finales del siglo anterior, compañías dotadas de carabinas habían sido empleadas en el Piamonte para sorprender a las unidades de la caballería enemiga en las poblaciones. Era un arma portátil con ánima rayada (para no perder calibre por el uso) y llave de patilla, antecedente inmediato del fusil.

Se comenzó entonces a sustituir a los hombres de armas por los caballos coraza. Esta nueva especialidad de la caballería se creó a semejanza de los *reiters* y, por consiguiente, dotados de las mismas armas y protecciones; posteriormente, se les daría también una carabina. A las bandas de ordenanza, que todavía existían, se les sustituyó el lanzón por dos pistolas tercerolas y se les redujo las protecciones a llevar solo peto, espaldar y un casco con visera; la mayoría

cambió su nombre por el de caballos coraza. Los caballos ligeros recibieron una pistola tercerola en sustitución de la lanza jineta.



Compañías carabina, caballo coraza y dragón, ilustración de Giménez (1862)

Según el preciso investigador Juan Luis Sánchez, la primera unidad de dragones al servicio del Ejército español fue un tercio, que participó en la batalla de Nördlingen (1634) y cuyo jefe era Pedro de Santa Cecilia.¹⁵ Al año siguiente, una coronelía de 800 plazas sería transformada en tercio de dragones por Pedro de la Puente; Clonard la consideró como la primera de esta arma.¹⁶ Disponían de espada de cazoleta, arcabuz corto y maza y piquete para sujetar la cabalgadura. En el combate debían combinar el fuego pie a tierra con la maniobra a caballo y al arma blanca.

Dos batallas perdidas por España, durante el reinado de Felipe IV, señalarían su declive como la primera potencia de occidente, a pesar de las victorias de la toma de Breda (1625) y de Nördlingen (1634). Fueron Rocroi (1643) y Las Dunas

¹⁵ Juan Martínez de Merlo: «La caballería entre los Austrias y Borbones», *Revista de historia militar*, 121 (2017): 137-198.

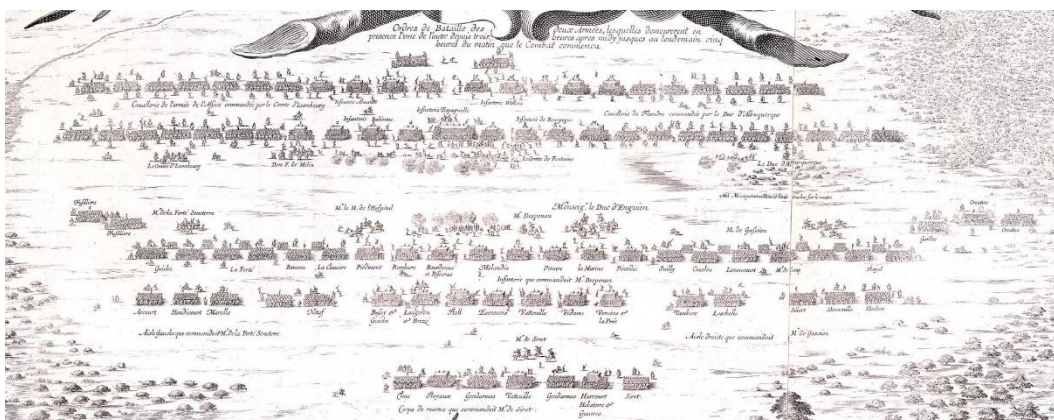
¹⁶ Conde de Clonard, *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería* (Madrid: D. B. González, 1851).

(1658). Han sido tratadas con profusión, por lo que no es necesario describirlas aquí; solo se expondrá a continuación los fallos que se cometieron. Mandaba el Ejército de Felipe IV, Francisco de Melo de Portugal y Castro, que había derrotado a un ejército francés en Honnecourt (1642). Julio Albi señala la pésima coordinación entre la infantería y la caballería como una de las principales causas de la derrota.¹⁷ Melo se había situado en el ala derecha y no se aperció de que la infantería, en el centro, se quedaba aislada, pues no acompañó a las dos alas en su ataque y no dio, por tanto, ninguna orden para remediarlo. La caballería seguía formada por compañías independientes que se reunían para la campaña y, según el mismo Melo,

tenían unos comisarios generales para mandar trozos y tropas, pero por seis meses solamente, con lo que los capitanes no les obedecen.

Estos comisarios disponían del mismo empleo y sueldo que los capitanes. Melo continuaba afirmando que cada uno de aquellos

no sabe donde ni como juntarse, y en esta batalla siempre que rompíamos algún trozo de caballería francesa, al mismo punto se rehacía, y en desordenándose algún trozo nuestro no había forma de juntarlo.



Órdenes de combate en Rocroi, ilustración anónima (1695)

Los triunfos iniciales, tanto de la caballería del ala derecha, mandada por Isembourg y formada por jinetes de la Alsacia y croatas, como sobre todo la del flanco izquierdo, cuyo jefe era el duque de Albuquerque con la caballería existente en Flandes, no se supieron aprovechar. Faltos de disciplina, después de su ataque exitoso, se dedicaron al saqueo y no contaron con el apoyo inmediato de unidades de infantería, previsión que sí tomó el duque de Enghien (posteriormente, príncipe Condé), que había intercalado sus jinetes con infantes. Melo, que tenía a su disposición una de las caballerías más potente de Europa, no la supo aprovechar. El duque aprovecharía el aislamiento del centro enemigo de inmediato. Con su caballería de reserva, que Melo no organizó, cargó contra la izquierda de la primera línea, integrada por los tercios españoles que resistieron. Rehecha, arremetió posteriormente contra la segunda y tercera

¹⁷ Albi, *Un eco de clarines*.

líneas, formada por valones y alemanes, que se dispersaron; finalmente cargó por retaguardia contra la caballería de Isembourg a la que también derrotó, lo que le permitió volverse contra la infantería española. Después de dos horas de continuos ataques, los tercios no tuvieron más remedio que capitular, pero como «plaza fuerte». Según Labarde, confidente de Enghien,

*Aquella brava infantería española hizo tan brava y extraordinaria resistencia que en los siglos por venir parecerá increíble.*¹⁸

En la segunda batalla de las Dunas se repetirían los errores cometidos en Nieuwpoort (la primera así llamada) y Rocroi. La caballería atacó sin esperar a la infantería, que también llegó agotada a romper el cerco de Dunquerque. Pero la derrota fue mucha más cruenta y desastrosa; se perdería dicha ciudad y se precipitaría la decadencia de España. De nuevo la caballería, quizás la más poderosa de Europa en aquellos años, fue desaprovechada.

Al subir al trono en 1645, Luis XIV puso todo su empeño en desbancar a España como primera potencia de Europa. Nuestra nación no llegaba entonces a los 7 millones de habitantes; Francia, en cambio, superaba los 20. Se perdería territorio europeo en cada paz firmada. Por la de Los Pirineos (1659), el Rosellón y varias plazas de los Países Bajos; por la de Aquisgrán (1668), otra zona de los Países Bajos; y, finalmente, en la de Nimega (1678–1679) el Franco Condado y 12 plazas más. Por el contrario, en la última del siglo XVII, la de Rijswijk (1697), se nos devolverían las plazas ocupadas en Cataluña y varias del norte de Europa, pero a costa de ceder a Francia la mitad occidental de la isla La Española, que daría origen a Haití. Luis XIV quiso tener contento a Carlos II para verse favorecido en su testamento.

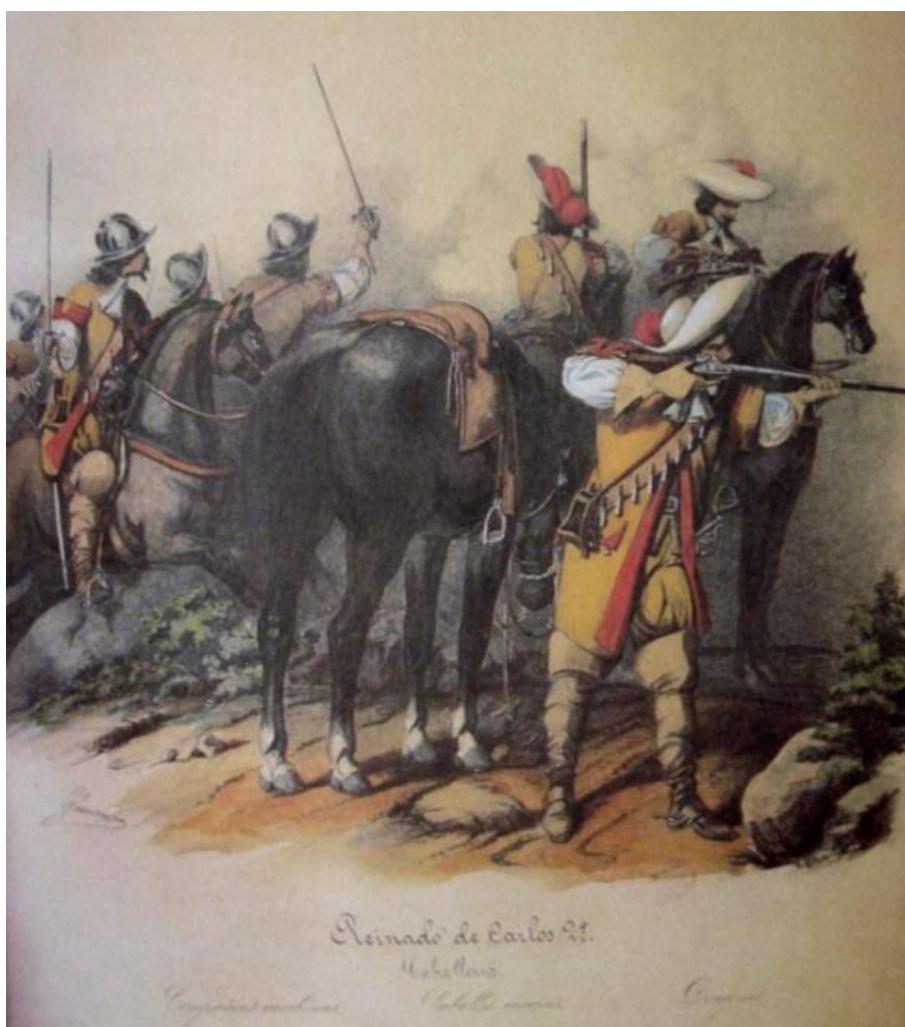
En los escasos periodos de paz, el Ejército español efectuaba cambios de organización para disminuir el número de unidades y designaba las compañías que debían permanecer «vivas». Muchos oficiales, a los que se les denominaba «reformados», se vieron forzados a servir como soldados a la espera de otra guerra. En 1640 se agruparon las compañías en «trozos», bajo el mando temporal de un capitán (6 meses), al que le daba el título de «cabo». Uno de estos trozos sería conocido como el de las Guardias Viejas, al incorporar las compañías anteriormente dispersas por la geografía peninsular. Por fin, en Flandes y en 1649, se dispuso que se agruparan las compañías en tercios permanentes con plana mayor más completa, al mando de un maestre de campo (equiparable al actual coronel), ayudado de un sargento mayor; ninguno de los dos dejaba la jefatura de su propia compañía. Según Juan Luis Sánchez, al final de este año, la caballería estaba compuesta por 14 tercios (8 españoles, 5 valones y 1 italiano), 17 regimientos alemanes y dos tercios de dragones. En total 192 compañías, 1779 oficiales, 9056 jinetes montados y 2137 desmontados.¹⁹ Estas cifras aumentarían o disminuirían según se estuviera en paz o en guerra con Francia hasta final del siglo, pero se puede afirmar que la

¹⁸ Albi, *Un eco de clarines*.

¹⁹ Merlo, *La caballería*.

proporción de jinetes con respecto a los infantes había aumentado; por ejemplo, llegó a ser de un tercio en Rocroi.

Al morir Carlos II, tenía el Ejército español 7 trozos de caballería y 2 tercios de dragones en la península; 11 y 3 respectivamente en Flandes y otro tercio de dragones en Italia. Lo peor no era su escaso número, sino su mala situación económica. No puede extrañar, por tanto, que algunos autores llegaran a escribir que Felipe V partió de cero para organizar su Ejército. Una de sus primeras medidas fue la transformación de todos esos trozos y tercios en regimientos, de los que cuatro sobreviven actualmente como tales: Farnesio (1649), Alcántara (1656), España (1659) y Pavía (1684). Otros cuatro han visto reducida su entidad a grupo: Borbón (1640), Milán (1661), Almansa (1676) y Villaviciosa (1689). Comenzaría entonces y hasta pasada la primera mitad del siglo XVIII, quizás la época más brillante de la caballería española.



Carabiniero, caballo coraza y dragones, ilustración de Giménez (1862)

LECCIONES APRENDIDAS

Materiales

Siempre se ha dicho que un arma se distingue por sus misiones y el elemento indispensable para que la caballería pudiera cumplirlas fue secularmente el caballo, de tal manera, que hasta su nombre deriva de tal medio de combate. Se ha discutido si, además, debió utilizarse con la lanza o espada, con arma de fuego o blanca, con protecciones o sin protecciones... pero que la mayoría de las misiones debían llevarse a cabo montados los jinetes en el citado équido, no se puso en duda hasta finales del siglo XIX (en algunas naciones hasta bien entrado el XX). De ahí la importancia que tuvo su cría, mantenimiento y preparación para la guerra y el grave problema que supuso la decadencia progresiva de la cría caballar en la península durante el siglo XVII.

Doctrina

Por lo ya escrito en los anteriores apartados, se obtiene la enseñanza de que la caballería, para cumplir sus misiones en el combate, nunca debe perder la movilidad, flexibilidad y velocidad para tratar de sorprender al enemigo con sus acciones. Se deduce también que las causas de los fracasos del Ejército español, a partir de segunda década del siglo XVII, fue la frecuente descoordinación entre la infantería y la caballería, la anticuada organización de esta última y la pésima disciplina. Hay que añadir también la ausencia de reservas en los órdenes de combate, integradas fundamentalmente por caballería, que pudieran acudir a sostener o restablecer con prontitud una zona del despliegue en peligro o a reforzar un ataque para que no fracasara. Y finalmente, que no se debe renunciar de antemano al choque energético, provocado por sorpresa, en el momento oportuno y en lugar más vulnerable del enemigo. Un buen jefe de caballería lo debe tener siempre en cuenta si se ha preparado adecuadamente para apreciar la situación y ejecutar la carga.

Instrucción y adiestramiento

La caballería «no nace, se hace» y este principio secular fue recomendable, y lo es actualmente, igual para los jinetes que utilizaron el caballo como para los que emplean los sistemas de armas mecanizados, blindados o acorazados; por su compleja instrucción, es un arma que no se puede improvisar y demasiadas veces se le ha obligado a actuar sin la preparación y los medios adecuados. Fue y sigue siendo idónea para adelantarse a la acción del enemigo; conseguir objetivos en el menor tiempo posible; actuar a grandes distancias; sorprender al adversario para obligarle a combatir en los lugares y momentos más favorables; completar su desmoralización; conservar la iniciativa y recuperarla cuando se pierde; hacer frente a situaciones imprevistas para resolverlas; y actuar en grandes espacios sin emplear grandes efectivos de infantería.

LA ARTILLERÍA EN LA ÉPOCA DE LOS TERCIOS

Carlos J. Medina Ávila

INTRODUCCIÓN

La aparición de la pólvora en el campo de batalla constituye un importante punto de inflexión en la historia militar que abre una nueva etapa en el arte de la guerra, caracterizada por la generalización del uso de las armas de fuego en Europa, que significó el ocaso de la Edad Media. A principios del siglo XVI, las armas pirobalísticas, es decir, aquellas que utilizaban los gases producidos por la combustión de la pólvora para lanzar proyectiles, eran ya una realidad palpable e importantes actores en la actividad bélica, constituyendo una de las claves más importantes del decisivo cambio tecnológico que provocó la revolución militar renacentista. Según Maravall,

*la artillería figura con la imprenta, la brújula, etc. en el repertorio de invenciones técnicas modernas que el hombre del XVI admira y que hace sostener una interpretación progresiva de la marcha de los tiempos.*¹

El progreso técnico y la gradual fascinación por las armas de fuego indujeron a que la artillería dejase de ser un mero apoyo en el combate y adquiriese una función esencial. A lo largo de los sucesivos reinados de los Habsburgo, la Monarquía Hispánica afrontó un enorme esfuerzo bélico para el que fueron necesarios más cañones, más pólvora y más municiones.

La historia de la artillería y la fortificación están relacionadas intrínsecamente a lo largo del tiempo. Durante siglos, su evolución ha sido paralela, progresando una y otra de forma constante y alternativa. Los avances que se van sucediendo en la tecnología artillera –aumento de la precisión, potencia, eficacia y alcance de las piezas–, hacen vulnerables unas defensas que, hasta ese momento, se consideraban inexpugnables. La innovación en las técnicas constructivas, diseñadas por los ingenieros para hacer frente a sus efectos y reducir los daños provocados por las bocas de fuego, lleva consigo el artillado y diseño de nuevas obras defensivas, al objeto de mantener alejados a los cañones de los sitiadores y dificultar las labores de minado, factor fundamental del sustancial cambio cualitativo en la evolución de las tácticas de asedio y defensa de plazas. Este principio de acción y reacción es decisivo en el desarrollo del arte militar.

En el aspecto táctico, conjuntamente con la aparición en la escena de los cañones de sitio, la combinación del fuego artillero con la maniobra de infantería y la caballería, son dos de las claves más importantes del profundo cambio en la estrategia militar. El dominio de las plazas fuertes se convertirá en el objetivo fundamental de la contienda y, a lo largo de las décadas, las tácticas ofensivas y defensivas se equilibraron. El punto neurálgico pivotaba sobre los sitios, con

¹ José Antonio Maravall, *Escritos de historia militar* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2007), 166.

los que se intentaba minar el potencial militar y logístico enemigo. La guerra se convertiría así en una serie de largos asedios y, en palabras de Sáez Abad

A lo largo de los siglos XVI y XVII las batallas en campo abierto siguieron siendo acontecimientos excepcionales, resultando mucho más importantes y numerosos los asedios de plazas fuertes, hasta el punto de que las operaciones poliorcéticas se convirtieron en la estrategia militar dominante en Europa occidental (...) En muchas ocasiones, cuando llegaban los enfrentamientos en campo abierto se producían entre los sitiadores y los ejércitos de socorro que trataban de levantar el sitio, por lo que pueden ser considerados como un componente más de las operaciones poliorcéticas y no ajenos a ellas.²

De esta forma, las batallas campales, que apenas modificaban la relación de fuerzas,³ se tornaron «más o menos irrelevantes en todas las zonas en que se construían las nuevas fortificaciones».⁴ En gran medida, en este periodo la organización artillera se conformará en dos bloques como resultado de sus formas de empleo: *territorial* o *defensiva*, la más numerosa, desplegada en las plazas fuertes, y una *artillería operativa* u *ofensiva*, formada por los trenes destacados en los diversos ejércitos que –salvo en Flandes y en Milán, donde se mantenían ejércitos permanentes– se constituían eventualmente para cada campaña.

En el transcurso del XVII comenzaron a diferenciarse las diversas misiones de la artillería en la batalla. Mauricio de Nassau (1567–1625) la reorganizó en dos grupos: la *artillería de línea*, que guarnecía los puntos del despliegue general conservados en defensiva, y la *artillería ligera*, con mayor movilidad, que protegía y acompañaba a las tropas en su maniobra. Por otra parte, con Gustavo Adolfo de Suecia (1594–1632) emergió el concepto de *artillería de reserva*, que el mando superior retenía para su empleo en el lugar y momento más oportuno de la batalla, mientras que las restantes piezas se asignaban a las unidades de infantería. Innovaciones ambas que serían rápidamente incorporadas por los ejércitos de la Corona española.

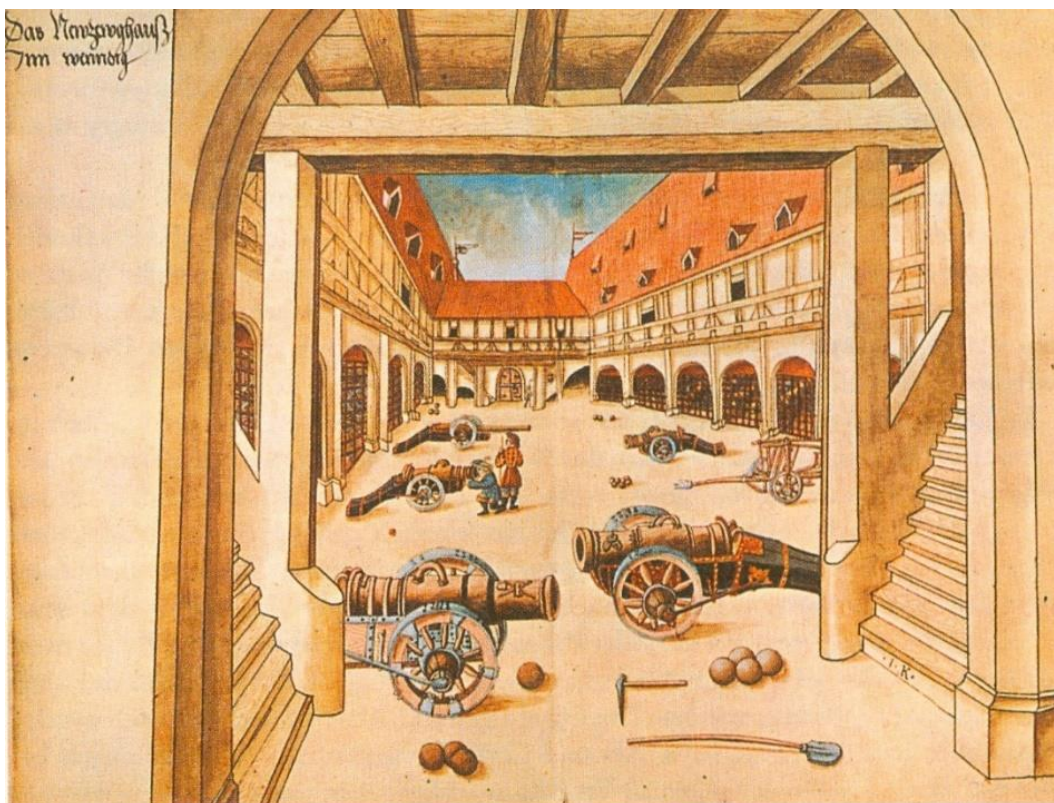
La Monarquía Hispánica a lo largo de los siglos XVI y XVII fue el poder hegemónico en Europa, factor que no ha tenido un reflejo suficiente en las obras de la mayoría de los historiadores británicos y franceses que abordan la historia del arte de la guerra. Pero en los años finales de esa última centuria, los problemas militares se agudizaron por el incremento del potencial armamentístico de otras monarquías europeas. El enorme gasto militar y las dificultades de financiación de la guerra, que llevaron a las sucesivas bancarrotas, provocaron la debilidad del potencial bélico por la imposibilidad de modernizar adecuadamente el armamento. La situación del parque artillero

² Rubén Sáez Abad, *Los grandes asedios de la época moderna (siglos XVI-XVII)* (Madrid: Almena, 2010), 18.

³ Antonio Campillo Meseguer, *La fuerza de la razón. Guerra, estado y ciencia en los tratados militares del Renacimiento* (Murcia: Universidad de Murcia, 1986), 54-55.

⁴ Geoffrey Parker, *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de occidente 1500-1800* (Barcelona: Crítica, 1990), 35.

español era más que preocupante y el Ejército solo disponía de 2294 anticuadas piezas,⁵ de ellas 1096 de bronce asignadas a los trenes de los ejércitos en campaña, y 1198 de hierro que artillaban las plazas de costas y fronteras.



Medios cañones en el arsenal de Innsbruck, ilustración de J. Kölderer (1507)

EL LABORATORIO GRANADINO Y LAS GUERRAS DE ITALIA

Antes de entrar en el análisis de la artillería de los Austrias, conviene bosquejar en unas breves líneas el significado que tuvo su empleo en el conflicto contra los nazaríes granadinos, que supuso el punto de inflexión y su eclosión en la actividad bélica. Son numerosas las referencias sobre la primera ocasión en que la artillería fue utilizada en la península –1118 en Zaragoza, Niebla en 1257, Córdoba en 1280 o Gibraltar en 1306–, muchas veces con escasos fundamentos. Con mayor soporte, Arantegui estima que los árabes del reino de Granada utilizaron artillería por vez primera en los sitios de Alicante y Orihuela de 1331, y las fuentes árabes confirman su uso por el sultán de Granada Ismail ibn Nasar en el sitio de Huéscar de 1324, y durante los asedios a los castillos de Baza y Martos en 1325.⁶ Es factible que, en 1340, la victoria cristiana en la batalla del Salado proporcionase a las huestes de Alfonso XI estas nuevas y

⁵ Excluyendo las existentes en Valencia, Baleares y Canarias, de las que no se disponen de datos porque no dependían del capitán general de artillería de España. En total, serían aproximadamente unas 2500. Jorge Vigón Suero-Díaz, *Historia de la artillería española* (Madrid: Instituto Jerónimo Zurita CSIC, 1947), t. 1-2, *passim*, y Fernando Gil Ossorio, *Organización de la artillería española en el siglo XVIII* (Madrid: Servicio Histórico Militar, 1981), 37.

⁶ José Arantegui, *Apuntes históricos sobre la artillería española en los siglos XIV y XV* (Madrid: Fortanet, 1887), 37.

desconocidas armas, que utilizarían poco después en el sitio de Algeciras (1342).⁷

Puede afirmarse, por tanto, que a partir de la segunda mitad del siglo XIV la artillería estuvo presente en la acción bélica, lo que tendría una amplia repercusión en el arte de la guerra, afectando a las tácticas y a las estructuras de los ejércitos bajomedievales. En el caso de España, su creciente importancia y el factor de prestigio y poder que representaba, impulsó a los Reyes Católicos a prohibir al estamento nobiliario la tenencia de bocas de fuego y, según Vigón

*Solo cuando [...] arrasaron las casas fuertes de los nobles turbulentos [...] y recabaron para sí [...] la exclusiva propiedad de la artillería, el poder real pudo considerarse soberano y la monarquía sentirse sólidamente constituida.*⁸

La evolución de los materiales artilleros y el incremento de efectivos constituiría a lo largo de su reinado uno de los instrumentos clave en la configuración de los ejércitos reales. El origen de toda esta artillería se halla en la concordia de Segovia, rubricada el 15 de enero de 1475 tras el matrimonio de Isabel y Fernando. La unión política de ambas coronas supuso también la fusión de las artillerías castellana y aragonesa, que participarán agrupadas en la guerra de Sucesión Castellana. La aportación de Castilla consistió en las piezas almacenadas en la armería de los Trastámara en el Alcázar de Segovia, procedentes de los reinados de Juan II y Enrique IV. A estas piezas se añadirían las tomadas a los portugueses en 1476 tras la victoria en el sitio de Zamora, y las dadas en préstamos por la nobleza. Por su parte, la artillería aragonesa estaba compuesta por las magníficas piezas heredadas por Fernando, tenía un grado de organización superior, estaba mejor dotada tanto en materiales como en personal, gozaba de gran prestigio y una amplia experiencia bélica, especialmente en las empresas militares llevadas a cabo fuera de la península.⁹

Los Reyes Católicos transformaron el panorama armamentístico y la organización militar, forjando lo que sería el germen de la poderosa maquinaria militar del Imperio español.¹⁰ La definición de su política de control de armamento en cuatro vertientes –venta, contabilidad, control de calidad e inspecciones–, constituyó el esquema adecuado para dar forma a la artillería real. A ello han de añadirse el perfeccionamiento de las grandes bombardas o piezas de asedio y

⁷ Según se atestigua significativamente en un fragmento de la *Crónica de D. Alfonso el Onceno* (1787, cap. 280, p. 536): *Et otrosí muchas pellas de fierro que les lanzaban con truenos, de que los omnes habían muy grand espanto, ça en cualquier miembro del ome que diese, levábalo a cercén, como si ge lo cortasen con cochiello*. Y no solo las huestes cristianas, pues en el sitio, según la crónica árabe de Abd el Halin, las máquinas y torres que levantaban los cristianos eran destruidas «con ardientes balas de hierro que lanzaban con tronante nafta».

⁸ Vigón, *Historia*, 1:72.

⁹ Muchas de las piezas que componían el arsenal de Fernando están plasmadas en un libro de armamentos del que se han tenido noticias recientes, actualmente custodiado en la Bibliothèque Nationale de Francia, con la signatura PET FOL ID-65, y catalogado bajo el título *Modèles de canons et de machines de guerre*,

¹⁰ René Quatrefages, *La revolución militar moderna: el crisol español* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1996), 60-61.

el desarrollo progresivo de nuevos modelos más ligeros, como las cerbatanas, los falconetes y los ribadoquines.



Bombardas, alcázar de Segovia

Su empleo jugará un papel relevante en varios de los episodios de la guerra de Sucesión al trono de Castilla y ante la invasión portuguesa (1474–1479) y, especialmente, en la guerra contra los nazaríes de Granada, donde constituyó uno de los factores más decisivos de la victoria cristiana.¹¹ Contienda en la que, en palabras del cronista real castellano Hernando del Pulgar, se utilizaron

*contra muros y torres que se habían fabricado para la sola guerra de lanza y escudo.*¹²

La artillería se perfeccionó como arma principal de asedio en estas últimas décadas del siglo XV y se utilizó con una intensidad nunca vista hasta entonces para dismantelar las fortalezas granadinas, desde sus fronteras hasta la capital.

¹¹ Las crónicas castellanas y musulmanas coetáneas se hicieron eco del terror y la fascinación que causaron las armas de fuego, como puede verse en la *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel de Castilla y de Aragón*, de Hernando del Pulgar (Madrid: Juan Mata Carrizo, 1945), y en el principal relato nazarí, *Nubdhat al-'Asr fi akbār mulūk Banī Naşr aw Taslim Gharnata wa Nuzul al- Andalusiyyin ila al-Maghrib*. (s.l.e., s.f.e.), cit. Weston F. Cook Jr., «The cannon conquest of Nasrid Spain and the end of the Reconquista», en *Crusaders, condottieri, and cannon. Medieval warfare in societies around the Mediterranean. History of warfare*, 13. (Leiden: Brill, 2003), 255.

¹² Pulgar, *Crónica*.

*Gracias a [su artillería], los Reyes Católicos [...] pudieron apoderarse en diez años (1482–1492) de los puntos fortificados del reino de Granada que durante siglos habían resistido a sus antecesores. Parecía como si la era de las «defensas verticales» hubiera concluido».*¹³

Incluso antes de la ruptura de hostilidades, Fernando ya había previsto centrar su estrategia en el fuego artillero, para lo que quiso contar con la mayor cantidad posible de piezas, que hizo traer desde todos los puntos de la península.¹⁴ Al inicio de la guerra ambos bandos contaban con artillería, y eran herederos mutuos de un largo legado de artefactos de sitio. Sin embargo, la artillería cristiana se alzaría pronto con la supremacía, y la adopción de nuevos conceptos, tanto en el plano táctico como en el estratégico, hicieron que en apenas unos años la artillería pasase de tener una función meramente decorativa a convertirse en un auténtico núcleo operacional.¹⁵ Las operaciones ofensivas, basadas en su empleo en masa en los sitios, transformaron la faz de una guerra que, hasta entonces, consistía en una sucesión de incursiones, saqueos y ajustes fronterizos, convirtiéndose en una guerra total de anexión territorial.

El número de bombardas de grueso calibre de los ejércitos reales se incrementó, desde las cuatro disponibles tras el conflicto sucesorio, a 91 en 1485 como directa consecuencia del inicio de la guerra, y a más de 200 en la campaña final de 1491.¹⁶ Ladero menciona algunos ejemplos sumamente representativos,¹⁷ como el asedio de Ronda en mayo de 1485, la toma de Loja en mayo de 1486, el cerco de Moclín en junio del mismo año, o la caída de Málaga, segunda ciudad en importancia del reino nazarí y considerada inexpugnable, en agosto de 1487, en la acción bélica conjunta más moderna hasta entonces, utilizando la artillería más avanzada tecnológicamente del momento al mando de Francisco Ramírez de Madrid y con apoyo desde el mar de las piezas embarcadas en la escuadra al mando de Galcerán de Requesens.¹⁸ La entrega de la capital nazarí el 2 de enero de 1492 significó el fin de la Reconquista. En su cerco, las 180 piezas del tren de artillería cristiana tan solo efectuaron algunos bombardeos disuasorios, por expreso deseo de la reina Isabel, que quería intacta la joya granadina para su corona.

La influencia del laboratorio granadino se haría notar en las siguientes empresas militares que se emprendieron a raíz de la política exterior de los Reyes Católicos. Conocidos los efectos de la artillería, fue cuestión de tiempo que se pensase en su utilización no solo en los asedios, sino también acompañando a los ejércitos en las batallas campales y en las expediciones al norte de África. Su presencia en cualquier operación bélica se había convertido en habitual y las lecciones aprendidas se aplicarían en Cefalonia contra los turcos a finales de

¹³ Parker, *La revolución*, 27.

¹⁴ Arantegui. *Apuntes...* s. XIV, 225.

¹⁵ Cook, *The cannon* y Jorge Vigón, *Ejército de los Reyes Católicos* (Madrid: Nacional, 1968).

¹⁶ Cook, *The cannon*, 260.

¹⁷ Miguel Ángel Ladero Quesada, *¡Vencidos! Las guerras de Granada* (Barcelona: Ariel, 2002), 93-94. Transcribe algunos párrafos de la *Crónica* de Hernando del Pulgar (Ronda, cap. 171; Loja, cap. 187; Moclín, cap. 190).

¹⁸ José Arantegui, «Más datos para la historia de la artillería española», *Memorial de artillería*, 3/11 (Madrid: Imprenta del cuerpo de artillería, 1886), 181.

1500; en Mazalquivir, a principios de septiembre de 1505; en la toma del Peñón de Vélez de la Gomera, en julio de 1508; o en la conquista de Orán, dirigida personalmente por el cardenal Cisneros entre mayo y agosto de 1509, donde la «mucha e muy noble artillería» efectuó fuego de cobertura para proteger en su avance a los cuatro trozos o columnas, obligando a los defensores a replegarse sobre la plaza, defendida por 60 piezas.¹⁹



Mortero pedrero, alcázar de Segovia

En el escenario italiano se estaban produciendo importantes cambios en el arte de la guerra, y los ejércitos hispánicos serían los que más rápidamente adoptasen las nuevas tácticas y armamentos. La panorámica que presentaba el combate moderno iba a favorecer el creciente empleo de la artillería. Si las bombardas habían cambiado profundamente el sentido estratégico al derribar la seguridad de las defensas tradicionales y facilitar las operaciones de sitio, entre 1494 y 1525 se librarían más batallas a gran escala en campo abierto que en cualquier conflicto anterior. En ellas, el uso del fuego, principalmente en papeles defensivos, sería una de las claves del éxito. Las escasas piezas empleadas, que se mostraron efectivas en las conquistas de Fiumara y Santa Ágata, no fueron suficientes para evitar la derrota en Seminara, el 21 de junio de 1495.

¹⁹ Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel* (Granada: José María Zamora, 1856), t. 2, cap. 217, 160.

Tras el fracaso, Gonzalo de Córdoba extrajo las enseñanzas que le iban a permitir afrontar el resto de la campaña con una mayor garantía de éxito: remodeló sus fuerzas y aumentó su potencia de fuego, a lo que sumó un mayor empleo de la artillería. En junio de 1496 conseguiría la capitulación de Atella – acción que le valió el sobrenombre de Gran Capitán–, y en agosto de 1497 conquistaba el puerto de Ostia, donde la acción artillera fue determinante para la victoria. La insuficiente artillería de esta primera campaña contrasta con el tren de 63 piezas que embarcó a su mando en Málaga en junio de 1500, y que intervino eficazmente en los sitios de San Jorge de Cefalonia, Manfredonia, Tarento y Ruvo, en la defensa de Barletta y, muy especialmente en Ceriñola el 28 de abril de 1503. Esta batalla constituye un hito en la historia militar, en el que se plasma la reforma militar llevada a cabo con éxito por España. En la batalla, la «...inteligente utilización de la fortificación campal, de las picas y de un fuego masivo, ya parcialmente disciplinado...» y la habilidad táctica fueron las claves del rotundo éxito.

Rávena, el 11 de abril de 1512, será la primera batalla en la que la artillería de campaña intervendría como tal. Al inicio del encuentro, uno de los más cruentos acaecidos en las guerras italianas, los cañones de ambos contendientes desplegados en línea entablaron un violento duelo. La artillería francesa, con montajes más ligeros, cambió de asentamientos audazmente hacia la izquierda aliada, rompiendo fuego de flanco. La española, estática como era entonces costumbre, había limitado su empleo a los preliminares de la batalla y, aunque sus descargas abatieron a más de dos mil infantes franceses, no maniobró para batir a la artillería gala en su movimiento, lo que podría haber impedido la victoria franco–ferraresa. No obstante, a pesar de la importancia que Fernando había concedido a la artillería, tras fallecer este en 1516, la situación distaba de ser buena, según Diego de Vera, en un memorial escrito por el capitán artillero para el cardenal regente. Arantegui, que lo recoge en su obra, se expresa así

No debe sorprender esa pintura un tanto pesimista respecto a la crisis que en ese tiempo atravesaba la artillería española, porque las múltiples expediciones y guerras sostenidas por el rey difunto habían destruido la inmensidad del material fabricado [...] y precisaba reponerse por completo. Así y todo no era tan deficiente [...], cuando en el corto tiempo que duró la regencia, pudo destruirse la fuerza invasora de Navarra y emprenderse la jornada de Argel, y más adelante auxiliar al rey de Tremecén, y proveer de artillería la escuadra en que D. Carlos salió de España en 1520.²⁰

²⁰ Memorial para el reverendísimo Sr. cardenal de las cosas de la artillería y munición que su reverendísima señoría ha de proveer, dado por Diego de Vera. Archivo General de Simancas, Guerra y Marina, leg. 1, en Arantegui, *Apuntes históricos sobre la artillería española en la primera mitad del siglo XVI*, (Madrid: Imprenta del cuerpo de artillería, 1891), 80-82.

LOS MATERIALES DE ARTILLERÍA

Tipología

En los inicios del siglo XVI las primitivas piezas de hierro forjado habían sido prácticamente sustituidas por bocas de fuego de metal fundido, aunque realmente habían sido incorporados pocos adelantos técnicos y se planteaban numerosos problemas, algunos de los cuales no habrán de resolverse plenamente hasta las últimas décadas siglo XIX y el primer cuarto del XX. En los parques se acumulaban un número inmenso de materiales de características técnicas y balísticas diversas –calibres, pesos, longitudes, etc–. Incluso aquellas piezas cuyas dimensiones eran similares, tenían diferentes espesores de metales en sus tubos. La falta de sistematización era patente,²¹ tanto por la infinidad de modelos como por su confusa denominación que, en la mayoría de las ocasiones, establecía cada maestro fundidor a su capricho.²²



Culebrina extraordinaria Nuestra Señora de Guadalupe, Museo del Ejército²³

Por este motivo, establecer una exacta clasificación de los materiales de artillería empleados a lo largo de estas dos centurias reviste una enorme complejidad. Bernardino de Escalante dividía la artillería según la munición utilizada, en *artillería gruesa o real*, de más de siete libras, y *artillería menuda*, de siete libras e inferiores.²⁴ Según Arantegui, en la primera mitad del siglo XVI, enunciando solo las de bronce, existían piezas de tanto por tanto, aligeradas o reforzadas;

²¹ Francesco di Giorgio Martini, a finales del XV, enumeraba 10 calibres diferentes, Nicola Tartaglia en 1537 identificaba 26, y Collado expresaba que solamente para servir las piezas existentes en el castillo de Milán eran necesarios más de doscientos juegos de armas distintos.

²² Esta cuestión fue debida, en gran medida, a su organización gremial, que constituyó en sí misma un grave problema, puesto que los maestros fundidores tenían su manera peculiar de trabajo y monopolizaban el conocimiento para sí y sus descendientes. Además, algunos de los más considerados, como Loeffler o Hallut, defendieron interesadamente la conveniencia de tener en servicio infinidad de modelos porque así, en cada contrata, las condiciones podían ser variadas a su favor.

²³ Una de las piezas de mayor tamaño de las colecciones del Museo del Ejército. Fundida en 1666 por Antonio de Rivas, tiene un calibre de 19,5 cm, un peso de más de seis toneladas, y una longitud de 5,85 m

²⁴ Bernardino de Escalante, *Diálogos del arte militar* (Bruselas: Casa de Rutger Velvio, 1595), diálogo cuarto, 61 verso.

en su aspecto externo redondas, ochavadas, salomónicas o helicoidales; cañones denominados serpentinos, coronas, águilas y pedreros; medios cañones pedreros, pelícanos, de Pizaño, y de Manrique; tercios de cañón o terceroles salvajes; berracos, crepantes, rebufos, corcovados, gerifaltes o basiliscos; culebrinas, medias culebrinas, sacres, falconetes, basiliscos, versos, ribadoquines, esmeriles, sacabuches y morteretes. Por su parte, Salas distinguía cuatro grupos, basándose en su empleo principal en el combate: culebrinas, cañones, piezas menudas y morteros.²⁵ Otros historiadores, como Vigón, Martínez Bande, o López Martín, elaboraron sus propias clasificaciones, tomando como base las características de las diversas piezas de la época y su empleo.

Las piezas más representativas del siglo XVI son las culebrinas, que hicieron su aparición en torno a 1500. Su característica principal es la gran longitud de sus tubos y, según su calibre, adoptan las denominaciones de culebrinas, medias culebrinas y sacres. Además, en función de la longitud del tubo en relación con su calibre algunos historiadores las subdividen en extraordinarias –longitud mayor de 30 calibres–; legítimas –alrededor de 30 calibres–; y bastardas –inferiores a los 30 calibres–.²⁶



Cañón aculebrinado, media culebrina y cuarto de culebrina, Museo del Ejército

A partir del segundo cuarto del XVI, surgiría el cañón como material más distintivo del XVII, diseñado para aumentar la eficacia del fuego contra los recintos amurallados, que terminaría sustituyendo a la culebrina por su menor longitud y peso, su calibre superior, y su mayor facilidad de manejo. Los tipos más conocidos, en orden decreciente de calibres, son el doble cañón, el cañón, el medio cañón y el tercio de cañón. A estos se añadió posteriormente el cuarto de cañón, en sustitución del tercio, y se fundirían también octavos de cañón. Como se ha mencionado antes, estos materiales recibieron además otros

²⁵ Ramón de Salas, *Memorial histórico de la artillería española* (Madrid: García, 1831).

²⁶ Límites de longitud determinados según los tratados de Ufano y Firrufino.

nombres peculiares²⁷ y, al igual que las culebrinas, podían ser extraordinarios, legítimos, aculebrinados y bastardos, según la longitud en calibres del tubo. Culebrinas y cañones, materiales de tiro tenso, coexistieron con piezas de tiro curvo –morteros y pedreros–, pero también con bombardas y otras piezas menudas de hierro forjado de la etapa anterior. Una posible clasificación orientativa, no sin defectos ni completamente exacta, puesto que no refleja la totalidad de los materiales utilizados, ni todos ellos fueron de uso simultáneo en el tiempo, podría ser la que consta en la siguiente tabla:²⁸

GRU	NOMBRE DE LA PIEZA	FORMA EXTERIOR	CLASES	LONGITUD EN CALIBRES	PESO MEDIO PIEZA	PESO PROYECTIL (CALIBRE)
PIEZAS VARIAS	Tiros				43–59 quintales	Hasta 80 libras
	Pasavolantes				41 quintales	8 libras hierro
	San martines				3–4 quintales	3–4 libras hierro
	San migueles				4–4 ½ quintales	3 ½ a 4 libras
	San cristóbales				11–12 quintales	4 a 6 libras
CULEBRINAS	Culebrinas	Ochavadas	Bastardas catalanas	30–40	80 quintales	18 libras hierro
		Roscadas	Bastardas de Perpiñán		100 quintales	25 libras hierro
		Lisas	Sencillas		38 quintales	18 libras hierro
			Pequeñas		36 quintales	15 libras hierro
	Medias culebrinas	Ochavadas	Bastardas	35–40	40 quintales	12 libras hierro
		Redondas	Sencillas		36 quintales	7 libras hierro
	Cuartos de culebrina o sacres (serafines y querubines)	Ochavados	Bastardos	27–41	17 quintales	5 libras hierro
		Lisos	Sencillos		17 quintales	6 libras hierro
		Roscados	Reforzados		20 quintales	6 libras hierro
CAÑONES	Basiliscos			8–9 varas		95–145 libras
	Dobles cañones			Más de 20		Más de 35 libras
	Cañones coronas o coronados	Lisos	Reforzados	17–18	55–60 quintales	36 libras hierro
		Ochavados				
		Antorchados				
	Cañones águilas	Lisos		8 ½	34–51 quintales	30–43 libras piedra
		Ochavados				
	Cañones serpentinos	Lisos	Reforzados	15–19	55–60 quintales	40 libras hierro
		Ochavados	Sencillos		40–45 quintales	36 libras hierro
		Antorchados	Pequeños de cercoles		32–36 quintales	30 libras hierro
	Cañones serpentinos pequeños	De cercoles		15–19	32–34 quintales	30 libras hierro
		Sin cercoles				
Cañones serpentinos bastardos	Ochavados		15–19	43–55 quintales	25–40 libras hierro	
	Redondos					
	Antorchados					

²⁷ Sobre las denominaciones peculiares de estos materiales, vid. Vigón, *Historia*, 1:220-231.

²⁸ Carlos Medina Avila, «La artillería», en *Historia militar de España*, t. 3 *Edad Moderna*, vol. 2 *Escenario europeo*. (Madrid: Real Academia de la Historia, 2013), 327-330.

GRU	NOMBRE DE LA PIEZA	FORMA EXTERIOR	CLASES	LONGITUD EN CALIBRES	PESO MEDIO PIEZA	PESO PROYECTIL (CALIBRE)
	Cañones de batir o de batería			19		40–60 libras hierro
	Cañones			18–20		24–56 libras hierro
	Cañones pedreros	Pequeños		11	24–40 quintales	50–110 libras piedra
		De cercoles				
	Medios cañones, pelícanos y de Herrera	Lisos		19–22	58 quintales	10 a 25 libras hierro
		Ochavados				
		Roscados				
	Medios cañones de Pizaño			14	40 quintales	19 libras hierro
	Medios cañones de Manrique	Lisos	Encampados	8–10	28 quintales	16 libras hierro
	Tercerolos o berracos de Manrique	Lisos		7–8	13–14 quintales	12 libras hierro
	Tercerolos de cañón (salvajes de Herrera)	Lisos	Con relex	24	45 quintales	16 libras hierro
		Ochavados				
		Roscados				
Cuartos de cañón			22–27	70 arrobas	6–12 libras hierro	
Quintos de cañón					5 libras hierro	
Cañones Mansfelt			16–17		5–8 libras hierro	
Octavos de cañón o pieza de campaña			32 pies	100 arrobas	5 libras hierro	
MENDAS	Falconetes (Inocentes)	Ochavados	Bastardos	35–40	8–10 quintales	3–4 libras hierro y plomo
		Redondos	Sencillos			
	Ribadoquines	Ochavados		35–40	1,5–3 quintales	1–2 libras hierro emplomado
		Redondos				
Sacabuches o hacabuches	Ochavados		4	1 ½ arrobas a 1 quintal	1,5 onzas a 1 libra plomo	
	Redondos					
Mosquetes	De caballete		Alrededor de 30	4–5 arrobas	4–8 onzas plomo	
	De orejas					
DE TIRO CURVO	Morteros	Recámara esférica	De Antonio González			
		Recámara cilíndrica				
		Recámara semiesférica				
		Recámara elíptica				
	Recámara mixta	De Jácome Roca				
Morteretes					7–40 libras	
Trabucos						
Petardos					10–30 libras	

Cada una de estas bocas de fuego estaba dotada de un conjunto de accesorios para su servicio, el juego de armas, que se componía principalmente de palancas, pies de cabra, atacadores, cargadores o cucharas, limpiadores o escobillones de lanada, sacatrapos y cebeteras. Para las maniobras de fuerza se utilizaban cabrestantes, carnequís o martinets, cabrias y otros artilugios

similares. Para efectuar la puntería y el servicio en fuego, los tubos se situaban en sus montajes que, a su vez, contribuían a contrarrestar el retroceso producido por el disparo. Estos montajes fueron evolucionando lentamente y se fueron aligerando, recibiendo definitivamente los nombres de cureñas de sitio y campo –los de culebrinas y cañones–, y afustes –los de pedreros y morteros–. Finalizando el XVII se diseñaron cureñas específicas para las piezas ubicadas en las defensas de plazas y costas, con gualderas más robustas y cortas, dotadas de cuatro ruedas de madera macizas con llantas de hierro.

Como se ha comentado, debido a la falta de estandarización, cada boca de fuego necesitaba montajes, municiones y juegos de armas específicos. Esta situación tan singular planteaba graves dificultades técnicas y de instrucción, y lo que es más importante, innumerables problemas logísticos y económicos. El aprovisionamiento regular de proyectiles y repuestos tan diversos constituía un enorme gasto que la Hacienda Real no podía permitirse. Por tanto, era una necesidad imperiosa la regulación de toda esta artillería. Gradualmente se comenzaron a estudiar medidas para reducir el número de calibres y homogeneizar piezas y municiones, a fin de establecer un sistema único de materiales.



Cañones de finales del siglo XVII, Museo del Ejército

Las primeras experiencias tuvieron lugar en Bruselas, en 1521, al objeto de fijar las dimensiones más adecuadas para la fabricación de bocas de fuego.²⁹ Dichas experiencias dieron como resultado las primeras tablas para su construcción, utilizadas en 1536 por Miguel de Herrera para regular parcialmente la fundición

²⁹ Vigón, *Historia*, 1:246.

de Málaga.³⁰ En 1540 se publicó en España la primera Ordenanza, luego imitada por las restantes naciones europeas, en la que se determinaba que «no se fundiesen en sus dilatados dominios [del Imperio español] más que ocho modelos de piezas»: cañones de a 40 libras, medios cañones de a 24, culebrinas largas y cortas de a 12 y medianas de a 6, sacres de a 6½, y varios tipos de morteros y pedreros.

Luis Collado, en 1592, agruparía los tipos de piezas en tres géneros: las construidas buscando «offenderlos (a los enemigos) de lo mas lexos que se pueda», en el que incluía mosquetes, ribadoquines, esmeriles, falconetes, medios sacres, zebratanas, moyanas, sacres, áspides, pasavolantes, medias culebrinas y culebrinas; un segundo, con cañones «todos de batería», tanto encamarados como encampanados –cuartos, medios, sencillos, comunes, reforzados, bastardos, serpentinos, dobles y basiliscos–, «para atormentar y derribar murallas de las ciudades y fortalezas, y deshacer qualesquiera máquinas»; y un tercero, en el que agrupaba morteros, trabucos y bombardas de hierro, fabricados para «quebrantar y echar a fondo las naves y galeras enemigas».³¹ Collado citaba, no obstante, solamente los calibres máximos y mínimos y no definía con exactitud el calibre de cada tipo de pieza.

Varias décadas después, Firrufino propuso una ordenación en dos grupos:³² las culebrinas, entre las cuales incluía las piezas que lanzaban proyectiles de 6 onzas a 25 libras –esmeriles, falconetes, sacres, medias culebrinas y culebrinas tanto sencillas como reforzadas, legítimas y bastardas–; y los cañones, en el que agrupaba los dobles cañones –de 60 a 40 libras–, cañones naturales –de 40 a 25 libras–, cañones medios –de 25 a 12 libras–, cañones tercios –de 12 a 10 libras–, cañones cuartos –de 10 a 4 libras– y cañones pedreros –de 40 a 6 libras. Unos años después, en 1609, por iniciativa de Lechuga,³³ Ufano y Sumarriba, Felipe III ordeno que se promulgase otra Ordenanza encaminada a reformar el antiguo sistema, reduciendo los tipos de cañones a solo cuatro calibres: cañones medios y cuartos de a 40, 24 y 12 libras, y un quinto de cañón de a 5 libras, que sería luego sustituido por el cuarto de culebrina del mismo calibre. A ellos habrían de añadirse los cañones ligeros de 5 a 8 libras y 16 a 17 calibres de longitud, conocidos como cañones Mansfeld o «mansfeltas»,³⁴ fundidos en 1638, siguiendo las tendencias doctrinales de movilidad instauradas por Gustavo Adolfo de Suecia.

³⁰ Herrera llevaba tiempo abogando por la reducción de calibres a solo siete. Arantegui, *Más datos*, 337-338.

³¹ Luis Collado, *Plática manual de la artillería* (Milán: 1592), facsímil editado por la Academia de Artillería (Segovia: 1985), tratado 2, cap. 5, fols. 11 y 11v.

³² Julio César Firrufino, *El perfecto artillero, theórica y práctica* (1642), facsímil editado por la Academia de Artillería (Segovia: 1987).

³³ Lechuga había propugnado la reducción a solo seis piezas: el cañón de a 40 libras, el medio de a 24 y el cuarto de a 12; y la culebrina de a 20 libras, la media de a 10 y la cuarta de a 5. No obstante, juzgaba que era suficiente con las tres especies de cañón y el cuarto de culebrina.

³⁴ En alusión al conde Pedro Ernesto de Mansfeld, maestro de campo general de Juan de Austria y Alejandro Farnesio, que tenía preferencia por la artillería de calibre ligero, en lugar de la de grueso y medio calibre.

Ninguno de estos intentos de ordenación parece que fuese respetado en su totalidad y en 1666 Juan Bayarte propondría una nueva limitación en los calibres de los cañones, que denominaba «aligerados de campaña y de batir», fijando los de a 24, 12, 8 y 2 que, desechados en principio, serían finalmente adoptados en 1680,³⁵ no solo en España sino también en el resto de Europa.

Los morteros sufrieron también modificaciones sustanciales como la introducción de las recámaras semiesféricas y elípticas diseñadas por Antonio González³⁶ y las mixtas, ideadas a finales del XVII por otro español, Jácome Roca.

La fabricación y la fisonomía de las piezas de artillería

Para solventar los problemas de las antiguas piezas de hierro forjado, se habían venido ensayado la fundición y el moldeo de diversos metales y aleaciones de cobre y estaño, para obtener bloques compactos que no ofreciesen líneas de fractura, y tuviesen una magnitud adecuada. Finalmente, la aleación más adecuada, denominada metal de fuslera, azofar o latón y antecesora de la que posteriormente recibirá el nombre de bronce de cañones, contenía una proporción del cobre muy superior a la de la utilizada en la fabricación de campanas, que llegaría a ser de un 70 y hasta un 80 por ciento del total. El moldeo de los tubos se efectuaba en hueco y con diestra, mediante la introducción de una cruceta de metal en la parte inferior del molde al objeto de mantener centrada el ánima mientras se vertía la colada. No obstante, el método no proporcionaba ánimas perfectamente centradas y homogéneas, a diferencia del barrenado, que se aplicaría en España solamente a piezas de pequeño calibre hasta bien entrado el XVII.³⁷

La técnica de fundición alcanzó su cenit en pleno siglo XVI, consiguiendo piezas de excelente manufactura, tanto por sus características técnicas y balísticas, como por su aspecto artístico, lo que supuso un cambio radical en el aspecto externo de las piezas, que sustituyeron prácticamente en su totalidad a las antiguas de hierro forjado. Sobre el metal de los tubos comenzaron a cincelarse escudos, divisas, lemas, sentencias, nombres y leyendas, animales fabulosos y reales, y símbolos; las asas y cascabeles recibieron las más diversas formas

*con apariencia de verdadera joya de lujo. Se diría que los pinceles de Leonardo hicieron los diseños, que luego Benvenuto talló, en exaltada adoración del adorno, de la forma, del detalle, propia de las épocas del Renacimiento.*³⁸

³⁵ Vicente de los Ríos *Discurso sobre los ilustres autores e inventores de artillería que han florecido en España desde los Reyes Catholicos hasta el presente* (Madrid: Joachin Ibarra, 1767), art 2, 106-108.

³⁶ González sería reconocido como inventor de las recámaras esféricas, que recibirían el nombre de *chambres à la espagnole*.

³⁷ Lechuga menciona un método empleado en Milán para barrenar piezas gruesas utilizando un pesado mecanismo movido a brazo. Lechuga, Cristóbal, *Tratado de artillería y fortificación* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1990), cap. 7, «De la manera en que las piezas, morteros y petardos de forman en la fundería, y de los arcabuzes y mosquetes».

³⁸ José Manuel Martínez Bande, *Historia de la artillería* (Madrid: Escelicer, 1947), 82.

Cada pieza recibía un nombre particular, y los calificativos que se empleaban en su descripción hacían referencia a su contorno, que unas veces era cilíndrico o cónico –redondas–, otras de sección poligonal –como las ochavadas– y a veces en forma de columna salomónica. Algunas piezas llegaron a individualizarse hasta tal extremo que adquirieron personalidad propia.



Cañón llamado San Pablo, Museo del Bargello de Florencia³⁹

A lo largo del tubo, el espesor de metales era variable, no siendo un cilindro perfecto sino una sucesión de elementos troncocónicos de diferente grosor unidos a través de bases comunes. El máximo espesor correspondía a la recámara, que podía adoptar diferentes formas interiormente, siendo el ánima de menor grosor y de forma cilíndrica o ligeramente troncocónica. Esta divergencia complicaba la construcción de los tubos, más aún cuando las recámaras tenían forma encampanada, encamarada, o de *rélex* o *releje*.⁴⁰ En función de ello, su trazado exterior se divide generalmente en tres cuerpos, separados por fajas y anillos. En la parte trasera del primer cuerpo se halla la lámpara o culata, masa que obtura la recámara y en la que se localiza la faja alta. Tras la lámpara sigue un estrechamiento denominado cuello del cascabel, en cuyo extremo se encuentra un apéndice de forma esférica, el cascabel, que muchas veces tomaba formas caprichosas, como cabezas de simios, de dragones u otros animales mitológicos, de frutos, etc., en el que se ataba una gruesa sogá para facilitar las maniobras de fuerza.⁴¹ Cercano a la lámpara se taladraba el fogón, en dirección perpendicular o inclinada respecto al eje del

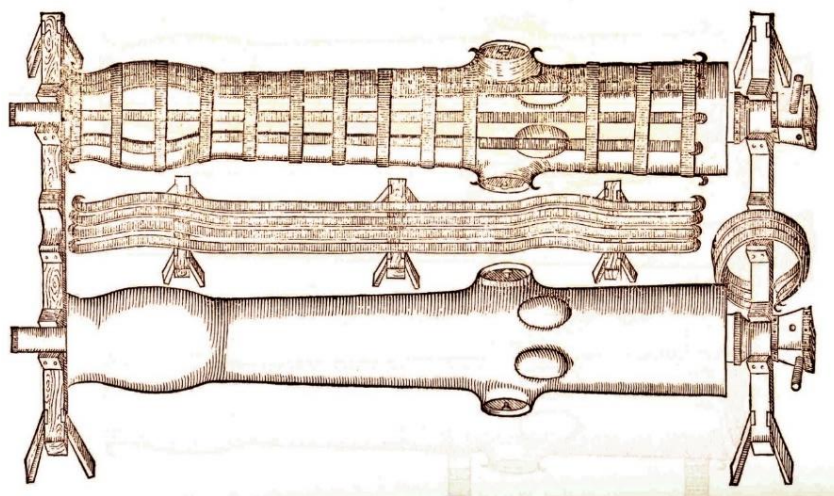
³⁹ Fundido en 1638 por Cosimo Cenni para la fortaleza de Pisa; fotografía de Sailko Livorno DPI.

⁴⁰ Resalte situado interiormente, estrechando la recámara para que el espacio donde se sitúa la carga de proyección sea más angosto que el resto del tubo.

⁴¹ La culata cerrada aparece ya en las primeras culebrinas, y adopta en su terminación formas caprichosas. Posteriormente, estos remates fueron sustituidas por el cascabel.

ánima, a través del cual se da fuego. Para evitar que el fogón se obturase por acumulación de suciedad o polvo, se practicaban dos pequeños montantes sobre los que apoyaba una chapa giratoria a modo de charnela que se denominaba cobijo.

En el segundo cuerpo se sitúan los muñones y las asas. Los primeros servían para situar el tubo en su montaje, y facilitaban las maniobras de puntería y carga.⁴² En la mayoría de las piezas largas, el eje de muñones se situaba aproximadamente a la mitad de la longitud del tubo. Al ser mayor el espesor de metales en la parte de la recámara, el segmento del tubo entre culata y eje de muñones tenía un peso superior al que se encontraba entre éste y la tulipa. Esta particularidad, llamada «preponderancia de culata», tenía efectos en las operaciones de puntería en elevación de las piezas, dado que las cuñas de puntería debían colocarse forzosamente bajo la parte preponderante. Por contra, las piezas cortas como los morteros tenían el eje de muñones colocado a la altura de la recámara –o más bajo aún–, por lo que todo el peso de la pieza se cargaba en la parte del brocal, presentando «preponderancia de boca». Las asas, adornadas también de forma caprichosa,⁴³ favorecían las maniobras para colocar la boca de fuego en su montaje con ayuda de unas cabrias o grúas elementales. Finalmente, el cuerpo delantero se denominaba *caña* y terminaba en una faja de gran diámetro y forma variable denominada brocal o tulipa.



Molde de cañón para fundición en hueco y con diestra, ilustración de Cristóbal Lechuga (1611)

Estos materiales de fundición constituyeron un gran adelanto que repercutiría en su eficacia en el combate, y poseen una serie de cualidades comunes. La más

⁴² Los muñones aparecen aproximadamente en la mitad del siglo XV. López Martín afirma que es posible trazar su aparición hacia 1449, basándose en un dibujo del ingeniero sienés Mariano di Jacopo en su *De machinis*, aunque la pieza datada más antigua dotada de ellos está fechada en 1474 (López Martín, Javier. «La evolución de la artillería en la segunda mitad del siglo XV. El reinado de los Reyes Católicos y el contexto europeo», en *Artillería y fortificaciones en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica. 1474-1504* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2004), 188-189).

⁴³ Hasta que, entre 1530 y 1538, adoptaron en su gran mayoría forma de delfines.

notable consiste en la disposición solidaria de la caña y la recámara, formando un único bloque que proporciona una resistencia mecánica superior a las de las antiguas de hierro forjado. Se impedía así el escape de los gases generados por la combustión de la pólvora que se producía por los huelgos entre caña y recámara. Con el aumento de resistencia de los tubos, fueron posibles mayores cargas de proyección y el uso de pólvoras más potentes, con el consiguiente incremento de los alcances eficaces. La carga de la pieza se efectuaba íntegramente por la boca –los materiales de este período reciben la denominación de piezas de avancarga–, lo que facilitaba y hacía más sencillas y rápidas las operaciones de carga, puntería y tiro, proporcionando cadencias de fuego superiores. Finalmente, en el plano de la seguridad, la misma concepción de las piezas evitaba los accidentes por roturas de las cuerdas de sujeción, que provocaban en ocasiones que la recámara saliese propulsada violentamente hacia retaguardia, lanzando al exterior un chorro de fuego y causando numerosas bajas en las dotaciones de las piezas.

El incremento del número de piezas necesarias, y la especialización en el tratamiento del bronce, hicieron precisa la creación de instalaciones fabriles y maestranzas. Muchas de estas instalaciones fueron privadas durante décadas. Por las numerosas discrepancias entre los fundidores y la Corona a causa de las deficiencias observadas en la calidad de las piezas y la discontinuidad en su producción, serían adquiridas y estatalizadas. El funcionamiento de la mayoría sería intermitente: por motivos económicos, una vez satisfechas las necesidades más acuciantes, los fundidores extranjeros eran despedidos, y los trabajadores españoles abandonados a su suerte, puesto que, comparativamente, el coste de adquisición de las piezas de Flandes y Alemania era menor que el de su fabricación en la península ibérica.⁴⁴

El principal problema en España en estos siglos fue la escasez de especialistas, inconveniente que la Corona consiguió superar con la contratación de flamencos –como Hans Poppen, Halur y Properinter–, alemanes –como Gregorio y Cristóbal Loeffler o Juan Vautrier– e italianos –como Bartolomé Sumarriba. Son frecuentes los documentos coetáneos en los que los capitanes generales de la artillería se quejaban de la escasez de fundidores españoles y de lo antieconómico que resultaba contratar foráneos.⁴⁵

De los establecimientos existentes con anterioridad al primer monarca de la Casa de Austria, la Real Fábrica de Málaga fue la que adquirió mayor desarrollo y llegó a ser la fábrica más importante de España y una de las mejores de Europa. Posteriormente sería eclipsada por la Fundición de Sevilla, establecida formalmente en 1611, aunque ya venía manufacturando piezas como fundición particular desde, al menos, 1565. Adquirida por la Hacienda Real en 1634, con constantes altibajos «unas veces por falta de cobre y otras por las de dinero para satisfacer los sueldos...», la fábrica empezó a cobrar importancia, llegando a fundir unos 400 cañones anuales a finales del XVII, a pesar del grave deterioro

⁴⁴ Adolfo Carrasco y Sayz, «Apuntes para la historia de la fundición de artillería de bronce en España», en *Memorial de artillería*, 3/15 y 3/16 (1887), 53, 184 y *passim*.

⁴⁵ Sobre la cuestión, entre otros, vid. Vigón, *Historia*, 1:220, 311 y *passim*; y Carrasco, *Apuntes*, *passim*.

que presentaban sus instalaciones tal como manifestó en 1691 el Consejo de Estado.

No obstante, para proveer de artillería a los ejércitos de la Monarquía Hispánica Carlos V y sus sucesores tuvieron que recurrir principalmente a las fundiciones europeas⁴⁶ situadas en Flandes –Utrecht, Namur, Amberes, Tournay y Malinas– en Alemania –Augsburgo, Estiria, Graz, Colonia, Ratisbona, Nuremberg, Inspruch, Nordingen y Suhl⁴⁷– y en Italia –Venecia, Nápoles y Milán⁴⁸–. La fundición de Lisboa también surtió piezas desde la incorporación de Portugal a la Corona hasta su independencia en 1640. Y naturalmente las fundiciones se extendieron a ultramar. Sirva como ejemplo la Real Cédula de 1593 que establecería las de La Habana y Nueva España,⁴⁹ a las que se añadiría luego la de Manila.



*Cañones españoles de bronce, Museo Militar de Lisboa*⁵⁰

⁴⁶ Collado. *Plática*, 8-8v. La industria española había quedado postergada debido a su incapacidad para abastecer la gran cantidad de artillería necesaria para las operaciones bélicas derivadas de la gran política imperial de los Habsburgo.

⁴⁷ Suhl era el arsenal de Alemania y el centro productor de material bélico más importante de Europa hasta su destrucción en 1634. Campillo, *La fuerza*, 139.

⁴⁸ En documentos del Archivo General de Simancas se contabilizan la fabricación en Milán, ya en 1576, de 735 piezas de 13 clases diferentes, desde el cañón al esmeril.

⁴⁹ Carrasco, «Apuntes», 52. La Habana entró en funcionamiento en 1596; la de Manila, en 1607; en Acapulco se fundieron cañones desde 1601, y en Chapultepec desde 1603.

⁵⁰ En la fotografía se aprecian las diversas fajas, el cascabel y la lámpara, el fogón y los montantes para el cobijo, las asas en forma de delfines, los muñones, y el brocal o tulipa.

El bronce sería el metal preferentemente utilizado en su fabricación,⁵¹ pero al aumentar la demanda de artillería, la corta vida de los tubos y su alto precio llevaron a pensar como solución en la obtención de artillería de hierro colado. Ciertamente, con la aparición de los altos hornos y bien entrado el XVI, eran fabricadas piezas de hierro colado, con una proporción de carbono superior al 2 por ciento, más resistentes a la presión de la combustión de las pólvoras, pero más frágiles y de fácil fractura del tubo por percusión. En el caso de la Monarquía Hispánica, según Alcalá-Zamora

*los gobernantes españoles de Bruselas y Madrid [vieron] la urgencia de hacerse con el secreto del arma más eficaz de sus enemigos: el horno alto, de donde nacían los cañones de hierro colado, baratísimos, innumerables, casi tan buenos como los de bronce.*⁵²

Los primeros intentos auspiciados en 1574 por Luis de Requesens a instancias de Felipe II fracasaron, pues los maestros fundidores ingleses y liejenses se negaron a desplazarse a España por temor a la Inquisición. Las tentativas posteriores, en 1603, tampoco tuvieron éxito, debido fundamentalmente a «las dificultades técnicas y a la obstinada resistencia de las ferrerías tradicionales vascas a admitir un procedimiento competitivo y muy intervenido por el poder central».⁵³ Finalmente, en 1622, se aprobaron por Real Cédula los términos del contrato propuesto por un veterano proveedor de los ejércitos de Flandes, el liejés Juan Curcio, para el establecimiento de una fundición de hierro de alto horno en Liérganes y La Cavada (Santander), cuyas primeras 25 piezas se entregaron en julio de 1630. La fundición se convertiría en «la más fuerte instalación siderúrgica y uno de los más importantes establecimientos industriales españoles de ese período que conocemos con el nombre de Antiguo Régimen».⁵⁴ La factoría santanderina, junto a las fundiciones establecidas en Molina de Aragón, Eugui y Orbaiceta, proporcionaron también gran parte del balerío de hierro utilizado por la artillería en el XVII, si bien su producción no fue suficiente para satisfacer el elevado consumo de la época.

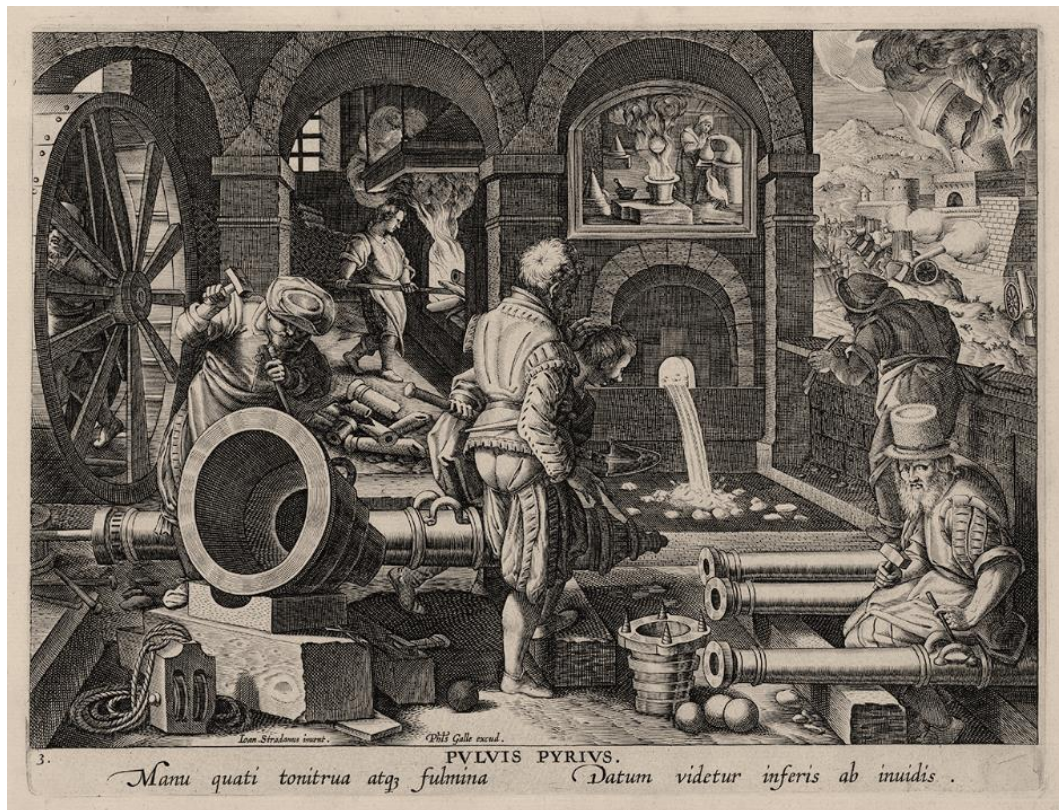
No obstante, según Arantegui, las piezas de hierro fueron de uso limitado en el Ejército. Con todo, por su menor coste económico –unas diez veces inferior a los de bronce– y su peso relativo, fueron ampliamente utilizadas en el artillado de buques y en las defensas costeras.

⁵¹ De hecho, es tan predominante que la historiografía artillera española clásica denomina a esta etapa, comprendida por los S.XVI y XVII, con la denominación de «Segunda época o época de bronce».

⁵² José Alcalá-Zamora, *Altos hornos y poder naval en la España de la Edad Moderna* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1999), 26.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *Ibid.*



Fundición de artillería, grabado de Philips Galle (1575)

Las municiones y las pólvoras

Las municiones experimentaron también una cierta evolución. A comienzos del XVI la munición característica de culebrinas y cañones, las pelotas o bolaños de hierro colado coexistieron con las de piedra tallada de etapas anteriores. El tipo de munición a disparar era elegido en función del blanco a batir. Los grandes bolaños de hierro macizo, de entre 25 y 60 libras, se usaban contra muros y baluartes, mientras que las trincheras y parapetos defendidos por tropas adversarias, se batían con pelotas de plomo de 12 libras e inferiores. Como curiosidad, parte de la munición disparada se recuperaba, concediéndose premios en metálico en función del calibre y peso a quienes se arriesgaban a traer los proyectiles de vuelta.⁵⁵

En la batalla de Poltok, en 1580, se disparó por primera vez munición incendiaria, calentando en hornillos las pelotas de hierro hasta el «rojo cereza». Posteriormente, y envueltas en estopa, estas «balas rojas» se emplearán en multitud de ocasiones a modo de munición iluminante, como en el sitio de Amiens de 1597. Además, se idearon otros nuevos proyectiles de amplios efectos, como los sacos de metralla, novedad introducida en Marignano en 1515, las polladas, las carcasas o las balas huecas, cuyo interior se rellenaba de plomo para aumentar su eficacia. En los combates navales o desde las defensas costeras, con la finalidad de desarbolar los buques enemigos, fueron utilizadas palanquetas –dos pelotas unidas por medio de un vástago–, y balas

⁵⁵ Lechuga, *Tratado*, 219.

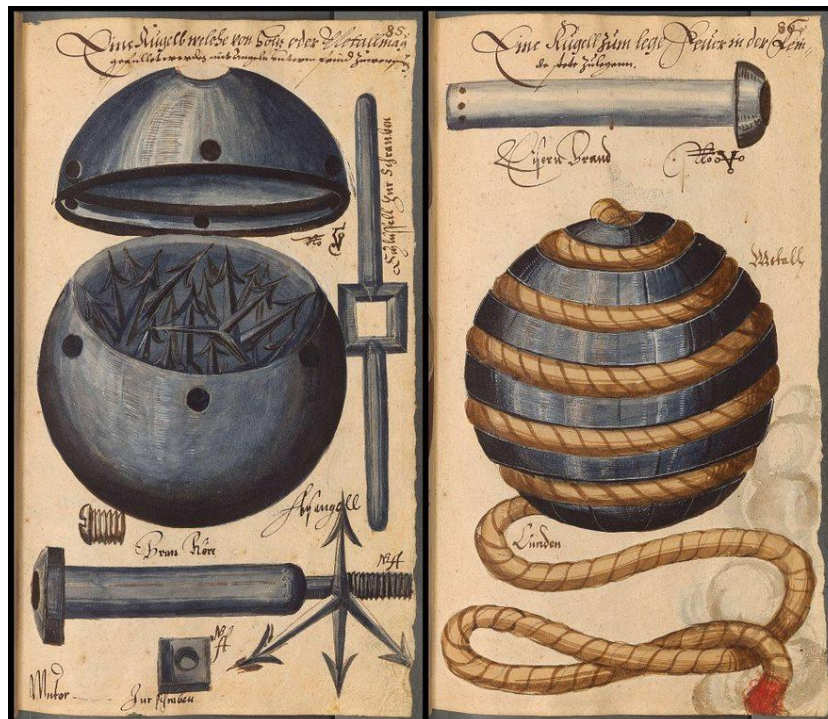
encadenadas –dos o más proyectiles enlazados por cadenas–. En diversos tratados de la época son descritos otros tipos de proyectiles –como el angelote, la enramada, los de puntas de diamante, o los de pernos–, muchos de ellos de dudosa eficacia. Los morteros, además de balas macizas, por la peculiaridad de su trayectoria lanzaban otras clases de municiones, como saquetes rellenos de guijarros, balas incendiarias y bombas esféricas huecas –antecesoras de las granadas, que aparecieron mediado el XVI–, que disponían de una boquilla para situar una mecha o espoleta para hacer estallar su carga interna en un punto de su trayectoria o cuando alcanzaba su objetivo.

Las pólvoras negras empleadas como carga de proyección se perfeccionaron tanto en su composición como en los procedimientos de fabricación. Se hallaron mejores formas de extraer y purificar sus componentes, abaratando sus costes y obteniendo importantes mejoras en su consistencia, su resistencia a la humedad y a la descomposición. Polvo fino y poco homogéneo, estaban constituidas por una mezcla de nitrato potásico –salitre–, azufre y carbón vegetal, cuyas proporciones estaban en función de la calidad de cada ingrediente. La «buena pólvora», utilizaba como fórmula más común –denominada «seis, as, as»– seis partes de salitre, una de azufre y una de carbón.⁵⁶ El carbón vegetal era el más sencillo de obtener de los tres componentes, por combustión de la madera. El salitre, el más costoso, tenía que someterse a un proceso de refinado. Ambas operaciones eran monopolio real y se realizaban en régimen de arrendamiento. El azufre procedía principalmente de la importación desde Flandes e Italia puesto que, hasta bien entrado el último tercio del siglo XVI, no se descubrieron las primeras minas en España. Su elaboración se efectuaba por procedimientos manuales, tras la molturación de los componentes y el lavado y refinado del salitre. Los métodos de empaste y graneo –que ya habían sido introducidos en la segunda mitad del XV y no serían superados en los cuatro siglos siguientes–, proporcionaban pólvoras graneadas homogéneas y de combustión regular. Experimentalmente, se comenzó a tener constancia de la influencia del tamaño del grano, clasificándose en función del mismo en pólvoras flojas o flacas, y pólvoras soberbias según su potencia, condiciones que debían tenerse en cuenta en el momento de determinar el volumen de la carga de proyección, a fin de evitar accidentes por fracturas y grietas de los tubos. Conjuntamente con las innovaciones en su fabricación, el uso de saquetes y cartuchos de papel o cuero para confeccionar las cargas con mayor rapidez posibilitó el aumento sustancial de las cadencias de tiro.

Para hacer frente a las necesidades de pólvora, además de una serie de molinos particulares existentes, se establecieron varios centros de fabricación por cuenta real, entre los que cabe destacar los de Málaga y Burgos. En 1621 se dieron instrucciones para la implantación de una fábrica en Cartagena y la remodelación de la de Málaga, además de la adquisición por asientos de la producida en La Mancha, Navarra, Aragón y Orihuela. Dos años después se estableció un molino en Murcia, y en 1633 se reformaron por una Real Cédula las fábricas de

⁵⁶ Otros documentos coetáneos dan fórmulas diferentes, en las que las proporciones de azufre y de carbón son superiores. La fabricación y prueba de las pólvoras eran responsabilidad de los artilleros «porque para hacer pólvora todos los más de los artilleros son buenos polvoristas» (AGS, GYM, leg. 20)

Pamplona, Málaga y Cartagena. No obstante, la producción de pólvora en las fábricas reales estuvo sometida a tales condicionantes –falta de materias primas, capacidad productiva de los molinos...– que, en gran medida, la demanda fue cubierta mediante su adquisición en las fábricas de Flandes, Alemania y de Génova.



*Municiones de artillería, ilustración atribuida a Hans Georg Schirvatt (1622)*⁵⁷

LA ARTILLERÍA EN LA ACCIÓN BÉLICA

Para analizar el empleo táctico de la artillería y sus efectos, han de considerarse dos contextos diferenciados: su desempeño en el asedio a una plaza y su actuación en la batalla en campo abierto.

El empleo de la artillería en los sitios a plazas

En las acciones de sitio, el papel de la artillería tuvo un carácter relevante, propiciando incluso un nuevo sistema de arquitectura militar que limitase los efectos del fuego adversario y aprovecharse mejor las posibilidades del propio. Mediante el diseño y artillado de las obras defensivas para adaptar los viejos muros medievales a los criterios de la novedosa «traza italiana», y aprovechando las características del terreno circundante, se pretendía mantener alejados los cañones de los sitiadores y dificultar sus operaciones de minado, lo que supuso un cambio sustancial en las tácticas de asedio y defensa de plazas. La evolución tecnológica de las bocas de fuego les proporcionó suficiente potencia para abrir

⁵⁷ El manuscrito *Kunst- und Artillerie-Buch* muestra proyectiles tipo *shrapnel* y varios tipos de bombas, que quizá pudieron haber sido utilizadas, con mayor o menor fortuna en la guerra de los Treinta Años.

brechas en las fortificaciones en un tiempo relativamente prudencial, posibilitando el posterior asalto de la infantería.⁵⁸

Si el bloqueo de una plaza era efectivo, se podía ponderar su capacidad de resistencia, pudiendo decirse con certeza que «plaza cercada, plaza tomada». Incluso ante la sola presencia de un tren de artillería suficientemente potente, las pequeñas plazas escasamente fortificadas o con pocas probabilidades de recibir socorro del exterior, pactaban la rendición. No obstante, en la mayoría de las ocasiones, los defensores ofrecían resistencia a la tormenta de fuego y los ataques del adversario. Las baterías emplazadas en las plazas disparaban contra la artillería contraria para desmontar sus piezas, y batían a los sitiadores en su avance hacia las murallas. Normalmente conservaban a resguardo algunas piezas, denominadas secretas, para intervenir en el momento culminante del asalto. También era habitual construir y artillar medias lunas improvisadas detrás de las defensas abatidas, para hacer fuego con metralla sobre los asaltantes.

Decidida la expugnación de una plaza, el ejército sitiador tenía que abordar un inmenso esfuerzo logístico y organizativo para acometer una operación tan compleja como era el asedio. Se requería una gran acumulación previa de medios y, en lo referente a la artillería, una estricta planificación, la adquisición de más materiales y el adecuado despliegue de los mismos.⁵⁹

El asentamiento de las piezas era competencia exclusiva del general de artillería, que la llevaba a cabo a través de las órdenes impartidas a ingenieros y artilleros. Para conseguir la mayor eficacia posible, los asentamientos se situaban a contraescarpa y a una distancia no superior a los 200 metros del objetivo.

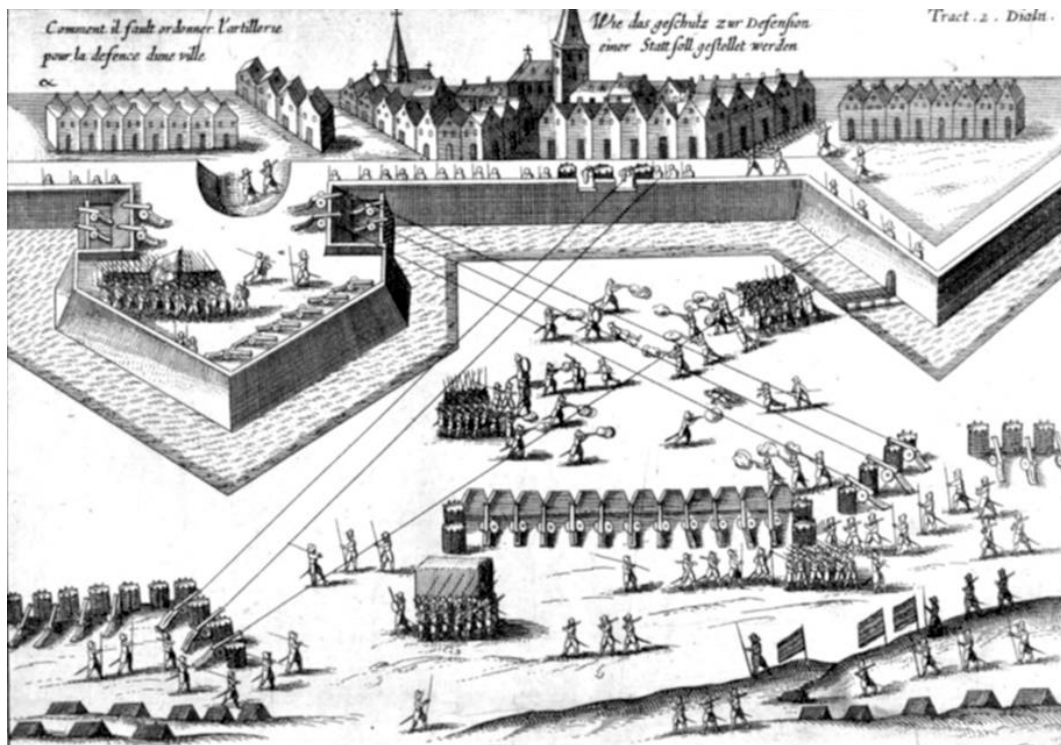
A principios del XVI, la posición artillera inicial estaba formada en ocasiones por más de 30 cañones protegidos por gaviones y agrupados en una única batería,⁶⁰ recibiendo la denominación de batería real o gran batería, y desplegaba

⁵⁸ Algunos autores fueron inicialmente reticentes al uso de la artillería en los sitios. Según Maquiavelo «si [el sitiador] dispone de artillería y la bombardea, como el efecto de las baterías es que caigan los escombros en su parte batida [...] originará un aumento de la profundidad del foso interior. El avance quedará imposibilitado por unos escombros que estorban, un foso que cierra el paso y una artillería enemiga que desde el muro del foso bate con toda seguridad a los asaltantes» Pero también reconocía que «es tal la potencia de la artillería que quien fía solo en la protección de una muralla y un atrincheramiento comete un grave error». Nicolás Maquiavelo, *Del arte de la guerra* (Madrid: Tecnos, 1988), libro 7.

⁵⁹ Algunos tratadistas mencionan con precisión las necesidades, despliegue y actuación de la artillería en un sitio: Firrufino (*El perfecto*, cap. 81 y 84); Collado (tratados 4 y 5); Lechuga (*Discurso*, cap. 21); o Diego de Álava y Viamont, *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería* (Madrid: Ministerio de Defensa), libro 2, cap. 2.

⁶⁰ Según Lechuga, en 1538, para organizar una batería de forma óptima «se pueden llevar 24 piezas, entre las cuales ha de haber cuatro medias culebrinas, cuatro sacres y cuatro falconetes para quitar las defensas y cuatro cañones dobles, cuatro medios cañones y cuatro culebrinas para batir [...] Cuantas más piezas se pudieren poner juntas en la misma explanada al hacer las baterías principales, aunque lleguen a veinte, es mejor...(aunque) siendo lo más que se puede batir con una batería la cortina de un baluarte, y necesario, a día de hoy, el ponerla en la contraescarpa, o arcén del foso [...] difícil será (que) puedan estar veinte». Lechuga, *Discurso*, cap. 21.

normalmente en una altura próxima desde la que podía batirse la plaza asediada sin obstáculos. Al principio, sus fuegos no tenían por ser de efectos devastadores, sirviendo ante todo para apoyar las operaciones de aproche. Posteriormente, los asentamientos se iban adelantando de forma progresiva hasta llegar a las proximidades del objetivo principal. Los cambios de posición se efectuaban una vez estuviese allanado y nivelado el terreno, nocturnamente y con todo sigilo para tener un mayor efecto sorpresa.



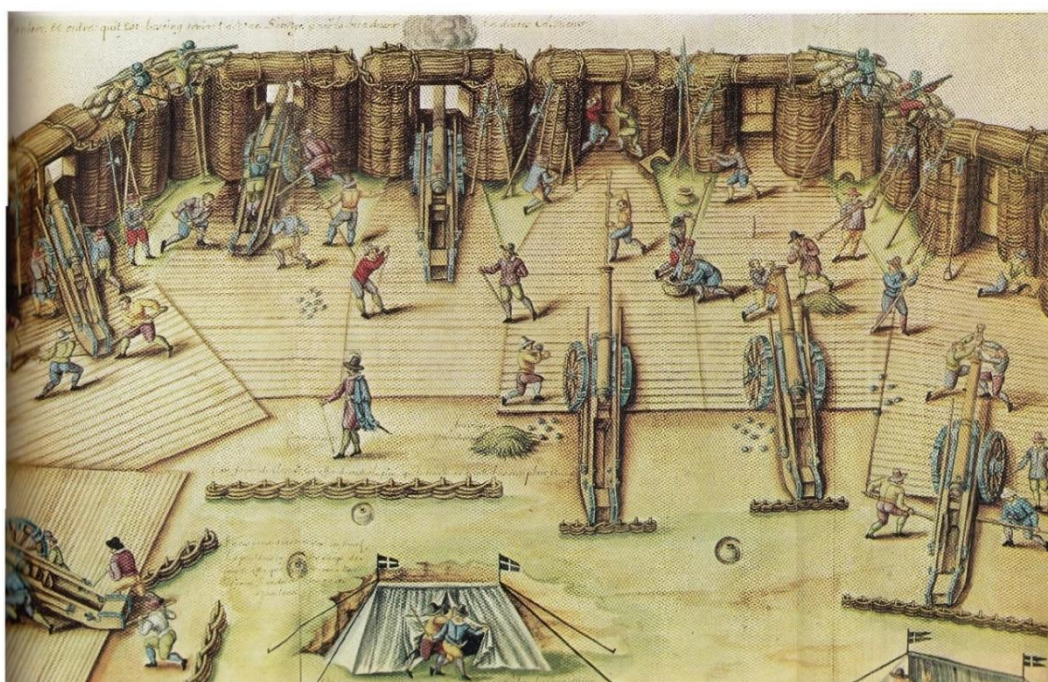
Táctica de fuegos para batir defensas de una plaza, ilustración de Diego de Ufano (1621)

Las piezas eran emplazadas sobre plataformas de madera de planos inclinados para amortiguar el retroceso, y se protegían tras cestones o parapetos con troneras libres para iniciar el bombardeo sistemático de las defensas lo más rápidamente posible. También se les equipaba con un sistema de poleas para facilitar la carga y entrada en posición, y se procedía a la acumulación de municiones y pólvora, estableciendo almacencillos protegidos por lonas en las cercanías de la línea de fuego. Al objeto de conseguir mayor eficacia, estos asentamientos se situaban a contraescarpa y a una distancia no superior a unos ciento cincuenta o doscientos pasos del lugar de la muralla elegido para abrir brecha. Asimismo, y para proteger las piezas de posibles salidas de los sitiados para inutilizarlas, se les dotaba de una guardia permanente, con apoyos de madera para arcabuces y mosquetes.

A mediados de siglo el tamaño de la batería central se redujo y se establecieron baterías laterales para batir los flancos de los bastiones con fuego cruzado. El

procedimiento es descrito minuciosamente por Arantegui, en su relato del frustrado sitio de Metz, entre octubre y diciembre de 1552.⁶¹

Después del bloqueo de la plaza se construyen los caballeros o plataformas, que vienen a ser las baterías de la primera posición. Cuando el fuego de aquellas ha producido algún efecto en el frente de ataque, se abren trincheras hacia el mismo, previamente desenfiladas del cañón de los sitiados, y se termina en gavionadas [...] que forman la primera paralela. Cuando el fuego de las últimas baterías, unido al de las primeras, ha desmontado parte de las piezas enemigas y aumentado el destrozo de los parapetos, vuelven al avance por las trincheras, y se construyen al final otras gavionadas, que solo distan ochenta o cien pasos del borde del foso, y se construyen las baterías de la segunda paralela, que producen ya algunas brechas, aunque poco accesibles [...]. Prosíguese el avance [...] y al borde del foso se establece la batería de brecha que perfecciona la hecha por las otras baterías y que dispone la situación para el asalto. Mientras que estas últimas baterías cumplen su objetivo, las de primera y segunda paralela hacen fuego lento para impedir la reconstrucción de lo destruido y acallar el fuego de las piezas de la defensa. A este fin coadyuvan en la segunda paralela los morteros de grueso calibre que con su tiro curvo destruyen los abrigos.



*Asentamiento de batería de sitio, ilustración anónima (siglo XVI)*⁶²

Durante los ataques parciales a las defensas periféricas, la artillería continuaba haciendo fuego y, el día señalado para el asalto general, el cañoneo era

⁶¹ José Arantegui, «Más datos para la historia de la artillería española», en *Memorial de artillería*, 3/11 (1886), 165-170. Sobre la actuación de la artillería en los sitios, vid. también Herman Hugo, *Sitio de Breda* (Madrid: Balkan, 2001), 41-43.

⁶² Las piezas aparecen sobre plataformas de madera, protegidas por cestones y gaviones.

constante desde las primeras horas del alba hasta la apertura de la brecha en los muros. Una vez la infantería comenzaba su avance, las baterías continuaban su acción de fuego, pero únicamente con salvas, al objeto de que los sitiados tuviesen que permanecer a cubierto y no acudiesen a la defensa de las murallas, y desconociesen el momento del asalto «a lienzo roto».

Al inicio de este período, el número de piezas en los sitios fue más bien modesto y no constituyó nunca el factor determinante del éxito. Si en Metz Carios V había reunido un tren de 114 piezas –el mayor visto hasta entonces–, el asedio a Roma entre mayo y junio de 1527 se efectuó sin artillería, al dejarse en Siena el tren de batir por considerarlo un estorbo; en el Piamonte entre 1536 y 1538 intervinieron apenas 20, y en las operaciones menores en Flandes, no muchas más de esa cantidad.⁶³ En operaciones de mayor envergadura, la cantidad de cañones fue superior. Así, por ejemplo, en Maastricht, entre marzo y junio de 1579, Alejandro Farnesio contaba con un tren de batir de 48 piezas y tres culebrinas que efectuaron más de 50 000 disparos; en Amberes, entre julio de 1584 y agosto de 1585, se utilizaron 150 piezas en plataformas para proporcionar seguridad al puente construido sobre las aguas del Escalda; en Cambrai, de agosto a octubre de 1595, las sólidas fortificaciones y su numerosa guarnición estuvieron batidas por 63 piezas dispuestas por vez primera en las baterías enterradas ideadas por Lechuga.⁶⁴ Ostende, prácticamente inexpugnable y defendido por más de 100 piezas, en la campaña más larga de la guerra de los Ochenta Años y una de las operaciones poliorcéticas más sangrientas de la historia,⁶⁵ permaneció desde julio de 1601 a septiembre de 1604 bajo el fuego constante de 50 cañones de sitio distribuidos en baterías de 10 a 12 piezas y dirigidos por el conde Frederick van den Berg. Considerado como uno de los mayores duelos artilleros de toda la Edad Moderna por la potencia de fuego desplegada por ambos contendientes, la artillería española disparó a lo largo del sitio más de 250 000 proyectiles.

A partir del último cuarto del XVII las operaciones de sitio fueron perdiendo vigor por el debilitamiento de los sistemas de defensa. Las modificaciones introducidas por Sébastien de Vauban, sintetizando los métodos de ataque a plazas mediante el empleo del tiro de rebote y el fuego de morteros, aplicados ya en el sitio de Maastricht de 1673, marcarían el inicio de una nueva superioridad de la artillería

⁶³ Como ejemplos, 32 piezas en Mons, entre mayo y septiembre de 1572, 12 en Bomeneè y 13 en Zutphen, en septiembre del mismo año; 14 en Haarlem, entre diciembre de 1572 y julio de 1573; en Alkmaar, dos baterías que incorporaban 18 cañones, ente septiembre y octubre de 1573; 16 piezas en Limburg, en junio de 1576; solo cuatro en Glembox en enero de 1578, ocho en Sichem, en febrero del mismo año; 21 en Valenciennes, en invierno de 1581; 32 en Tournay entre octubre y noviembre de 1581, y la misma cantidad en Oudernaarde, en julio de 1582; o 22 bocas de fuego en Grave, en junio de 1586. Lechuga cita varios más: «para ganar Chattelet en Picardía, se llevaron diecinueve; para ganar Dorlans, veintidós; para Calais, treinta; para Ardres, treinta». Lechuga, *Discurso*, cap. 21.

⁶⁴ Lechuga, *Discurso*, cap. 21.

⁶⁵ El enorme coste económico que supuso el sitio de Ostende fue uno de los factores del agotamiento y quiebra de 1607 y de la firma de la *Pax Hispánica*.

sobre las construcciones defensivas, tal como se demostraría en el asedio de Ath en 1697.



Sitio de Ostende, lienzo de Pieter Snayers (1592–1667)⁶⁶

La artillería en las batallas en campo abierto

En las batallas en campo abierto, a diferencia de los asedios, el uso de la artillería fue más controvertido por la eficacia de su acción.⁶⁷ Su valor era considerado bastante relativo, tanto por sus deficiencias técnicas y su imprecisión, como por los problemas logísticos derivados de su transporte y abastecimiento. De hecho, durante décadas tuvo un escaso papel y, si los cañones que llevaban los ejércitos españoles eran pocos, su empleo era casi nulo en muchas ocasiones.

La misión principal de la artillería consistía en batir a las tropas enemigas y a su artillería antes de que aquellas pudieran adelantarse. Pero tras el duelo artillero inicial y una vez iniciado el combate, cuando la infantería y la caballería

⁶⁶ En la imagen pueden observarse las baterías de sitio haciendo fuego sobre la plaza. Stedelijk.
⁶⁷ Maquiavelo, en el libro tercero de su *Arte de la guerra*, insistía en el diálogo abierto entre Fabrizio y Luigi en su inutilidad en la batalla campal: «Es cierto que solo hice disparar una vez a la artillería, y aún sobre ésta tuve duda. El caso es que resulta más importante evitar ser bombardeado que bombardear al enemigo. [...] mandé que, tras la andanada de nuestra artillería, se lanzasen junto con la caballería ligera al asalto de las posiciones. No permití que mi artillería volviese a disparar para que tampoco pudiese hacerlo la contraria [...] Por la misma razón [...] estuve a punto de que no lo hiciera la primera, evitando al mismo tiempo la inicial andanada enemiga [...] Existe otro motivo por el que yo no quería utilizar la artillería [...] Nada origina más confusión en un ejército que el impedirle la vista [...] Y lo que más estorba a la vista es el humo de los disparos» Aunque prácticamente la desprecia, la artillería, aún muy lejos de lo que significaría un par de siglos después, iba adquiriendo importancia.

emprendían el avance, su participación era muy reducida. Albi de la Cuesta expresa

[aunque] se la describió como «esta máquina infernal en el mundo», parece más apropiado afirmar que «su efectividad y precisión eran, en muchas ocasiones, entre milagrosas y casuales» [...] el primer día de combate en el socorro de Ingolstadt en 1546 [...] el bombardeo –a pesar de que «no se veía otra cosa por el campo sino pelotas de cañón y de culebrina, dando botes con una furia infernal»– solo mató a un archero de la guardia y a dos caballos. En cambio, seis piezas españolas reventaron. Una de ellas mató a cinco soldados propios e hirió a dos, lo que indica que aquellas armas en ocasiones eran más peligrosas para quienes las manejaban que para el adversario. [...] A la vista de esto, no es de extrañar que los soldados de los tercios acostumbraran a describir a la artillería, con poco respeto, como «espanta bellacos».⁶⁸

Sin embargo, y de forma paulatina, la artillería fue adquiriendo un papel más decisivo, debido especialmente a las mejoras introducidas en la técnica, el uso y manejo de la pólvora. A finales del XVI, Bernardino de Mendoza, respecto a sus efectos y despliegue, ya apuntaba:

fer la furia de la poluora el dia de oy tanta, ayudada con el infrumento de la artilleria, mofquetes y arcabuzes, que no folo vienen a quebrantar, como lo hazian en otros tiempos las armas arrojadizas [...] pero rompe y abre los efquadrones y batallones defhaziendolos y affi la mayor parte de vitorias que fe ganan en eftos tiempos es auiendofe confeguido con la artilleria [...] defordenando los efquadrones del enemigo, de fuerte que los ponen en rota y defhechos, fin auer vifto ya afrontarfe fino raras vezes los efquadrones de picas. Por efta caufa es materia muy difputada en la parte que fe ha de lleuar la artilleria en dia de jornada, fiendo vnos de opinion camine delante de todos los esfquadrones, para ofender de lexos al enemigo, dando mas ruziadas, y efcufar con efto no la reciban los efquadrones, quedando detras della, que fe han de abrir al cerrar, paffando la artilleria, que ya no es de prouecho. Algunos fon de opinion fer mejor puefto repartir la artilleria por los claros de los efquadrones, fin obligarlos al abrirfe al chocar: cofa q es principio del defordenarfe, fi bien fepan que lo han de hacer. Los de otra opinion tienen por mejor lugar lleuarla a los lados del exercito y efquadrones, fortificando con efta fuerte de reparos los coftados, o ponerla en lado derecho, o izquierdo que diere mas ventaja, fiendo lo que mas conuiene elegir muy auentajado fitio para la artilleria, y tan eminente, que pueda faludar luego que fe defcubren los efquadrones enemigos [sic].⁶⁹

⁶⁸ Julio Albi de la Cuesta, *De Pavía a Rocroi. Los tercios de la infantería española en los siglos XVI y XVII* (Madrid: Balkan, 2005), 3.

⁶⁹ Bernardino de Mendoza, *Theorica y practica de guerra, efcrita al principe don Felipe nuestro Señor*. (Amberes: Imprenta Plantiniana, 1596), 116-117.



La batalla de Pavía, tapiz de Bernard Van Orley (1531)⁷⁰

En Bicocca, el 27 de abril de 1522, se utilizó la artillería con un éxito sin precedentes: los cañones que protegían el despliegue y las vías de aproximación, conjuntamente con el fuego de arcabucería, causaron cuantiosas bajas a los suizos, carentes de cobertura artillera en su avance.⁷¹ Pero aún habrían de pasar muchas décadas para que se afianzase el empleo de la artillería en la batalla. Tan solo tres años después, en Pavía, el 24 de febrero de 1525, gran parte de las piezas se dejaron en Lodi porque el marqués de Pescara planeaba una maniobra basada en la sorpresa; en Mülbergh, el 23 y 24 de abril de 1547, el tren artillero procedente de Viena no llegó a tiempo; y en Gravelinas, el 13 de julio de 1558, el conde de Egmont dejó atrás la artillería para evitar que le retrasase el ritmo de marcha impuesto para interceptar a las fuerzas francesas antes de que cruzasen el río Aá. La proporción de cañones, en relación con los efectivos empleados de infantería y caballería fue siempre muy baja.⁷²

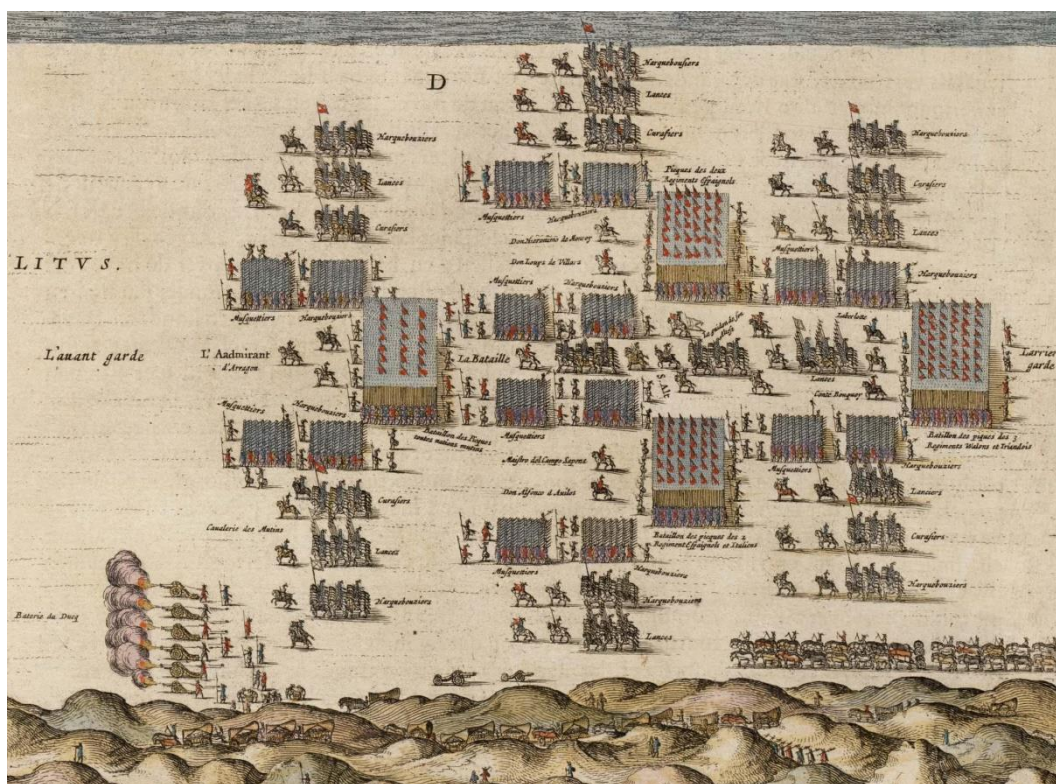
Así, en Cerisoles, el 11 de abril de 1544, se emplearon 16 cañones; 36 en Ingolstadt, el 31 de agosto de 1546; el 12 en San Quintín, el 10 de agosto de 1557; en la primera batalla de las Dunas –Nieuwpoort– el 2 de julio de 1600, solo 6; 10 en Montaña Blanca, el 8 de noviembre de 1620; 11 en Fleurus el 29 de agosto de 1622; 16 en Avenne, el 20 de mayo de 1635; 32 en la decisiva batalla de Nördlingen el 6 de septiembre de 1634; 20 en Honnecourt, el 26 de mayo de 1642; en la segunda batalla de las Dunas –Dunkerque–, el 14 de junio de 1658,

⁷⁰ Representa la invasión del campo francés y la fuga del séquito de Francisco I, en el que puede observarse la acción de las piezas de artillería

⁷¹ Después de Bicocca, la infantería suiza ya no volvería a ser la misma, produciéndose una importante modificación en las tácticas de combate de la época: las doctrinas ofensivas – «presión de picas»– sin apoyos de las armas de fuego quedaron obsoletas y tuvieron que ser reemplazadas por otras más defensivas.

⁷² Y ello a pesar de que, décadas atrás, Gonzalo Fernández de Córdoba había instituido toda una doctrina de empleo conjunto de las diversas armas –que, reconocida y perfeccionada por sus sucesores, constituyó la prestigiosa escuela militar española–, en la que consideraba que la proporción de artillería en la organización de las fuerzas debía rondar las, 44 piezas por cada 12 000 infantes y 1200 jinetes.

no se cuenta con artillería ni suministros; en Rocroi, el 19 de mayo de 1643, se emplean 18 piezas de campaña y 6 cañones de a 24 libras; y en Lens, en la última gran batalla de la guerra de los Treinta Años, el 20 de agosto de 1648, se cuenta con 38 cañones.



*Orden de batalla en Nieuwpoort, ilustración del Atlas van Loon (1647)*⁷³

A la postre, el equilibrio de armas existente en el campo de batalla se quebraría. El cañón comenzará a mostrarse como un arma de mayor efectividad contra los compactos cuadros de enemigos, sobre todo entre las filas de piqueros. La fortaleza del cuadro, basada durante largo tiempo en cerrar filas y aguantar hombro con hombro los embates de la caballería, de las mangas de mosqueteros y arcabuceros o de otra formación de picas, se vino abajo, como apenas cien años antes los altos muros de los castillos medievales.

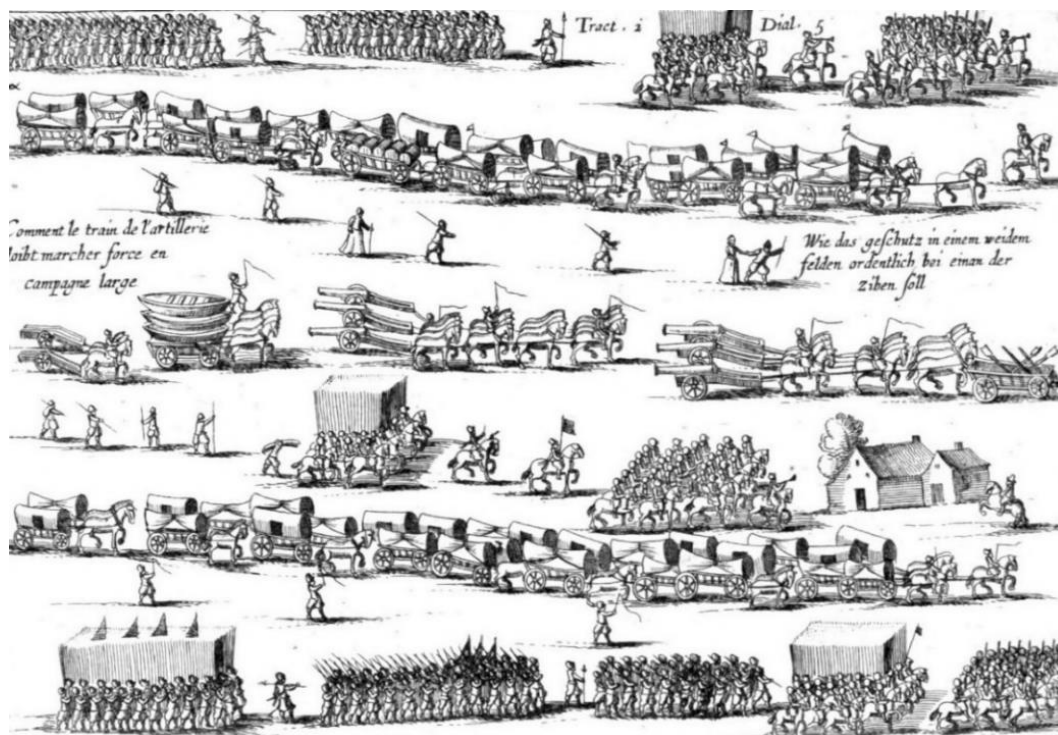
La situación de las piezas a vanguardia o entre las formaciones propias permitía el avance de las unidades, y dificultaba el del adversario, que se veía obligado a sobrepasar la línea de piezas, y debía abrir sus filas, situación idónea para poder arremeter contra él. Las piezas haciendo fuego de metralla abrían grandes huecos, matando y mutilando a los desdichados que encontraba en la trayectoria de los proyectiles, desorganizando cuadros y escuadrones, dificultando luego su reagrupamiento, y causando sustanciales efectos desmoralizadores al enemigo. De hecho, solo la amenaza que suponía tendría incidencia en las tácticas. Para reducir los efectos de la metralla, los intervalos entre las columnas de piqueros aumentaron, proporcionando así más oportunidades a la caballería para cargar

⁷³ Puede observarse la marcha del tren y la disposición de la artillería en el flanco, en las dos fases del combate que se representan en el mismo.

contra el cuadro, posibilidad de la que había carecido durante más de un siglo. De esta forma, la combinación de artillería y caballería comenzó a ser un factor determinante en la batalla.⁷⁴

Orden de marcha de los trenes, movimiento y transporte de las piezas

El tren de artillería de cada ejército se integraba con el resto de las unidades en su movimiento. Bernardino de Mendoza, respecto a su orden de marcha, indicaba que todos los carros del tren o séquito de la artillería debían de ser los primeros, acompañados por los gastadores, sin que se entremezclasen entre los carros de munición y artillería ningún otro. Pero en los desplazamientos era norma habitual que la artillería se encuadrara con las otras armas para su defensa. La disposición más característica situaba a los arcabuceros a pie y a caballo en vanguardia, seguidos por fuerzas de caballería e infantería, con la artillería encuadrada en el centro de la columna, y a retaguardia los exploradores de caballería. Los flancos de las columnas se protegían con los carros de impedimenta que, en caso necesario, formaban barrera para impedir el asalto de la caballería enemiga.



Disposición del tren de artillería en la columna de marcha, ilustración de Diego de Ufano (1621)

Para estos movimientos, las piezas se transportaban en carromatos, consistentes esencialmente en un par de ejes de ruedas, entre los que se tendían una serie de tabloncillos a los que se sujetaban los tubos de las bocas de fuego. De esta forma se evitaba el deterioro de los montajes, que solo eran utilizados durante su servicio en fuego. Cada carromato se enganchaba a una limonera,

⁷⁴ Desafortunadamente, España no prestaría especial atención a la acción combinada de ambas armas, tal como pudo comprobarse en la batalla de Rocroi.

formada por dos varas unidas con un travesaño, de entre las cuales partía la reata de caballos o bueyes, cuyo número dependía del peso y el volumen de la carga. A su vez, las cureñas se enganchaban a los avantrenes a través un perno o pinzote mediante sus conteras, mientras que los proyectiles se transportaban en carretas, apoyados en un lecho de madera o en cestos de mimbres.

El despliegue y su acción en las plazas costeras y territorios de ultramar

La península contó con piezas en todas las plazas y los puntos fortificados, aunque el parque artillero se encontraba en un lamentable estado de abandono por la escasa atención que se le había prestado a lo largo de estos casi doscientos cincuenta años. Así lo confirmaron las acciones que tuvieron lugar entre 1640 y 1668 durante la sublevación de Cataluña y la guerra de Restauración en Portugal, con algunas excepciones –más bien efímeras– como el tren de sitio de 136 piezas que intervino en suelo luso al mando de Francés de Álava⁷⁵, o su actuación en 1697 en la defensa del sitio puesto a Barcelona por los franceses en el marco de la guerra de la Gran Alianza.

Por otra parte, la Corona de España había ido extendiéndose en los territorios de ultramar.⁷⁶ En las tierras descubiertas en América, la artillería, escasa y difícil de mover, se utilizó más que por sus efectos letales, por los importantes efectos psicológicos y disuasorios que causaba en los pobladores locales.⁷⁷ Hernán Cortés llevó en sus expediciones tiros y falconetes⁷⁸ para cuyo transporte llegó a necesitar a mil indígenas e hizo fundir algunas piezas de artillería en Nueva España.⁷⁹ También Pizarro, que conocía y daba gran valor a las armas de fuego y a la artillería, llevó consigo inicialmente dos piezas ligeras, cantidad que incrementó a lo largo de las siguientes fases de la conquista del Perú. Con el establecimiento del sistema de encomiendas a partir de 1523, se comenzaron a artillar plazas y enclaves costeros, dotándoles con piezas de a 24 y de a 30 libras, aunque por la escasez de cañones y su elevado coste el artillado no se haría efectivo hasta bien entrado el siglo XVII. Felipe II inició con La Habana el de los principales puertos del Caribe, entre 1558 y 1577, y transformó en 1582 el de las Plazas Fuertes de la Corona⁸⁰ para hacer así frente a las agresiones inglesas y

⁷⁵ A excepción de este tren de sitio, tampoco en esta contienda el número de piezas en las batallas campales fue grande. Sirvan como ejemplos Montijo (1644), en que se llevaron de 4 a 6 cañones, y los 7 que se emplearon en las líneas de Elvas (1659).

⁷⁶ Sobre la artillería en ultramar, vid. Vigón, *Historia*, 1:445-500.

⁷⁷ Según Frontela, el *Código Florentino* relata que los enviados de Moctezuma ante Cortés, al oír un cañonazo «perdieron el juicio, quedaron desmayados, cayeron, se doblaron cada uno por su lado, ya no estuvieron en sí». Guillermo Frontela Carreras, «La artillería en América» cap. 8, en AA. VV. *Al pie de los cañones. La artillería española* (Madrid: Tabapress, 1994), 243.

⁷⁸ Entre dos y cuatro tiros de hierro y unos quince falconetes de bronce, según la expedición. En concreto, durante el cerco a la capital, Tenochtitlán, entre mayo y agosto de 1521, utilizó tres tiros y quince falconetes. Hernán Cortés, *Historia de Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador* (México, 1776), 234

⁷⁹ *Ibid.* 379-380.

⁸⁰ Sirvan como muestra el fuerte de Inmaculada o San Juan en Nicaragua –la más antigua-, La Habana, el castillo del Morro en Puerto Rico, Cartagena de Indias, San Juan de Ulúa o San Carlos en Panzacola, todas ellas en la costa del Atlántico. En la costa del Pacífico, más desatendida, el de mayor importancia fue el fuerte de San Diego, en Acapulco, a donde llegaba el Galeón de Manila y desde donde comenzaba el Camino Real.

holandesas⁸¹, iniciando un programa defensivo –en el que el papel jugado por la artillería sería muy relevante–, que se iría completando a lo largo de la siguiente centuria y se extendería después por la mayoría de los territorios en América y Filipinas. A finales del XVI, a instancias del Consejo de Indias la Corona asumió directamente el control y los costes del artillado de una serie de puntos en las plazas costeras y el envío de artilleros profesionales que optimizaran el rendimiento de las escasas piezas disponibles.⁸²

LA DOCTRINA ARTILLERA

Conceptos científico–matemáticos

Algunos de los problemas más importantes que planteaba la práctica artillera se fueron resolviendo a lo largo de los siglos XVI y XVII. A los aspectos tácticos se añadieron las cuestiones tecnológicas sobre la fundición de materiales y la fabricación de las pólvoras, así como el problema fundamental de la puntería y de la precisión en el tiro, que originaría un área fisicomatemática específicamente artillera, la balística.

Una de las preocupaciones principales sería la instauración de una doctrina basada en unos rigurosos principios científicos, para dar respuesta a dos interrogantes fundamentales. El primero, la predictibilidad de combustión de las pólvoras, esto es, cómo y cuándo se producía la ignición, que repercutía en la seguridad en el servicio en fuego.⁸³ El segundo, la puntería de las piezas, ligada intrínsecamente a otra de las grandes cuestiones, la determinación de la trayectoria del proyectil, de la que se derivan dos preceptos básicos, el ángulo de elevación que debía tomar el tubo para que el proyectil hiciese blanco sobre un objetivo situado a una distancia determinada, y su inclinación para obtener el máximo alcance.

Los más prestigiosos científicos de la época volcaron sus esfuerzos en su estudio. El primero sería el veneciano Niccolò Fontana, Tartaglia,⁸⁴ que publicó en 1537 su *Nuova Scientia*, dedicada a la balística, y años después, en 1546, el primer libro que sistematizaba el saber artillero de la época en esta área, *Nuova Scientia, cioè invenzione nuovamente trovata utile per ciascuno speculativo*

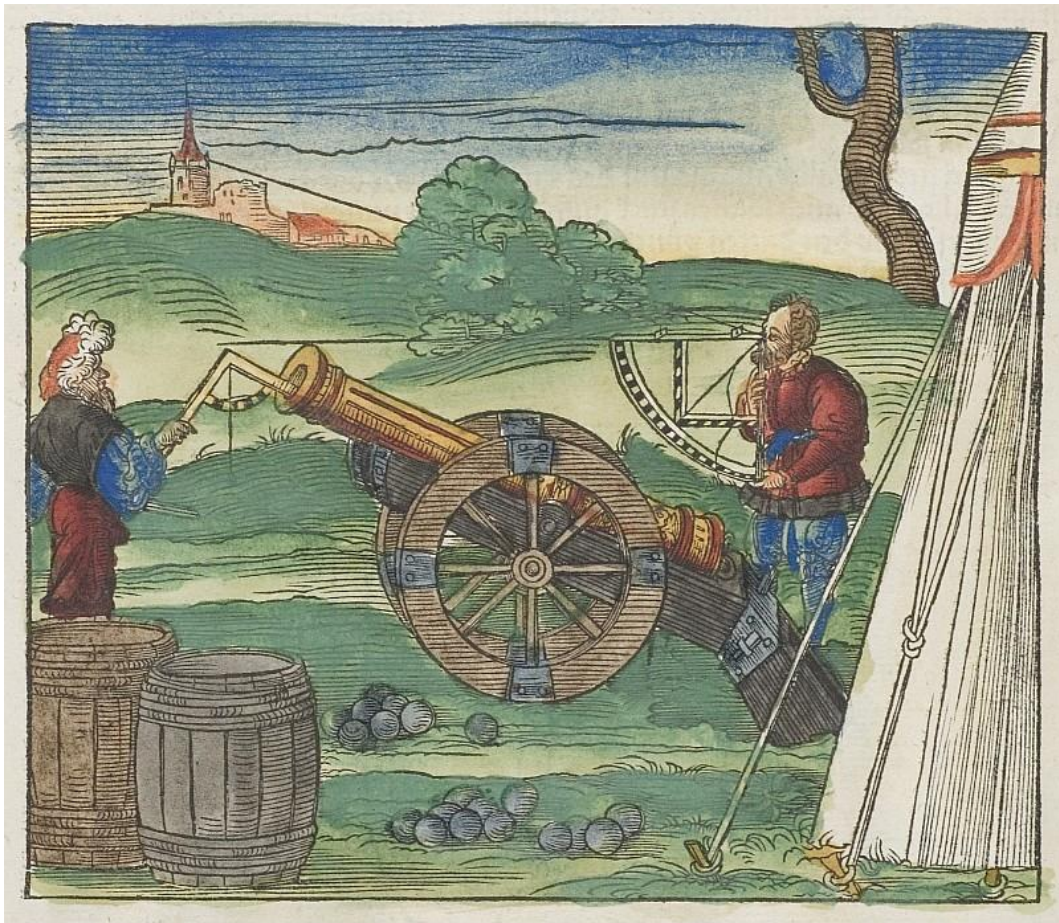
⁸¹ Cartagena de Indias afrontaría el ataque de Francis Drake en julio de 1568 con solo 10 piezas; un siglo después, en 1697, se enfrentaría a la escuadra de Pointis con casi 100. En el ataque a Puerto Rico en 1595, fueron 72 piezas las que repelieron a Drake, expedición en la que murió John Hawkins.

⁸² Juan Marchena Fernández, *Ejército y milicias en el mundo colonial americano* (Madrid: MAPFRE, 1992), 37-40. La escasez de piezas venía dada por dos motivos fundamentales: las dificultades técnicas de la fundición y los insuficientes establecimientos para realizarla, y el alto coste del bronce.

⁸³ El procedimiento para el manejo de la pieza requería de dos artilleros, el que daba fuego y el que efectuaba la puntería, que debía agacharse inmediatamente y «encomendar su alma al Santísimo», para no sufrir ningún percance.

⁸⁴ Niccolò Fontana (circa 1499-1557), apodado *Tartaglia* –tartamudo–, por las secuelas de una herida en la boca que recibió cuando tenía doce años durante la toma de Brescia, su ciudad natal, por las tropas de Gastón de Foix. Huérfano y sin medios materiales para cursar estudios, su aprendizaje fue esencialmente autodidacta y llegó a ser uno de los principales matemáticos del siglo XVI.

matematico bombardero et altri. Sus estudios fueron continuados, entre otros, por los británicos Thomas Digges y Thomas Harriot, y serían confirmados por Galileo Galilei un centenar de años después en su *Discorso e dimostrazioni matematiche, intorno à due nuove scienze attenenti alla mecánica & i movimento locali* (1638). Este último, finalmente, estableció la naturaleza parabólica de la trayectoria, enunciando la ecuación del movimiento del proyectil y fijando algunos de los fundamentos más esenciales para los artilleros, como el del ángulo de tiro o el de la velocidad inicial del proyectil.

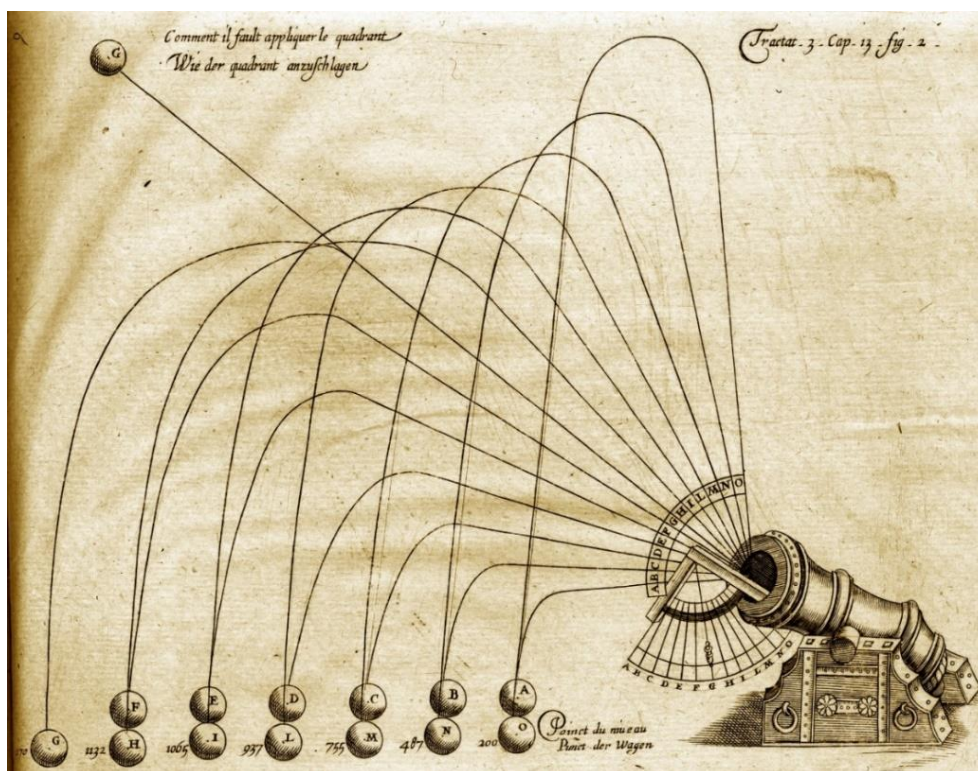


Puntería en elevación, acuarela de Walther Hermann Ryff (1547)⁸⁵

Tanto las novedades tácticas como las innovaciones científicas tendrían reflejo en el protagonismo que adquirió la tratadística sobre artillería e ingeniería militar. Grandes personajes de la talla del ya citado Galileo, como Newton, Leibnitz, Bernoulli o el marqués de l'Hôpital, investigaron en el campo de la física, las matemáticas y la geometría aplicada. Y en otros campos, como en el del diseño de materiales de artillería y de sistemas de fortificación, lo hicieron Alberto Durero, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci o Francisco de Giorgio. Todos sus trabajos fueron ampliamente difundidos a través de las imprentas de tipos móviles de Gutenberg, de uso ya generalizado. Al primer tratado de artillería de este período en Europa, «*Buch von den probierten Künsten*» de Franz Helm de

⁸⁵ Pueden apreciarse las escuadras y cuadrantes que habían sido diseñados por Tartaglia.

Cologne, manuscrito datado aproximadamente en 1530, le siguieron los de Jakob Preuss, *Ordnung, Namen, unnd Regiment Alles Kriegs-volcks*, publicado en Estrasburgo el mismo año;⁸⁶ Girolamo Battista Cattaneo, con su *Opera nuoua di fortificare, offendere et difendere, et far gli alloggiamenti campali, secondo l'vso di guerra. aggioutoui nel fine, vn trattato de gl'essamini de' bombardieri, [et] di far fuochi arteficiati* (Brescia: 1564); François de la Treille, con *La maniere de fortifier villes, chasteaux, et faire autres lieux fortz* (Lyon:1555); William Bourne, con *The art of shooting in great ordnaunce* (Londres: 1587); Gabrielle Busca, con *Della espugnatione et difesa delle fortezze* (Turín: 1598); Daniel Krammer, con *Ein schönes Buech der Büxenmaisster undt Feyrwerckherey so zway Thail inn sich hält* (Augsburgo: 1661); los de los italianos Ricardo Bertolino, Nicolas Beraldo, Rucelli, y Martenna, o los alemanes Fronsberg, Senfftemberg, Kronsperger, Maus y Burger.



Trajectorias en función de los ángulos de la escuadra, ilustración de Diego Ufano (1612)

La tratadística artillera española brillaría con luz propia a finales del XVI y en la primera mitad del XVII a través de la publicación de obras ya clásicas para la historia del arma, que encarnaron el liderazgo de las teorías hispanas: Diego de Álava escribiría *El perfecto capitán* (Madrid: 1590), y Luis Collado publicaría su *Plática manual de artillería* (Milán: 1592), importante obra en la que se recogía toda la materia conocida en la época. A este último le siguieron las obras de Lázaro de la Isla, *Breve tratado del arte de artillería, geometría y artificios de fuego* (Madrid: 1595); Andrés de Céspedes, *Tratado de artillería* (Madrid: 1606); Francesc Barra, *Breu tractat de artillería recopilat de diversos autors* (Barcelona,

⁸⁶ Obra que, junto al *Libro della arte della guerra* de Maquiavelo, se convirtió en el tratado sobre táctica de combate de mayor éxito en la Alemania renacentista.

1642); Andrés Muñoz, *Instrucción para el uso de la artillería en el mar* (Lucena: 1642); Sebastián Fernández de Gamboa, *Memorias militares para el manejo de la artillería, conocimiento de los metales &c* (Madrid: 1671); y, sobre todo, las más importantes de Cristóbal Lechuga, con su *Discurso de artillería* (Milán: 1611);⁸⁷ Diego de Ufano, con el *Tratado de artillería* (Bruselas: 1612), largamente difundido; Julio César Firrufino, con sus obras *Plática manual y breve compendio de la artillería* (Madrid: 1626) y *El perfecto artillero* (Madrid: 1632); y Sebastián Fernández de Medrano, con *El práctico artillero* (Bruselas: 1680) y *El perfecto bombardero, y practico artificial* (Bruselas: 1691). Todas estas obras elevaron el nivel científico, táctico y técnico de la artillería española, que ocupó un lugar de privilegio en Europa, convirtiéndose en textos no superados y citados frecuentemente por otros autores.

La enseñanza y la instrucción

Es evidente que toda esta tratadística tenía una clara vocación docente y unos definidos objetivos pedagógicos, que hicieron precisa una adecuada formación de los artilleros. Si en los primeros tiempos, su práctica se había basado en unos conocimientos puramente empíricos y corroborados por la experiencia de quienes construían y manejaban las piezas, no era ya posible que cumplieren con su misión sin una apropiada enseñanza. Las peculiaridades técnicas y científicas habían puesto de manifiesto la necesidad de una especialización y una instrucción mayor a la que se precisaba en la infantería y la caballería, circunstancias que justificaron la consideración de la artillería como cuerpo facultativo.⁸⁸ Las escuelas específicas de artillería, matemáticas y fortificación se orientaron no solo al ejercicio militar y al manejo de las piezas, basándose en las matemáticas y la geometría, sino también a difundir los conocimientos técnicos y metalúrgicos.⁸⁹ Felipe II fijó en 1542 la apertura del primer gran centro de enseñanza militar, la escuela de Burgos, que alcanzaría una enorme fama en Europa. Dos décadas después se inauguró la escuela de Sevilla para artilleros de tierra, que se refundiría en 1592 con la de artilleros de la flota de Indias, creada en 1576 por el Consejo de Indias y dependiente de la Casa de Contratación, dirigida por Andrés de Espinosa. Ambas escuelas fueron reformadas en 1625, desdoblándose la existente en Burgos en dos centros, Guipúzcoa y Cataluña, que fracasaron por falta de alumnado. Burgos y Sevilla volvieron a reabrir sus puertas en 1640, si bien precariamente, con pobres resultados y funcionando intermitentemente. De hecho, en 1672, tras varios

⁸⁷ Tratado que representa una de las más importantes aportaciones españolas al arte de la guerra y a la historia militar. Según Fernando González de León, «aunque pretende ser un manual práctico de enseñanza para oficiales de artillería, la obra ofrece un estudio completo de la historia de la artillería, desde catapultas anteriores a la invención de la pólvora y el desarrollo de cañón». «Doctors of the military discipline», en *The sixteenth century journal*, 27, 1:65.

⁸⁸ Almirante, en la voz «Artillería» de su Diccionario militar, lo expresa definiendo «[...] conjunto de conocimientos verdaderamente FACULTATIVOS o TÉCNICOS, de ciencias exactas y físicas, de artes mecánicas e industriales, que directa o indirectamente concurren a la INSTRUCCIÓN del artillero, para su profesión ESPECIAL de construir, conservar y usar todo género de ARMAS, APARATOS, MÁQUINAS y MUNICIONES de guerra.» (versalitas en la versión original). José Almirante, *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico* (Madrid: Depósito de la Guerra, 1869), 74.

⁸⁹ Sobre la enseñanza de los artilleros, vid. *Revista de historia militar, número extraordinario «250 aniversario del Real Colegio de Artillería»* (Madrid: Instituto de Historia y Cultura Militar, 2014).

avatares, el Consejo de Estado propuso de nuevo su restablecimiento, perviviendo hasta finales de ese siglo.

Además de estos centros de enseñanza, y aunque funcionaron irregularmente por la escasez de medios, durante el siglo XVI se formaron artilleros en las escuelas creadas en Barcelona, Mallorca (1559), Palermo (1575) y Trapani (Sicilia, 1582–1590). Asimismo, a lo largo del XVII hubo escuelas establecidas no solo en Barcelona y en Mallorca, sino también en los presidios y ciudades de Pamplona, La Coruña, Ávila, Bilbao, San Sebastián, Valladolid, Madrid, Lisboa, Cádiz, Gibraltar, Málaga y Cartagena. A principios del XVII se inauguraría la prestigiosa escuela de artillería de Milán, primero de los grandes centros de formación asociados a los ejércitos, a la que seguiría, ya a finales de esa centuria, la Real Academia Militar de Matemáticas de Bruselas, fundada en 1675 y dirigida hasta su desaparición por Sebastián Fernández de Medrano. Con el último de los Austria, la necesidad de contar con artilleros bien formados suscitó el cambio del sistema de ingreso y, entre 1692 y 1698, los aspirantes a artillero sentaron plaza como «cadetes del cuerpo» para recibir en el seno de las mismas unidades la instrucción pertinente para el desempeño de su misión.



Portadas de cuatro de los tratados de artillería más relevantes de la época⁹⁰

LECCIONES APRENDIDAS

De lo anteriormente expuesto, pueden extraerse numerosas lecciones aprendidas, que tuvieron gran impacto posterior en los diversos aspectos que hoy se conocen como factores MIRADO –materiales, infraestructuras, recursos humanos, adiestramiento, doctrina, y orgánica–, siendo las de mayor relevancia, las que se exponen a continuación.

Materiales

Las mejoras introducidas en la fundición de los tubos y la fabricación de las pólvoras marcarían un hito que apenas sería superado hasta mediado el siglo XIX, si bien en las dos centurias posteriores se perfeccionaron algunos procedimientos, como la introducción de las técnicas de barrenado de las piezas,

⁹⁰ Cristóbal Lechuga, *Discurso de la artilleria, y de todo lo necessario à ella* (1611); Julio Cesar Firrufino, *El perfecto artillero theorica y practica* (1642); Diego Ufano, *Tratado dela artilleria y uso della platicado* (1613); Luis Collado, *Platica manual de artilleria* (1592).

o la mejora de la fundición de hierro en altos hornos. Mayor importancia tendrían los primeros intentos de sistematización de los diversos materiales, a fin de evitar las graves dificultades de uso y logísticas que conllevaba disponer de un elevado número de modelos diferentes, cuestión que finalmente sería resuelta a principios del XVIII.

Infraestructuras

Cabe resaltar tres cuestiones fundamentales. La primera de ellas, el establecimiento de fundiciones y fábricas de pólvoras dependientes de la Corona, por la necesidad de un mayor número de piezas en función del aumento de la actividad bélica del periodo. La segunda, la creación de centros de formación específicos, dada la exigencia de abordar la formación e instrucción específica de los artilleros para su cualificación, toda vez que su especialización era superior a la que precisaban la infantería y la caballería, por las peculiaridades que exigían el empleo de las piezas. Finalmente, y de forma tangencial, y motivada por la generalización de su uso, la artillería provocó el desarrollo y la proliferación de nuevas fortificaciones y defensas, al objeto de paliar sus efectos.

Recursos humanos

A lo largo del periodo se produjo la consolidación de la artillería, por la necesidad de disponer de forma efectiva de personal fijo y no contratado para una campaña en particular, como había sucedido en la etapa histórica anterior. Este incremento de recursos humanos estuvo acorde con las necesidades de contar con mayor cantidad de artillería por el aumento de la actividad bélica.

Adiestramiento

Debido a la especificidad de sus funciones y la tecnificación en su uso, el adiestramiento de los artilleros sufrió cambios sustanciales, que hicieron precisa la creación de centros de enseñanza y escuelas específicas de artillería, así como una mejor instrucción, puesto que ya no era posible que realizaran sus funciones sin recibir unos conocimientos previos, ni se ejercitaban en el uso de los materiales.

Doctrina

Todas las novedades tácticas, los descubrimientos científicos y su aplicación a la artillería expresados, junto a la necesidad implícita de la enseñanza y el adiestramiento, se vieron reflejados en la tratadística sobre artillería, con la publicación de numerosas obras que sentaron las bases del empleo de las piezas, sus misiones y despliegues, los fundamentos técnicos de la puntería y el servicio en fuego, y su contextualización en el combate con otras armas.

Orgánica

No se acometerían cambios de importancia radical, puesto que la artillería no dispondría de unidades específicas y permanentes hasta la creación del

Regimiento Real de Artillería de España, ya a inicios del siglo XVIII, el 2 de mayo de 1710, reinando el primer monarca de la casa de Borbón, Felipe V. No obstante, sí se comenzó a gestar una organización embrionaria del cuerpo, en una etapa que Jorge Vigón denominaría «la época de los capitanes generales de artillería».

LOS INGENIEROS MILITARES AL COMIENZO DE LA EDAD MODERNA

Miguel Mayoral Guiu

*Señor Pedro Navarro,
no será menester alabar vuestro esfuerzo;
mas vuesa merced es desde hoy conde
y yo sé de dónde.¹*

DEL CASTILLO MEDIEVAL A LA FORTALEZA ABALUARTADA

La construcción de fortificaciones como actividad defensiva es tan antigua como la raza humana, y a su vez cuando se convierte en una ciencia cuando se considerará ligada a la ingeniería castrense. Hasta los comienzos del Renacimiento no se tuvo conciencia de la existencia de ingenieros militares. Durante la Edad Media se habla de ellos como maestros mayores de obras o alarifes, y permanecen en el anonimato.

En España se pasaría según los documentos reales en la década de los cuarenta del siglo XVI del maestro al ingeniero para referirse al especialista en la construcción de fortificaciones. El concepto de ingeniero y las fortificaciones evolucionan a la par que el desarrollo de la artillería. El ataque a las fortificaciones desde tiempos remotos se hacía mediante máquinas de guerra o bien acudiendo a la mina de zapa. Con la pólvora y el empleo de la artillería la construcción se convertirá en una ciencia. Cuando la artillería se hace resolutiva, en el sentido de abrir brecha en las murallas, hubo que adaptarse al cambio.

Hasta el siglo XV en el ataque a las plazas tuvieron que alternar los antiguos medios de sitio, las minas de zapa con los primitivos cañones que no eran todavía resolutivos ante el grosor de los muros. En el sitio de Zahara llevado a cabo por el infante don Fernando en 1407 se situaron tres gruesas bombardas que tirando dos días no acertaron en la villa.² En la de Ronda llevó cinco y en Antequera no se hace mención. Los primitivos cañones eran relativamente ineficaces ante el grueso muro de un castillo, por lo que desde su aparición en el siglo XIII hasta el siglo XV tuvieron que alternar en sus ataques a las plazas fuertes con los antiguos medios de sitio como arietes, torres o bastidas y las minas de zapa. Las bastidas empleadas en Antequera diferían de las romanas

¹ El Gran Capitán pronunció una de sus frases lapidarias después de la voladura de los castillos partenopeos. El sitio elegido fue Oliveto, un extenso territorio situado en los Abruzzos, por lo que el humilde ingeniero y militar navarro había alcanzado la cima de la preeminencia, al ser encumbrado al rango nobiliario por su pericia bélica. El rey Católico bendijo esta concesión pocos meses más tarde, en una entrevista celebrada en el alcázar de Segovia, tras lo cual ambos regresaron a tierras napolitanas para afianzar el dominio. Jesús del Campo, *Pedro Navarro, conde de Oliveto* (Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1983).

² Manuel Valera y Limia, «Resumen histórico del arma de ingenieros en general y su organización en España», *Memorial de ingenieros*, 1 (1846).

de tres plantas con un ariete en la inferior, en esta ocasión se reducían a un arca puesta en alto, semejante a la cofa de un barco de la época mantenida por fuertes perchas de madera que partían inclinadas desde una base con ruedas, y para subir a esta se usaron escaleras de cuerda. La gran escala de asalto no estaba encerrada en una torre de madera sino dentro de un armazón siendo más ligera de este modo. Para evitar que fuera incendiada y para cubrir a los que por ella subían se protegía con pieles secas, atacándose el fuego con grandes cantidades de vinagre. En la parte superior de la escala había una compuerta abatible para asaltar. El efecto del ariete lo hacían las bombardas.³



Castillo de Ledesma (Salamanca), gruesos muros y desmochado de almenas

En la guerra de Granada, 1482 a 1492, los Reyes Católicos pusieron claramente de manifiesto el progreso de la artillería. Los cañones, aunque tiraban balas de piedra con menores efectos que las de hierro, lograban producir bajas y abrir brechas, eran de gran calibre y de hierro forjado, muy irregulares en su ánima y de afustes pesados, al tiempo que tanto la pólvora como los proyectiles de piedra eran imperfectos lo que hacía que los tiros y los impactos fueran imperfectos. Aparece en aquel entonces la figura del zapador al que en las crónicas de la época se le llama gastador, pues para transportar las pesadas piezas de bronce a través de la Penibética fue preciso abrir caminos o construir puentes de madera. De esta forma, la ingeniería militar encargada de la construcción de fosos, empalizadas, campamentos y carreteras, tomó un gran impulso, apareciendo un cuerpo organizado de pontoneros o unidades de gastadores que

³ Carlos Martín Valverde, «La campaña de Antequera en 1410 y la toma de la plaza por el infante don Fernando», *Revista de historia*, 43 (1977).

acompañaban a la artillería, claro antecedente de las actuales unidades de ingenieros.⁴



Alcázar de Segovia, baluartes aprovechando el terreno rocoso

En el sitio de Vélez hubo que recurrir al sistema de minado y los sitiados recurrieron a la contramina llegando a la guerra cuerpo a cuerpo como después en la toma de Málaga. En una de esas minas, Fernando el Católico armaría caballero personalmente al artillero Ramírez de Madrid,⁵ que actuaría como ingeniero al dirigir las minas. Una consecuencia más de la guerra de Granada sería el progreso en las técnicas de sitio empleándose las minas con

⁴ José Luis Comellas, *Historia de España moderna y contemporánea* (Madrid: Rialp, 1967-1978).

⁵ Isabel la Católica le nombró por sus servicios obrero mayor de los alcázares y alcazabas de Sevilla. Fue capitán de artillería en la guerra de Granada desde 1482 y sus intervenciones le valieron el nombramiento de ingeniero general. María Dolores Herrero Fernández-Quesada y otros, *Al pie de los cañones. La artillería española* (Madrid: Tabapress, 1994).

profusión y las trincheras para estrechar al sitiado y llegar al pie de los muros.⁶ Artilleros e ingenieros tendrán un objetivo común la expugnación de plazas fuertes. El uso del explosivo, de la pólvora en un principio aunque usada de distinta forma, hará que artilleros e ingenieros necesiten de una formación científica necesaria y en muchos casos similar.

La búsqueda de ese equilibrio entre la adaptación de la fortificación al perfeccionamiento de los cañones y la aparición de la bala de hierro fundido hizo dar un giro al diseño de las fortificaciones. Las piezas acercaban sus bocas a 100 o 200 metros de los muros mediante trincheras o cavas, empezando a destruir la parte superior de los torreones, posteriormente dirigían sus tiros al centro de la cortina, destruyendo su parte superior que al caer sobre el foso creaba una rampa por la que se podía asaltar la plaza.

La reacción de los ingenieros fue la de aumentar el grosor de los muros y establecer algunos cambios en el propio trazado de la obra, al tiempo que van perdiendo altura. Se refuerzan las cortinas, merlones o parapetos en los que se practican espacios o cañoneras para el fuego propio al tiempo que se redondea la parte superior para facilitar los rebotes, se profundizan los fosos aumentando el talud o escarpe. Como el flanqueo de la cortina desde los matacanes o desde las almenas era prácticamente imposible se impuso la construcción, tanto en la base de los torreones como en la de los ángulos de unión de los muros, de casamatas o caponeras reforzadas con aspilleras. Se extendió la construcción de barbicanas que se colocaban delante de las puertas a manera de escudo.

Un ejemplo significativo de esta transición del castillo medieval al renacentista será el castillo de Salsas o Salses, en el Rosellón, construido por el artillero ingeniero Ramiro López. Construido a finales del siglo XV, resistió perfectamente el sitio de los franceses 1503, de forma que en su época estaba considerado como una de las más poderosas fortalezas existentes, criterio mantenido por Alberto Durero en su tratado de fortificación editado en 1527.⁷ A pesar de todos sus adelantos con caponeras, barbicanas, foso amplio, escarpes e incluso la existencia de una galería que corría a lo largo de las cortinas para prevenir el ataque por mina de pólvora, el castillo de Salses aún conservaba planta

⁶ Las minas eran muy costosas de realizar. Obligaba a los sitiadores a abrir desde larga distancia de la plaza galerías subterráneas a cuyo abrigo podían llegar sin daño hasta el pie de las murallas, donde zapaban los cimientos, dejándolos sostenidos sobre puntales de madera, o puestos a cuento. Posteriormente se hacían en la excavación materias combustibles para darle fuego en el momento oportuno, con lo que, al consumirse los puntales, parte de los muros caían al resultar privados de su apoyo. Los defensores apercibidos de los trabajos de minas, tenían el recurso de cavar una contramina dirigida directamente al encuentro del enemigo para combatirlo.

⁷ Construida sobre una anterior por Fernando el Católico entre 1497 y 1503 su ingeniero, el castellano Ramiro López, siguió la línea de las fortalezas de Castilla, incorporando todos los avances respecto de la artillería de la época, con el hundimiento en el suelo y el uso de baluartes capaces de resistir la tecnología artillera de principios del siglo XVI, para lo que contó con grandes medios. El plano es rectangular, de 115 x 90 metros, repartido en tres espacios concéntricos y protegido por un foso de 15 metros de anchura y 7 de profundidad. En 1496, el antiguo castillo y la villa habían sido destruidos por los franceses al mando del mariscal de Saint-André.

rectangular recordando más a un castillo medieval que a una plaza fortificada. En el siglo XVI ya se le señalaban defectos de acuerdo con las nuevas teorías.



Castillo de Salses (Rosellón), transición a la fortaleza abaluartada

LA MINA DE PÓLVORA

La otra actividad propia de los ingenieros es el ataque a las fortificaciones, y en ella destaca Pedro Navarro, inventor de la mina de pólvora. Empezó su vida militar como simple soldado en la guerra entre Florencia y Génova en 1497, al servicio de la primera. Debido a su pericia en el manejo de la pólvora realizó un primer intento de destrucción mediante explosivo de una fortaleza, aunque no tuvo éxito completo.⁸ Entre 1499 y 1500 navegó por el Mediterráneo al mando de una nave persiguiendo la piratería.

Siguiendo al Gran Capitán pasaría a Italia donde se desarrollaba la guerra contra los franceses por su dominio. Por el tratado de Barcelona, 1493, Carlos VIII al devolver a los Reyes Católicos el Rosellón y Cerdeña creyó tener las manos libres para apoderarse del reino de Nápoles no le sirvió de nada. El rey Fernando no lo consintió y los propios italianos preferían a los españoles. Para Fernández

⁸ Nacido en 1460, de nombre Pedro de Bereterra, estuvo siempre en campaña. Se enroló como soldado raso en las tropas florentinas que luchaban contra Génova por las disputas territoriales entre ambas repúblicas en 1487. En esta contienda fue cuando su forma de manejar la pólvora le hizo famoso. Bajo el mando del *condottiero* Piero del Monte participó en el asedio al castillo de Sarzanello (1487), en La Spezia, donde ensayó por primera vez su técnica de uso de minas terrestres militares de la cual es considerado su inventor. Se necesitaba un valor fuera de lo normal. En Nápoles el Gran Capitán le recompensó con la villa y el condado de Oliveto, título refrendado por Fernando el Católico en el alcázar de Segovia. Manuel Valera y Limia, «Biografía de Pedro Navarro», *Memorial de ingenieros* (1846).

de Córdoba fue fácil derrotar a los franceses. Con su sucesor Luis XII, mediante el tratado de Granada, 1500, pudo concertar el reparto del reino de Nápoles para luchar contra los turcos.



Gonzalo Fernández de Córdoba en el asalto a Montefrío, óleo de José Madrazo (1838)

En 1500 a las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba formaba parte como ingeniero militar de la expedición que partiendo de Málaga se uniría a la flota veneciana para luchar contra los turcos en cuyo poder estaba la isla de Cefalonia. Navarro ensayaría su mina de pólvora de nuevo en el ataque al castillo de San Jorge logrando hacer saltar parte de la muralla.

Los franceses ocuparon parte de la zona asignada a España por el anterior tratado con lo que el rey Fernando suspendió las operaciones contra los turcos mandando de nuevo al Gran Capitán con el que iba Navarro a Nápoles ocupando con facilidad la Apulia y Calabria. En 1502 al frente de seiscientos hombres defiende valerosamente la plaza de Canosa que tuvo que rendir frente a suizos, alemanes y franceses muy superiores en artillería y número.

Al año siguiente se puso de manifiesto la superioridad táctica de Fernández de Córdoba al utilizar activamente la fortificación de campaña, método de las

legiones romanas, en su sistema defensivo contraofensivo.⁹ En este caso fue preparando un foso que cubría la línea propia, ampliado por un talud formado por la tierra extraída sobre el que se apoyaba la infantería, obstáculo que se aumentó de valor al sembrar el talud de estacas puntiagudas ante el que se estrellaban todos los intentos franceses de superarlo.

El 14 de mayo de 1503 entraba en Nápoles, encomendando a Pedro Navarro el ataque a las dos fortalezas de la ciudad, Castel Nuovo y Castel d'ell Ovo, que permanecían en poder de los franceses. Bajo dirección de Navarro se abrió una mina bajo los muros de Castel Nuovo que hizo volar el 11 de junio de ese mismo año, y que permitió destruir buena parte de la barbacana y tomar al asalto el castillo. A partir de ese momento Navarro sería reconocido en todas partes como el inventor de esta forma de ataque y en reconocimiento de ello el rey Católico le concedería el condado de Oliveto.



Pedro Navarro, grabado de José Maea y Juan Brunete (1789)

⁹ Paulo Jovio, *La vita di Consaulo Ferrando di Cordova, detto il Gran Capitano* (Firenze: Lorenzo Torrentino, 1550).

EL SISTEMA DE FORTIFICACIÓN RENACENTISTA O ABALUARTADO

El periodo de transición en la fortificación que representaba el castillo de Salses terminaría el primer cuarto del siglo XVI, a partir del cual se impondría el sistema abaluartado que llega hasta mediados del siglo XIX. El sistema tendrá por finalidad casi siempre el defender puertas pues será el punto más débil con la invención del cañón. El nombre de abaluartado provenía del sustantivo baluarte, de los que se hacía ya referencia en las crónicas españolas del siglo XV.¹⁰ España contribuirá a este nuevo sistema de fortificación siendo el ingeniero Ramiro López de Madrid, a quien los documentos de la época señalan como maestro al dirigir las obras de fortificación del Rosellón, el que tuvo la idea de colocar revellines por delante de las cortinas para mejor flanquear los fosos en una época como la de los Reyes Católicos.

Serán numerosos los tratados editados en el siglo XVI, pero no es hasta finales cuando en España aparecen los primeros estudios sobre el arte de fortificar como se le llamaba entonces. Se publican simultáneamente: *Teoría y práctica de fortificación*,¹¹ del Capitán Cristóbal de Rojas (1598); y el *Examen de fortificación*, de Diego González de Medina Barba (1599), con la importante y poco conocida excepción de un libro publicado en Milán en 1538 en forma de diálogo, y por el que su autor, el ingeniero español Pedro Luis Escrivá, trataba de defender las obras del castillo de San Telmo, en Nápoles, que él había proyectado y dirigido, y que debido a la especial configuración del terreno, lo había diseñado en forma atenazada en vez del tradicional y sencillo frente abaluartado, que utilizó al fortificar Capua.

De las obras conservadas y de los distintos tratados podemos señalar las siguientes características del sistema abaluartado como en primer lugar la búsqueda de terrenos llanos para el emplazamiento de las plazas para facilitar el abastecimiento y reducir los efectos de la artillería, aunque se aceptaban los lugares fuertes rocosos para dificultar el ataque mediante minas.

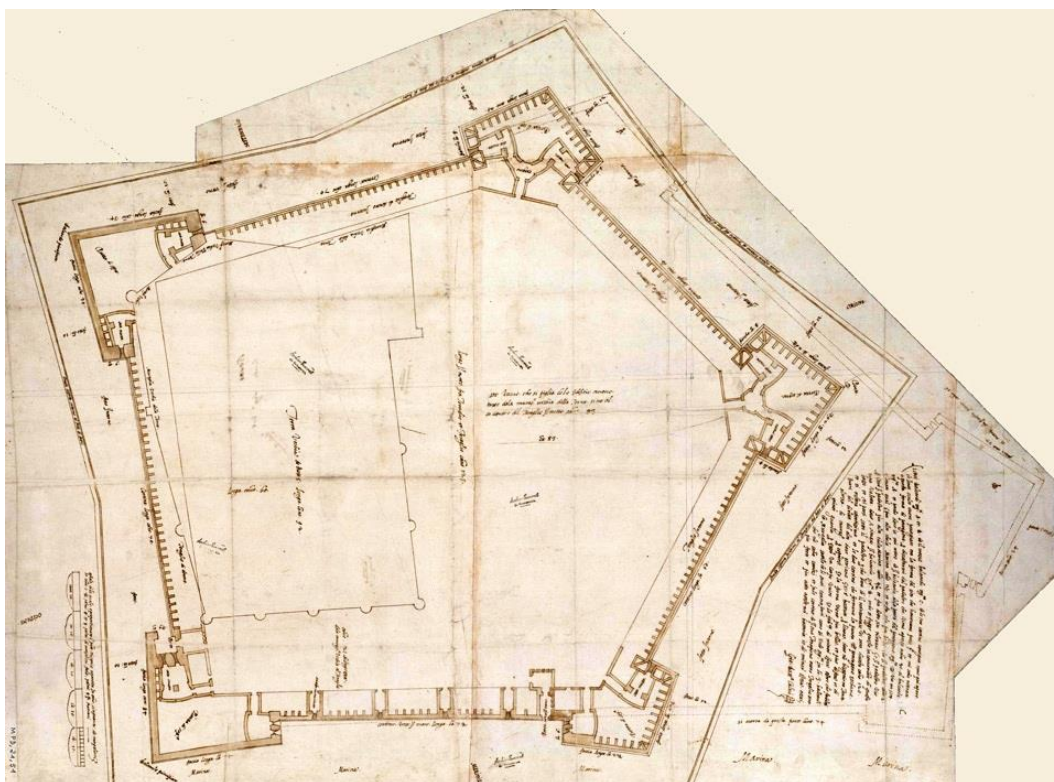
¹⁰ Fermín de Sojo y Lomba, «El capitán Luis Pizaño. Estudio histórico-militar referente a la primera mitad del siglo XVI», *Memorial de ingenieros* (1927).

¹¹ Cristóbal de Rojas, *Teoría y práctica de fortificación, conforme a las medidas y defensas de estos tiempos, repartidas en tres partes* (Madrid: Luis Sánchez, 1958). El capitán Cristóbal de Rojas fue un ingeniero militar o ingeniero del rey que desplegó una intensa actividad en el campo de la fortificación, tanto como tratadista, autor del primer tratado de fortificación que se imprime en España, como en la construcción de las mismas. Fue profesor de tal especialidad en la Academia de Matemáticas y Arquitectura Militar de Madrid, y tomó parte en varias campañas como ingeniero militar, dirigiendo el ataque a plazas fuertes como en Normandía en 1591 y puerto de La Mamora en 1614. Si Pedro Navarro representa el ingeniero militar de la primera mitad del siglo XVI y el creador de la escuela francesa de fortificación, al pasar a prestar sus servicios en Francia después de caer prisionero en la batalla de Rávena, el capitán Cristóbal de Rojas debe ser admitido como el más importante ingeniero militar español de la segunda parte de este siglo, y por tanto de la época de Felipe II. Por otro lado si Navarro puede ser considerado un especialista, aparte de sus conocimientos sobre fortificación, acreditados como creador de la escuela francesa de fortificación, en el ataque a las plazas fuertes mediante explosivos, con una actividad casi continua en campaña, Rojas representaría a aquellos ingenieros militares cuya principal forma de acción, aunque no la única, ya que participó en campaña, será la relativa al estudio y construcción de la fortificación permanente e incluso de la arquitectura civil.

Las murallas disminuyen mucho su altura, buscándose materiales como la argamasa de arena y cal reforzada por hiladas de ladrillos, materiales baratos pero que disminuían los efectos de la artillería atacante.

Como consecuencia de la disminución de la altura de las cortinas se aumentó la profundidad de los fosos, al tiempo que para permitir el flanqueo de las cortinas se hicieron estas más cortas poniendo en su centro un baluarte, o en todo caso un revellín, obra de dos caras en ángulo saliente. Posteriormente se harían en el exterior de los muros y fuera de los fosos, unos espaldones llamados glacis, mucho más bajos que las cortinas pero que permitían el paso tras ellos a salvo de la mosquetería enemiga. El espacio entre el glacis y el foso recibió el nombre de camino cubierto, al facilitar la protección de las tropas sitiadas después de una salida. Por otra parte, el glacis protegía al revestimiento de los muros de la plaza, evitando que la artillería enemiga abriera brecha tirando desde una considerable distancia.¹²

Finalmente se prefirió, siempre que el terreno lo permitiera, la forma de las fortalezas pentagonal, tanto para los baluartes como para el conjunto de la plaza, por ser una figura geométrica de trazado sencillo y porque permitía la construcción de plazas de mayor tamaño y complejidad.



Plano de la fortificación de la plaza de Rosas (Gerona)

¹² Joaquín de la Llave, «Lecciones de fortificación», *Memorial de ingenieros* (1898).

FORTIFICACIÓN DEL TERRITORIO PENINSULAR

La amenaza de los piratas berberiscos y del apoyo soterrado a los moriscos de Granada hizo que ya en tiempos de los Reyes Católicos se iniciará un plan de defensa del territorio peninsular. Finalizada la campaña de Granada, el comendador Ramiro López, ingeniero y artillero que había fortificado Salses, Perpiñán, Elna, Colliure, Cerdeña y Puigcerdá, recibió el encargo de las fortificaciones de Granada, Salobreña, Almería, Almuñécar, y otros puntos. A medida que se iban ganando, también se fortificaron o repararon las plazas africanas de Melilla, Mazalquivir, Orán, Argel, Trípoli y Djerba.

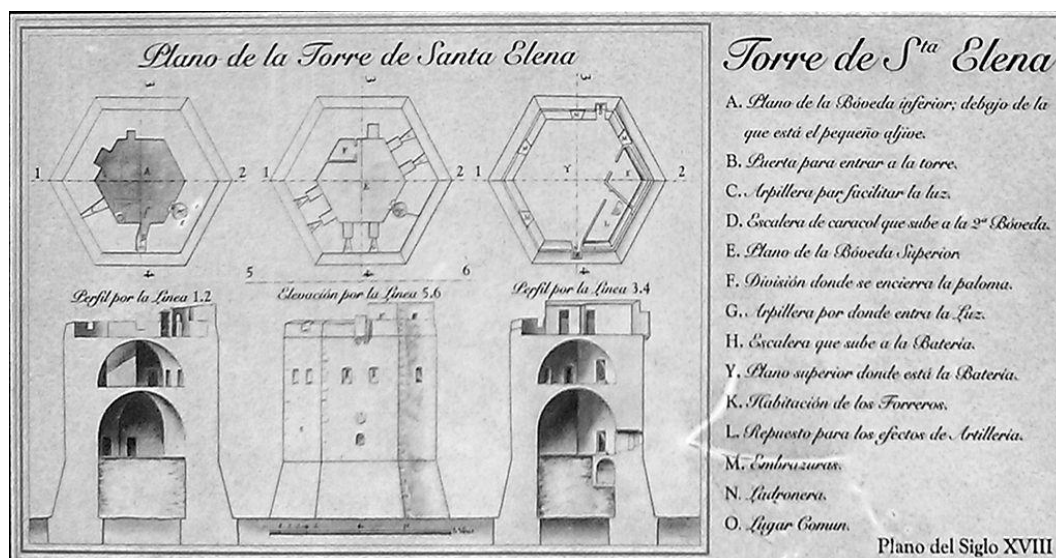
Tras la conquista de Navarra, Pamplona fue fortificada por el ingeniero Malpaso, que ya había hecho trabajos similares. Jaca lo fue a finales del siglo XVI por Spanichi, y tanto Fuenterrabía como San Sebastián con proyectos del prior de Barletta y de Benedicto de Rávena.

Desde el asentamiento turco en Argel en 1516, toda la costa del Mediterráneo español se encontraba amenazada por los ataques de los piratas berberiscos que, tras desembarcar en la costa, asolaban y saqueaban ciudades y asentamientos rurales. Carlos I ideó un sistema defensivo basado en la construcción de torres de vigilancia por toda la costa mediterránea. Así en 1526, el Concejo de Murcia había levantado una torre denominada la Encañizada, en la zona norte de La Manga del Mar Menor. En 1539 el Concejo de Lorca había levantado la torre de Cope y en 1554 el concejo de Cartagena la de cabo de Palos. Las primeras trazas de Barcelona se deben también al emperador, y fueron seguidas por las de Tarragona y Cartagena. Muchas fortificaciones de la época de Carlos I fueron proyectadas y construidas por Luis Pizaño. La fortificación de la plaza de Rosas, iniciada por este, la concluiría el ingeniero Juan Bautista Calvi.¹³ Además de las anteriores, Pizaño trabajaría en las fortificaciones de Barcelona, Salses, Perpiñán, Colliure, Puigcerdá, Fuenterrabía, San Sebastián y Pamplona. La fortificación del territorio continuará con Felipe II, periodo en el que se realizan la mayoría de las plazas fuertes y fortificaciones con un plan en que serán prioritarias la frontera con Francia y la costa mediterránea de sur a norte, sin dejar de lado la costa cantábrica y Galicia por la amenaza de Inglaterra.

En 1555 Calvi informó de la necesidad de construir fortalezas en Ibiza y Formentera, pues en Mallorca ya existían de traza circular. La fortificación de Galicia comenzó a partir del fallecimiento en 1558 de la reina María Estuardo, consorte de Felipe II. Después del ataque de la armada inglesa a La Coruña, Spanochi reconocerá la plaza, así como las rías de Betanzos y El Ferrol trazando el proyecto e iniciándose las fortificaciones a partir de 1590. En ellas trabajará posteriormente el alférez Pedro Rodríguez, que emitió un informe sobre la fortificación de la ría de Vigo.

¹³ El proyecto del ingeniero italiano Giovanni Battista Calvi, realizado en 1552, contaba con cinco baluartes provistos de casamatas en sus encuentros con los paños rectos de las murallas para alojar las piezas de artillería. Dentro del recinto se observa el contorno de la muralla medieval con sus torres en el perímetro. El plano se conserva en el Archivo General de Simancas.

En 1568 Felipe II encargó al virrey de Valencia, Vespasiano Gonzaga, la inspección y proyecto de construcción de las fortificaciones del puerto de Cartagena, de la costa del reino de Valencia y los puertos africanos de Orán y Mazalquivir, tarea que realizó acompañado del prestigioso ingeniero militar Juan Bautista Antonelli. Además, se fijó el número de torres a construir y se dividió en porciones la costa. En la catalana se dio prioridad a las dos grandes torres de los Alfaques, y se construyeron otras 25 de la mano de Antonelli, Escrivá, Gonzaga, Setara, Murgui y Cristóbal Antonelli. En la costa de Valencia se construyó un número próximo al centenar en las que participaron Calvi, Antonelli, Ecrivá y Gonzaga. En la costa de Murcia se construyeron 36 torres troncocónicas diseñadas por Antonelli y construidas por Gómez de Zafre y de Soto en 1578. La costa de Granada dispuso de 45 nuevas y 15 reconstruidas por Molgrat, Livadote y Navarrete de trazas troncocónicas. En 1576 se dispusieron 45 atalayas de trazas troncocónicas, cilíndricas o cuadradas entre Gibraltar y Portugal, en las que participaron Antonelli, Marín, el Fratrín y Rojas, entre otros. Las Canarias también se fortificaron de la mano de Leonardo Turriano. Se proyectaron una serie de obras en 1584 para la isla de La Palma y para la isla de Gran Canaria. Posteriormente actuaría Próspero de Cazorla discípulo de Spanochi y Turriano.

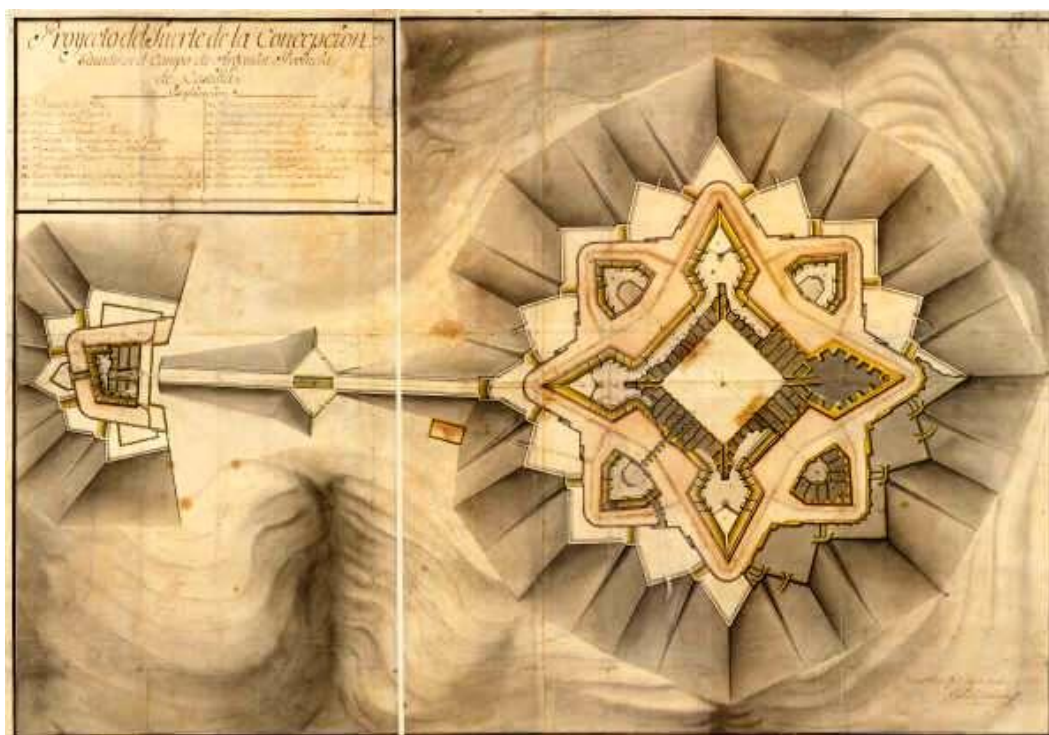


Torre de Santa Elena, en Mazarrón (Huelva)¹⁴

La frontera con Portugal fue objeto de reconocimientos pero, al proclamarse Felipe II rey de Portugal en las cortes de Thomar en 1581, tras la conquista emprendida un año antes por el ejército del duque de Alba y la flota del marqués de Santa Cruz, la fortificación quedó pendiente, retomándose en el siglo XVII a raíz de la guerra de Restauración Portuguesa. Una de las fortificaciones militares

¹⁴ Algunos señalan su primera construcción a finales del siglo XV, en época de los Reyes Católicos, aunque más tarde formará parte del proyecto de atalayas proyectadas por Carlos I, junto a las torres de Santa Isabel, en el puerto de Mazarrón, la torre de los Caballos en Bolnuevo, la torre del Molinete en Mazarrón y la torre de Cope en Águilas. La torre sería levantada bajo el reinado de Felipe II, resultando ser la más antigua de las torres vigía de ese litoral entre los años 1556 y 1598. Construida según los planos del ingeniero italiano Juan Bautista Antonelli, que trabajó a las órdenes del virrey de Valencia Vespasiano Gonzaga. Fue reformada en el siglo XVIII, y permaneció en activo hasta principios del siglo XIX.

más espectaculares de toda España es el fuerte de la Concepción, un enclave amurallado y abaluartado ubicado en el municipio de Aldea del Obispo, no muy lejos de Ciudad Rodrigo y de la frontera portuguesa.¹⁵ Los trabajos de construcción se iniciaron el 8 de diciembre de 1663. Fue el duque de Osuna quien lo mandó levantar frente a las fortificaciones portuguesas de Castelo Rodrigo y Almeida, adquiriendo su peculiar diseño en forma de custodia a principios del siglo XVIII, con la reconstrucción del ingeniero militar Pedro Moreau.¹⁶ Finalmente, durante la guerra de la Independencia fue inutilizado y volado parcialmente por orden de Wellington. El complejo defensivo consta de cuatro baluartes y revellines, camino cubierto, fosos, puente levadizo, parapetos, casamatas, capilla, cisternas, hospital, casa del gobernador, etc., en torno a una gran plaza de armas que aporta grandiosidad al conjunto. El fuerte se complementaba a escasa distancia con el cuartel de caballería de San José.



Proyecto del fuerte de la Concepción en Aldea del Obispo (Salamanca)

LA FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA Y LA GUERRA DE MINAS

La fortificación de campaña es la que se hace para defender, por tiempo limitado, un punto de terreno o cualquier posición militar, a diferencia de la permanente que aspira a detener al enemigo por tiempo indefinido. Utiliza recursos locales junto a elementos como la tierra, los rollizos de troncos, y las fajinas.

¹⁵ Ciudad Rodrigo, como lugar fronterizo, tuvo mucha importancia en las guerras de la época. En sus fortificaciones trabajaron ingenieros militares como Juan Santans y Tapia, entre otros.

¹⁶ Los planos que se conservan del coronel Moreau (que llegaría a mariscal de campo) relacionados con el fuerte de la Concepción se encuentran en el Archivo General de Simancas, Guerra Moderna, leg. 3638, sig. M. P. y D. XXXI-7, XXXI-8, XXXIII-3, XXXIII-5, XXXIII-6 y X-90.

Su construcción es rápida, de bajo coste y menor resistencia. Los dos grandes elementos de la fortificación de campaña desde tiempos remotos han sido la trinchera y el reducto, fortín o fuerte, nombre que varía en función de su tamaño. La fortificación de campaña renació en Italia con el Gran Capitán.

En un principio se usará el *agger* y el *vallum*, o atrincheramiento romano de campaña, pero la artillería obligará a revisar el sistema utilizado por Roma.¹⁷ Así se abandona el *vallum* o empalizada que coronaba el macizo de tierras por su incapacidad de resistir a los proyectiles, pero se conserva el *agger* o terraplén con una forma más apropiada de mayor espesor para resistir a la penetración de las balas, al tiempo que se daba inclinación al plano inferior, para permitir el tiro adosándole una banqueta de tierra para que los tiradores pudieran hacer fuego por encima del parapeto. El talud exterior se revistió con fajas para que conservara una inclinación que dificultase la escalada, y finalmente, se ensanchaba el foso, en principio para obtener más tierras con las que compensar el aumento del fondo del parapeto, consiguiendo una mejora en la capacidad defensiva, pasándose del perfil triangular del foso romano a otro trapezoidal. Se incrementó el valor del obstáculo con estacas, piquetes y otras defensas accesorias.

El trazado tenía muchas reminiscencias de la fortificación permanente, siendo muy utilizado el reducto cuadrado, aunque los había estrellados o abaluartados. Cuando se construían grandes líneas continuas atrincheradas se interrumpía de vez en cuando con obras exteriores abiertas por la gola, como las lunetas, los revellines o bonetes y los hornabeques o coronas, dando lugar a líneas de baluarte, de redientes y cortinas quebradas, de tenazas o atenazadas y, finalmente, de llaves o cremallera.

En los campos de batalla se construían en aplicación de esta técnica trincheras para la artillería o baterías, y para la infantería, como ocurrió en Seminara con baterías o en Ceriñola, Rávena y Pavía con trincheras. También Carlos V emplearía la fortificación de campaña, con la organización de campos atrincherados a la manera de los campos romanos que permitió a sus ejércitos resistir a fuerzas muy superiores.

Será en los numerosos sitios donde se empleará la fortificación de campaña durante los siglos XVI y XVII y en especial en los Países Bajos. En las guerras de Flandes se producirán algunos de gran duración que se acabarán convirtiendo en bloqueos. Los más señalados serán los de Leyden, Amberes, Ostende, Breda y Bois-le-duc.

Para emprender el sitio a una plaza y cuando no era posible el cerco completo se empezaba por concentrar a la infantería en los puntos altos y a la caballería cerca de los ríos. Las zonas intermedias se cerraban con las líneas de circunvalación y de contravalación, en las que se intercalaban reductos, fortines y fuertes con artillería y pequeñas guarniciones. La línea de circunvalación se hacía a una distancia entre 2500 a 500 metros de la plaza, y tenía por objeto

¹⁷ Joaquín de la Llave y García, «Lecciones de fortificación», *Revista de ciencias militares* (1904).

defender a los sitiadores de un posible ataque de las fuerzas de socorro de la ciudad cercada. Mientras que las de contravalación se construía a unos 500 metros más cerca del frente, con la finalidad de proteger a los sitiadores de las frecuentes salidas de los defensores de la plaza y ser punto de partida de los ataques.



Murallas abaluartadas y castillo en Ciudad Rodrigo (Salamanca)

Desde la línea de contravalación o de defensa paralela a la circunvalación y construida por el frente que mira a la plaza sitiada, se comenzaba la aproximación a la plaza con los aproches, constituidos por baterías, trincheras y reductos. El avance se llevaba a cabo eligiendo uno o varios frentes de ataque y contra él o ellos se avanzaba hasta colocar la artillería de mayor calibre a unos 700 a 800 metros de la plaza, instalándola en puntos elevados, en caballeros o baterías en terraplén. El movimiento de aproche se hacía con trincheras en zig-zag y en los ángulos se construían reductos cuadrados o poligonales que servían de plazas de armas para la protección, con sus fuegos de artillería, de la continuidad de los trabajos. Al llegar al camino cubierto de la plaza se hacía un ataque a viva fuerza contra esta primera obra exterior, apoderándose de ella y construyendo y armando en baterías encargadas de abrir brecha en las escarpas. Una vez abierta la brecha, se procedía a pasar el foso y dar el asalto, primero a los revellines y otras obras exteriores, y después al cuerpo de la plaza.¹⁸ Todos estos trabajos estaban dirigidos por ingenieros, y ejecutados por los gastadores antecedentes de los zapadores o minadores, y si no los hubiese por las propias unidades de infantería. El sitio siempre era una misión muy costosa en tiempo, esfuerzo y material, resultando, a pesar de una dirección cualificada, con frecuencia acciones confusas y desordenadas.

¹⁸ Ibid.

A fines del siglo XVII la situación cambió al seguirse en España al igual que en Francia las directrices del Mariscal Sebastián Lepeste de Vauban, que al sistematizar los trabajos de zapa, imprimió un nuevo sello de orden y regularidad a los trabajos de sitio.¹⁹ No introducía conceptos novedosos como eran las paralelas, el tiro a rebote y los caballeros de trinchera, pero se intentaba seguir un orden preestablecido y sencillo antes del asalto final.

Una consecuencia natural de la guerra de sitio era la guerra de minas. Pedro Navarro fue el inventor de la forma moderna de llevar a cabo la guerra de minas cuyo origen se pierde en la antigüedad. Navarro aplicó la explosión controlada de la pólvora a la mina tradicional con lo que aumentó considerablemente los efectos de ésta. Para prevenir estos ataques los ingenieros no olvidaban de realizar una red de galerías paralelas a la contraescarpa que se llamaba la magistral, y que a veces recorría todo lo largo de la fortificación. De esta galería partían ramales de escucha y de los de escucha salían ramales destinados a la colocación de hornillos con los que poder volar las minas de los sitiadores o volar a los asaltantes al pasar el foso.

El atacante empezaba por abrir desde larga distancia, fuera del alcance artillero, el camino de zapa o trinchera a cielo abierto, mediante caballetes que se cubrían con tabloncillos o con otros elementos de protección como las capas, o plantas de hoja de lata para defenderse de los fuegos artificiales que se lanzaban con catapultas, se llamaban también pote de fuego cargado con balas de arcabuz, puntas de hierro o pequeñas granadas de bronce. Una vez terminada esta primera parte de la trinchera se prolongaba con la galería de mina o mina de zapa la cual se encofraba para evitar derrumbes. Al final de la mina se construía el hornillo o cámara de explosión, la cual se cargaba de pólvora confinada dentro de barriles. Con el minado el atacante procuraba llegar hasta el glacis de la plaza, desde donde dirigía sus galerías contra el sistema de contramina del sitiado para destruirlo mediante la explosión o bien penetrar físicamente en sus galerías donde llegado el caso se producía el combate cuerpo a cuerpo. El objetivo final del ingeniero que dirigía los trabajos de sitio era llegar hasta la contraescarpa, en el subsuelo, para allí abrir, mediante explosivos, hornillos, una brecha que facilitase la posterior acción de la artillería sobre el muro, a fin de practicar en el mismo una brecha definitiva que permitiera el asalto final a la plaza.²⁰

La guerra de minas se utilizó con frecuencia sin más limitaciones que el terreno si era rocoso desde el siglo XVI hasta la guerra Civil de 1936 a 1939. Lugares señalados fueron la campaña de Garellano de 1503 a 1504; sitio de Oyra, en Italia, 1504; sitio de Bolonia, 1512; sitio de Rodas, 1522; defensa del Castilnovo, 1539; sitio de la plaza de África, 1550; destrucción de la citada plaza, 1554; defensa de Vulpiano, 1555; sitio de Amberes, 1585; sitios de Noyon, 1593; de

¹⁹ Las ideas de Vauban, respecto a la fortificación de campaña e incluso a la permanente fueron difundidas en España por Sebastián Fernández de Medrano en sus numerosas obras. Pero es importante señalar que no se limitó a copiar al francés, sino que sus escritos estaban impregnados de sus propias teorías. José Almirante, *Historia militar de España*, 4 vols. (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1923).

²⁰ Carlos Banús Comas, «El empleo de minas en los sitios», *Memorial de ingenieros*, 4/5 (1908).

Calais, 1596; de Hulst, 1596; de Berg–Op–Zoon, 1622; defensa de Larache, 1689; y finalmente la defensa de Ceuta, 1695.²¹

Fueron numerosos los ingenieros militares que murieron mientras realizaban trabajos de minas; algunos de ellos fueron Francisco Pacciotto, conde de Montefulco, muerto en 1599, en el ataque al fuerte de Voorden, en los Países Bajos; o Francisco López de Quesada y el maestro mayor Medicero, fallecidos ambos en 1695 en la defensa de Ceuta, al estallarles una mina antes de tiempo.

EL MATERIAL Y HERRAMIENTAS DE INGENIEROS

Cristóbal de Rojas en su *Teoría y práctica de fortificación* apuntaba ya la necesidad de que había que disponer de muchos materiales y herramientas y una persona encargada de su administración, un mayordomo, ya en el siglo XVII se consideraba era necesaria la creación de una compañía de minadores formada por un capitán y cuarenta minadores, tanto en guerra ofensiva como defensiva.

En un documento de la expedición a Argel, en 1541, se apunta como material necesario, además del mayordomo, hoces, guadañas, espuestas de esparto y de mimbres, mazos, pies de cabra, almádanas, escodas, palancas, tapiales con sus agujas y pisones, tablazón gruesa y delgada, vigas con sus garabatos de hierro, astiles para enastar herramientas, clavazón de todas las suertes en gran cantidad para reparaciones, hierro, acero, aderezos de cordeleros, estopa, pleita y sobina para hacer los cestones y fajinas para las baterías y trincheras.

Matizando más en lo relacionado al material de sitio se utilizaba además de lo anterior los cestones o cilindros sin base o fondo tejidos de ramaje, de dimensiones varias, y que rellenos de tierra sirven de fortificación; la fajina o haz muy apretado y agarrotado por medio de una braga que cuando eran de tamaño mayor al habitual recibían el nombre de salchichas o salchichones, llegando a tener de cuatro a seis metros de longitud; las estacas o palo recio que por una parte está puntiagudo para hincarse en la tierra. Las estacadas o empalizadas se construían de muy diferentes tamaños y cuando tenían puntas de acero en la parte superior se llamaban atrapa o rastrillo; las blindas podían ser de tela o de salchichas sirviendo entonces de protección; manteletes de madera que servían para proteger a una o más personas, según su tamaño; también como protección estaban las espaldas de salchichas que se sujetaban entre candeleros o leñames, atándose con cuerdas hechas y muy bien torcidas de ramas de mimbre; los sacos terreros; la flota, de uso variado, desde las construidas con maderos entrecruzados y con punta de hierro, para utilizarlos contra navíos, o para pasar ríos o protección de puentes; los materiales usados para el asalto final a la plaza, como el movimiento o los puentes de asalto, ambas, modalidades de escalas; y para el transporte de tierras y otros materiales se utilizaban las carretillas o bancos, las angarillas o cruetas y los cestos o cestones; finalmente,

²¹ Fermín de Sojo y Lomba, «Origen de las minas de pólvora», *Memorial de ingenieros* (1929).

para elevar o arrastrar objetos pesados, había cricas, cabestrantes, cabrias y cabrillas o tornos, piernas, cabeza y garrochas, martinetes o hincapilotes, etc.



Maquetas de material de sitio, Regimiento de Especialidades de Ingenieros n. 11

En cuanto al material para pasar los ríos cuando no se podía hacer por vados o por puentes ya construidos, se utilizaban medios más o menos de circunstancias, dependiendo a su vez estos medios, de que el paso hubiese de facilitarse a personal a pie o a caballo, carros e impedimenta de artillería, cuyo excesivo peso podía complicar esta operación. Aunque no existían los puentes reglamentarios, aquellos que se montan o desmontan con facilidad, si se llevaban ya en tiempos de Cristóbal de Rojas pontones o barcas que servían de apoyos flotantes para puentes a construir sobre el terreno. Las barcas se unían con tablones y formaban un tablero por el que pasaban las unidades. Se podían construir puentes de pilotes, estacas de gran tamaño, que se clavaban en el fondo del río con los martinetes en los que se fijaba el tablero. Los puentes de toneles, como flotantes, llamados tumpanos, y los de cuerdas. También se podía hacer con dos o más barcas, plataformas flotantes o almandías, que se desplazaban con una carga de una orilla a otra, unidas mediante una cadena a una sirga que estaba anclada a ambas riberas.²²

Estos elementos necesarios para el trabajo dirigido por los ingenieros militares, herramientas, materiales de sitio y de puentes, resultaban costosos y difíciles de reunir para cada campaña, máxime cuando había que traerlos de lugares lejanos, como Flandes o Italia.

Luis Pizaño propuso al duque de Alba en 1543 la creación de parques de herramientas en todas las plazas fronterizas, lo que de haberse llevado a cabo

²² Cristóbal de Rojas, *Sumario de la milicia antigua y moderna* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2005), en el que trata de cómo pasar los grandes ríos.

hubiese simplificado el problema. También se pensó en la conveniencia de tener parques móviles constituidos con anterioridad a cualquier guerra, para que pudieran acompañar a las tropas con mayor velocidad que los pesados convoyes que seguían a los ejércitos en aquella época. El Gran Capitán organizó algo similar asignando a cada escuadrón 24 carruajes, en los que se llevaban picos, palas y otras herramientas para trabajos de campaña, además de tiendas, marmitas y otros utensilios.

Todos estos intentos no fructificaron ni dieron lugar a una organización durable de parques porque los propios ingenieros no formaban un cuerpo y porque al final de cada campaña se deshacían las unidades que habían participado en ella. Habría que esperar a la creación en 1802 de la primera unidad permanente de ingenieros, el Regimiento Real de Zapadores Minadores, para que los parques fueran una realidad.



Cristóbal de Rojas, grabado incluido en Teoría y práctica de fortificación (1598)

LOS INGENIEROS MILITARES Y LAS ACADEMIAS DE MATEMÁTICAS Y FORTIFICACIÓN DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Con la llegada de Carlos I la Corona de España pasó a integrar una serie de dominios enclavados en Europa como eran los Países Bajos, Franco Condado y Milán, junto a otros situados en el Mediterráneo como Nápoles, Sicilia y Túnez, y por otra parte el Nuevo Mundo cuya conquista se finalizaba en tiempos de Carlos I. Estos factores harán que la monarquía católica tenga dos vertientes

geográficas la atlántica y la mediterránea, además de la europea. Con estos tres frentes España creará unos ejércitos eficacísimos, basados en los tercios como unidades fundamentales, en los que los ingenieros militares serán imprescindibles, al tiempo que se lleva a cabo una política sistemática de construcción de fortificaciones o plazas fuertes que asegurarán los dominios.

Los monarcas españoles se verán en la tesitura de llamar a numerosos ingenieros italianos que habían servido en los ejércitos hispanos en las guerras de Italia. La mayoría de ellos se dedicaban a la construcción de fortificaciones exclusivamente, aunque algunos también a su ataque.²³ De entre ellos destacaron los hermanos Fratrín, la familia Antonelli, el comendador Tiburcio Spanochi, Baltasar Paduano Abianello, Próspero Baroqui, Bartolomé Campi, Juan Calvi, Antonio Ferramolino, Jácome Gianibelli, Francesco Marchi, Francesco Pacciotto (conde de Montefulco), Tadino de Martinengo (prior de Barletta), Leonardo Turriano, etc.²⁴

Junto a ellos numerosos ingenieros españoles como Mateo Aceituno, Juan Pablo de Carrión, Lorenzo de Cartagena, Juan Díez Cedillo, Pedro Cifré, Bartolomé Díaz, Luis Collado, Pedro Luis Escrivá, Diego González de Medina Barba, Bernardino de Herrera, Cristóbal Lechuga, Luis Montemayor, Pedro Navarro, Hernando de Quesada (capitán de azadoneros), Ramírez de Madrid, Ramiro López, Cristóbal de Rojas, Antonio Sedeño, Gerónimo de Soto, Alonso de Sotomayor, Villafañe, Juan de Zurita, etc.²⁵

El oficio se aprendía, bien como discípulos, bien en las academias de matemáticas y fortificación que aparecieron a partir del último tercio del siglo XVI, o bien con ambos sistemas sucesivamente. Muchos morirían en campaña, no todos se dedicaban al proyecto, como Bartolomé Campi que cayó en el sitio de Harlem, en Países Bajos, 1573; Luis Escrivá, muerto en 1571 en la guerra contra los moriscos granadinos; Miguel Furnin que muere en 1539 en la defensa contra los turcos de la plaza de Castelnuovo, en el golfo de Cattaro;²⁶ Jacome Giannibelli fallecido en acción de guerra en Amberes en 1588; y, finalmente,

²³ Para el estudio de este periodo es de destacar la colección Aparici, que comprende 58 tomos con 20 50 documentos copiados del Archivo de Simancas, del siglo XIV al XVII y que tratan sobre las guerras en Europa y África y temas militares diversos, fundamentalmente relacionados con ingenieros. La colección recibe el nombre del coronel de ingenieros José Aparici y García, académico de número de la Real Academia de la Historia, el cual permaneció en Simancas copiando documentos, así como planos y láminas, desde enero de 1844 a 1856, con el objeto de aportar todos los datos posibles para la redacción del *Estudio histórico del cuerpo de ingenieros del Ejército*, que se publicó incompleto en 1911. La colección se encuentra en el Servicio Histórico Militar, y una síntesis de los documentos se publicó en el Memorial de ingenieros, en los tomos II al VI, correspondientes a los años 1847 a 1851.

²⁴ Quijano Calderón, *Visión general de las fortificaciones indianas en los distintos frentes continentales* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1988).

²⁵ José Marv, «Lista general de los oficiales del cuerpo de ingenieros del Ejército desde el siglo XVI hasta 1910», *Memorial de ingenieros*, 28 (1911).

²⁶ En 1539 un tercio de unos 3000 soldados españoles se enfrentaron hasta la muerte a 50 000 turcos en la actual Herzeg Novi, Montenegro, comandado por el maestre de campo Francisco de Sarmiento. El asalto final tuvo lugar el 7 de agosto cuando quedaban unos 600 hombres. Las bajas turcas se contaron entre 12 000 y 20 000. Aunque combatir no sirvió para vencer, su leyenda ha llegado hasta nuestros días.

Francisco Paciotto, conde de Montefulco, que caía en 1599 en el ataque al fuerte de Voorden, en los Países Bajos.



Cristóbal Lechuga, grabado incluido en su *Discurso* (1603)²⁷

En un principio la formación pudo ser autodidacta, completada por el trabajo como discípulo al lado de algún ingeniero italiano, pero pronto se vio que era necesaria una sólida base científica, por lo que aparecen unos centros que se llamarían academias de matemáticas, donde acudirían oficiales de otras armas y civiles. En ellas se impartirían matemáticas, geometría y fortificación. Fueron las antecesoras de las academias militares, la primera fue la Academia de Matemáticas y Arquitectura Militar, fundada por Felipe II, en 1582, en el antiguo alcázar de Madrid, a instancias de Juan de Herrera, arquitecto constructor de El Escorial, y del ingeniero Tiburcio Spanochi. En ella figuraron profesores como Julián Firrufino, director de la Escuela de Artillería de Sevilla que impartía la *Geometría* de Euclides y el *Tratado de la esfera*; Juan de Cedillo, cosmógrafo mayor de las Indias, que explicaba la materia de los senos, trigonometría y el

²⁷ En 1603 publica *Discurso que trata del cargo de maestre de campo general y de todo lo que de derecho la toca en el Ejército*, sobre las atribuciones y cometidos del general en jefe. En 1604 abre la Escuela de Artillería de Milán. Pero a Lechuga le cae la desgracia de ser acusado de prevaricación y desvío de caudales. El conde de Fuentes lo aparta de su lado y Lechuga escribe otro tratado: *Discurso que trata de la artillería y de todo lo necesario a ella, con un tratado de fortificación y otros advertimientos*, donde figura su retrato.

Tratado de la carta de marear, navegar; el licenciado Juan Ángel que explicaba los tratados selectos de Arquímedes; el alférez Pedro Rodríguez, que impartía el *Arte de escuadronar*, y el capitán de ingenieros Cristóbal de Rojas, que daba *Teoría y práctica de la fortificación*. Hubo otros profesores civiles y militares menos significados como Ginés de Roca y Torras, de matemáticas; Bautista Labaña, geógrafo; Bernardino de Mendoza, escritor y militar autor de la *Teoría de la guerra*; y Pedro Ambrosio de Ordeniz, notable matemático que tradujo, y explicó la *Perspectiva especularia* de Euclides.

Después del fallecimiento de Herrera tuvo como director al arquitecto Francisco Mora y a partir de 1615 a su sobrino Juan Gómez de Mora también arquitecto. La Academia no tuvo una larga existencia y a principios del siglo XVII, 1625, desapareció.

El siglo XVII marco una decadencia a partir de 1640, según se verá en las guerras de Cataluña serán continuas las quejas por falta de ingenieros, pero estudiando el número de ingenieros militares de ese siglo y el anterior se constata que los del siglo XVII, 284 en total, superan en más de cien a los correspondientes al siglo anterior, 167 según López Muiños, o bien, casi los triplican de 265 a 91 según la relación de Marvá en la colección Aparici y los archivos de Indias.



Julio César Firrufino, grabado incluido en *El perfecto artillero* (1648)

El número de ingenieros militares italianos o descendientes de ellos será numeroso como Aflitto; Julio Banfi; Juan Biogiojero; Ambrosio Bobón; Marcos

Alejandro y Pedro Alejandro Borri; Ambrossio Borssano; Francisco Borsoto, marqués de Buscayolo; Juan Bautista Corbaccino; Conrado Ferrante; Pedro Palearo, hijo de Juan Palearo *el Fratrín*; Gerónimo Rinaldi; o Pedro y Juan Bautista Rugiero, etc. Pero la primacía no corresponderá solo a los italianos, encontraremos a numerosos franceses, holandeses, alemanes e incluso algún irlandés. Destacarán Gabriel Arnault; Enrique Artois; Jacques de Best; Adrian Boot; Gerardo Coen; Jaime Frank; Carlos y Fernando Gronemberg; Reyseberg; Marín Schatman; Snuch; Stampion; Miguel y Marcos van der Berghe; Sebastián le Preste Vauban, o el propio Verboom, que por su larga vida debe incluirse en el siglo XVIII, pero ya en 1684 era admitido como ingeniero ordinario.

Los ingenieros españoles fueron también numerosos en el siglo XVII como Francisco Alcántara; Andrés de Arce; Juan Asensio; José Bermúdez de Ponte; Lorenzo Caramuel; Antonio Carreño; Alonso Cepeda; Eugenio y Francisco Cuevas; Andrés y Francisco Dávila; Sebastián Fernández de Medrano; Gerónimo Galarza; José y Luis González de Mendoza; Juan Herrera Sotomayor; Francisco Isasi; Francisco López de Quesada; Vicente Mut; Antonio y Pedro Osorio; Juan de Oviedo; Bartolomé de Rojas; Juan Ruiz; Domingo Toral; Luis Venegas, etc. Muchos morirían en campaña como corresponde a un siglo cuyos dos últimos tercios fueron de guerra casi continua.

Al desaparecer la Academia de Matemáticas de Madrid se incorporó una cátedra de fortificación a los estudios generales del Colegio de San Isidro, también en Madrid. En ella con cierta independencia de la de matemáticas que existía en el Colegio Imperial de los Jesuitas, se trató de mantener una continuidad. La cátedra estuvo a cargo de Julián Firrufino, y a su muerte le sucedió su hijo Julio César Firrufino que a su vez, al fallecer en 1651, le cedió el puesto al ingeniero militar (los Firrufino eran artilleros), Luis Canduchi, que además de matemáticas, explicaba artillería y fortificación.

A este le sucederían: el padre dominico Jerónimo María Affitto, que se comprometió con el Consejo de Guerra, en 1663, a sacar un mínimo de cuatro ingenieros anuales; Jerónimo de Soto, también ingeniero; el matemático Juan de la Rocha; y finalmente los ingenieros Jorge del Pozo y Juan Asensio, hasta que desaparece definitivamente, ignorada y desatendida en 1697²⁸. Además de la cátedra citada en el palacio del marqués de Leganés se organizó la Escuela de Palas, donde también explicaba fortificación Julio César Firrufino.²⁹ En España existieron otras academias de menor importancia como la de Cádiz, en la que explicaba fortificación y pilotaje, entre 1648 y 1655, el ingeniero y cosmógrafo Gerardo Coen.

Fuera de la península se crearon las de Nápoles, Orán y Cerdeña, pero la más famosa fue la de Milán fundada en tiempos de Carlos V permaneciendo vigente todo el siglo XVII y en ella enseñaron fortificación Tartaglia, San Micheli o el

²⁸ Juan López Muiños, *Algunos aspectos de la ingeniería militar española y cuerpo técnico* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1993).

²⁹ Julio César Firrufino, *El perfecto artillero, theorica y practica*, facsímil (Segovia: Academia de Artillería, 1987).

arquitecto Alejandro Capra. Ninguna tuvo la importancia de la Academia Real y Militar del Ejército de los Países Bajos, que se fundó en Bruselas en 1675, por iniciativa del duque de Villahermosa, capitán general de Flandes. Su primer y único director fue Sebastián Fernández de Medrano que supo dar categoría a su enseñanza y se convirtió en una de las más importantes de Europa. Medrano fallecería en 1705 y Bruselas se perdería un año más tarde.³⁰



Jorge Próspero de Verboom, óleo de Román García (1959)

³⁰ La labor didáctica de Medrano, eminentemente práctica, no se limitó a enseñar, sino que elaboró casi todos los textos que se utilizaban en la Academia en algún caso con ayuda de sus mejores alumnos como Jorge Próspero de Verboom, futuro creador del cuerpo de ingenieros, el cual colaboró con él en su *Breve tratado de geografía* (1700). Fue autor también de *Rudimentos geométricos y militares* (1677); *Práctico artillero* (1691); *Ingeniero práctico* (1696); *Arquitecto perfecto en el arte militar* (1708); *Elementos de Euclides amplificados*; *Geografía moderna: descripción del mundo y sus partes* (1719); y *Fundación y reglas de la academia llamada La Peregrina*. En Joaquín de la Llave y García, «Don Sebastián Fernández de Medrano como escritor de fortificación», *Memorial de ingenieros*, 2/15 (1878).

LECCIONES APRENDIDAS

Fue muy temprana la aparición de técnicos que se titulaban ingenieros como Benedicto de Rávena, que sirvió en Italia al Ejército de los Reyes Católicos, o del mismo Pedro Navarro que daría después gloria a las armas francesas, al crear la Escuela de Fortificación de Francia. El título de ingeniero se concedía siempre por el rey.

Al principio dio la sensación de que ingenieros y artilleros andaban a la par. Los objetivos eran comunes construir, deconstruir y expugnar fortificaciones enemigas. Usaban medios comunes como la pólvora como elemento explosivo para los primeros y como elemento de proyección de balas para los segundos. El hecho de que la artillería llevase en sus compañías a gastadores y minadores, e incluso que el capitán general de la artillería entendiese de fortificaciones, hace difusa la diferenciación de ambos cuerpos hasta principios del siglo XVII.

En 1601 se creó el cargo de ingeniero mayor de su majestad y superintendente de las fortificaciones de España para el que fue nombrado Tiburcio Spannochi, que dependía del capitán general de artillería aunque fuese a título nominal. Este primer intento de crear el cuerpo de ingenieros no prosperó, ya que después de Spannochi se nombró a Leonardo Turriano que fue el último. A lo largo del siglo se nombrarían esporádicamente superintendentes para algunas provincias, fronteras o reinos, o en algunos ejércitos con la consideración de maestro de campo.

Hasta el siglo XVIII los ingenieros no formaban cuerpo, ni tenían una dirección ni un centro único de instrucción. Se reclutaban entre oficiales que demostraban conocimientos elevados de matemáticas, y que posteriormente se perfeccionaban con algún otro ingeniero militar o en alguna de las academias de matemáticas. Algunos ya tenían graduación militar y a otros se les iban concediendo los grados. Escribieron tratados de fortificación y de artillería indistintamente. Su importancia será mayor a medida que avance el tiempo y las guerras y sitios que se sucedieron en el siglo XVII, además de su protagonismo en la colonización de América aunque muchos permanecieron en Flandes. A finales de siglo la falta de ingenieros se agudizará y a principios del siglo XVIII la guerra de Sucesión será una de las causas de la creación del cuerpo de ingenieros. Se crearán las nuevas escuelas de Cádiz y Barcelona a finales del XVII pero la formación será heterogénea hasta la creación en 1803 de una única academia específica.

Durante los siglos XVI y XVII los ingenieros militares tendrán su protagonismo en el campo de las obras públicas y de la arquitectura civil aunque esa no era su función su preparación les llevó a entrar con frecuencia en este campo, especialmente en América, donde realizaron una intensa labor en obras públicas, cartografía e incluso en arquitectura, labor que, por otra parte, y una vez más, sería antecedente de la que llevarían a cabo sus homónimos en el siglo XVIII, ya casi con exclusividad y no solo en América.

España aspiraba claramente al dominio universal y sus únicos obstáculos eran la distancia entre sus dominios y su escasez de hombres. Estos fueron salvados

por los centenares de fortificaciones construidas por el Imperio español, que lo pusieron a la cabeza de las grandes potencias del mundo. Incluso en esta faceta patrimonial.

El sistema abaluartado nació en Italia por lo que se le denominó de «traza italiana» convirtiéndose en el modelo a seguir. La presencia de ingenieros italianos en los ejércitos españoles y europeos con el apoyo de la imprenta difundieron los tratados de fortificación.

Los ingenieros militares por aquel entonces determinarán la medida del lado a la figura que pretenderán fortificar teniendo en cuenta primero el arma que había que defender la plaza; en segundo lugar, la parte principal a defender; y, en tercero, que todas las partes de una plaza estuvieran dispuestas de tal forma que se defendiesen unas a otras por líneas flanqueantes, franqueantes o fijantes.

Las plazas fuertes se ubicarían en zonas llanas para facilitar su abastecimiento y para evitar puntos dominantes que pudieran batirlas. Generalmente pentagonales con murallas bajas y gruesas con talud para favorecer los rebotes. Fosos anchos para dificultar el asalto. Se acortó la longitud de las cortinas de la muralla para permitir el cruce de fuegos de defensa. Con un baluarte o revellín de dos caras en ángulo hacia la campaña en el centro de las cortinas. Los baluartes en los vértices del recinto facilitaban el cruce de fuegos entre sí y con las cortinas. Se creaba un glacis para distanciar al enemigo de la fortificación. El modelo abaluartado fue la solución a la apertura de brechas por desmoronamiento de las murallas por impactos o a causa de las minas subterráneas.

La rendición de las plazas abaluartadas requería un bloqueo total, prolongar los asedios, acometer obras de fortificación alrededor del perímetro y un círculo de contención llamado contravalación para rechazar contraataques de los sitiados. Lo que suponía abarcar poblaciones, alquerías o edificaciones cercanas con efectivos para guarnecerlas.

Generalizado el sistema abaluartado hizo que muchas y grandes ciudades se vieran dotadas de baluartes y ciudadelas con una posición dominante como último refugio para acogerse en caso de prolongarse la resistencia. El asedio a plazas o fortificaciones cuanto más duraba más se convertía en moneda de cambio para acordar o revocar tratados, pues los sitios eran gravosos para los sitiadores en hombres y caudales. Un asedio prolongado a una fortaleza podía convertirse en un revés para el atacante. Una plaza fuerte bien defendida bastaba para arruinar a un ejército.

Siglo a siglo los militares se convirtieron en el reflejo de los logros técnicos y culturales de nuestra nación o de la ausencia de ellos.

EL CAMINO ESPAÑOL: UN PRODIGIO LOGÍSTICO

Víctor Javier Sánchez Tarradellas

*Es un milagro que hayan podido alguna vez llegar
a los Países Bajos soldados españoles.¹*

INTRODUCCIÓN

La logística es un factor clave para entender el dominio que los tercios ejercieron en su época. Es un período de auténtico renacer de la logística. Siempre con escasez de vituallas y necesidad de dineros, se realizan ímprobos esfuerzos para tener orden en las municiones de guerra y de boca. Métodos caídos en el olvido durante siglos se recuperan y se idean nuevos procedimientos para satisfacer las enormes necesidades de apoyo que surgen. Pero, los medios disponibles, propios de su tiempo, a menudo resultan insuficientes para proporcionar el apoyo requerido. Los veteranos de los tercios se ven obligados a servir en condiciones muy rigurosas, demostrando una resistencia estoica ante las penalidades y el hambre, que pocos ejércitos tolerarían hoy. Las victorias penden de un hilo y el agotamiento y penuria de las tropas amenaza permanentemente con una deserción en masa o un motín que socave todos los esfuerzos.

Los tercios constituyen el elemento más característico del Ejército del rey Católico. Sus proezas han sido glosadas con profusión, sus hechos de armas han merecido la atención de una legión de historiadores. Conocemos sus épicas gestas y muchas de sus asombrosas hazañas. Sin embargo, el oscuro trabajo de apoyo logístico que permitió alimentar su colosal esfuerzo bélico permanece en buena medida desconocido. No se trata en los manuales de historia y solo de forma accidental se habla de él en memorias, testimonios o correspondencia.

Pero el apoyo logístico, aspecto habitualmente poco valorado, tiene en la época de los tercios una importancia capital. Constituye un factor decisivo para que los ejércitos de la Monarquía Hispánica dominen durante siglo y medio los campos de batalla de Europa, conquistando el respeto de sus más acérrimos enemigos y labrándose una fama imborrable.

Probablemente el mejor ejemplo de aplicación de esta logística sea el *Camino Español*. El corredor militar más importante de su época, que permite durante décadas comunicar las principales zonas de reclutamiento de los tercios con el teatro de operaciones de Flandes. Un prodigio logístico que causó asombro en su época, que todavía hoy despierta admiración, y en el que se pueden identificar varias lecciones aprendidas.

¹ Geoffrey Parker, *El ejército de Flandes y el Camino Español* (Madrid: Alianza, 2000).

Cuando un ejército debe realizar un desplazamiento largo es fundamental garantizar la satisfacción de sus necesidades logísticas, conjugando rapidez con seguridad. De lo contrario puede desangrarse poco a poco, perdiendo efectivos de forma alarmante. Para garantizar el apoyo durante estos movimientos se idean los corredores militares. Son itinerarios reconocidos que enlazan a un ejército en servicio activo con las distantes tierras donde ha de ser reclutado. Regular el movimiento de tropas haciendo posible la preparación por adelantado de los servicios básicos. Con este ingenioso sistema se consigue trasladar, en un tiempo relativamente corto y en buenas condiciones, a grandes contingentes para las batallas que se disputan a muchos kilómetros de las zonas de leva. Se trata de un auténtico sistema logístico eficaz e integral, pues cubre varias funciones logísticas de las que en la actualidad se consideran: abastecimiento, movimiento y transporte, administración...

EL CAMINO DE LOS ESPAÑOLES

El corredor militar más célebre es el conocido como Camino Español, sin duda, la maniobra logística más importante de la Edad Moderna.² Una prolongada línea de comunicación desde el plácido Mediterráneo al turbulento mar del Norte que atraviesa abruptas montañas, caudalosos ríos, bosques inacabables, profundos desfiladeros y malsanas extensiones pantanosas.

Veamos en qué consiste. Se desarrolla la guerra de Flandes, enfrentamiento en el que los soldados de los tercios sellan con sangre su reputación. Un conflicto que enfrenta a las siete provincias unidas de los Países Bajos españoles contra su señor natural el rey de España. La rebelión contra la monarquía española comienza en 1567 y finaliza en 1648 con el reconocimiento de la independencia de Holanda. Es un periodo de casi continuos combates librados en un territorio remoto, frío, hostil y cenagoso. Flandes es un muro de contención que salvaguarda a España de algunos de sus principales adversarios, por ello la monarquía procura siempre enviar ahí a sus mejores y más fiables soldados.

El principal problema que presenta esta guerra es la enorme distancia que separa el teatro de operaciones de la metrópoli. Y el gran dilema que se le presenta al rey es el envío seguro de tropas y suministros a la zona. Tropas que deben ser adecuadamente sostenidas durante tan prolongado viaje. En estas circunstancias, la distancia constituye el mayor enemigo de España. Como dejó escrito Quatrefages, «el combate más importante que libró España fue contra la distancia».³ El propio cardenal Richelieu corrobora esta idea en una carta dirigida al rey francés Luis XIII:

² Fernando Martínez Laínez, *Una pica en Flandes* (Madrid: EDAF, 2007).

³ Citado por David García Hernán y John Harold Elliot en *La historia sin complejos: la nueva visión del Imperio español* (Madrid: Actas, 2010).

No se puede dudar de que los españoles aspiran al dominio universal, y que los únicos obstáculos que hasta el presente han encontrado son la distancia entre sus dominios y su escasez de hombres.⁴



El camino español, mapa de TKolstolany (2014)

⁴ El cardenal Richelieu a Luis XIII, mayo de 1624, en G. Hanotaux, *Histoire du cardinal de Richelieu*.

El primer traslado de tropas españolas a Flandes data de 1544. El emperador Carlos proyecta establecer un importante ejército que defienda los Países Bajos frente a la creciente amenaza francesa. Para ello encomienda a Álvaro de Bazán que conduzca hasta Flandes a casi 3000 españoles en las naos vascas y cantábricas reunidas en Laredo.⁵ Antes de la insurrección de los Países Bajos, el transporte por mar es practicable al poder contar con numerosos puertos amigos. Se trata de una ruta marítima muy utilizada para el envío de la lana castellana a los puertos flamencos. Las tornas cambian durante la segunda mitad del siglo XVI, cuando España tiene que enfrentarse en reiteradas ocasiones a la abierta hostilidad de las grandes potencias marítimas europeas del momento. Desde 1558, fecha en que se pierde Calais y asciende al trono Isabel I de Inglaterra, el envío por mar de tropas resulta por completo desaconsejado. Varias expediciones navales de transporte de soldados o dinero a Flandes acaban en desastre.

Si se cierra el mar para España, las tropas irán por tierra y andando, aunque tengan que atravesar media Europa. Enorme empresa que entraña formidables dificultades. Además del comentado problema de la distancia, el agreste paisaje, el clima inclemente y las primitivas estructuras agrarias de Europa son otros factores que obstaculizan el desplazamiento. Y, por supuesto, la actividad hostil de los múltiples enemigos de España o las enmarañadas relaciones diplomáticas internacionales son factores muy a tener en cuenta para alcanzar el éxito. Cómo veremos, este espinoso problema será resuelto de modo satisfactorio, consiguiendo trasladar tropas

*por donde jamás se oyó que otro pasase: y lo que más es de maravillar, sin que se sintiese falta, ni se hiciese desorden alguno.*⁶

El Camino Español cruza Europa de sur a norte, uniendo Lombardía con las frías, brumosas y prósperas ciudades flamencas. Atraviesa territorios muy diversos. Es un recorrido colmado de dificultades. Surca escabrosos pasos alpinos, crecidos cursos de agua, profundos y frondosos bosques, senderos casi intransitables... Además, está expuesto a ataques de los tradicionales enemigos de España, en especial los contumaces franceses y una abigarrada multitud de herejes de los más variados pelajes.

El Camino no discurre por un itinerario fijo y único, sino que es un complejo dédalo de rutas y pasos alpinos que se utilizan a conveniencia. Las condiciones climáticas, las circunstancias políticas o las exigencias de suministro imponen el derrotero a utilizar.

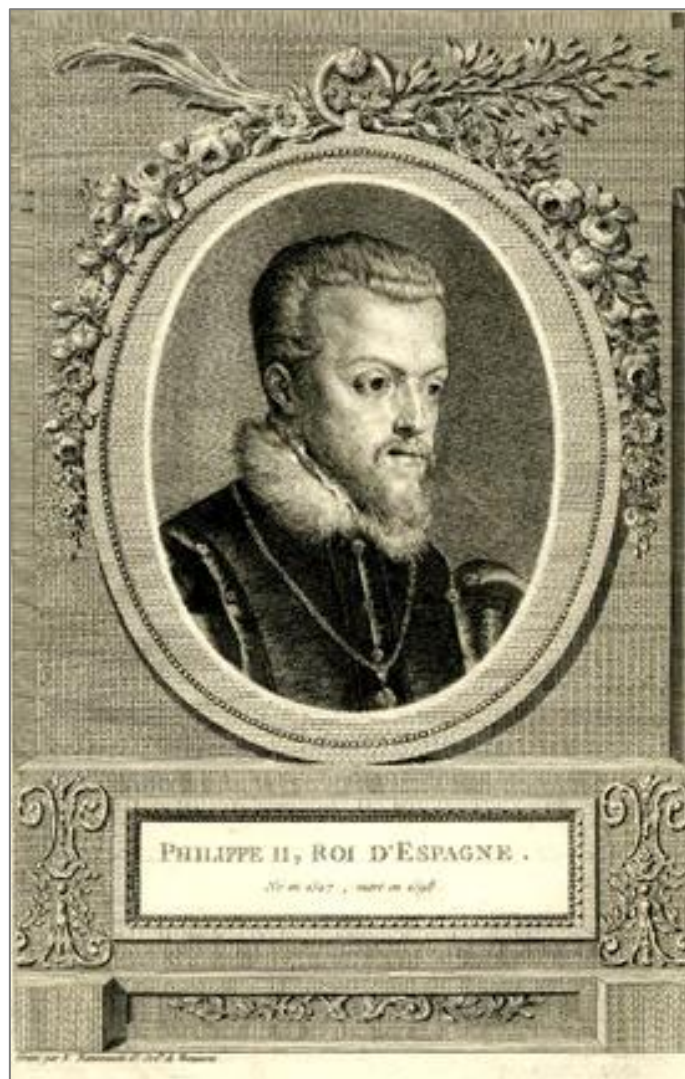
Se inicia en Italia, ya que sus presidios son los semilleros en que germinan los indómitos tercios. Es recorrido habitualmente por soldados veteranos, mientras los bisoños sirven de guarnición en Italia algunos años antes de desplazarse a

⁵ Fueron realmente 2652, a bordo de 12 navíos con 401 marineros. Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* (Amberes: Geronymo Verdussen, 1681).

⁶ Sancho de Londoño, *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Londoño era maestro del tercio viejo de Lombardía, que recorrió el Camino Español en varias ocasiones.

Flandes. Las guarniciones en el Milanesado, Sicilia y Nápoles, sirven para que los soldados noveles se curtan en la vida militar sin exponerse a los riesgos de los campos de batalla.

Cuando los veteranos se encaminan a Flandes es preciso «rehinchir» los tercios españoles en Italia.⁷ Los hombres se alistan en España, se instruyen en los presidios italianos y llegan a la ciénaga emponzoñada de Flandes como «soldados viejos». Política militar que se resume en esta sombría coplilla de la época: «España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura».



Felipe II, ilustración de Pierre Nicolas Ransonnette (1765–1810)

El trasiego de tropas y pertrechos que nutre la distante guerra de Flandes se inicia en los distintos territorios donde se levantan soldados españoles. Los infantes recién reclutados tienen por delante un dilatado recorrido por los polvorientos caminos de España. Durante este largo periplo, obtienen su sustento del alimento adquirido a los aldeanos, pernoctan en casas particulares

⁷ Completar una unidad menguada.

de las localidades de paso y contratan a arrieros locales para acarrear su menguado bagaje.⁸ Tras largas y esforzadas jornadas llegan a la costa para embarcarse rumbo a Italia. Les aguarda una corta aunque incómoda travesía a través del Mediterráneo hacinados en las galeras del rey. Barcos de poco calado que, incluso, permiten el embarque a pie de los soldados desde las playas. Para ello, caminan con el agua al pecho, llevando sus armas y hatillos con las pertenencias en alto, utilizando embarcaciones de transbordo solo para los bagajes.

La escuadra de transporte costea para recoger a las distintas compañías, ya revistadas y pagadas. Cuando la necesidad obliga, se llega a embarcar hasta 230 soldados por galera, superando con creces su capacidad normal de unos 150.⁹ Una situación de hacinamiento que compromete la seguridad de la embarcación, convierte la navegación en un suplicio y puede propiciar el contagio de enfermedades.

Su destino, la república aliada de Génova y de ahí a Milán, punto de partida del Camino Español, donde pueden disfrutar de un merecido descanso. Tienen que prepararse para el largo recorrido terrestre que les espera hasta el lejano mar del Norte.

LA EXPEDICIÓN DEL DUQUE DE ALBA

La historia del Camino Español arranca en 1567. Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, tiene sesenta años cuando es designado capitán general del ejército de Flandes. Agotado y con la salud muy quebrantada, habrá de embarcarse en la campaña militar más decisiva de su carrera. Recibe del rey Felipe la espinosa encomienda de sofocar la rebelión de sus súbditos flamencos, restaurar el orden y erradicar la herejía, acudiendo a Flandes con gran *golpe de gente*. Debe, por tanto, capitanear un ejército de considerables dimensiones hasta esas lejanas tierras. Al duque le avala su reputación militar, ganada en innumerables campañas, pero esta misión supone un desafío especialmente exigente. Al aprestarse para la jornada, en cumplimiento de lo que su rey le ordena, está arriesgando su acrisolada reputación adquirida con enorme esfuerzo.

*Era de gran consideración poner en este riesgo y aventura lo que tenía en muchos años ganado siguiendo la profesión de soldado.*¹⁰

La prohibición de Carlos IX de Francia de paso por su territorio, supuestamente para evitar enfrentamientos con los hugonotes franceses que andan soliviantados, y la inseguridad de la travesía marítima no dejan más que una opción: el desplazamiento de su ejército debe hacerse por tierra desde Italia.

El problema no es baladí. Hay que trasladar una fuerza de unos 10 000 combatientes a través de media Europa. Esta primera expedición está formada,

⁸ Pertenencias personales de oficiales y soldados.

⁹ Archivo General de Simancas, Guerra Antigua, leg. 200, fol. 176.

¹⁰ Mendoza, *Teoría y práctica de guerra*.

según Bernardino de Mendoza, por 8778 infantes españoles encuadrados en 49 compañías integradas en los tercios de Nápoles, Sicilia, Lombardía y Cerdeña. Además, hay 1200 jinetes, encuadrados en cinco compañías de caballos ligeros españoles, tres de italianos, dos de albaneses y dos de arcabuceros españoles a caballo.

Estas tropas deben viajar por tierra utilizando la ruta que será conocida como el Camino Español. Ideado en 1563 por el cardenal Granvela,¹¹ cuando Felipe II pensaba visitar los Países Bajos, recorre una multitud de países de distintas lenguas, culturas y soberanías.



Duque de Alba, ilustración de Emanuel van Meteren (1612)

Como hay que atravesar regiones ajenas se hace necesario concertar con infinita paciencia estrechas alianzas que garanticen el paso, en un antecedente claro de lo que hoy llamamos *apoyo de nación anfitriona*. Si bien España goza de una firme amistad con la mayoría de los estados que jalonan su camino hasta los

¹¹ Antonio Perrenot Granvela (1517-1586): cardenal y político al servicio de Carlos V y Felipe II.

Países Bajos, cada vez que las tropas tienen que pasar por ellos deben realizarse respetuosas proposiciones diplomáticas, venciendo las justificadas reticencias de las autoridades locales que no ven con agrado el paso de una fuerza de consideración por tierras propias. Las peticiones de paso hechas por España rara vez son desoídas, pero sus aliados no toleran que su soberanía sea menospreciada y ponen sus condiciones. Además, cuentan con la baza de que España seguirá necesitando sus servicios en el futuro. Es preciso negociar. Así se hace solicitando permiso para el paso del ejército de Alba, primer usuario de este itinerario, enviando emisarios reales a Lorena, Saboya y los cantones suizos. Don Juan de Acuña Vela va a Saboya en nombre de su majestad a pedir paso para el ejército y don Antonio de Mendoza hace lo propio con el duque de Lorena. El trayecto no era desconocido para comerciantes y viajeros de distintas naciones que hacía años que lo transitaban, pero nadie había sospechado que todo un ejército pudiera desplazarse por él. Trasladar un gran contingente de soldados por unas regiones poco conocidas entraña problemas evidentes. Hay que utilizar viejos caminos comerciales, angostos y sinuosos, que jamás contemplaron el paso de un ejército. Hay que afrontar estrechos desfiladeros, vadear caudalosos ríos, penetrar en espesos bosques. Es necesario acondicionar caminos, montar puentes, contratar guías y exploradores. Con su acostumbrada minuciosidad el duque envía, previamente, un ingeniero especializado y 300 zapadores para explorar el camino y construir *esplanadas*, caminos ensanchados, en los valles más empinados, levantar o reforzar puentes y realizar otras obras. Los acompaña un pintor para dibujar la región a fin de hacer los planes con mayor eficacia. Gracias a estos preparativos, la expedición podrá atravesar las montañas con facilidad a pesar del mal tiempo.

Pero, si considerables son los problemas de transporte, resultan pequeños ante los que representan el alojamiento y alimentación de los ejércitos en marcha. Lo expresa con claridad el marqués de la Hinojosa: «no es negocio de burla dar a comer dos meses a ocho mil hombres».¹² Los ejércitos de la época cuando utilizan con mucha frecuencia un itinerario suelen establecer una cadena permanente de almacenes de víveres para facilitar su apoyo. Esto resulta prohibitivo en el Camino Español, ya que se utiliza solo una vez cada uno o dos años. Sin almacenes fijos el método de aprovisionamiento suele resultar mucho más simple: todo lo que necesitan los soldados se requisa en el lugar mismo por donde pasan, con o sin indemnización. El resultado es tremendamente dañino para las comunidades rurales con economía de subsistencia por las que se marcha. Y deja la ruta esquilada e inservible para futuras expediciones.

Además, para un ejército como el del duque, resulta en la práctica imposible encontrar poblaciones a lo largo del camino lo suficientemente grandes como para asumir su abastecimiento. En muchos tramos del camino escasean los recursos necesarios, siendo la disposición de la tierra *fragosísima y áspera*.¹³

Otros procedimientos habituales de abastecimiento resultan también inadecuados. Será necesario utilizar un nuevo concepto: la etapa militar. El

¹² El marqués de la Hinojosa a don Juan Vivas, 18 de febrero de 1615. Biblioteca Nacional de Madrid, Sección de Manuscritos, 1031/54.

¹³ Bernardino de Mendoza, op. cit.

término proviene del francés *étape*, palabra de carácter mercantil, derivada a su vez de la voz neerlandesa *stapel* que significa depósito. Aunque en la actualidad tiene otros significados, inicialmente se incorporó en 1884 al Diccionario de la Real Academia Española con la acepción: «cada uno de los lugares en que ordinariamente hace noche la tropa cuando marcha». Una etapa es una localidad a la que acuden los comerciantes en la seguridad de que podrán hacer allí sus transacciones y en la que se almacenan mercancías para su venta y distribución. Para el diseño de estas etapas se utiliza un concepto nuevo hasta la fecha; la determinación de necesidades de abastecimientos para cada miembro del ejército. Se introduce el concepto de cálculo de necesidades en función del consumo unitario (hombre, animal, arma) sobre el que se estima el número de recursos necesarios. Se dan reglas acerca de qué cantidad de comida y otros abastecimientos hay que asignar a cada miembro del ejército. Los números son muy variables, al comandante es normal asignarle cincuenta o hasta cien raciones por día, a un maestro de campo dieciséis, cinco a un capitán mientras que al soldado se le asigna solo una ración, algo similar ocurre con los caballos de los oficiales y los ayudantes.

Además de víveres es habitual que las etapas proporcionen a las tropas los medios para transportar el bagaje y la impedimenta.¹⁴ Carros, caballos de tiro, mulas y conductores son objeto de arriendo por el tiempo necesario, ejecutando el transporte por su cuenta y riesgo, reduciendo el coste. También se contratan guías, buenos conocedores del terreno y sus peligros, que acompañan a la expedición en su travesía por su región durante dos o tres días de marcha.

En los valles alpinos el transporte del equipo se hace con acémilas, pudiendo contratar un ejército hasta la importante cantidad de quinientas o seiscientas mulas. En 1620, 11 000 españoles e italianos solicitan 673 mulas. Más adelante, superados los Alpes, los bagajes se portan en carros de cuatro ruedas, entre dos y cuatro por compañía, lo que hace un total de unos 150 para una expedición como la de Alba, cantidad no siempre fácil de reunir. El problema del transporte es tan delicado que se llega a realizar un contrato especial con transportistas de Saboya y Lorena para garantizar la disponibilidad de medios de transporte.

Este sistema de etapas es simple. Cada expedición que utiliza el Camino Español es precedida por un comisario especial, enviado desde Bruselas o Milán, que determina con las autoridades locales los lugares en que han de detenerse, la cantidad de víveres y otros medios que hay que proporcionar y su precio. En la expedición del duque de Alba, el rey Felipe II ordena a Francisco de Ibarra, su *proveedor general de ejércitos y armadas de los reinos de España*,¹⁵ que aprovisione de municiones y vituallas los lugares conforme se han de hacer las distintas jornadas.

Acordados los puntos de pernocta y las necesidades de la fuerza, cada gobierno local pide ofertas de aprovisionamiento. Se organiza una subasta en la que los comerciantes interesados pujan por ofrecer el mejor precio. Los asentistas¹⁵

¹⁴ Equipamiento y pertrechos militares.

¹⁵ Contratista encargado de la provisión o suministro de víveres u otros efectos, a un ejército, armada, presidio, plaza...

cuya oferta es aceptada firman una capitulación que fija la cantidad de alimentos que tienen que proveer y los precios que pueden exigir por ellos. Estos empresarios privados son los encargados de abastecer de víveres, armas, vestidos y material a una serie de almacenes en los distintos pueblos elegidos a lo largo del camino para su utilización por el ejército. Normalmente el gobierno español adelanta una parte del dinero para facilitar la adquisición de las provisiones necesarias. Una vez firmado el contrato de asiento el agente de la Corona española deja en la etapa a una persona «de recaudo y confianza» para asegurarse que las vituallas sean de la bondad, calidad, peso y medida concertados y garantizar que el suministro de las tropas se haga de forma correcta.¹⁶ Las vituallas deben reunirse con mucha antelación y acarrearlas con paciencia, a veces desde largas distancias. En alguna ocasión llegó a traerse trigo de Sicilia.¹⁷ Los recursos que se van acumulando se almacenan en casas debidamente custodiadas. Cuando llegan las tropas se presenta en el almacén un solo oficial por cada compañía a recoger todas las raciones que corresponden a sus hombres y firma un recibo que posteriormente se presenta al comisario que ha rubricado la capitulación. Al fin, en la soledad de la oficina de cuentas del ejército algunas semanas más tarde, un empleado calcula laboriosamente el coste total de los víveres suministrados a cada soldado y oficial y lo deduce de su soldada. Supone un enorme esfuerzo burocrático. Así en la expedición de Alba las deudas contraídas, solo en el Franco Condado, ocupaban 411 densos folios.

El sistema resulta beneficioso para todos: el gobierno asegura la manutención de las tropas, de suerte que a ningún soldado falte el «pan de munición»,¹⁸ los soldados reciben sus raciones sin retraso y a crédito y los asentistas pagan con prontitud a sus proveedores, campesinos y granjeros los alimentos que entregan. De este modo se consigue atender a las necesidades de las tropas sin causar un quebranto excesivo a las poblaciones por las que discurre la marcha, evitando destrucciones y privaciones, por lo común asociadas al paso de un ejército. Siguiendo la máxima de Diego García de Palacio:

*Cuando se hubiere de pasar por tierra de amigos...se vaya por los caminos reales y públicos, sin hacer daño y que se pague todo lo que se tomare y gastare, porque de amigos no se conviertan y hagan enemigos.*¹⁹

De hecho, el Camino constituye una importante fuente de ingresos para las localidades de paso. Además, permite que el coste de las expediciones sea asombrosamente reducido. Enviar un soldado desde Lombardía a los Países Bajos cuesta por término medio unos 20 escudos, más la correspondiente paga. Incluso a veces es sensiblemente más reducido. En 1577, el traslado de los 5334 veteranos que regresan a Italia supone un coste total de 40 268 escudos, menos

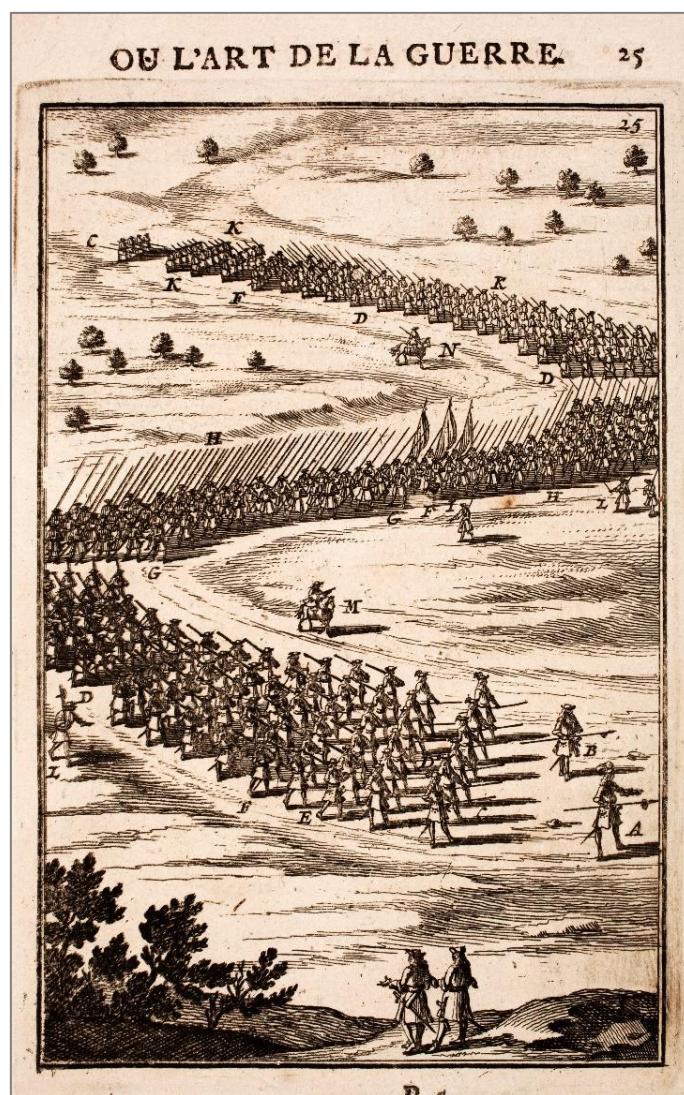
¹⁶ Copia de una instrucción que el duque de Parma dio en 1587 al capitán don Leonardo Rótulo Carrillo. *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. 75.

¹⁷ Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 1262, fol. 26.

¹⁸ Elemento básico de la alimentación, es pan proporcionado por el gobierno a los soldados mezcla de trigo y centeno en piezas de una, dos o tres libras.

¹⁹ García de Palacio, *Diálogos militares*.

de ocho por cabeza.²⁰ No obstante, para el tránsito de una fuerza considerable se requiere viajar con una importante cantidad de dinero. El salario de los soldados va en la propia comitiva, así Alba en su expedición lleva quinientas mulas cargadas de oro. El importe de lo suministrado se abona sobre la marcha o, en ocasiones, se descuenta de los impuestos que las localidades deben pagar. Este sistema de etapas puede considerarse precursor de la externalización del apoyo logístico a una operación militar, ya que regula de una forma clara la participación del sector privado en el apoyo a los ejércitos.



Orden de marcha, ilustración de Alain Manesson Mallet (1696)

Por supuesto, hubo ocasiones en que el sistema falló. En 1601 los asentistas contratados no consiguieron a tiempo las provisiones para la etapa de Baumes–Dames, en el Franco Condado. Con pavor los inadvertidos ciudadanos vieron aparecer a las puertas de la villa a todo un ejército. Setenta y cinco compañías de iracundos españoles, milaneses y napolitanos se presentaron en la ciudad en la que no había nada preparado. Por fortuna, los magistrados

²⁰ Relación de lo que montan las vituallas. AGS, Estado, 1246:161.

locales actuaron con diligencia, proporcionando alimentos y abrigo a los soldados. Hicieron registro de todo lo gastado e interpusieron con posterioridad una demanda contra los proveedores. El sistema de etapas protege a la población de los quebrantos asociados al paso de un ejército. No obstante, si se produce algún daño la localidad es indemnizada con cargo al gobierno. Naturalmente, ese dinero acaba deducido de las soldadas de la unidad responsable del estrago.

Teniendo organizado el aprovisionamiento, las tropas pueden iniciar la marcha. El duque de Alba se embarca en Cartagena, llevado por Juan Andrea Doria, general de la escuadra de las galeras de Génova. En estos buques se embarcan quince banderas de bisoños y otras dos parten de Tarragona. Estas compañías recién reclutadas son para poner en los presidios y guarniciones de donde salen los tercios viejos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Lombardía, con los que se ha de hacer la jornada. Cuatro de estas banderas se juntan con las demás del tercio de Cerdeña, dejando las otras trece en Italia. El ejército de Alba se reúne en Milán, plaza de armas²¹ avanzada de España hacia el corazón de Europa, juntando las tropas procedentes de Italia con las cuatro compañías llegadas desde la península. Da orden el Duque de que salga de los alojamientos la gente y se tome muestra.²² El dos de junio hay una gran revista en Alejandría della Palla y, de inmediato, la columna se pone en marcha. En vanguardia, sale el tercio de Nápoles; después el grueso o *batalla* con el tercio de Lombardía, cuatro compañías de caballos ligeros y todo el bagaje; a retaguardia, los tercios de Sicilia y Cerdeña y dos compañías de jinetes albaneses. Como reseña un observador, los soldados de Alba «iban arrogantes como príncipes, y tan apuestos que todos parecían capitanes».²³ Los caminos se llenan de un maravillado gentío que contempla embelesado el paso de tan impresionante fuerza. Los tercios viejos de Nápoles, Lombardía, Sicilia y Cerdeña van mandados por algunos de los mejores soldados de su tiempo. Respectivamente, Alonso de Ulloa, Sancho de Londoño, Julián Romero y Gonzalo de Bracamonte. Como cabe esperar los combatientes marchan seguidos por una heterogénea multitud de sirvientes, mujeres, mercachifles y gentes de toda laya y condición. Albi de la Cuesta se atreve a aventurar una cifra para el número de bocas de la expedición: 16 000 personas y 3000 caballos.²⁴ El movimiento de este gran ejército por Europa causa una tremenda impresión.

Varios meses antes, los comisarios del ejército y los gobiernos locales han estado atareados en acondicionar caminos y construir puentes, organizar las etapas, almacenar víveres, alquilar bestias de carga, comprar forraje y todo tipo de provisiones. Una gran actividad económica y mercantil se ha desarrollado en las zonas de paso trabajando los días con sus noches para preparar el tránsito del Duque y sus tropas.

²¹ Lugar de reunión del ejército antes de iniciar las operaciones.

²² Revista para comprobar el número de hombres y el estado de su armamento.

²³ Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme.

²⁴ Julio Albi de la Cuesta, *De Pavia a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII* (Madrid: Balkan Editores, 1999).

Durante las primeras catorce jornadas, hasta llegar a Borgoña, es forzoso dividir la gente en tres partes: vanguardia, batalla y retaguardia. Esta medida es necesaria ya que las poblaciones donde se ha de hacer alto no tienen capacidad para alojar a toda la fuerza. Así, se da orden que, donde la vanguardia se levante venga a alojarse la batalla y, donde la batalla desaloje, venga a ocupar su lugar la retaguardia. El control del itinerario aconseja que las unidades de marcha no superen los 3000 hombres.



Asaltando la brecha, ilustración de Alain Manesson Mallet (1696)

Un ejército de consideración, como es el de Alba, requiere una cantidad importante de recursos, no siempre fáciles de obtener. La vitualla, término más habitual en la época con el que se conocen los víveres, bastimentos y municiones de boca, constituye el problema logístico más acuciante. Un plato caliente en el vientre de un soldado le da fuerza y levanta su ánimo. Un estómago vacío alimenta el descontento. Quatrefages calcula que los cuatro tercios de Alba consumen unas 15 toneladas diarias de víveres.²⁵ Se basa en un ejemplo de dieta de los soldados españoles de la época, la que establece el duque de Medinaceli al ser designado gobernador de los Países Bajos en 1571. Estipula

²⁵ René Quatrefages, *Los tercios* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2015).

esta dieta que a cada hombre se debe entregar diariamente: libra y media de pan de munición (690 g), media libra de carne de vaca (226 g), un cuarterón de bacalao o pescado seco (115 g), medio azumbre de vino (1 l), media onza de aceite (14 g) y una cantidad no precisada de vinagre. Esta ración, según el cálculo de Quatrefages, supone unos dos kilos por soldado y día. A lo que debe añadirse el sustento de los animales, que este autor estima en otras 37,5 t. Agregando las necesidades de los 1200 jinetes y la muchedumbre de acompañantes la suma de vituallas y forraje seco estaría próxima a las 75 toneladas diarias. Supone una importante cantidad que en algunas etapas resulta difícil de proveer por la esterilidad de la tierra y haberse de recoger las subsistencias de muchos días atrás, trayéndolas por acarreo. Deben realizarse ímprobos esfuerzos de previsión y coordinación, para que todo esté listo en el momento y lugar oportuno. Asombra a los paisanos que marchan los soldados con buena disciplina, lo que

*no deja de ser de consideración en los viajes que hace la gente de guerra, en que se ven de ordinario desórdenes.*²⁶

No consta que hubiera incidentes, algo que es de maravillar tratándose de una fuerza tan nutrida. Solo, a la salida de Lorena, mandó el duque ahorcar a un arcabucero a caballo, por haber ido él y otros dos a tomar unos carneros, que fueron devueltos al villano. Con esta medida draconiana deja claro Alba que no han de consentirse ningún tipo de desmanes contra los lugareños. El cronista Famiano Strada refleja esta excepcional disciplina de las tropas:

*A la verdad no sé qué otro ejército haya jamás acabado tan largo camino con mayor disciplina militar, pues no se sabe que de Italia a Flandes se haya hecho agravio o fuerza, no solo de los lugares, más aún a la más miserable choza de pastores.*²⁷

Durante los meses de verano se esperaba tiempo seco, ideal para el desplazamiento de tropas y animales, sin embargo, llueve copiosamente durante gran parte del recorrido. Para evitar que los hombres duerman sobre suelo mojado hay que buscar alojamientos en las localidades que jalonan las rutas. Las unidades reciben unas órdenes de marcha, que guían a los furrieles a la hora de organizar la estancia de las tropas. El furriel mayor del tercio y los furrieles de las compañías son los aposentadores de las unidades, encargándose del reparto de los alojamientos. Se emiten unos vales, llamados boletas o *billets de logement*, que determinan el número de personas y caballos que han de acomodarse en cada casa. El furriel mayor los distribuye entre las compañías y los furrieles aposentan a los soldados, repartiendo las boletas. Bernardino Barroso describe con precisión el procedimiento:

Llegados una legua poco más o menos del alojamiento se juntarán los furrieles de cada compañía con el que lo es mayor del tercio y todos juntos se adelantarán a hacer su alojamiento a los jurados, síndicos y

²⁶ Bernardino de Mendoza, op. cit.

²⁷ Famiano Strada, *Guerras de Flandes* (Amberes: Bousquet, 1749).

*burgomaestres con la patente y orden que llevan del general para recibir a aquella gente y darles alojamiento.*²⁸

La primera casa que se asigna es para el alférez, que instala en ella la bandera. Este lugar será el punto de reunión de la compañía en caso de llamar *al arma*. A continuación, se acomoda al resto de la unidad. Los sargentos de las compañías se ocupan de distribuir a los soldados en los alojamientos previamente preparados por el furriel. Intentan agrupar a su tropa por afinidades de amistad y carácter, de cuatro a seis por casa, según las posibilidades de cada anfitrión. El sargento tiene perfectamente anotado «quien con *qual*, y donde se aloja».

En la expedición de Alba el clima desapacible complica la empresa, haciendo que dure más de lo previsto. A finales de junio, las tropas han cruzado la parte montañosa de la ruta, descendiendo a las fértiles llanuras de Saboya. En la primera semana de julio se llega por fin a suelo del rey de España con la entrada en el Franco Condado, atravesando sus tupidos bosques. La última semana del mes se alcanza Lorena y la tarde del viernes 22 de agosto, Alba llega al fin a Bruselas cabalgando muy galán a la cabeza de su ejército.

Se ha demostrado la posibilidad de utilizar una ruta que para muchos se antojaba impracticable. Ruta que, durante decenas de años, permitirá que no falten los valiosos soldados españoles en el ejército de Flandes. Un trayecto que supone una impagable escuela de milicia que endurece e imprime carácter a quienes consiguen superar los peligros y padecimientos de la marcha.

La preparación de caminos, provisiones y transporte por adelantado aumenta la rapidez de traslado de una fuerza, siendo la velocidad normal de los ejércitos que utilizan el Camino de unas doce millas por día. Como el Camino Español se extendía sobre unos 1100 kilómetros se necesitan por término medio unos 48 días para recorrerlo. Mucho más que por vía marítima. Desde los puertos del Cantábrico se puede llegar a Dunquerque, Mardick u Ostende en unos quince días, o incluso en solo diez si los vientos son particularmente propicios.

MARCHANDO POR EL CAMINO ESPAÑOL

56 días tarda el duque de Alba en recorrer el Camino, siendo la mejor marca de velocidad la establecida por Lope de Figueroa en 1578 cuando, con 5000 veteranos, lo atravesó en 32 días, a pesar de hacerlo en pleno invierno. Lo hizo con su unidad, conocida como tercio de Figueroa o tercio de Granada. Lope de Figueroa seguía las indicaciones de don Juan de Austria que se dirigió a sus «magníficos, amados y amigos» para que se encaminaran a los Países Bajos con la mayor celeridad posible, conminándoles a que «vengáis con la menos ropa y bagaje que pudiereis, que llegados acá no os faltarán de vuestros enemigos».²⁹

²⁸ Barroso, 2004.

²⁹ Carta de Juan de Austria a los capitanes y soldados de la infantería española que salió de Flandes. Namur, 15 de agosto de 1577. Citada por Modesto Lafuente en *Historia general de España* (Madrid: Establecimiento tipográfico de D. Francisco de P. Mellado, 1869).

La velocidad con la que se desplaza una fuerza puede ser una buena muestra de la bondad de su sistema logístico. Como afirma el tratadista militar británico Liddell Hart, «la movilidad es la verdadera prueba de un sistema de suministro».³⁰ No en balde la primera definición de logística, debida a Jomini, es la de «arte práctico de mover un ejército».³¹

La duración media del tránsito del Camino Español es, como ya se ha dicho, de cuarenta y ocho días. Esto equivale a algo más de veinte kilómetros diarios. Con los parámetros actuales nos puede parecer una velocidad escasa, pero debemos tener en cuenta las circunstancias de la época. En los libros de historia las fuerzas militares se trasladan grandes distancias sin dificultad aparente, la realidad es muy distinta. La velocidad de marcha está limitada por varios factores. Los soldados, cargados de acero, deben moverse cansinamente por un único itinerario, lo que hace que se formen columnas de gran longitud. La vanguardia debe partir varias horas antes que la retaguardia, exigiendo un escrupuloso control de marcha. Los caminos muy ásperos resultan poco transitables, por lo que deben ser preparados por los gastadores que preceden al grueso del ejército. Estos se ocupan de franquear el paso en las marchas *gastando*, es decir, allanando el camino para el paso de trenes y carruajes, con palas, hachas y picos. Cada día es preciso ensanchar caminos, rellenar baches, construir puentes... Si llueve, algo nada inusual en los territorios atravesados, las sendas y veredas quedan casi impracticables. En ocasiones, ante la proximidad de territorio enemigo, debe adoptarse un orden de marcha táctico, desplegando exploradores y flanqueos, que ofrece seguridad pero hace más enojoso el movimiento. Además, aunque el sistema de etapas permite aligerar al ejército al no tener que llevar un voluminoso tren de víveres, este debe mover su bagaje e impedimenta que lastran y entorpecen la marcha. Si el ejército lleva un tren de artillería las dificultades se acrecientan. Los cañones deben moverse por vías de pendientes suaves, piso resistente, anchura adecuada a la de los carretones y curvas de gran radio para que los tiros de mulas que se enganchan a las piezas gruesas puedan aunar esfuerzos tirando en línea recta. Hundidos en el fango hasta el eje de muñones, los cañones han de ser arrastrados a viva fuerza. Los trenes de artillería, que se extienden varios kilómetros hasta perderse de vista, avanzan con mucha parsimonia.

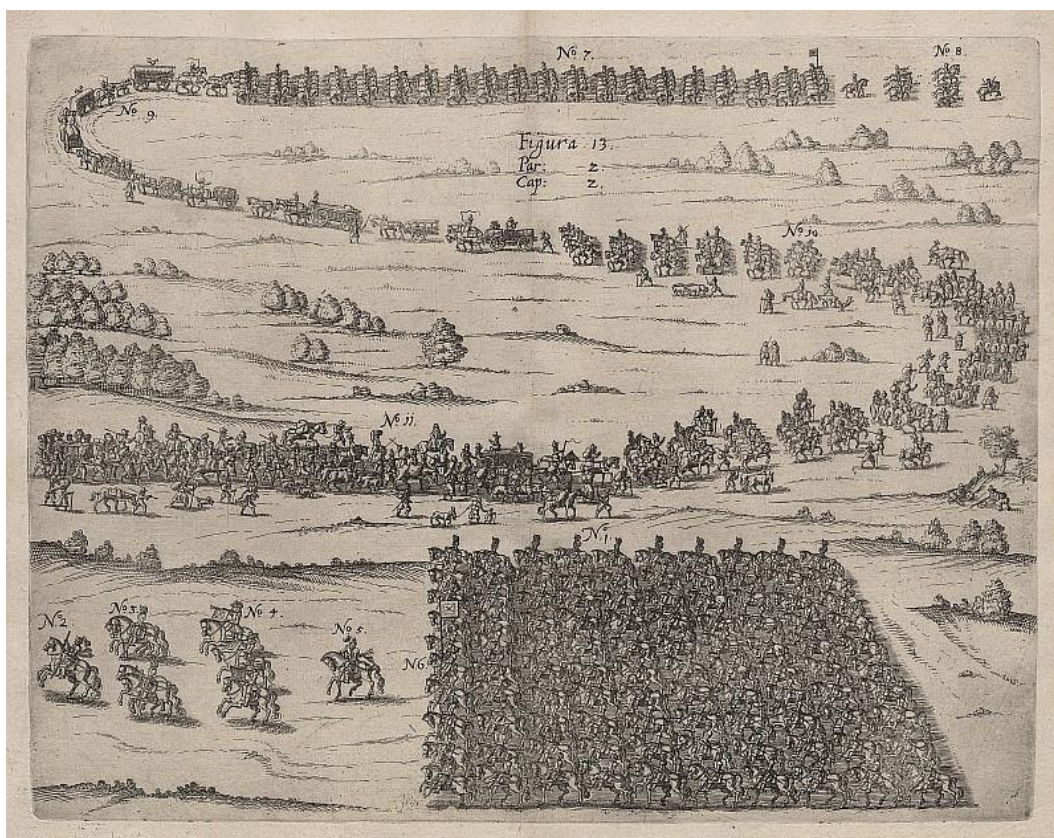
Con caminos poco aptos para movimientos pesados, las columnas se hacen interminables. Y cada cierto tiempo, se hace necesario programar etapas de descanso, que sirven fundamentalmente para recuperar rezagados. Incluso, en ocasiones, las lluvias torrenciales o las trabas para el paso de fuerzas por algún motivo político pueden inmovilizar a una fuerza durante días, obligando a los soldados a permanecer ociosos en alguna aldea perdida de mala muerte.

Los desplazamientos de los ejércitos de la época son constantes, las marchas resultan un aspecto importante y están reguladas muy en detalle. Se inician con los toques del tambor mayor para que las tropas se preparen y el tercio forme el

³⁰ Sir Basil Henry Liddell Hart (1895-1970), historiador militar, escritor y periodista británico. Importante teórico militar, es autor de textos tan influyentes como *El otro lado de la colina* o *Estrategia de la aproximación indirecta*.

³¹ Henri de Jomini, *Compendio del arte de la guerra*, 1838.

escuadrón. Dadas las oportunas novedades se inicia la marcha. El tercio avanza encuadrado en la columna del ejército, en vanguardia, batalla o retaguardia según le corresponda y adoptando su propia disposición. Procura marchar con el mayor frente posible, pero lo normal es hacerlo de cuatro en fondo. Primero, una vanguardia de arcabuceros unos doscientos pasos por delante. A continuación, el grueso o «cuerpo de batalla», formado por las compañías o «banderas» de picas, encabezadas por la que esté saliente de guardia. Cierra la marcha una retaguardia compuesta por arcabuceros, que entre otras misiones tiene la de azuzar rezagados. La disposición es tal que, en caso de peligro, se pueda formar el escuadrón con celeridad. En caso de ataque, los piqueros quedan en el centro, custodiando las banderas, mientras arcabuceros y mosqueteros forman mangas en los flancos.



Una compañía de coraceros en el Camino, grabado de Johann von Wallhausen (1616)

Al menos durante la primera milla, todos se desplazan a pie, salvo el maestre de campo³² y el sargento mayor,³³ que tienen el privilegio de marchar a caballo. Los demás oficiales caminan junto a sus hombres y los alféreces enarbolan orgullosos las banderas. La tropa va en silencio siguiendo el ritmo de la música. Si es posible se marcha «al orden», marcando el paso al compás de tambores y pífanos. Los piqueros con su arma sobre el hombro derecho, menos la hilera izquierda que la lleva cambiada. A la vista de todo el tercio, fijada en una pica, la

³² Jefe del tercio al que en muchas ocasiones presta su nombre. Es designado por el rey, escuchado el Consejo de Guerra, entre los capitanes de más fama y experiencia.

³³ Segundo jefe de un tercio. Según el tratadista Martín de Eguiluz debe ser el soldado de mejor opinión.

bandera con la cruz aspada de San Andrés. Marchan todos al mismo ritmo, marciales, ordenados y soberbios como si desfilaran ante el propio rey.

Más adelante se relaja algo la disciplina. Se decía que la nación española tenía poca paciencia para ir en orden, gustando de marchar «a la deshilada». Los alféreces entregan las enseñas a sus abanderados³⁴ y los mochileros³⁵ entran en filas para coger las armas de sus dueños. Las pesadas picas suelen llevarse en carros, para aliviar a sus propietarios. Los oficiales y aquellos soldados que pueden permitírselo montan sus cabalgaduras para seguir la jornada con más descanso.

Cuando el tercio se desplaza solo, entre la retaguardia de arcabuceros y el grueso suele viajar el bagaje y la impedimenta, escoltados por la patulea de almas de toda clase y condición que acompañan al tercio. A mujeres y niños no se les permite viajar a pie, para no retrasar la marcha, por lo que se acomodan como mejor pueden en los carromatos junto a los soldados enfermos y «baldados». En tiempos de paz, se cambia esta disposición procurando que la impedimenta vaya en vanguardia, para que cuando el grueso finalice la marcha no tenga que esperar la llegada de sus pertenencias.

Donde el terreno es llano y firme la columna de marcha puede extenderse a ambos lados del camino disminuyendo su longitud. Pero en los desfiladeros, cuando se atraviesa algún bosque o en los lechos de los valles se ven obligados a ceñirse escrupulosamente al ancho del camino. Lo mismo sucede en terrenos húmedos donde el suelo empapado hace intransitable la marcha fuera del sendero.

En lugares con agua se hace alto para que el personal se refresque y dé un bocado a algún tasajo de cecina reseca o a un chusco de pan «más duro que el corazón de un reiter».³⁶ Los que más agradecen estas paradas son, sin duda, los coseletes³⁷ que andan siempre agobiados por el peso de las armas. Sirven los altos también para reunir la unidad, ya que si se dispersa en exceso se vuelve en extremo vulnerable. Una milla antes del final de la etapa se adopta de nuevo el dispositivo inicial, volviendo todos a su puesto en formación con sus armas a punto de guerra. Llegado a destino vuelve a formar el tercio en escuadrón con las picas arboladas. Se comprueban las faltas y el tambor mayor lee los bandos, si los hubiera, del maestro de campo con instrucciones sobre el comportamiento que se espera que observen los soldados. También se señala las compañías que entran de guardia.

Los grandes contingentes se desplazan con dificultad, recorriendo infames pistas polvorientas, convertidas en lodazales con la menor lluvia y con un accidentado firme por el que traquetean penosamente los pesados carros de la impedimenta. Un ejército en campaña no dispone de muchas horas efectivas de marcha diarias. Al menos se requiere una hora tras las primeras luces para levantar el

³⁴ Soldados encargados de llevar las banderas en las marchas, pero no en combate.

³⁵ Criado de un soldado, porta sus armas en las marchas.

³⁶ Despiadados jinetes tudescos, conocidos por su ferocidad como caballeros del diablo.

³⁷ Coraza ligera y por extensión el piquero que la lleva.

campamento, comer algo, atender a los animales y formar la columna de marcha. Al llegar a destino se consume otra hora en acampar y ocuparse de las bestias. Quedan por tanto no más de nueve horas para marchar. La velocidad de marcha, a paso de infante y por terreno uniforme, se cifra en tres millas por hora, casi cinco kilómetros. En terrenos irregulares o accidentados la velocidad disminuye a poco más de tres kilómetros a la hora. Los infantes pueden avanzar de cuatro en fondo. Los caballos miden unos dos metros y medio, y deben dejar un espacio similar entre ellos para no estorbarse en la marcha. Y dos jinetes en paralelo ocupan todo el ancho del camino. Por tanto, el ejército de Alba formaría una columna de más de doce kilómetros de longitud. Debemos añadir el correspondiente tren de víveres y bagajes. Un carro ocupa todo el ancho del camino y unos diez metros de longitud, incluyendo los animales de tiro. Contando con una mínima separación entre carros, una hilera de 150 ocupa otros 1800 metros. El ejército forma, por tanto, una columna de casi quince kilómetros que debe moverse por el único itinerario disponible. Eso significa que la retaguardia no puede abandonar el campamento hasta que la vanguardia haya alcanzado su destino. Esta circunstancia hace que las etapas no puedan superar unos escasos quince kilómetros y que el tiempo efectivo dedicado a la marcha no pase de tres o cuatro horas diarias. La única solución a este problema es dividir el ejército en varias unidades de marcha que avancen con un intervalo de algún día entre ellas. Al menos hay que dividir al ejército en tres partes: vanguardia, grueso o batalla y retaguardia. No obstante, en territorios inhóspitos en los que el aprovisionamiento es especialmente dificultoso, la expedición puede dividirse en grupos más pequeños, de unos 500 miembros. En el Camino español las condiciones de los acuerdos para permitir el tránsito de soldados españoles también pueden imponer limitaciones. Así, los cantones suizos exigen que los grupos de marcha no superen los doscientos hombres, con un intervalo de un día entre grupos. También influye en el tamaño de los grupos de marcha la capacidad de alojamiento de las etapas. Por ejemplo, St. Jean de Maurienne no admitía más de 700 soldados por noche, y eso durmiendo tres en cada cama. Cada grupo viaja con un día de intervalo, pernoctando donde lo ha hecho la noche anterior el grupo que le precede.

Con estas premisas, la velocidad obtenida en el Camino Español se puede considerar excelente, sensiblemente superior a la habitual en su época, que no pasa de unos dieciséis kilómetros diarios. Pero no solo en el Camino Español la velocidad de los tercios era superior a la de otros ejércitos contemporáneos. En otros escenarios también se logran velocidades notables. Así, en la campaña de Frisia en 1568, el tercio de Nápoles recorre 400 kilómetros, de Gante a Groninga, en apenas 18 días, a unos 22 km diarios. En esta misma campaña, el duque de Alba consigue transitar con su ejército el tramo de Deventer a Groninga en tres días, lo que supone unos 40 kilómetros diarios. No es la única vez que se alcanzan estas marcas excepcionales. C. E. Verhoef calcula que, en la campaña de Nieuwpoort, Luis de Velasco recorre con 5300 veteranos unos 200 kilómetros en seis días, lo que arroja una media de más de treinta y tres kilómetros diarios. Esta asombrosa velocidad supone una gran ventaja táctica y permite compensar en parte la permanente inferioridad numérica en que combaten los tercios españoles.

De los ejércitos que han utilizado para desplazarse lo que Van Creveld denomina «los medios de locomoción de los tiempos del honor: las piernas de los hombres y las bestias»,³⁸ los tercios solo se ven superados por la falange macedónica de Filipo y Alejandro (unos 25 km/día) y por las legiones romanas de la época de mayor apogeo del Imperio (unos 30 kilómetros diarios). Ejércitos ambos que imperaron de manera abrumadora en los escenarios bélicos de su tiempo. En una época posterior, esta velocidad de marcha también será superada por las tropas napoleónicas, que llegaban a sobrepasar los cuarenta kilómetros diarios de velocidad sostenida. Pero, forzoso es reconocer que estas lo hacen en unas condiciones muy diferentes. Hay mejores caminos, se dispone de excedentes agrícolas mucho mayores y su depredador sistema logístico, basado en vivir sobre el terreno, resulta muy dañino para los territorios por los que transitan. Parece por tanto que, del análisis de la velocidad de marcha obtenida por los tercios, se puede concluir que su logística resulta bastante eficiente.



Socorro de Breisach, óleo de Jusepe Leonardo (1635)

El Camino se sigue utilizando hasta 1633. Pero la continua intromisión francesa obliga con frecuencia a variar el itinerario, llegando un momento en que queda a merced de su buena voluntad. La ocupación de Lorena por Luis XIII en 1633 hizo

³⁸ Martin van Creveld, *Los abastecimientos en la guerra*, colección *Ediciones Ejército* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1985).

en la práctica imposible el tránsito por el Camino, ya que este dependía totalmente del derecho de paso por este ducado. Tras la caída de la plaza imperial de Breisach en 1638, quedará definitivamente cortado.

LECCIONES APRENDIDAS

En el pasado como hoy, la proyección de una fuerza expedicionaria a un escenario lejano comporta un sinfín de problemas que en buena medida son el principal quehacer de los logistas militares. Hoy con medios muy diferentes a los de antaño, se afrontan cuestiones similares: llevar a cabo todo lo necesario para planear y ejecutar el movimiento y sostenimiento de fuerzas.

En el apoyo logístico proporcionado a los tercios podemos identificar varias lecciones aprendidas. Los cambios en la composición de los ejércitos y en la forma de combate, como resultado de la revolución militar moderna, llevan a un auténtico renacer de la logística. Siempre con escasez de vituallas y necesidad de dineros, se realizan ímprobos esfuerzos para tener orden en las municiones de guerra y de boca. Métodos olvidados durante siglos se recuperan y se establecen nuevos procedimientos para satisfacer las enormes necesidades de apoyo que surgen.

El problema logístico para los tercios no es menor. Hay que reclutar y equipar enormes fuerzas, proyectarlas a grandes distancias, avituallarlas y sostenerlas sobre el terreno, siempre con gran penuria de medios. Aunque el sistema logístico imperante diste mucho de ser perfecto, será un factor clave para llevar a buen fin las campañas militares.

Las nuevas necesidades llevan a adoptar métodos novedosos, que muchas veces constituirán un anticipo de formas modernas de apoyo habituales hoy. La Monarquía Hispánica, siempre falta de hombres y numerario, y sobrada de enemigos, debe aguzar el ingenio. Así, el sistema de etapas, utilizado en el Camino Español, es un ejemplo de **externalización** del apoyo logístico y supone un notable esfuerzo de **reducción de la huella logística**. Requiere un meticuloso cálculo de **determinación de necesidades** y se basa en el **apoyo de nación anfitriona**, proporcionado por los territorios que atraviesa. Los trenes de víveres que acompañan a los ejércitos cumplen un papel similar a las actuales **dotaciones**, se recurre con frecuencia a la **explotación local de recursos** y, para facilitar la vida del soldado y su familia, se adoptan **medidas de apoyo social** y se desarrolla todo un sistema de **asistencia sanitaria**. Son formas de apoyo comunes en los ejércitos actuales ya esbozadas con éxito en la Edad Moderna intentando facilitar a estos curtidos y sufridos soldados lo justo para resistir los trabajos y necesidades de la guerra. Podemos considerarlas lecciones aprendidas de la historia. Si España se muestra como una potencia superior es, en buena medida, por la mayor atención que presta a sus soldados. Los anónimos y fieles infantes de los tercios; sufridos y mal pagados; en guerra con todos; temidos, pero también respetados incluso por sus más enconados enemigos, no hubieran podido dar tanta gloria a nuestras armas sin contar con el apoyo de un oscuro y poco valorado, pero siempre presente, esfuerzo logístico. Apoyo que permite a España desplegar fuerzas en todos los confines del mundo cristiano. Hoy nuestro Ejército actúa en áreas donde nunca se había

previsto operar, en escenarios lejanos y circunstancias ambientales extremas. Esto le obliga a lidiar con grandes limitaciones y dificultades logísticas, similares a las que tuvieron que afrontar los victoriosos tercios. La importancia dada al apoyo logístico en que se sustentó el valor, los hechos, las proezas de aquellos españoles esforzados, constituye la mejor lección que podemos aprender de esta época. Como afirma Quatrefages

*El arte de la guerra español desde finales del siglo XV hasta mediados del XVII demostró un dominio excepcional de la logística, un arte sin gloria.*³⁹

³⁹ Quatrefages, *Los tercios*.

LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS: INSURGENCIA Y CONTRAINSURGENCIA

Javier Jordán

LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS EN CONTEXTO

Para entender la importancia de esta guerra y sus dinámicas internas es preciso situarla en un marco estratégico más amplio. La guerra tuvo lugar durante el reinado de Felipe II, rey de España entre 1556 y 1598. Cuando estalló el conflicto la Monarquía Hispánica abarcaba, además de los reinos de la península ibérica (con la excepción de Portugal, que fue incorporado en 1580), el ducado de Milán, los reinos de Nápoles y Sicilia, el Franco Condado (este de Francia), los Países Bajos, las posesiones españolas en América así como diversos asentamientos en Asia, destacando entre ellos los de las islas Filipinas.

Entorno estratégico de la Monarquía Hispánica

Este inmenso imperio se enfrentaba en el año 1568 a dos serias amenazas estratégicas. Por un lado, una revuelta en los Países Bajos españoles, que comenzó a manifestarse en 1566, en la que convergieron las tradicionales disputas por el poder entre nobles, y entre estos y la monarquía, con las divisiones religiosas entre calvinistas en el norte y católicos en el sur (distribución que en buena medida coinciden con las actuales Holanda y Bélgica). Los Países Bajos constituían una pieza importante en el sistema económico de la Monarquía Hispánica y, a su vez, una baza en el envolvimiento estratégico de Francia – tradicional adversario de España– por el norte, al que se añadían las posesiones españolas en el este (Franco Condado y Milanésado) y el sur (Pirineos, Baleares, Cerdeña y Sicilia). A este interés geoestratégico de los Países Bajos, se sumaba el temor de que el éxito de una rebelión contra la Corona pudiera alentar levantamientos en otras posesiones.¹ En 1567 el grueso del ejército profesional, que tenía sus principales bases en Italia (tercios de Cerdeña, Sicilia, Nápoles y Lombardía) fue enviado bajo el mando de Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, a sofocar la rebelión en Flandes. En julio de 1568 dichas fuerzas derrotaron a las tropas rebeldes comandadas por Luis de Nassau en la batalla de Jemmingen.² La Monarquía retomó así el control pero la situación distaba de ser estable, tal como se demostró en los años siguientes.

La otra gran amenaza estratégica era la expansión del Imperio otomano en el Mediterráneo occidental. Desde 1516 el Imperio otomano había sometido a diversos reinos del norte de África en las actuales Libia, Argelia y Túnez aprovechando la descomposición política de los reinos musulmanes asentados en aquellos territorios. En la conocida como regencia de Argel, los piratas

¹ Geoffrey Parker, *La gran estrategia de Felipe II* (Madrid: Alianza, 1998), 39.

² Juan Francisco Giménez Martín, *Tercios de Flandes* (Madrid: Falcata Ibérica, 2000), 67-69.

otomanos y berberiscos amenazaban con incursiones frecuentes la navegación y las poblaciones costeras de los territorios de la Monarquía Hispánica en el Mediterráneo occidental. La respuesta de la Monarquía Hispánica planteó tres líneas de defensa:

- Ocupando desde principios del siglo XVI diversos puertos de la costa africana para negárselos a los corsarios (Melilla, Vélez de la Gomera, Orán, Bugía o La Goleta).
- Manteniendo una potente escuadra de galeras en el Mediterráneo.
- Mejorando la protección de la costa, fortificando las grandes poblaciones costeras, trasladando las pequeñas al interior o a puntos elevados del terreno que facilitarían su defensa, construyendo una red de torres vigía en el litoral, organizando milicias concejiles, etc.³

A pesar de ello, la amenaza persistía debido a la proximidad de la costa norteafricana y a la pujanza del propio Imperio otomano. En 1565, tres años antes del inicio de la guerra de las Alpujarras los otomanos realizaron una ambiciosa operación contra la isla de Malta, en aquel momento una posesión de la Monarquía Hispánica cedida a la Orden de los Caballeros de San Juan. El asedio se prolongó durante cuatro meses y los otomanos fueron finalmente derrotados gracias a la resistencia de los defensores y a la llegada de un socorro bajo mando español de más de 9000 efectivos enviados desde Sicilia.⁴ A pesar de ser rechazados en Malta, los otomanos continuaron siendo una amenaza latente durante el desarrollo de la guerra de las Alpujarras. Además de prestar apoyo a los insurgentes granadinos, en 1570, en mitad de la rebelión alpujarreña, los otomanos arrebataron Chipre a Venecia. Su empuje no se redujo hasta que una coalición cristiana liderada por la Monarquía Hispánica logró derrotar a una gran escuadra otomana en la batalla de Lepanto, en octubre de 1571. El mando supremo de dicha escuadra cristiana recayó en Juan de Austria, hermanastro de Felipe II, y anteriormente responsable de la campaña militar en la guerra de las Alpujarras.

Situación de los moriscos antes la insurgencia

El 2 enero de 1492 el reino de Granada, último reino musulmán de la península ibérica, pasó a manos de la Monarquía Hispánica personificada en ese momento en los reyes Isabel y Fernando. En los acuerdos que establecieron los términos de la rendición los monarcas se comprometieron a respetar la fe islámica de sus nuevos súbditos. En paralelo los reyes encargaron a fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, que iniciara una campaña de evangelización pacífica para lograr la conversión de los moradores del reino al cristianismo. Hernando de Talavera realizó un importante esfuerzo de inculturación aprendiendo árabe y traduciendo el catecismo. Mantuvo una actitud dialogante

³ Antonio J. Rodríguez Hernández, «Las guarniciones africanas durante el siglo XVII», *Desperta Ferro, Los tercios (III). Norte de África ss. XVI-XVII*, especial IX (2016): 50-55; Mercedes García Arenal, «Los españoles en el norte de África (siglos XV-XVII)», *Desperta Ferro, Los tercios (III). Norte de África ss. XVI-XVII*, especial IX (2016): 6-12.

⁴ Hugo Cañete, *Los tercios en el Mediterráneo* (Madrid: Ediciones Salamina, 2005), 345-376.

y amistosa con los líderes de la comunidad musulmana, hasta el punto de ser conocido como el santo *alfaquí* (sabio, en árabe).⁵

Sin embargo, la labor evangelizadora de Hernando de Talavera apenas logró conversiones. Cuando en 1499 los reyes visitaron Granada se alarmaron al comprobar que gran parte de la población seguía siendo musulmana. Más allá de la cuestión religiosa, la consolidación del poder político seguía pendiente en un momento en que la influencia del pujante Imperio otomano se hacía sentir en el Mediterráneo occidental. En consecuencia, los reyes enviaron a Francisco de Cisneros, arzobispo de Toledo y consejero de confianza de la reina, con el fin de acelerar las conversiones.⁶

Hernando de Talavera y Cisneros chocaron frontalmente en los métodos. Cisneros intentó la conversión de los líderes musulmanes de Granada combinando incentivos con sanciones.⁷ El malestar de la comunidad islámica se tradujo en una sublevación armada en el barrio del Albaicín, principal núcleo musulmán de la ciudad en diciembre de 1499. La revuelta en la ciudad se sofocó sin apenas víctimas gracias a los buenos oficios de Hernando de Talavera.⁸ Pero poco después se rebelaron las poblaciones musulmanas de las Alpujarras, a las que siguieron otras en la serranía de Ronda y en Sierra Bermeja. Aplacar estas revueltas requirió operaciones militares de envergadura dirigidas por el propio rey Fernando. Una vez sofocadas, en 1502 los reyes concedieron el perdón a cambio de la conversión al cristianismo de todos los musulmanes del reino de Granada o bien su exilio al norte de África, un camino que ya habían seguido numerosos musulmanes tras la caída del reino nazarí en 1492.⁹

Quienes decidieron permanecer pasaron de ser «mudéjares» –musulmanes que vivían como minoría religiosa en los reinos cristianos de la península ibérica– a «moriscos» –musulmanes conversos al cristianismo o descendientes de estos–. Desde el punto de vista socioeconómico los moriscos no se diferenciaban sustancialmente del resto de la población. No hubo confiscación general de propiedades privadas, siguieron con sus oficios, y en la mayor parte de los casos sus nobles y sus élites económicas mantuvieron su estatus privilegiado.

La diferencia principal radicaba en la integración sociocultural. Los moriscos conservaban el árabe, sus vestimentas y costumbres propias, y muchos de ellos practicaban el islam a escondidas al tiempo que participaban en ritos cristianos recurriendo a la disimulación (*taqiyya*), permitida a los musulmanes en situaciones de persecución o peligro.¹⁰ Al mismo tiempo, algunos moriscos mantenían contacto con los musulmanes andalusíes que habían emigrado al norte de África, incluyendo los corsarios que atacaban con frecuencia las costas españolas. Algunos de ellos prestaban ayuda a las incursiones berberiscas

⁵ Luis del Mármol Carvajal, *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, estudio y edición de Javier Castillo Fernández (Universidad de Granada, 2015), 86.

⁶ *Ibid.* 90.

⁷ *Ibid.* 91-92.

⁸ *Ibid.* 92-95.

⁹ *Ibid.* 97-99. Luis Suárez, *Las guerras de Granada* (Barcelona: Ariel, 2017), 279-283.

¹⁰ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 101-102.

facilitando información o haciendo de guías en golpes de mano que se adentraban en el interior.

Un problema añadido eran los bandoleros musulmanes (conocidos como *monfíes*) que habitaban en las zonas montañosas y a los que se unían miembros de la comunidad morisca por deudas o tras cometer algún crimen. Los monfíes venían actuando desde la caída del reino islámico de Granada y constituían una forma de resistencia islámica a la conquista cristiana.¹¹ Como se verá, los monfíes jugaron un papel relevante en el inicio y desarrollo de la guerra.¹²

La esperanza de asimilar los moriscos con el mero paso de las generaciones se demostró vana. El aumento de los asaltos otomanos y berberiscos contra las costas españolas y el temor a una sublevación morisca que retornase al islam el antiguo reino de Granada hizo que el emperador Carlos V (a la vez Carlos I, rey de España) dictara en 1526 diversas medidas para acelerar la asimilación cultural de los moriscos: prohibición de la vestimenta tradicional –y en particular que las mujeres no se cubriesen la cara–, obligación de mantener abiertas las puertas de las casas los viernes para impedir que las utilizaran como mezquitas, prohibición del rito de boda propio, escolarización de los niños para asegurar su educación cristiana, etc. Eran disposiciones que ya había aprobado la reina Juana (hija de Isabel y Fernando, y madre de Carlos) pero que se aplazaron a ruego de los moriscos. Con Carlos I tampoco llegaron a aplicarse por temor a iniciar una rebelión como la de 1499, quedando suspendidas de manera indefinida.¹³ Lo último que necesitaba el Emperador era un nuevo frente militar cuando sus energías se concentraban en combatir a Francia, los luteranos alemanes y la expansión turca en Europa oriental. A la vez, la comunidad morisca ofreció una importante compensación económica que contribuyó a aliviar las estresadas arcas imperiales. La integración sociocultural de los moriscos quedó pendiente de resolver.

El problema se reabrió en 1566. Por un lado, se estaban aplicando las medidas de la reforma católica emanadas del concilio de Trento (finalizado en 1563). El sínodo provincial en Granada reiteró la necesidad de asimilar culturalmente a los moriscos, obligándoles a abandonar la herencia arabo–musulmana. La comunidad morisca suponía una anomalía religiosa pues, aunque eran oficialmente cristianos, la fe y ritos de muchos de ellos continuaban siendo islámicos.¹⁴ En general se les veía como gentes que no querían integrarse o, peor aún, como informadores y colaboradores de los enemigos de la Corona. La connivencia de algunos moriscos con las acciones de los corsarios otomanos y berberiscos ponía en entredicho su lealtad, por lo que se les prohibió residir en poblaciones costeras. En 1563 se les vetó la posesión de armas de fuego (en 1553 ya se había obligado su registro pues algunos las pasaban a los monfíes, pero no había resultado eficaz).¹⁵ Y en 1567 se requisaron los arcabuces y

¹¹ Suárez, *Guerras de Granada*, 270.

¹² Mármol Carvajal, *Rebelión*, 112-113.

¹³ *Ibid.* 103-107.

¹⁴ *Ibid.* 114-115.

¹⁵ *Ibid.* 111.

ballestas a aquellos pocos que contaban con licencia.¹⁶ Asimismo, la red de pequeños destacamentos para defensa de la costa incluía como propósito evitar los contactos entre moriscos e incursiones del norte de África.



Fernando de Valor (Aben Umeya), grabado de Manuel Fernández González (1859)

En el inicio de la crisis tuvo que ver el cambio de responsables políticos de la ciudad de Granada. El nuevo corregidor, Pedro de Deza, y el arzobispo, Pedro Guerrero, retomaron la idea de las medidas aplazadas por Carlos V. A ellos se opusieron figuras destacadas de la comunidad morisca, como Francisco Núñez Muley, miembro de la nobleza y con buenas conexiones en la corte de Felipe II. En una refutación escrita presentaba las diferencias culturales moriscas como signos identitarios que no desafiaban la lealtad a la Corona. Los moriscos también contaron con el respaldo de Íñigo López de Mendoza, marqués de Mondéjar, cuya familia había ostentado la autoridad militar de Granada desde los reyes Isabel y Fernando. El marqués de Mondéjar tenía una relación estrecha con la comunidad de morisca, apostaba por la coexistencia pacífica y era consciente de que imponer medidas de asimilación podía provocar un conflicto civil a gran escala. De hecho, el frágil equilibrio del reino de Granada se había mantenido durante décadas gracias a la mediación e interlocución de

¹⁶ Ibid. 162.

representantes de ambas comunidades, que habían minimizado los choques de convivencia y los abusos contra los moriscos.¹⁷

Los partidarios de la línea dura consiguieron que Felipe II retomara las medidas que su padre no había llegado a aplicar. El 1 de enero de 1567 la Corona promulgó la pragmática de asimilación de los moriscos, dando un plazo de un año para su cumplimiento.¹⁸ Sin embargo, una medida tan potencialmente desestabilizadora no fue acompañada de un fortalecimiento de los medios coercitivos, sino solo de una mayor alerta de las fuerzas de orden presentes en la ciudad.¹⁹ Consciente de ello el marqués de Mondéjar, responsable militar del reino de Granada, pidió un incremento de efectivos con los que disuadir y sofocar una eventual rebelión. Su petición no fue atendida ya que se estimó que los moriscos no disponía de armas de fuego, adiestramiento militar, ni posibilidad de hacerse con puntos fuertes.²⁰ Para su defensa, el reino de Granada solo contaba con milicias concejiles, huestes nobiliarias y los pequeños destacamentos de la costa, que en 1567 fueron reforzados con apenas trescientos soldados. Como ya se ha señalado, el grueso del Ejército de la Monarquía Hispánica tenía sus bases en Italia –desde donde combatían la expansión otomana y berberisca en el Mediterráneo– y gran parte de él se encontraba desplegado en aquellos momentos en Flandes. Las fuerzas presentes en Granada y en el reino vecino de Murcia podían hacer frente a incursiones limitadas del norte de África, pero no estaban en absoluto preparadas para neutralizar una insurrección morisca a gran escala.²¹ No existía un plan de contingencia para este escenario.

Durante los meses posteriores los líderes moriscos de Granada intentaron negociar una nueva moratoria pero chocaron con la determinación de las autoridades civiles y religiosas de la ciudad.²² En paralelo comenzó a fraguarse una rebelión en el seno de la comunidad morisca, al tiempo que se intensificó la actividad violenta de los monfíes, degradándose la seguridad en el reino de Granada a lo largo de 1568.²³ En la primavera de ese mismo año hubo un primer complot para tomar el control de la ciudad de Granada el día del Jueves Santo, aprovechando que los cristianos estarían descuidados con la fiesta. Sin embargo, se suspendió al filtrarse la información y reforzarse la seguridad.²⁴

Al mismo tiempo, los conspiradores aprovecharon una cofradía y hospital cristiano compuesto por moriscos para recorrer las distintas poblaciones bajo el pretexto de pedir limosna. Gracias a ellos confeccionaron una especie de censo de hombres en disposición de tomar las armas, establecieron contactos y planificaron en detalle la revuelta.²⁵ En diciembre de 1568 los cabecillas de la

¹⁷ José Javier Ruiz Ibáñez, «La comunidad morisca de Granada y la situación interna de la Monarquía Hispánica», *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 25 (2016): 6-11.

¹⁸ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 122.

¹⁹ *Ibid.* 132-133.

²⁰ *Ibid.* 134-135.

²¹ Fernand Braudel. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (México: Fondo de Cultura Económica, 1976), 2:547.

²² *Ibid.* 123-130.

²³ *Ibid.* 157-159.

²⁴ *Ibid.* 159-160.

²⁵ Diego Hurtado de Mendoza. *Historia de la guerra de Granada* (Valladolid: Maxtor, 2005), 43.

revuelta eligieron como líder a Fernando de Valor y Córdoba, un noble morisco miembro de la Cancillería (gobierno local) de la ciudad de Granada. Los reyes Isabel y Fernando habían reconocido los privilegios de sus antepasados tras la conquista del reino.²⁶ Fernando de Valor cambió su nombre por Muhammad ibn Umayya (más conocido como Aben Umeya). Su familia decía provenir de los califas Omeyyas, por lo que su designación aludía también a la restauración del califato en la península. Fue coronado en secreto nuevo monarca del reino musulmán de Granada en el barrio del Albaicín, el 25 de diciembre de 1568.

Se fijó como fecha de inicio de la sublevación general el 1 de enero, aniversario de la entrada de los cristianos en la ciudad.²⁷ La conspiración pretendía levantar el barrio del Albaicín (situado en una colina en el corazón de la ciudad) y a la vez dar un golpe de mano contra la fortaleza militar de la Alhambra (situada en otra colina) para desde allí ocupar el resto de la ciudad y extender la rebelión a las poblaciones de mayoría morisca de los territorios vecinos. Sin embargo, el asesinato de unos cristianos en el interior de la Alpujarra el 23 de diciembre desencadenó los acontecimientos antes de lo previsto.²⁸



Territorio del antiguo reino de Granada, ilustración del autor

²⁶ Ginés Pérez de Hita, *Guerras Civiles de Granada*, Texto preparado por Enrique Suárez Figaredo a partir del de la selección publicada en el n. 1577 de la colección Austral (Madrid: 1975), 127.

²⁷ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 179-180.

²⁸ *Ibid.* 187.

ANÁLISIS ESTRATÉGICO DE LA INSURGENCIA

A continuación, se exponen las líneas principales del conflicto armado siguiendo un esquema de fines–medios–modos en el caso de los insurgentes que irá seguido de un epígrafe posterior sobre la respuesta política y militar de la Monarquía Hispánica. Las principales fuentes utilizadas son las tres crónicas sobre la guerra de Luis de Mármol Carvajal, Diego Hurtado de Mendoza y Ginés Pérez de Hita. Se prestará especial atención a la primera. Luis de Mármol fue testigo principal de los hechos y en su obra ofrece un relato sumamente detallado de los orígenes y desarrollo de la rebelión. Aunque tomó parte activa en la guerra, ofrece una visión ecuánime, sin edulcorar los errores cometidos por las fuerzas cristianas que agravaron y prolongaron del conflicto. La crónica de Luis de Mármol es considerada la mejor fuente sobre la guerra por la historiografía contemporánea.²⁹

Fines de los insurgentes

La insurgencia no estaba unificada al comienzo de la revuelta, tampoco en sus objetivos. El sector moderado aspiraba a la suspensión del decreto real mediante una revuelta pero sin que esta significase una ruptura completa con la Corona. En él había miembros de la antigua nobleza musulmana que seguían ocupando un estatus privilegiado en la sociedad española. Por otro lado, el ala radical, que rápidamente se hizo con el control de la insurgencia, aspiraba a la independencia política y reinstauración de un reino musulmán en Granada. Desde el punto de vista territorial, el reino de Granada no se limitaba a la ciudad y a sus poblaciones vecinas, sino que abarcaba gran parte del sudeste de la actual España. Su cercanía geográfica con el norte de África facilitaba la conexión con los reinos musulmanes de la otra ribera del Mediterráneo. Por razones prácticas, los insurgentes asumían que el nuevo reino sería vasallo del Imperio otomano y de la regencia de Argel a cambio de protección.

Medios de los insurgentes

Los insurgentes movilizaron una parte sustancial de la población morisca en el ámbito rural del reino de Granada, en particular a la asentada en las poblaciones de las zonas montañosas (Sierra Nevada, sierras de Baza y María) y de los valles circundantes. Los moriscos del barrio del Albaicín en Granada –aproximadamente unas 10 000 personas– no se sumaron a la revuelta por su precipitado adelanto y la rápida reacción de la guarnición de la ciudad.³⁰ Por el mismo motivo tampoco lo hicieron la mayor parte de los habitantes de la vega de Granada, ni del valle de Lecrín que comunica Granada con la costa. La mayoría de la población morisca cercana al mar abandonó los pueblos para unirse a los alzados en las Alpujarras. Los insurgentes tampoco lograron hacerse con la ciudad de Almería al fracasar el complot planeado.³¹

²⁹ Javier Castillo Fernández, «Las operaciones militares», *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 25 (2016), 24.

³⁰ *Ibid.* 188-195.

³¹ *Ibid.* 272-275.

Al inicio de la rebelión los insurgentes apenas contaban con entre 3000–4000 combatientes. Entre ellos, los miembros de las milicias moriscas de las localidades de cierta entidad (llamados «gandules») y varios cientos de monfíes contaban con cierto adiestramiento militar, en especial los últimos en golpes de mano y combate en las montañas. El resto era en su mayoría población rural sin formación ni experiencia militar. A lo largo de la guerra la cifra se incrementó hasta alcanzar aproximadamente los 16 000 efectivos, debido principalmente a dos factores.

En primer lugar, la progresiva extensión de la rebelión que amplió la base demográfica de la insurgencia, así como el inicio una incipiente administración supeditada a un consejo de gobierno con capital en Ugíjar, en plena Alpujarra. El nuevo rey musulmán, Aben Umeya, nombró una red de cuadros religiosos, civiles y militares para gobernar los territorios sublevados. También estableció alianzas matrimoniales con las principales familias de las regiones alzadas, mediante tres casamientos consecutivos. No obstante, su mandato fue breve y su poder efectivo tenue, muriendo asesinado en octubre de 1569 por su mal gobierno y el temor a que pactase la rendición con los cristianos. Le sucedió su primo Diego López o Aben Aboo, apoyado por el ala radical de la insurgencia.³²

En segundo lugar, el incremento de las fuerzas insurgentes se explica por la llegada de combatientes de distinta procedencia. Luis de Mármol habla literalmente de *muxehedines* llegados del norte África que combatían con

*guirnaldas de flores en la cabeza que habían jurado vencer o morir [...] que no temen a la muerte, con vana esperanza de gloria eterna, se meten en grandes peligros para la vida.*³³

Este tipo de combatientes constituían una suerte de voluntarios extranjeros que combatían la yihad allí donde esta se presentase.³⁴ No es por tanto arriesgado considerarlos un precedente de los muyahidin extranjeros que combatieron en Afganistán contra los soviéticos en la década de 1980 y que más tarde han estado presentes en otros conflictos en la década de 1990 (Bosnia y Chechenia), en Irak tras la invasión de 2003 y hasta hace poco en el conflicto de Siria.

También participaron piratas berberiscos que en algunos casos se unieron a los insurgentes y que en otros, según las fuentes, aprovecharon la contienda para saquear a los propios moriscos.³⁵ La regencia de Argel sacó de las cárceles a los presos musulmanes dispuestos a combatir a favor de los moriscos.³⁶ También, participaron fuerzas regulares otomanas capitaneadas por sus propios oficiales. Dichas fuerzas, de entidad reducida, se integraron en la jerarquía insurgente, muy cercanas al rey Aben Aboo, e influyeron en el rechazo de las

³² Ibid. 522-527.

³³ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 455.

³⁴ Peter Partner, *El dios de las batallas. La guerra santa desde la Biblia hasta nuestros días*, (Madrid: Oberon, 2002), 70-71.

³⁵ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 523.

³⁶ Ibid. 505.

ofertas cristianas de rendición y en la prolongación del conflicto.³⁷ A pesar de su reducido tamaño actuaron como un multiplicador de fuerza.

En cuanto al armamento, inicialmente los insurgentes contaron con un arsenal pobre que poco a poco mejoraron gracias a las armas capturadas cristianas o incluso compradas a miembros de las milicias cristianas.³⁸ También jugaron un papel importante los envíos de armas desde el norte de África, vendidos o suministrados desde la regencia de Argel, por las diásporas de musulmanes del antiguo reino musulmán de Granada o bien adquiridas a mercaderes de Tánger y Tetuán, lugar este último donde se intercambiaba un cristiano cautivo vendido como esclavo por un arcabuz.³⁹

En el momento de mayor apogeo el ejército morisco llegó a contar con ocho mil arcabuceros. Las armas de fuego –en especial el arcabuz– desempeñaron un papel crucial por el carácter abrupto del terreno.⁴⁰ No obstante, una gran carencia de los insurgentes fue la artillería. Aunque excepcionalmente lograron hacerse con algunas piezas, la falta de cañones les impidió asaltar las fortificaciones cristianas, dificultando así la ocupación de ciertos puntos clave en la costa y de poblaciones amuralladas del interior.⁴¹ El sostenimiento de la guerra fue posible gracias a la extracción de recursos del territorio controlado. Las zonas montañosas incluían valles fértiles que permitieron mantener la población; y a ello se añadió el saqueo del oro y la plata de las iglesias, de las propiedades cristianas, y de algunos moriscos adinerados que no quisieron unirse a la rebelión, incluida la venta de centenares de mujeres y niños cristianos cautivos en los mercados de esclavos del norte de África.⁴²

Por último, la geografía fue un factor que los insurgentes supieron aprovechar. La rebelión tuvo su centro en el interior las Alpujarras. Es una región que se prolonga aproximadamente 90 kilómetros de este a oeste en una serie de valles y barrancos rodeada de sierras al norte (Sierra Nevada, con alturas superiores a los 3000 metros) y al sur, en este último caso descendiendo hacia el Mediterráneo.

Este teatro de operaciones, que al comienzo de la insurgencia no contaba con ninguna guarnición permanente de entidad (las fuerzas estaban desplegadas en Granada y en pequeños destacamentos costeros contra las incursiones piratas), proporcionó refugio a los sublevados y dificultó en extremo las operaciones militares de contrainsurgencia, no solo por la dificultad de progresar con un ejército numeroso sino sobre todo por la vulnerabilidad a la que estaban sometidas las líneas de suministros en una región que favorecía las emboscadas y donde los insurgentes conocían bien el terreno. A ello se añadió el hecho de

³⁷ Ibid. 686-687.

³⁸ Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 107.

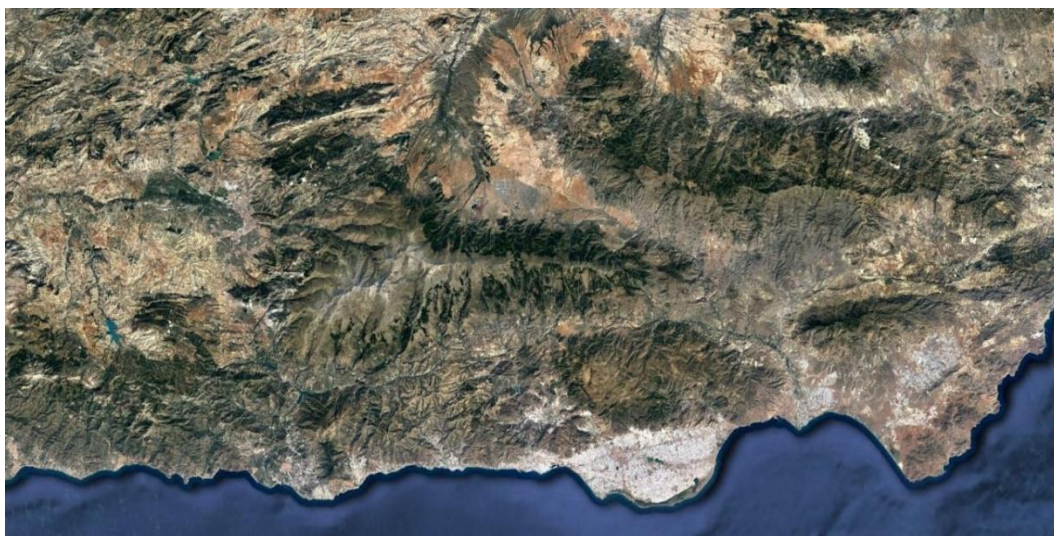
³⁹ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 506; Miguel Ángel de Bunes Ibarra, «La ayuda exterior a los moriscos. El Magreb y el Imperio otomano». *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 25 (2016): 44-48.

⁴⁰ Eduardo de Mesa Gallego, «A fuego y a sangre». *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 25 (2016), 38-42.

⁴¹ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 514.

⁴² Ibid. 204.

que la rebelión se inició en pleno invierno, con lluvias y nevadas que hicieron aún más difícil el avance y sostenimiento de las tropas cristianas.



Vista satélite del teatro de operaciones, donde se observa el carácter accidentado del terreno

Modos de los insurgentes

Los insurgentes desarrollaron tres grandes líneas de actuación estratégica: movilización del conjunto de la población morisca; acciones armadas para expandir y mantener el control del territorio sublevado; y búsqueda de apoyos externos, particularmente del Imperio otomano.

La movilización de la población morisca se apoyaba en el carácter fuertemente identitario del conflicto, y encontró eco en los distintos estratos sociales de dicha comunidad. Si bien, los moriscos de la ciudad de Granada no se unieron en bloque a la rebelión, sí hubo un trasiego continuo de individuos que desde poblaciones no alzadas se unían a los insurgentes, prestaban ayuda material o pasaban información sobre los preparativos militares. La guarnición militar de Granada y el carácter suicida de una rebelión en el barrio del Albaicín –que solo habría tenido éxito de haber dado un golpe sorpresa, tal como habían planeado inicialmente los insurgentes– disuadieron a la población morisca favorable a la rebelión.⁴³

En paralelo las crónicas dejan constancia de numerosos moriscos –también de distintos estratos sociales, y tanto del campo como de la ciudad– que por distintas razones, bien por considerarla una causa perdida o simplemente por el deseo de vivir en paz, prefirieron mantenerse al margen de la insurgencia.⁴⁴ Eso explica que en algunos casos los insurgentes maltratasen y se llevaran obligados a moriscos de poblaciones asaltadas. En otras ocasiones los rebeldes mataron y confiscaron las propiedades de moriscos que no quisieron alzarse, siguiendo

⁴³ Ibid. 188-195.

⁴⁴ Ibid. 191-192; 279. Pérez de Hita, *Guerras Civiles*, 137; Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 69.

una de las primeras órdenes que impartió Aben Umeya al tomar el control de la Alpujarra.⁴⁵ Esta tensión estuvo presente en el seno de la insurgencia durante todo el conflicto. Nada más comenzar las matanzas de cristianos en los pueblos alzados de las Alpujarras y constatarse el carácter extremadamente radical de la insurrección hubo miembros de la aristocracia morisca que abogaron por la rendición a cambio del perdón real. Uno de los más destacados fue Hernando el Zaguer, suegro de Aben Umeya, que acabaría siendo asesinado por los contrarios a la negociación.⁴⁶ A lo largo de la rebelión hubo diversas purgas contra quienes deseaban negociar hasta que, perdida la esperanza de victoria, durante la primera mitad de 1570, la mayoría de los insurgentes acabaron aceptando las ofertas de rendición. Por su parte, el ala radical capitaneó la insurgencia desde un primer momento y protagonizó la última resistencia hasta ser aniquilada en la segunda mitad de 1570 y comienzos de 1571.

Lógicamente la fase crítica de la movilización tuvo lugar al inicio, cuando el éxito era una incógnita envuelta en peligro. Para vencer la resistencia, los insurgentes articularon una causa atractiva con los siguientes elementos: agravio por las medidas de asimilación forzada, difusión de profecías religiosas que anunciaban la liberación de los musulmanes de Granada,⁴⁷ y una lógica racional sobre las posibilidades de alcanzar la victoria valorando la sobre-extensión de la Monarquía Hispánica con la revuelta en Flandes y la pujanza militar del Imperio otomano.⁴⁸ Todo ello se enmarcaba en un proyecto político-identitario-religioso común: reinstauración de una entidad política islámica independiente. Conviene recordar que en 1568 apenas quedaban testigos de la conquista del reino de Granada (año 1492) o de la posterior revuelta mudéjar (1499-1501), y que la inmensa mayoría de los moriscos habían sido bautizados con nombres cristianos nada más nacer. Pero aun así la insurgencia se consolidó. En menos de una semana ciento ochenta poblaciones se habían unido a la rebelión.

A esto también contribuyeron dos tácticas empleadas por líderes rebeldes. Por un lado, lo que a día de hoy se denominarían «noticias falsas»: los cabecillas anunciaron por los pueblos de las Alpujarras que el barrio del Albaicín se había alzado y que habían tomado el control de la fortaleza de la Alhambra.⁴⁹ En segundo lugar, instigaron la matanza sistemática de los cristianos de los pueblos de las Alpujarras (donde no había guarniciones militares permanentes), que siguió un patrón común en diversas poblaciones: algunos moriscos comienzan a asaltar casas de cristianos matando a sus moradores, el resto de cristianos se refugia en la torre de la iglesia –único recinto fortificado del pueblo–, los moriscos saquean la iglesia y asedian o prenden fuego a la torre. En algunos casos ofrecen rendición y escolta para que abandonen el pueblo, y a continuación traicionan la promesa y matan a los hombres y esclavizan a las mujeres y niños.⁵⁰ Solo en algunos casos excepcionales algunos moriscos ayudaron a salvar a

⁴⁵ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 254-255.

⁴⁶ *Ibid.* 231: 352-353.

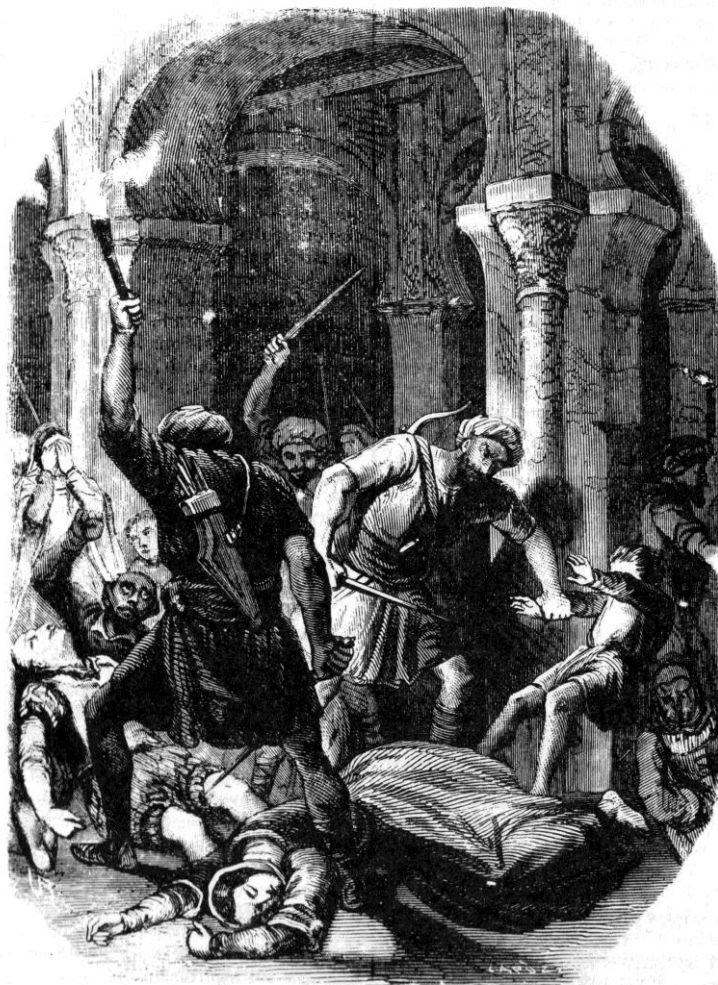
⁴⁷ *Ibid.* 141-154.

⁴⁸ *Ibid.* 156.

⁴⁹ *Ibid.* 251; 276; 289.

⁵⁰ *Ibid.* 205-254.

amigos o vecinos cristianos.⁵¹ La tortura y masacre de cristianos –con particular ensañamiento sobre clérigos y funcionarios civiles– fue espoleada por una partida de doscientos monfíes liderados por Aben Farax, un señor de la guerra débilmente subordinado a Aben Umeya –se había postulado también a ostentar la corona–, que recorrió la Alpujarra en los primeros días del levantamiento.⁵² Entre otras motivaciones, cabe pensar que había un elemento estratégico en esas matanzas y torturas: cruzar la línea de no retorno. Después de aquello, la respuesta de las autoridades cristianas sería colectiva e implacable. Solo quedaba la victoria o sufrir un castigo ejemplar.



Degüello de cristianos en Cádiz, grabado de Manuel Fernández y González (1859)

Las acciones armadas para expandir y mantener el control del territorio sublevado combinaron lo que a día de hoy se llamaría combate convencional y asimétrico. En el combate convencional los insurgentes lograron desplegar miles de combatientes, en algunos casos como el de Vera y Oria, con asedios en toda regla a poblaciones cristianas fortificadas.⁵³ También desplegaron formaciones

⁵¹ Ibid. 226; 262.

⁵² Ibid. 203-204; 220; 344.

⁵³ Ibid. 512-514; 546-548.

compactas en batallas tanto en el corazón de las Alpujarras como fuera de las montañas, en campo abierto.⁵⁴ Sin embargo, en todas esas grandes operaciones los insurgentes acabaron siendo derrotados por unas fuerzas cristianas mejor entrenadas y armadas para el combate convencional. Por ejemplo, en junio de 1569 Aben Umeya intentó destruir el ejército del marqués de los Vélez en Berja con una fuerza de unos 4500 moriscos a la que se sumaban unos 400 berberiscos y otomanos pero acabó sufriendo una sangrienta derrota.⁵⁵

La gran ventaja de los rebeldes fue su competencia en el combate asimétrico, mediante emboscadas y golpes de mano contra líneas de suministros y pequeños destacamentos que guardaban las rutas, y contra poblaciones no amuralladas con ninguna o muy reducida guarnición.⁵⁶ A lo largo de los años 1569–1570, periodo principal de la insurgencia, se sucedieron centenares de acciones de ese tipo de las que las crónicas dan cuenta pormenorizadas. Una de las más exitosas fue una emboscada contra una columna de bagajes y heridos escoltada por el marqués de la Favara en abril de 1570 en el puerto de montaña de la Ragua (Sierra Nevada) donde los insurgentes mataron a 800 cristianos.⁵⁷

La tercera línea de acción estratégica consistió en la búsqueda de apoyos externos. Desde el comienzo, los insurgentes sabían que no había posibilidad de victoria frente a la Monarquía Hispánica si no recibían apoyo desde el norte de África y el Imperio otomano. La lucha armada pretendía ganar tiempo y controlar el máximo de territorio hasta que llegase un apoyo sustancial desde Argel o Estambul. Los líderes rebeldes desplegaron una importante actividad diplomática dirigida en especial a la regencia de Argel, al reino de Fez y a la corte del sultán Selim II. Tanto Aben Umeya como después Aben Aboo apelaron en sus cartas a la solidaridad islámica y de manera explícita a la conciencia del sultán y al juicio negativo de la divinidad si este no atendía la llamada al yihad para liberar la tierra del antiguo al-Ándalus.⁵⁸ En paralelo, los insurgentes trataron de hacerse sin éxito con un puerto seguro que permitiera el suministro a gran escala de ayuda exterior: en particular con el asedio fallido de Vera (Almería) en septiembre de 1569.⁵⁹ En su lugar, tuvieron que contentarse con la que llegaba a través de Castell de Ferro (en la costa de Granada) y con numerosas descargas clandestinas en las playas.⁶⁰ La ausencia de una salida permanente al mar fue una de las grandes debilidades estratégicas de los insurgentes.

Y a ello hay que añadir un interés moderado del Imperio otomano y de la regencia de Argel. El sultán Selim II estaba centrado en arrebatar Chipre a los venecianos.⁶¹ En julio de 1570 una gran flota y ejército otomano (unos 350

⁵⁴ Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 94-97; 102-104.

⁵⁵ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 455-457.

⁵⁶ *Ibid.* 458.

⁵⁷ *Ibid.* 647-649.

⁵⁸ *Ibid.* 600-601. Pérez de Hita, *Guerras Civiles*, 123-124.

⁵⁹ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 512-513.

⁶⁰ *Ibid.* 686.

⁶¹ Bunes Ibarra, *La ayuda*, 44-48.

buques y 60 000 combatientes) desembarcaron en la isla completando su conquista en apenas dos meses.⁶² Por tanto, la ayuda que los otomanos prestaron a la rebelión morisca fue relativamente limitada y tuvo como principal objetivo –además del propagandístico, reforzando su imagen de líder del islam en el Mediterráneo– prolongar el conflicto. El objetivo principal era desgastar a la Monarquía Hispánica y distraer su atención de la operación contra Chipre; no consolidar una cabeza de playa para conquistar España. El sultán ejercía su influencia sobre los insurgentes granadinos mediante cuatro otomanos presentes en el consejo de gobierno de Aben Aboo, dos como asesores y otros dos embajadores, que respaldaban al ala dura contraria a la rendición. En cuanto a los piratas berberiscos vasallos del sultán, su interés era por lo general más interesado e inmediato: captura de bienes y personas, no empresas costosas tierra adentro.⁶³ Por último, el beylerbey de Argel, Uluj Alí, vasallo también del sultán, aprovechó la distracción de la Monarquía Hispánica para expandir sus dominios atacando al reino musulmán de Túnez, protegido de los españoles, que conquistó a principios de 1570.⁶⁴ Esta falta de alineamiento estratégico entre insurgentes y fuentes de apoyo externo es otro factor clave a la hora de explicar el fracaso de la rebelión.

DESARROLLO DE LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS (1569–1570)

Un análisis detallado del conflicto excede los límites de este trabajo. En su lugar se presentan las líneas maestras del desarrollo de la insurgencia y contrainsurgencia. La guerra tuvo un carácter en cierto modo pendular, con la iniciativa desplazándose sucesivamente a favor de uno u otro de los contendientes. En un esfuerzo de síntesis se pueden distinguir tres grandes fases.

Reacción rápida contrainsurgente y fracaso parcial de la rebelión (enero – marzo de 1569)

La reacción contrainsurgente se inició nada más propagarse la rebelión en la región montañosa de las Alpujarras durante los últimos días de 1568. Dicha reacción se articuló en tres líneas de actuación:

Asegurar el control de las dos principales ciudades en la zona amenazada, Granada y Almería. La primera de ellas tenía un importante valor simbólico por haber sido la capital del último reino musulmán en la península ibérica; de ahí que los insurgentes planearan apoderarse de ella como primer paso de la rebelión.⁶⁵ La segunda, Almería, había sido otra de las ciudades principales del último reino musulmán y además disponía de puerto, esencial para recibir la ayuda exterior.⁶⁶ Los insurgentes habían urdido una trampa para hacerse con Almería que también fracasó.⁶⁷ No obstante, el control de ambas ciudades por

⁶² Braudel, *Mediterráneo*, 563-575.

⁶³ Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 44.

⁶⁴ Braudel, *Mediterráneo*, 554-556.

⁶⁵ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 179.

⁶⁶ Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 66-67.

⁶⁷ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 272-275.

la Monarquía era inicialmente precario debido a la escasez de tropas profesionales, al elevado número de moriscos que residían en ellas y a que muchos pueblos de alrededor se habían alzado, estando así los insurgentes a menos de un día de camino de ambos núcleos urbanos. Durante las primeras semanas las dos poblaciones se reforzaron movilizandando sus propias milicias concejiles y convocando a las milicias concejiles de pueblos y ciudades vecinas al antiguo reino de Granada (principalmente de Jaén, Córdoba, Murcia).⁶⁸

Contener la extensión de la rebelión en las áreas próximas a las Alpujarras, en particular las poblaciones de la costa y los accesos marítimos. En la zona de Almería dicha tarea recayó sobre las huestes señoriales y milicias concejiles lideradas por el marqués de los Vélez provenientes del reino de Murcia que entraron en acción el 1 de enero; aproximadamente unos cuatrocientos jinetes y seis mil infantes.⁶⁹ Con ello también trataban de impedir la extensión de la revuelta a los moriscos de Murcia y Valencia.⁷⁰ Durante el mes siguiente estas fuerzas derrotaron a los insurgentes deshaciendo al ejército rebelde en la zona de Almería. Desde la base naval de Cartagena (en Murcia) –que acogía a parte de la escuadra de galeras, bajo el mando de Gil de Andrada– se enviaron suministros y refuerzos a poblaciones costeras de Almería y Granada.⁷¹ Asimismo las galeras comenzaron a patrullar la zona para dificultar la llegada de socorro a los insurgentes. También se trajeron galeras desde Italia bajo el mando de Luis de Requesens que, además de transportar compañías de los tercios, permanecieron patrullando las aguas limítrofes. Pero esto planteaba a su vez otro problema estratégico a la Monarquía Hispánica. Se sabía que los otomanos estaban preparando una gran armada y con anterioridad, en octubre de 1568 don Juan de Zúñiga y Requesens, virrey de Nápoles, había pedido más tropas españolas para cubrir el hueco dejado por las que habían marchado a Flandes.⁷²

Sofocar el núcleo insurgente en el corazón de las Alpujarras marchando contra él desde Granada. El 3 de enero, apenas una semana después de estallar la revuelta, el marqués de Mondéjar dejó a su hijo, el conde de Tendilla, al mando de Granada y partió con una fuerza improvisada de dos mil efectivos para controlar los pueblos del valle de Lecrín –a mitad de camino entre Granada y la costa.⁷³ Una vez asegurados, el día 9 de enero inició el avance sobre las Alpujarras, comenzando por el pueblo de Lanjarón, puerta de las Alpujarras desde el oeste.⁷⁴ De allí pasó a Órgiva, donde liberó a un grupo de cristianos que resistían en una torre fortificada, y siguió recorriendo las Alpujarras hasta llegar al extremo oriental.⁷⁵ Los insurgentes no fueron capaces de impedir el avance de la columna de Mondéjar. Evitaron una batalla de encuentro y no lograron emboscar a las fuerzas cristianas ya que estas avanzaban en buen orden y con fuerzas de flanqueo, por lo que las escaramuzas que se libraban en el exterior

⁶⁸ Ibid. 265; 282-284

⁶⁹ Ibid. 312-314.

⁷⁰ Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 57.

⁷¹ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 364-365.

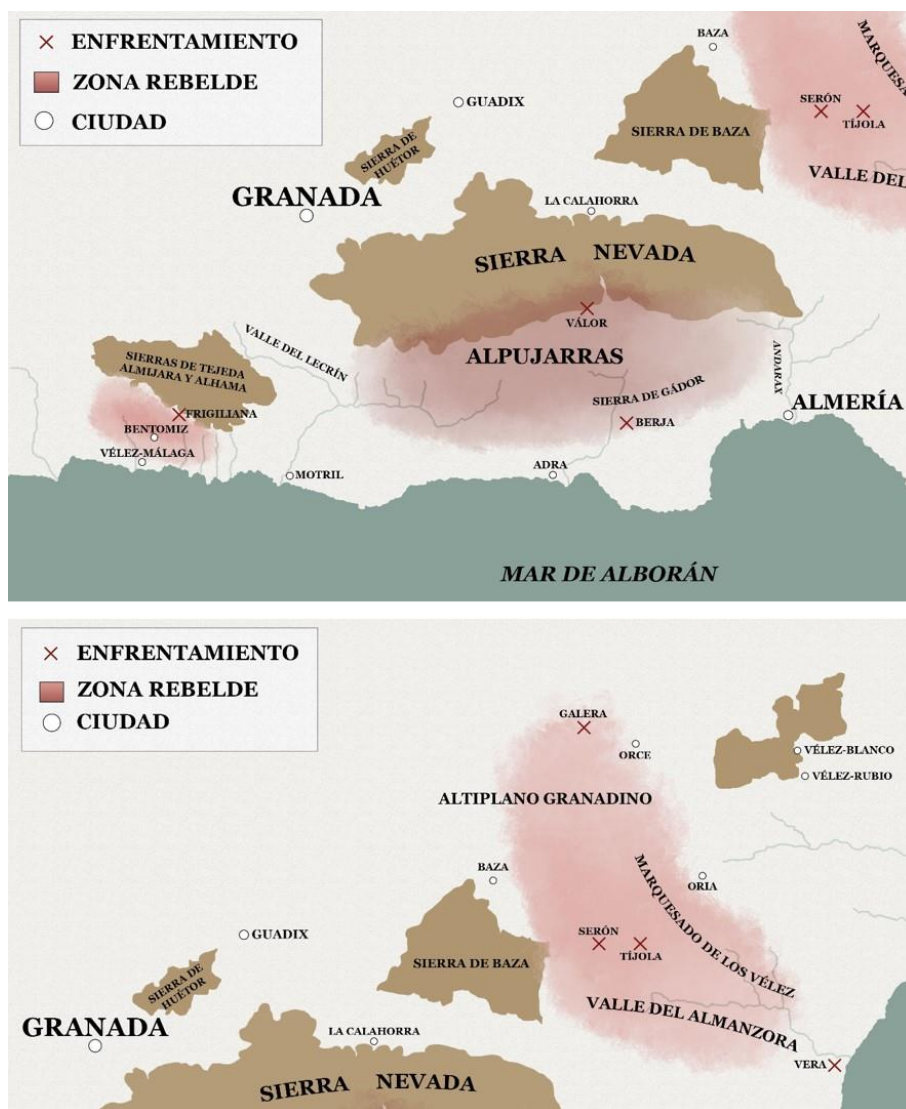
⁷² Braudel, *Mediterráneo*, 552.

⁷³ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 299.

⁷⁴ Ibid. 320-325.

⁷⁵ Ibid. 325.

de su despliegue eran poco eficaces.⁷⁶ La mayor vulnerabilidad de los cristianos eran las extensas líneas de suministro que se veían obligadas a discurrir por caminos previsibles y aptos para las emboscadas, así como las guarniciones aisladas que los protegían. De este modo el cordón umbilical que unía la fuerza cristiana internada en las Alpujarras con la vega de Granada sufrió numerosos ataques de insurgentes que conocían y sabían operar en el terreno agreste de las Alpujarras y del valle de Lecrín.⁷⁷ No obstante, esas acciones no quebraron logísticamente a la fuerza de Mondéjar aunque sí ralentizaron su avance y mermaron su operatividad.



Principales focos de la insurgencia, ilustración de Álvaro Bermúdez Caballero (2018)

La rápida reacción contrainsurgente logró contener la extensión de la rebelión y en pocas de semanas plantó una fuerza en el interior de las Alpujarras, santuario inicial de la insurgencia. A consecuencia de ello, numerosos moriscos, incluyendo dirigentes del ala moderada como Hernando el Zaguer, suegro del

⁷⁶ Ibid. 325; 338-340; 352.

⁷⁷ Ibid. 329-330.

Aben Umeya a quien este había nombrado capitán general, acogieron la oferta de rendición del marqués de Mondéjar y negociaron su entrega.⁷⁸ La insurgencia islámica parecía tener sus días contados. Sin embargo, hubo dos factores que arruinaron el éxito inicial contrainsurgente:

División política sobre el estado final de la estrategia contrainsurgente: cuál sería el futuro de los moriscos en general y de los insurgentes rendidos.⁷⁹ Mondéjar se decantaba por un fin negociado. No era una actitud apaciguadora pues Mondéjar sabía que los insurgentes podían utilizar las negociaciones para ganar tiempo hasta que llegase ayuda exterior. Por eso continuaba el avance militar en las Alpujarras a la vez que mantenía abierta la puerta a la rendición.⁸⁰ Pero la visión de Mondéjar no era compartida por el resto de las autoridades de Granada, ni por el marqués de los Vélez –que aplicó una política mucho más dura en Almería–, ni finalmente por la Corte de Felipe II.⁸¹ A las diferencias de visión estratégica se unían las rencillas personales entre ambos comandantes que se volvieron aún más complejas conforme fueron llegando nuevos responsables de la nobleza, con distintos y antiguos agravios familiares y personales.⁸² En el mes de abril de 1569 Mondéjar fue relevado del mando de la fuerza desplegada en las Alpujarras y llamado a Granada para actuar de asesor de Juan de Austria, quien tomó el control de las operaciones con una política orientada a la supresión militar de la insurgencia.⁸³

Abusos de las milicias concejiles contra los moriscos no insurgentes y contra los rendidos. El grueso del Ejército permanente de la Monarquía Hispánica tenía sus bases en Italia y gran parte de él se encontraba desplegado en Flandes con el duque de Alba. La respuesta contrainsurgente recayó mayoritariamente en milicias concejiles, con experiencia y adiestramiento limitado, y sobre todo mal sostenidas logísticamente, deficientemente pagadas y no habituadas a la disciplina militar. Este factor, combinado con los anteriores –la falta de unidad en la estrategia contrainsurgente y la idea generalizada de que todos los moriscos, se hubieran alzado o no, merecían castigo por las atrocidades cometidas– creó una mezcla explosiva. Las milicias empezaron a esclavizar moriscos –práctica aceptada con cautivos de guerra no cristianos–, a saquear sus propiedades, y a desertar, retornando a sus lugares de procedencia con el botín obtenido.⁸⁴ Esto se dio tanto entre las tropas desplegadas en el interior de las Alpujarras tras la marcha obligada del marqués de Mondéjar a Granada, como en las fuerzas acantonadas para proteger a los pueblos moriscos no rebelados de incursiones insurgentes, y sobre todo entre las tropas del marqués de Vélez en Almería.⁸⁵

⁷⁸ Ibid. 336-338.

⁷⁹ Ibid. 315.

⁸⁰ Ibid, 342: p. 356.

⁸¹ Ibid. 384-386.

⁸² Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 100-101.

⁸³ Ibid. 393-395.

⁸⁴ Ibid. 333; 363.

⁸⁵ Ibid. 389-390. Pérez de Hita, *Guerras Civiles*, 146-147.

Reactivación de la insurgencia (abril – noviembre de 1569)

La ausencia de una política unificada, los abusos contra los moriscos no rebelados y los recién rendidos, y el debilitamiento de las fuerzas contrainsurgentes como consecuencia de las deserciones masivas y de varias emboscadas efectivas contra partidas de saqueo que se saldaron en la muerte de cientos de soldados y en la captura de sus armas, generó una ventana de oportunidad favorable a los insurgentes y un recrudecimiento del conflicto desde abril de 1569.⁸⁶

Los insurgentes se hicieron de nuevo con el control de gran parte de las Alpujarras y extendieron la rebelión las regiones vecinas. Por el oeste en la sierra de Bentomiz (Málaga) y por el este a lo largo del valle del Almanzora (interior de Almería) donde sublevaron a la mayor parte de las poblaciones moriscas.⁸⁷ Fue en este periodo cuando alcanzaron el mayor número de efectivos gracias al reclutamiento de miles de moriscos autóctonos, de los combatientes extranjeros y de las fuerzas aliadas de Berbería y el Imperio otomano. Sintiéndose fuertes, intentaron conquistar la ciudad de Almería –fracasando–, asediar la población de Oria en la frontera con Murcia –lo que obligó a movilizar otra vez las milicias murcianas para socorrerla con éxito– y presentaron batalla campal contra el ejército del marqués de los Vélez en Berja (Almería) en junio de 1569.⁸⁸ Pero a pesar de emplear formaciones militares complejas –en escuadrones y con mangas de arcabuceros– el ejército morisco fue de nuevo derrotado en los enfrentamientos convencionales.

Durante esta segunda fase la respuesta contrainsurgente desarrolló dos líneas de actuación:

Una campaña de contención bajo el mando del marqués de los Vélez y de resultados inconclusos. Su ejército fue reforzado con diez compañías traídas desde el tercio de Nápoles (más una compañía del tercio de Milán y otra del tercio del Piamonte), a las que se añadieron tropas reclutadas en la península.⁸⁹ En total doce mil infantes y setecientos jinetes. Frenó los avances de los insurgentes en el valle del Almanzora pero sin recuperar el control de todas las poblaciones. A continuación se internó en las Alpujarras desde el este donde dispersó a los insurgentes sin derrotarlos, ya que solo ofrecieron batalla cerca del pueblo de Válor, en mitad de la serranía, en agosto de 1569.⁹⁰ Con problemas de sostenimiento logístico y nuevas deserciones hubo de retirarse a La Calahorra –al pie de Sierra Nevada– dejando las Alpujarras en manos de los rebeldes.⁹¹ El modo de plantear esta operación recibió las críticas de Rodrigo de Benavides, militar veterano natural de Guadix:

⁸⁶ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 401-411.

⁸⁷ *Ibid.* 467-472.

⁸⁸ *Ibid.* 455-457; 455-457.

⁸⁹ *Ibid.* 495-497.

⁹⁰ *Ibid.* 501-503.

⁹¹ *Ibid.* 504.

*En esta tierra tan áspera no se puede entrar con doce mil hombres en un solo ejército, pues no se manobra bien y no se puede abastecer. Por eso se le han ido ya tres mil hombres. Esta guerra es muy diferente de todas las que se han visto y se ha de proceder en ella de distinto modo.*⁹²

Preparación de una fuerza profesional para llevar a cabo una campaña contrainsurgente sistemática y decisiva. En paralelo a la campaña de contención de Vélez, durante la primavera y el otoño de 1569 se fue preparando en la ciudad de Granada una nueva fuerza bajo la supervisión de Juan de Austria. Entre las medidas adoptadas destacan:

- La creación de tres nuevos tercios (bajo el mando respectivamente de Antonio Moreno, Hernando de Oruña y Francisco de Mendoza, todos militares experimentados) donde se encuadró en una estructura militar profesional a los miembros de las milicias concejiles, equiparando su sueldo al de las tropas profesionales traídas de los tercios de Italia.
- Mejora del sistema logístico para garantizar el sostenimiento de las nuevas operaciones.
- Profesionalización de la estructura de mando en las diversas guarniciones mediante nombramientos de oficiales veteranos.⁹³

A la vez, la denominación del conflicto pasó de «castigo de rebelión» a «guerra», con consecuencias jurídicas. Se había evitado el término «guerra» para no legitimar a los insurgentes (reino contra reino), pero por la magnitud del conflicto y la necesidad de motivar a las tropas se publicó un bando de guerra a «fuego y sangre», otorgando «campo franco» a los milicianos encuadrados en las compañías del Ejército regular, liberando de impuestos (el quinto real) el botín que obtuviesen.⁹⁴ Por último, con el fin de asegurar la ciudad de Granada se desplazó a toda la población morisca de la capital dispersándola en el interior de Castilla.⁹⁵ Esta medida ya se había barajado al inicio de la rebelión pues las autoridades sabían que la población del Albaicín mantenía un contacto continuo con los insurgentes pero se retrasó por falta de fuerzas en la ciudad que garantizaran la seguridad del proceso.⁹⁶

Los insurgentes mantuvieron la iniciativa durante los meses de preparativos en Granada. Con la fuerza del marqués de los Vélez paralizada en La Calahorra, a comienzos del otoño de 1569 los moriscos llevaron a cabo nuevas incursiones en el norte de la provincia de Granada, en los límites con los reinos de Jaén y Murcia, y nuevamente intentaron apoderarse de un puerto asediando sin éxito la localidad de Vera (en Almería).⁹⁷ El asesinato de Aben Umeya, que tuvo lugar en aquellas fechas, y su sucesión por Aben Aboo redobló el empuje de los insurgentes.⁹⁸ En noviembre de 1569 lanzaron una ofensiva contra la avanzada

⁹² Citado en Javier Castillo Fernández, «Las operaciones militares», 24.

⁹³ Ibid. 420-422; 430-432.

⁹⁴ Ibid. 520-521.

⁹⁵ Ibid. 474-478.

⁹⁶ Ibid. 265; Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 78-79.

⁹⁷ Mármol Carvajal, *Rebelión*, 512-515.

⁹⁸ Ibid. 522-527.

cristiana en la Alpujarra occidental –desplegada allí desde la reacción inicial del marqués de Mondéjar– y obligaron a la evacuación de Órgiva y Lanjarón, derrotando a su vez el socorro cristiano comandado por el duque de Sessa.⁹⁹



Juan de Austria, óleo atribuido a Juan Pantoja de la Cruz (1575)

Reacción sistemática contrainsurgente y fin de la rebelión (diciembre de 1569 – noviembre de 1570)

Cuando se inició esta última fase del conflicto, los insurgentes habían alcanzado su número máximo de efectivos, unos 16 000 combatientes. Un enemigo respetable y en posesión de un terreno difícil. Pero sin apoyo exterior de importancia, y frente a la maquinaria militar de la Monarquía Hispánica lista ya para una campaña sistemática, el destino de los insurgentes estaba sellado. En esta tercera fase se pueden distinguir tres grandes líneas de actuación.

Entre diciembre de 1569 y abril de 1570 el ejército liderado por Juan de Austria recuperó el control de las poblaciones del norte de Granada y Almería una a una, plantándose ante la vertiente oriental de las Alpujarras. La campaña incluyó asedios en fuerza como el de Galera, con una intensa preparación artillera, detonación de minas subterráneas y duros combates en población.¹⁰⁰ La toma de Galera, una plaza muy difícil de expugnar por la orografía del terreno, supuso un duro golpe para la moral de los insurgentes.¹⁰¹ Las victorias militares facilitaron la acción política, protagonizada por nobles cristianos que anteriormente habían tenido amistad con notables moriscos.¹⁰² En marzo Hernando al Habaquí, líder de los moriscos en el valle del Almanzora inició conversaciones con Juan de Austria a través de un capitán cristiano amigo de

⁹⁹ Ibid. 528-541.

¹⁰⁰ Ibid. 575-587.

¹⁰¹ Pérez de Hita, *Guerras Civiles*, 196-197.

¹⁰² Mármol Carvajal, *Rebelión*, 606-607.

antes de la rebelión.¹⁰³ Progresivamente las poblaciones rebeldes de aquella región se entregaron sin combatir, y las que ofrecieron resistencia fueron vencidas. Las fuerzas cristianas iniciaron una campaña contra los cultivos y ganados de los moriscos, capturando lo posible para suministrar las pequeñas guarniciones que iban estableciendo y destruyendo lo demás para rendir por hambre a los insurgentes.¹⁰⁴ En abril la Corona emitió el bando de reducción de los moriscos, ofreciendo el perdón a los que depusieran las armas y a condición de que abandonasen el reino de Granada para reasentarse en otros lugares de la península.¹⁰⁵ Hubo numerosas rendiciones y el propio rey Aben Aboo sopesó seriamente esta opción. Pero finalmente rechazó la oferta junto a otros irreductibles. Aun así mantuvo las negociaciones para ganar tiempo a que llegase ayuda exterior, asesinando al propio al Habaquí por temor a que lo entregase.¹⁰⁶ Hasta el derrumbe completo de la insurgencia, Aben Aboo puso su esperanza en la llegada de socorros de Argel y de los otomanos para revertir la situación.¹⁰⁷ Mientras tanto siguió la presión militar por parte de Juan de Austria contra los núcleos de resistencia en Almería y Granada; así como otra serie de operaciones por parte del duque de Arcos, Luis Ponce de León, en la serranía de Ronda (Málaga).¹⁰⁸

En paralelo, febrero–abril de 1570, un segundo ejército bajo el mando del duque de Sessa trató de recuperar el control de las Alpujarras, privando así al sector duro de su principal refugio. Aunque las operaciones iniciales encontraron una fuerte resistencia, se reconquistaron las poblaciones de la Alpujarra occidental (Lanjarón y Órgiva).¹⁰⁹ Sin embargo, los insurgentes volvieron a golpear el cordón umbilical del ejército cristiano. Una emboscada contra un convoy en el puerto de montaña de La Ragua causó ochocientos muertos, y privó a las fuerzas cristianas de abastecimiento obligándolas a retirarse desde las Alpujarras a Adra, en la costa.¹¹⁰ Desde allí fueron embarcadas en las galeras y asaltaron con éxito la población rebelde de Castell de Ferro. Los restos de este ejército se fusionaron con el de Juan de Austria, al que en ese momento se estaban rindiendo gran parte de los moriscos.¹¹¹ Entre otras acciones políticas los cristianos difundieron clandestinamente por las Alpujarras un documento escrito por un supuesto sabio árabe anónimo donde se hacía un balance negativo del futuro de la rebelión y se concluía con la necesidad de llegar a un acuerdo con el rey.¹¹² Una medida que encuentra un paralelismo claro en las operaciones psicológicas (PSYOPS) contemporáneas. En agosto Juan de Austria abandonó el teatro de operaciones con la orden de preparar la fuerza aliada que un año más tarde derrotaría a los otomanos en la batalla de Lepanto.

¹⁰³ Ibid. 624-625.

¹⁰⁴ Ibid. 639; 681.

¹⁰⁵ Ibid. 41-642.

¹⁰⁶ Ibid. 688-689.

¹⁰⁷ Ibid. 699.

¹⁰⁸ Pérez de Hita, *Guerras Civiles*, 229-234; Mármol Carvajal, *Rebelión*, 703-706.

¹⁰⁹ Ibid. 597.

¹¹⁰ Ibid. 647-650.

¹¹¹ Ibid. 660-663.

¹¹² Ibid. 608-613.



Luis de Requesens, óleo de Francisco Jover y Casanova (1884)

Por último, una vez quedó claro que Aben Aboo y sus más próximos no pensaban rendirse, el ejército cristiano bajo el mando de Luis de Requesens llevó a cabo, entre septiembre y noviembre de 1570, una campaña de limpieza de los últimos bastiones insurgentes en las Alpujarras.¹¹³ La operación militar de Requesens recorrió de un lado a otro la zona sabiendo adaptarse a las circunstancias del terreno y aplicando una política de tierra quemada para privar a los rebeldes de suministros y cobijo. Aligeró al máximo la impedimenta de las fuerzas para que pudieran operar con flexibilidad.¹¹⁴ Organizó pequeños destacamentos de búsqueda y destrucción de los insurgentes, construyó puntos fuertes para control de alturas, caminos de montaña y poblaciones, arrasó los cultivos y almacenes, y atacó con humo y fuego las cuevas donde se refugiaban los rebeldes.¹¹⁵ Simultáneamente una flota de galeras bajo el mando de Sancho de Leiva fue recorriendo la costa y desembarcando contingentes de asalto contra

¹¹³ Ibid. 701; 707.

¹¹⁴ Ibid. 706-707.

¹¹⁵ Ibid. 708-709; 714-715.

núcleos de resistencia en poblaciones y en cuevas de la sierra cercanas al mar.¹¹⁶

Tras asegurar las Alpujarras con una red de guarniciones permanentes, Luis de Requesens licenció al grueso de su ejército en Granada en noviembre de 1570.¹¹⁷ En paralelo, continuó la dispersión secuenciada de la inmensa mayoría de los moriscos del reino de Granada por el resto de la península con el fin de impedir nuevos conatos insurgentes.¹¹⁸ Se tomaron medidas logísticas extraordinarias para atender las necesidades de los exiliados de modo que el desplazamiento y la recolocación fueran pacíficos y no generasen mayores agravios.¹¹⁹ Solo quedaron algunas familias seleccionadas para instruir a los nuevos colonos cristianos en las prácticas agrícolas de las Alpujarras.

No obstante, continuaron las bandas aisladas de monfíes, así como moriscos unidos a los corsarios del norte de África que realizaron incursiones periódicas contra las costas. Por último, Aben Aboo logró permanecer escondido con algunos seguidores en el interior de las Alpujarras hasta que en marzo de 1571 una operación de inteligencia, que incluyó el empleo de traidores y agentes dobles, acabó con su vida.¹²⁰ Con ello terminaba definitivamente la última insurgencia islámica en la península ibérica.

LECCIONES APRENDIDAS

La guerra de las Alpujarras ofrece numerosas lecciones en los niveles estratégico, operacional y táctico.

Nivel estratégico

Evitar la autocomplacencia. El enemigo puede optar por estrategias aparentemente condenadas al fracaso que consigan victorias iniciales gracias a la sorpresa derivada de esa supuesta irracionalidad. Algunas autoridades de la ciudad y la Corte no creyeron que los moriscos fueran a cometer el gran error estratégico de rebelarse contra uno de los reinos más poderosos de Europa.

En paralelo, frente a este error de inteligencia estratégica, el caso de estudio presenta una correcta inteligencia sobre el terreno antes de la revuelta. La guarnición de Granada percibe los ánimos favorables a la rebelión y extrema las medidas de seguridad. Esto posiblemente disuadió a la población del Albaicín de unirse a la insurgencia cuando se inicia precipitadamente la rebelión.

Peligro de la sobre-extensión estratégica. El grueso del Ejército permanente se encontraba atendiendo una emergencia en Flandes. Otra parte protegía los reinos de la Monarquía Hispánica en Italia y actuaba como defensa avanzada frente a la expansión otomana. El carácter limitado de los recursos dejó

¹¹⁶ Ibid. 715-716.

¹¹⁷ Ibid. 722-724.

¹¹⁸ Ibid. 717-721.

¹¹⁹ Ibid. 619-621.

¹²⁰ Ibid. 725-728.

desprotegido el reino de Granada en un momento de cambio político – asimilación forzada de los moriscos– que requería medios coercitivos sobre en el terreno.

Importancia de la capacidad de generación y proyección de fuerzas. A pesar de dicha sobre-extensión, la Monarquía Hispánica logró reaccionar movilizandoo en un primer momento a las milicias concejiles y huestes señoriales, transportando desde Italia compañías de los tercios y creando nuevas unidades regulares para la campaña contrainsurgente.

Necesidad de una estrategia contrainsurgente con objetivos claros y estructura de mando unificada. En el episodio analizado se logra a partir del nombramiento de Juan de Austria como comandante militar pero una vez consolidada la insurgencia.

Mantener capacidades de guerra convencional junto a las de guerra asimétrica para derrotar a los insurgentes si estos optan por el combate simétrico. Los insurgentes moriscos fracasaron en todos los enfrentamientos convencionales, lo cual limitó la extensión de la revuelta a los reinos de Murcia y Valencia, y les impidió hacerse con un puerto.

Combinar la acción militar con la política, manteniendo abiertas vías de comunicación y negociación con el ala moderada de la insurgencia. En apoyo de la acción política, emplear operaciones psicológicas que minen la moral insurgente (ofertas de negociación de Mondéjar en las primeras fases, posteriormente con Juan de Austria y documento falsificado difundido clandestinamente por las Alpujarras).

Niveles operacional y táctico

Necesidad de una reacción inmediata para evitar la extensión de la insurgencia. En este caso se asumió el riesgo de desproteger hasta cierto punto la ciudad de Granada con tal de retomar la iniciativa, asegurando la vega de Granada, el valle de Lecrín, las poblaciones de la costa y gran parte del interior de Almería.

Aislar el teatro de operaciones; en particular en casos de guerra por delegación (*proxy war*) donde los insurgentes reciben apoyo de potencias extranjeras. En la insurgencia de las Alpujarras se privó a los insurgentes de puertos desde los que pudieran operara buques de calado y se desplegó a la flota para interceptar en lo posible la ayuda exterior.

Importancia del liderazgo de los cuadros de mando, así como la disciplina y moral de la tropa, en el desarrollo de la campaña contrainsurgente. Los abusos de las milicias concejiles reactivaron la insurgencia tras haber sido prácticamente sofocada en sus estadios iniciales. La falta de medios para sostener logísticamente a las milicias socavó aún más la disciplina y moral. Al mismo tiempo, la barbarie inicial de los insurgentes sobre la población cristiana de las Alpujarras polarizó la contienda, justificando aparentemente las represalias por parte de las milicias sobre los moriscos no combatientes.

Adaptar los despliegues tácticos a la naturaleza del terreno. Este principio básico fue observado por las fuerzas del marqués de Mondéjar, con unidades de vanguardia y flanqueo para evitar emboscadas sobre el grueso de su ejército.

Mantener un ritmo sostenido de operaciones para impedir que la insurgencia recobre la iniciativa. En la insurgencia morisca, el tiempo requerido por los preparativos de Juan de Austria en Granada y la inactividad del marqués de Vélez durante buena parte de 1569 permitió la extensión de la insurgencia a nuevos territorios.

Asegurar las líneas de comunicación, el eslabón militar más vulnerable de los contrainsurgentes. En este caso histórico su pérdida limitó la capacidad operativa de las fuerzas cristianas en el interior de las Alpujarras.

Necesidad de contar con unidades especializadas en combate en montaña cuando la insurgencia utiliza como refugio zonas montañosas. Igualmente, fuerzas de operaciones especiales contra reductos insurgentes aislados (fase final de Luis de Requesens en el interior de la Alpujarra).

Presencia permanente en los santuarios de la insurgencia para privarle del control del territorio y aislarle de la población (fase final de Luis de Requesens en el interior de la Alpujarra).

LA «ESTRATEGIA DE ESTÓMAGO» EN UN TEATRO SIN RETAGUARDIA

Hugo A. Cañete

TEATROS SIN RETAGUARDIA, EL CAMPO DE BATALLA DE LA EDAD MODERNA

Los teatros sin retaguardia son escenarios operativos típicos de la Edad Moderna y se caracterizan por la enorme dificultad que entraña obtener una victoria decisiva en una o varias batallas campales o en operaciones de asedio. Se pueden establecer varias características definitorias de dichos escenarios.

Un territorio salpicado de plazas fuertes, poblaciones amuralladas, fortalezas y fortificaciones menores

Cuando Federico el Grande de Prusia invadió Silesia¹ en el siglo XVIII apenas se le oponían media docena de fortalezas. Napoleón invadió en 1806 unos estados alemanes que no reunían más de 25 grandes fortalezas abaluartadas. Por el contrario, en la guerra de los Treinta Años hubo no menos de 222 posiciones fortificadas anti-Habsburgo con guarnición. Si añadimos las del emperador y sus estados aliados, la cifra se elevaría a entre 400 y 500.² Según Bernardino de Mendoza, en 1568 había en Flandes

*208 villas de cuenta, todas cerradas y ceñidas de murallas. Y fuera de estas hay otras 150, las cuales, por sus privilegios y algunas calidades, no son de menos estima que las villas cercadas, y más de 6300 aldeas con iglesias y campanarios, sin otras muchas aldeas y señoríos que no se cuentan.*³

El territorio, en nuestro caso de estudio Flandes, presentaba, por tanto, un archipiélago de posiciones fortificadas que defendían cualquier posible objetivo. Una estrategia sólida requería neutralizar al ejército enemigo y aislar o reducir las guarniciones enemigas de una región antes de proseguir el avance a la siguiente. Dejando aparte las grandes batallas campales, que fueron relativamente escasas y poco decisivas, emprender una guerra de asedios era muy costoso tanto en recursos como en tiempo. El sitio de una gran plaza fortificada de traza italiana podía prolongarse durante meses, si no años (el sitio

¹ La Silesia histórica tiene una superficie de unos 40 000 kilómetros cuadrados y los Países Bajos aproximadamente 70 000 kilómetros cuadrados.

² William P. Guthrie, *Batallas de la guerra de los Treinta Años. De Wittstock a la Paz de Westfalia, 1638-1648* (Málaga: Salamina, 2017), 60.

³ Bernardino de Mendoza, *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos 1567-1577* (Madrid: Pedro Madrigal, 1592), 1.

de Ostende duró tres años), y el de un simple torreón con una guarnición de catorce hombres podía llegar a retrasar a un ejército durante algunos días.

En un escenario de este tipo no era factible alcanzar una victoria decisiva rebasando las defensas del enemigo y accediendo a su retaguardia, pues esta era inexistente: a dondequiera que fuese el invasor todo era frente. La toma de una fortaleza o la victoria en una batalla campal llevaría ineludiblemente al vencedor al interior de una numerosa red de plazas hostiles a las que podía retirarse el enemigo con el fruto de las cosechas y el ganado. El invasor se vería entonces abocado a la penosa e imposible tarea de conquistar una plaza tras otra con una enorme inversión en tiempo, energías y recursos.

Campañas de duración limitada

En términos generales, las campañas militares del siglo XVI se conducían en los meses de buen tiempo, que en el norte de Europa se circunscribían principalmente a las estaciones de verano y otoño, dejando la primavera para ultimar los preparativos. En un escenario como el descrito en el apartado anterior, los objetivos de la campaña debían ser necesariamente limitados. En estas condiciones, los planificadores debían dedicar los apenas seis meses de operaciones a la consecución de una serie de objetivos fijados en el contexto de un plan estratégico superior a más largo plazo. Esta dinámica, característica de las guerras de Flandes, llevó por ejemplo al total agotamiento de los contendientes y a la firma de la tregua de los Doce Años en 1609.

Escasa capacidad logística, que obliga al invasor a vivir del terreno

Los ejércitos de la Edad Moderna no disponían de un sistema logístico eficaz que permitiese su sostenimiento sobre el terreno una vez en campaña. En el periodo de planificación había que estudiar las regiones más idóneas a donde llevar la guerra en función de sus recursos. Los ejércitos podían comprar víveres en los mercados, recaudarlos a través del sistema de las contribuciones o incautarlos mediante pillaje y saqueos. Una vez consumidos los recursos de una región, el ejército debía pasar a otra para asegurar su sostenimiento so pena de deshacerse por hambre, lo que hacía que las regiones, por sus recursos, constituyesen una parte vital de la estrategia, en detrimento de las operaciones bélicas. Como dice Ulloa a propósito de Guillermo de Orange en la campaña de 1568 objeto de estudio

*en su ejército había poca abundancia, y que menos habría cada día, porque cuanto más fuese adelante tanto más crecería la necesidad.*⁴

Insuficiencia financiera para llevar a cabo campañas prolongadas

Mantener a un ejército sobre el terreno era una cuestión peliaguda, como acabamos de ver; mantener a los soldados contentos con el recibimiento puntual de sus pagas era un asunto más complejo aún. De hecho, la satisfacción de las

⁴ Alonso de Ulloa, *Comentarios del S. Alonso de Ulloa* (Venecia: Domingo de Farris, 1569), 40.

soldadas era un elemento tan oneroso a la hora de financiar un ejército que tuvieron que adoptarse acuerdos para su satisfacción parcial en especie, hacer promesas de pago futuro, o incluso tolerar el resarcimiento con el saqueo de las regiones a su paso a fin de evitar que se produjesen motines. El propio Orange fue víctima de estos efectos en 1568 poco antes de la acción del río Gette

porque habiendo intentado en vano la toma de algunas ciudades, de las cuales se prometía vituallas y dinero... [estalló] un motín, y muerto por una furiosa escuadra de soldados el capitán Malburg, él fue acometido con un arcabuzazo, y se escapó del riesgo, por haber acertado la bala en la empuñadura de la espada.⁵



Sitio de Ostende, óleo de Sebastiaan Wranckx (ca. 1602)

LA ESTRATEGIA DE ESTÓMAGO

La llamada despectivamente «estrategia de estómago», término acuñado por los estudiosos del siglo XIX embelesados con las grandes campañas y batallas de la era napoleónica, es un modo de hacer la guerra a nivel estratégico-operacional muy empleado por los ejércitos de la Monarquía Católica española y del Sacro Imperio en los siglos XVI y XVII.

La estrategia de estómago tiene sus antecedentes más remotos en las llamadas tácticas de Pericles o tácticas Fabianas, empleadas tanto por Pericles contra Esparta como por Quinto Fabio Máximo contra Aníbal durante la segunda guerra Púnica. Ambos generales, conscientes de la superioridad del adversario, rehusaron desde el primer momento la batalla campal y optaron por una guerra

⁵ Famiano Estrada, *Primera década de las guerras de Flandes*, vol. 1 (Colonia: 1681), p. 324.

de desgaste, manteniéndose a una distancia prudencial en la maniobra y hostigando permanentemente al enemigo.⁶

Durante los siglos XVI y XVII no se puede hablar de intendencia. Aunque sus funciones, en el sentido actual, estuviesen atendidas de una u otra forma, no existía una organización centralizada bajo un mando común.⁷ Los ejércitos en campaña se abastecían de las provisiones acumuladas al inicio de la misma, de las que pudiesen conseguir sobre el terreno mediante compras en metálico; de las incautadas mediante el sistema impositivo de las «contribuciones» aplicado en territorios ocupados;⁸ del forrajeo, en el que los soldados o sus sirvientes se desperdigaban por los campos en busca de alimento; o directamente del pillaje, soliendo ser estas dos últimas distintas modalidades del mismo proceso de rapiña. Las rutas logísticas que pudiesen organizarse, principalmente por vía fluvial, no bastaban para sostener a un ejército de la época en territorio enemigo. Sea como fuere, el paso de uno o varios ejércitos por una región concreta solía consumir sus recursos, dejándola devastada. Como decía Sancho de Londoño,

El principal consejo en todas las expediciones debe ser que a los amigos sobre comida y a los enemigos falte. El orden, en suma, y la salud de todo un ejército consiste principalmente en que no falte pan, vino, carne, sal, óleo, vinagre, agua, leña, paja, heno, cebada.⁹

Este hecho determinaba en gran medida el tamaño de los ejércitos del periodo, pues si bien había potencias con capacidad para desplegar a decenas de miles de soldados, los condicionamientos logísticos obligaban a que los ejércitos de maniobra no superasen, en el mejor de los casos, unos efectivos de entre 20 000 y 25 000 infantes, y entre 5000 y 10 000 caballos, a riesgo de que acabasen deshaciéndose sus banderas por la falta de alimento. Cabía la posibilidad de que se formasen ejércitos con una cantidad de efectivos superior, pero solo durante un periodo de tiempo muy limitado de unos pocos días, algo inviable desde el punto de vista operativo en la mayoría de las campañas. A las filas del ejército había que añadir, además, una masa de acompañantes integrada por personal no militar, como es el caso de esposas e hijos de soldados, prostitutas, sirvientes, caballerizos y vivanderos, o profesionales como armeros y barberos,¹⁰ que seguían su estela. Se calcula que en un ejército de la época podía haber hasta dos o tres acompañantes por soldado,¹¹ lo que no los hacía bajar de unas 60 000 bocas más que alimentar para una fuerza de maniobra ordinaria de, por ejemplo, 8000 caballos y 15 000 infantes, dándose en 1647 el caso de un ejército imperial de 30 000 efectivos seguido de una masa de 127 000 acompañantes.¹²

⁶ Basil Liddell Hart, *The strategy of indirect approach* (Londres: Faber, 1954), 11.

⁷ René Quatrefages, *Los tercios* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2015), 152.

⁸ William P. Guthrie, *Batallas de la guerra de los Treinta Años. De la Montaña Blanca a Nördlingen, 1618-1635* (Málaga: Salamina, 2016), 78.

⁹ Sancho de Londoño, *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* (Bruselas: Roger Velpius, 1596), 48

¹⁰ Geoffrey Parker, *El ejército de Flandes y el Camino Español* (Madrid: RBA, 2006), 37

¹¹ Guthrie, *Wittstock*, 72

¹² Guthrie, *Wittstock*, 386

Este colectivo de gente era tremendamente pernicioso para el sostenimiento del ejército en campaña, además de dificultar la maniobra y ralentizar la marcha.



Soldados saqueando una granja, óleo de Sebastiaan Wranx (1620)

Esta variable del abastecimiento implicaba que los buenos generales de la época tuviesen que tener en cuenta la dimensión logística por encima incluso de la estrategia de operaciones a la hora de planificar sus campañas. Esto se debía a que, para la consecución de los objetivos, era vital un estudio a fondo de las regiones por las que se habría de marchar, a riesgo de que una mala elección pusiese al ejército en riesgo de disolución por falta de víveres. Fue precisamente el peso y la relevancia de las regiones donde se podía hacer la guerra, en función de sus recursos, respecto de una determinación de los objetivos en términos puramente estratégico-operacionales lo que hizo que estudiosos posteriores del siglo XIX la tildasen despectivamente de «estrategia de estómago».

Una vez en campaña, la aplicación de esta «estrategia de estómago» llevaba implícito un enfoque de desgaste a medio-largo plazo que se tradujo en una disminución paulatina del número de batallas campales, pues en un teatro sin retaguardia la capacidad de abastecimiento y de maniobra hacía que tanto las pérdidas como las ganancias tuviesen efectos limitados. Esta dinámica desembocaba en una guerra de movimientos en la que se producían numerosos amagos de batallas con ejércitos frente a frente que se veían finalmente frustrados por buscar los generales combatir en condiciones óptimas y de extrema ventaja, sabedores de que, en un teatro sin retaguardia, una «no batalla» beneficiaba siempre al ejército defensor y una batalla podía suponer la aniquilación del ejército invasor en caso de derrota, o una exigua ganancia de terreno y quizá algunas plazas, en caso de victoria. Quizá estas sean las razones

que subyacen a esa «cautela» con la que determinadas corrientes historiográficas describen a los generales de la escuela de Flandes.

UN EJEMPLO PARADIGMÁTICO

El 15 de febrero de 1568 fallecía Hendrick van Brederode, hacedor del Compromiso de los Nobles y líder de la revuelta que se produjo en los Países Bajos en 1567, que obligó al rey Felipe II a enviar desde Italia a Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, al frente de un ejército con la misión de sofocar la rebelión. Tras la muerte de Brederode y con la revuelta desmoronándose, Guillermo de Orange pugnó por convertirse en la esperanza de los que continuaban oponiéndose al régimen de los Habsburgo en los Países Bajos. Para alcanzar su objetivo, concibió una invasión de los Estados mediante tres ejes de avance.¹³ Uno debía dirigirse a Artois, otro había de irrumpir por el norte, en la región de Groninga, y el tercero, al frente del propio Guillermo, buscaría cruzar el río Mosa en los alrededores de Maastricht. Una vez en campaña, el contingente que invadió Artois fue derrotado por Sancho Dávila. En el norte, Luis y Adolfo de Nassau (hermanos de Guillermo) irrumpieron con otro ejército en la provincia de Groninga tras cruzar el estuario del río Ems en mayo de 1568. El día 23 les salió al paso el duque de Arenberg con el tercio de Cerdeña en el paraje de Heiligerlee. Pese a las advertencias de su maestro de campo, Gonzalo de Bracamonte, de lo irregular del terreno para presentar batalla al enemigo, el duque, presionado por no parecer un traidor que evitaba la lucha, ordenó la carga. Los escuadrones acabaron deshaciéndose en el barrizal y fueron derrotados finalmente por los de Nassau. El propio duque murió en la refriega (también Adolfo de Nassau), siendo este encuentro la primera victoria rebelde en la guerra de los Ochenta Años.¹⁴

Tras semejante descalabro, el duque de Alba reunió al ejército y se apresuró a salir al encuentro de Luis de Nassau. El ejército rebelde, que contaba con una fuerza de 12 000 hombres, se encontraba en un lugar llamado Jemmingen, en la desembocadura del río Ems. El 21 de julio de 1568 se entabló combate y esta vez la victoria de los tercios de la Monarquía fue completa. Se decía que

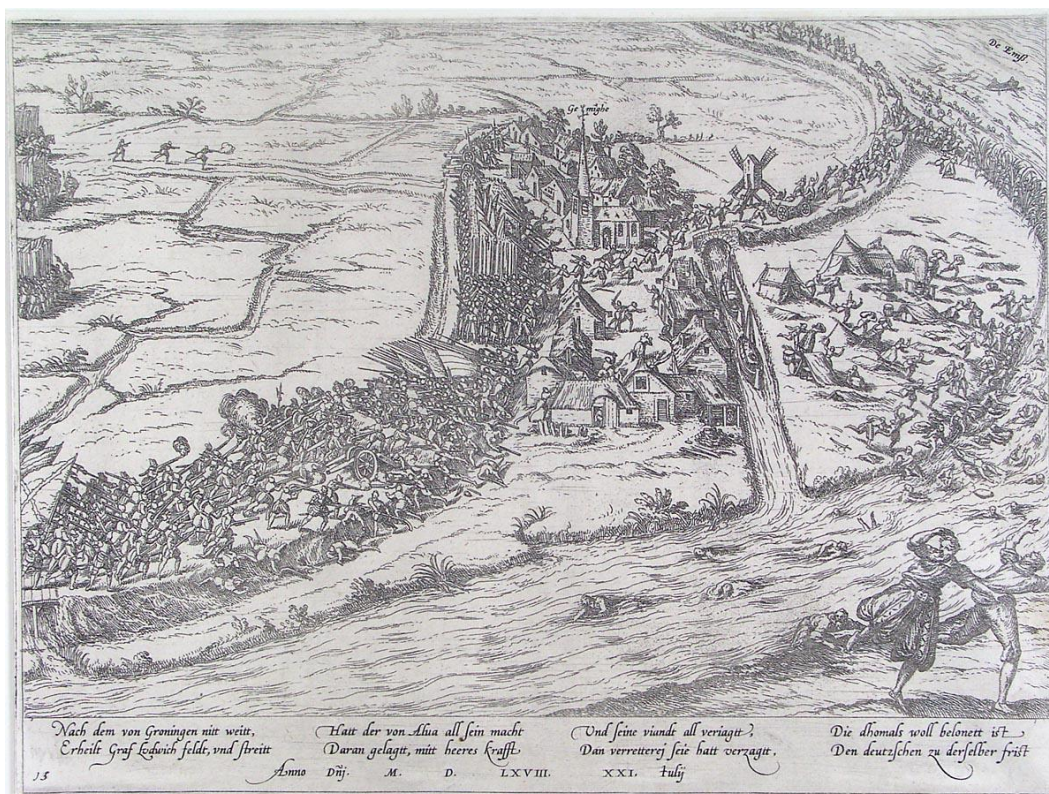
*leguas abajo del río Ems podía adivinarse quienes habían resultado vencedores por la cantidad de sombreros alemanes que flotaban en el río.*¹⁵

El ejército rebelde fue prácticamente aniquilado, sufriendo más de 6000 muertos, y Luis de Nassau tuvo que huir a nado disfrazado. Todavía quedaba el ejército de Guillermo de Nassau, de unos 30 000 hombres, que avanzaba sobre el Mosa en las cercanías de Maastricht.

¹³ Estrada, *Primera década*, 301.

¹⁴ Hugo A. Cañete, *La guerra de Frisia. Las campañas del coronel Verdugo en el norte de Flandes 1579-1594* (Málaga: Salamina, 2105), 26.

¹⁵ Juan Giménez Martín, *Tercios de Flandes* (Madrid: Falcata, 2005), 69.



Batalla de Jemmingen, grabado de Frans Hogenberg (1568)

Ejército rebelde del príncipe de Orange

Guillermo de Orange había logrado recabar importantes apoyos de príncipes luteranos prominentes del Imperio. Su ejército estaba formado eminentemente por regimientos de alemanes contratados en Alemania, aunque también había un buen número¹⁶ de exilados flamencos y valones, y de hugonotes franceses.¹⁷ Sus efectivos ascendían a 20 000 infantes y una poderosa caballería de 9000 jinetes. La artillería contaba con una veintena de piezas, de las que cinco eran de sitio, pero «de dineros y vituallas no tanto como pedía la necesidad».¹⁸

Ejército del rey Felipe II

El ejército de maniobra reunido por el duque de Alba para hacer frente a la invasión contaba con 16 000 infantes, de los que 6000 eran de nación española y el resto valones y alemanes, y poco menos de 6000 caballos entre españoles, italianos, alemanes, borgoñones y valones.¹⁹

¹⁶ 2000 infantes y 2000 caballos. Estrada, *Primera década*, 320.

¹⁷ Guido Bentivoglio, *Las guerras de Flandes* (Amberes: Geronymo Verdusen, 1687), 111.

¹⁸ Ibid. 111.

¹⁹ Ibid. 112; para más detalle de su composición véase Mendoza, *Comentarios*, 76 y Ulloa, *Comentarios*, 40 y ss.

Plan de Guillermo de Orange

El príncipe de Orange pretendía internarse en los Países Bajos por el estado de Güeldres o por el de Brabante, provocar un levantamiento generalizado, derrocar al gobierno de Bruselas y expulsar a los españoles,²⁰ o al menos apoderarse de una serie de plazas estratégicas que le permitiesen continuar la guerra en sucesivas campañas. En este sentido, el obispado de Lieja, una región eclesiástica autónoma rica en recursos a orillas del Mosa, suponía una magnífica cabeza de puente en la que asentarse para esta campaña y las venideras.

Plan del duque de Alba

Ante una amenaza de invasión, Bernardino de Mendoza cita tres posibles formas de defensa:

saliendo a recibir al enemigo fuera del reino o esperarle en sus confines cubriendo las fronteras con la comodidad que podría dar la aspereza o estrechura de los caminos y la dificultad de los pasos de las riberas. La tercera puede ser asimismo en dos formas: guarneciendo muy en grueso de soldados y municiones [...] plazas bien fortificadas y la segunda [...] elegir sitio donde alojar el ejército para abrigar las fronteras.²¹

La concepción de la respuesta del duque de Alba a la invasión empleará, como veremos, cada una de esas cuatro modalidades. Por un lado, meterá guarnición en todas las plazas importantes y ordenará recoger las provisiones y el ganado en el interior de las murallas, haciendo del territorio un vacío. Al mismo tiempo, evitará combates innecesarios con su ejército de maniobra y perseverará en el hostigamiento del enemigo desde una distancia prudencial, frustrando sus opciones hasta que su ejército acabe consumiéndose por la imposibilidad de sostenerse sobre el terreno.

LA CAMPAÑA DE OTOÑO DE 1568

Guillermo de Orange cruza el Mosa

A finales de agosto de 1568 llegaron noticias de que el ejército rebelde de Guillermo de Orange había cruzado el río Rin y marchaba hacia el río Mosa con la intención de entrar en los Países Bajos. El duque de Alba reunió al ejército en Bolduque y se encaminó a Maastricht, a orillas del Mosa. Alba era consciente de que si Orange osaba entrar de este modo en los Estados era porque había muchos flamencos dispuestos a ayudarle, así que se ocupó de dejar bien guarnecidas las plazas importantes y los lugares fronterizos de mayor riesgo.²² Ante la posibilidad de que Orange se dirigiese al sur, al condado de Borgoña, donde había tenido posesiones, Alba alertó al gobernador de aquel estado, François de Vergy, y lo proveyó de todo lo necesario. Por su parte, doce compañías de españoles recién llegadas de España y el regimiento del conde

²⁰ Estrada, *Primera década*, 302.

²¹ Bernardino de Mendoza, *Teoría y práctica de guerra* (Madrid: Viuda Madrigal, 1595), 57-58.

²² Estrada, *Primera década*, 321-322.

de Reoulx pasaron a formar parte de la guarnición de Amberes, y dos compañías de alemanes salieron de Amberes y se metieron de guarnición en Malinas.²³

Al duque se le presentaban dos opciones, cruzar el Mosa e ir en busca del ejército enemigo o apostarse en sus orillas y tratar de impedir el cruce. Por el momento plantó su real en las inmediaciones de Maastricht y, con el propósito de asegurar sus flancos, envió al regimiento de infantería valona de Gaspar de Robles, señor de Billy, a guarnecer la ciudad de Roermond, aguas abajo del Mosa, a unos 55 km al norte de Maastricht, y al alférez Antonio de Berrio con 50 soldados españoles de su compañía a guardar el castillo de Limburgo, situado al otro lado del Mosa a unos 40 km al sur de los reales.²⁴

El ejército español permaneció junto a Maastricht por espacio de catorce días, tiempo en el que se efectuaron patrullas constantes por la ribera del Mosa al norte y al sur de dicha ciudad, llegando hasta Namur en busca de vados y posibles lugares de paso, que eran numerosos por el poco caudal que llevaba el río en esa época del año.

Llegaron noticias al campamento español de que Guillermo de Orange se había adelantado con su ejército a la localidad de Kerpen, así que Alba dejó al coronel Shamburg de guarnición en Maastricht con cuatro compañías de su regimiento y, el 12 de septiembre, marchó con el ejército hasta la altura del castillo de Haren, a unos 5 km al norte de Maastricht, temiendo que Orange ambicionase la ciudad de Roermond o irrumpir en los Países Bajos por el ducado de Güeldres. Acto seguido, ordenó hacer un puente de barcas sobre el Mosa con el propósito de que todas las actividades de forrajeo se realizasen en la ribera oriental, consumiendo así los recursos de la región por la que había de pasar el ejército enemigo y salvaguardando los de la región propia. A este efecto, buena parte de los españoles pasaron a alojarse en las aldeas de la margen oriental.

Por ese tiempo llegó correo del rey Carlos IX de Francia anunciando al duque que se disponía a enviarle un socorro de 2000 caballos. Don Fernando Álvarez de Toledo le comunicó, a su vez, que su súbdito François d'Hangest, señor de Genlis, estaba levantando gente entre los hugonotes franceses con la intención de entrar en los Países Bajos en apoyo de Guillermo de Orange, y que sería más provechoso para ambas coronas que emplease sus recursos en impedir esta recluta o la entrada de dicha fuerza en los estados del rey Católico. El rey Cristianísimo accedió a la petición, aunque como veremos posteriormente no llegaría a materializarse.

Tras pasar muestra a su ejército en la ciudad de Aquisgrán, Guillermo de Orange se dirigió a Wittem, a unos 15 km al sureste de Maastricht, lugar desde el que podía amenazar Lieja, la ciudad más importante del obispado homónimo. Con noticias de ello, el duque de Alba levantó el campo el 29 de septiembre y, subiendo por la ribera pasado Maastricht, se estableció en Lichtenberg, a unos 3 km al sur de la ciudad. Se redoblaron las partidas de reconocimiento, que

²³ Mendoza, *Comentarios*, 75-76.

²⁴ Mendoza, *Comentarios*, 75.

trataban de descubrir las intenciones del ejército rebelde. Desde esta posición podía defender Maastricht y Lieja, distante 35 km al sur. Una toma por sorpresa de cualquiera de estas plazas supondría un gran contratiempo, ya que serían cabezas de puente bien comunicadas con Alemania y ricas recursos, suficientes para mantener a un ejército, lo que entrañaba el riesgo enquistar el conflicto

haciéndose señores de muchas tierras, y arraigando la guerra dentro de los estados, [...] estando muy cerca de Alemania, de donde fueran fácilmente socorridos de la gente que les faltase, creciendo siempre de muchas más fuerzas y soldados, entablado su juego de esta suerte con mucho fundamento para tener esperanza de algún buen suceso.²⁵

Las patrullas informaban al duque de Alba de que el río Mosa llevaba muy poco caudal y que sería difícil evitar el cruce del ejército enemigo. Vista la imposibilidad de impedir el paso de Guillermo de Orange, quiso el duque ir a reconocer personalmente algún lugar propicio de la ribera por donde pasar su ejército a la margen oriental y dificultar los movimientos del enemigo, impidiéndole efectuar la maniobra de cruce y hostigándole las labores de forrajeo. Pero en esos días enfermó de calenturas y fueron sus generales, con su maestro de campo general Chiapín Vitelli a la cabeza, los que se encargaron de la tarea.²⁶ En cualquier caso, no hubo lugar a continuar con lo planeado por levantar en este tiempo el príncipe de Orange su campo y dejar atrás Wittem.

El 4 de octubre, Guillermo de Orange envió emisarios al obispo de Lieja, Gérard de Groesbeek, pidiéndole licencia para utilizar sus puentes y su territorio como vía de paso hacia los Países Bajos.²⁷ Temiendo que el príncipe rebelde aprovecharse para apoderarse de la ciudad y contando con las garantías que le había dado el duque de Alba, el obispo Groesbeek se vio con autoridad para denegar el paso. Frustrada la tentativa de entrar en los Estados por el sur, y tras una estela de iglesias y conventos quemados en represalia, el príncipe Guillermo se resolvió a intentar el cruce del río Mosa aguas abajo, al norte de Maastricht. Uno de los lugares más propicios para ello era el castillo de Stockem, a unos 25 km al norte de Maastricht. Aunque se trataba de una localidad del obispado de Lieja, sus burgomaestres habían rechazado la oferta de guarnición que había hecho el duque de Alba a todas aquellas localidades del obispo que se lo solicitasen. Aprovechando esta coyuntura, Guillermo de Orange levantó su campo una hora antes del anochecer del 7 de octubre e inició una marcha nocturna hacia el noroeste. Con las primeras luces del alba llegaron al vado de Stockem, previamente inspeccionado por las partidas de exploradores. En primer lugar cruzó el grueso de la caballería rebelde y, a continuación, se atravesaron carros de bagaje de orilla a orilla con los que hicieron un puente que permitió el paso rápido de la infantería al otro lado, tal era el caudal del río.²⁸

²⁵ Mendoza, *Comentarios*, 78.

²⁶ Mendoza, *Comentarios*, 79.

²⁷ M. Gachard, *Correspondance de Guillaume le Taciturne, prince d'Orange*, vol. 3 (Bruselas: A Vandale, 1851), 19.

²⁸ Mendoza, *Comentarios*, 79.



Situación a 15 de septiembre de 1568, mapa del autor

El de Orange tenía prisa por pasar sin dilación a las batallas sabedor de que con la escasez de dinero y vituallas que padecía no podría conservar su ejército durante mucho tiempo. Además, consciente de que no había nadie en Flandes que se hubiese pronunciado a su favor, difícilmente lograría levantar al país si no obtenía un éxito rápido. Y por las mismas razones que quería la batalla Orange, no la quería Alba. El duque sabía que si el príncipe era derrotado en un encuentro no perdería, al fin y al cabo, más que su ejército, como sucediese antes del verano con los otros dos ejércitos rebeldes, cuando él, con la pérdida del suyo, por lo demás irremplazable, aventuraría todo Flandes. Por esta razón, se limitó a permanecer cerca, evitar el combate y dificultarle todo lo demás.²⁹

El 8 de octubre, enterado el de Alba de la operación de cruce enemiga, formó al ejército y marchó en busca del contingente rebelde. Se detuvo en *Cranbruch*,³⁰ una aldea situada al oeste de Maastricht, a la espera de acontecimientos, cubriendo siempre un posible avance enemigo hacia Lieja, que era la región más débil. Por ser «fuerza al duque haber de andar abrazado con los enemigos buscándoles a pelear», decidió que tanto él como sus generales irían siempre en vanguardia con la primera compañía, al igual que los gastadores, a fin de poder evaluar con rapidez el terreno y, dada la cercanía del enemigo, disponer lo necesario en el lugar de mayor ventaja caso de que diese batalla. Con los Estados como única vía de avance posible del enemigo, el marcaje del ejército español debía ser férreo, para así «poderlos estrechar de vituallas»³¹ e impedirles que se hiciesen con plazas de la importancia de Tienen o Lovaina, de donde sería muy difícil desalojarlos, además de que ello obligaría

²⁹ Bentivoglio, *Las guerras*, 112.

³⁰ Los topónimos que aparezcan en cursiva en este estudio son lugares sin identificar. Si van acompañados de un nombre entre corchetes indicará un topónimo actual probable.

³¹ Mendoza, *Comentarios*, 79.

al duque a dividir su ejército, ya de por sí inferior en número al rebelde. Para evitar la pérdida de una plaza importante o precipitar una batalla por una cercanía excesiva, la distancia prudencial adoptada por el duque de Alba fue la de marchar a una jornada de distancia del ejército enemigo. Con ello, además de lo anterior, impedía que las tropas del ejército rebelde pudiesen dispersarse por los campos a forrajear.

De esta forma, aun dejando hacer al enemigo, el duque conservaba la iniciativa táctica en una postura defensiva, pues yendo en la vanguardia, en todo momento tenía dispuesto el lugar más ventajoso y a las unidades apercebidas caso de que hubiese que pelear.

A la mañana siguiente, que fue 9 de octubre, llegaron las partidas nocturnas de exploradores avisando de que el enemigo marchaba contra el real del duque de Alba, lo que hizo saltar las alarmas y llevó a los sargentos mayores a disponer el despliegue del ejército para la batalla. Todo apuntaba a que los rebeldes forzarían un encuentro ese día; sin embargo, se detuvieron en un área de terreno elevado en las inmediaciones de la aldea de Eigenbilzen, a unos 5 km del campo español. Se produjeron algunas escaramuzas entre las patrullas de vanguardia de ambos contendientes, pero el ejército rebelde acampó definitivamente en aquel lugar. El duque de Alba ordenó a sus tropas adelantarse a una loma que había a un kilómetro de distancia de *Cranbruch* en previsión de que Orange decidiese atacar al día siguiente. Don Fadrique de Toledo, hijo del duque y general de la infantería, envió esa misma noche a 400 arcabuceros y a las compañías de los capitanes Lorenzo Perea y Rodrigo Pérez, del tercio de Nápoles, a defender y fortificar la colina. Durante la madrugada se ocupó también una aldea cercana con la compañía del capitán Marcos de Toledo, a fin de asegurar mejor la posición. El grueso del ejército llegó al amanecer y se desplegó nuevamente para el caso de que hubiese que dar batalla.

Guillermo de Orange levantó su campo una hora antes del amanecer (*10 de octubre*)³² y se puso en marcha hacia donde estaban las tropas hispánicas, pasando a una distancia prudente con sus unidades formadas en escuadrón y presentando el costado izquierdo. Una compañía de lanzas española que se acercó a reconocer trabó escaramuza con un escuadrón de 800 *reitres*³³ que salió de la formación para hacerla retroceder. El duque de Alba y sus generales tuvieron una buena ocasión para observar el ejército enemigo y hacerse una idea de su composición.

³² La crónica más fiel a los hechos desde el punto de vista cronológico son los *Comentarios* de Bernardino de Mendoza que, aunque cita algunas fechas concretas, las más de las veces se limita a utilizar expresiones como «otro día». Pese a que hay algunas imprecisiones, he tratado de llevar una cuenta aproximada del calendario. Para estas ocasiones pondré la fecha estimada entre paréntesis y en cursiva.

³³ A efectos de denominación de la caballería armada con pistola y equipada con peto, espaldar y celada he empleado el término *reitre* para las tropas orangistas y el término *herreruelo* para la caballería del duque de Alba.

Camino a ninguna parte

Los orangistas continuaron la marcha hasta Vreren, pequeña localidad del obispado de Lieja situada al sur de Tongeren, donde los recibieron los habitantes de ambas villas y les ofrecieron vituallas. El ejército español se puso en la aldea de Elst, a unos 3 km de distancia al noreste, cubriendo siempre las tierras del obispado, que era el único lugar donde los rebeldes podían acceder a cuantiosas provisiones.

En la mañana del (12 de octubre), el príncipe de Orange se dirigió con su ejército a Borgloon, a unos 15 km al noroeste de Tongeren, maniobra que contrarrestó el ejército español al ir a ponerse sobre *Hienne* [¿Heurne?]. Este día se produjo una escaramuza mayor por la mañana muy temprano cuando la vanguardia del ejército de Alba, compuesta por herreruelos españoles y borgoñones, y 500 arcabuceros del tercio de Sancho de Londoño, descubrió que la retaguardia del ejército rebelde se había retrasado respecto de la batalla y comenzó a toparse con numerosos rezagados y soldados desmandados de sus banderas, y con la caballería enemiga que trataba de recogerlos. En el transcurso de la acción, los españoles dieron muerte a 600 soldados enemigos y capturaron 200 carros de bagaje que comenzaron a saquear, momento que aprovechó toda la caballería enemiga para cargar sobre las filas desorganizadas de Londoño y de los herreruelos, perdiéndose diez jinetes y resultando un alférez preso.³⁴

Según indicaban las patrullas, el príncipe de Orange había abandonado Borgloon y parecía dirigirse de nuevo a Tongeren (aunque este último extremo no era cierto), así que el duque de Alba ordenó al maestro de campo Julián Romero que se metiese dentro con algunas compañías de su tercio para evitar que el enemigo se apoderase de ella. Los habitantes, temerosos de represalias por haber entregado provisiones a Guillermo de Orange, se negaron a abrir las puertas a la infantería española hasta que no recibiesen el perdón del duque. Recibida la orden de este, abrieron las puertas y dejaron entrar a Julián Romero con su gente, «que halló dentro del lugar muchos carros de municiones y mercancías de los que seguían el campo de los rebeldes»,³⁵ los cuales fueron inmediatamente incautados.

Los días (13 y 14 de octubre) permanecieron los rebeldes en Borgloon y el ejército español se acercó a 5 km, poniéndose en Koninksem, con la intención de hostigarlos y hacerles más difíciles las labores de forrajeo. El (15 de octubre), el ejército rebelde se encaminó a Halmaal, localidad del obispado de Lieja situada a 3 km al suroeste de Sint-Truiden, donde los habitantes agasajaron a Guillermo de Orange y a su séquito. El duque de Alba se acercó a *Huerne*,³⁶ una aldea sin amurallar a unos 4 km del campo enemigo. Se enviaron patrullas de inmediato a reconocer la disposición de los orangistas, que a su vuelta informaron de una loma entre los dos campos que ofrecía un lugar ventajoso por dominar el terreno contiguo hacia el enemigo. Esa misma noche, el duque envió al maestro de campo Julián Romero y a cuatro capitanes de su tercio con

³⁴ Mendoza, *Comentarios*, 83.

³⁵ Mendoza, *Comentarios*, 84.

³⁶ La aldea parece no existir hoy en día. Debía estar en algún lugar entre Muizen y Kekeman.

500 arcabuceros a darles una encamisada a unas cornetas de reitres rebeldes que acampaban cerca de dicho lugar, algo apartadas del campamento. A continuación, debían ocupar un bosque y unos casares cercanos a la loma con el fin de facilitar su toma al día siguiente. El duque de Alba, que había estado reconociendo el terreno con Chiapín Vitelli, decidió que el lugar de la loma no era apropiado para su propósito. Avisado de ello, Julián Romero se quedó en la aldea y el bosque con 200 arcabuceros y envió al resto de vuelta a su tercio. A la mañana siguiente (16 o 17 de octubre), sabedor el enemigo de la presencia de Julián Romero en las inmediaciones de la loma, envió una fuerza de 4000 arcabuceros y 600 caballos. El español tuvo que refugiarse con sus hombres en la linde del bosque, donde se defendió fieramente durante más de dos horas contra las cargas enemigas hasta que llegó don Fadrique a socorrerlo con una fuerza de 1000 arcabuceros del tercio de Alonso de Ulloa y 500 valones. En el momento de retirarse el enemigo, Julián Romero había perdido veinte hombres y él mismo estaba herido. Los orangistas sufrieron mayores pérdidas.

El día 18 de octubre partieron los rebeldes de Halmaal y se pusieron en Landen, a unos 8 km al suroeste de Sint Truiden. Alba salió de *Huerne* y se dirigió a Corswarem, a unos 10 km al sureste del enemigo. Desde Landen, Guillermo de Orange envió un contingente de caballería a Sint Truiden al que le abrió las puertas la población afecta. Allí, además de efectuar destrozos, encontraron los rebeldes provisiones suficientes para sostenerse durante unos días, lo que fue providencial dada la necesidad que había en su campamento. El duque de Alba tenía ya plena constancia de la miseria en que se hallaban las tropas rebeldes por la cantidad de correos interceptados con cartas de Guillermo de Orange a sus aliados alemanes, en las que se quejaba de

*la falta de vituallas; afirmando que después de haber pasado el Mosa, el andar tan abrazado nuestro ejército con ellos los hacía morir de hambre, por no osar enviar fuera de su campo golpe de gente para buscar vituallas, ni hacer correría ninguna.*³⁷

Igualmente, informaba en dichas cartas de los «muchos prisioneros que se tomaban, cuan hambreados andaban, y la necesidad que se pasaba en su campo por matarles todos los días muchos forrajeros y gente desmandada»³⁸ sin cesar el hostigamiento un solo instante, «tocándoles arma y desasosegándolos» en las inmediaciones de su campamento. Según las noticias que traían las patrullas de reconocimiento, el ejército orangista se estaba sustentando con «manzanas y nabos, de los que hubo aquel año grande abundancia, porque ninguna manera de pan alcanzaba a tener su infantería».³⁹

Al día siguiente (19 de octubre), levantó el príncipe de Orange el campamento de Landen y marchó con su ejército. Ante la posibilidad de que pudiese dirigirse contra plazas principales de Brabante como Tienen, Lovaina o la misma Bruselas, el duque de Alba dispuso que se reforzasen. En Tienen se metieron el señor d'Hierge con su regimiento y el señor de Beauvoir con 600 arcabuceros

³⁷ Mendoza, *Comentarios*, 86.

³⁸ Mendoza, *Comentarios*, 86.

³⁹ Mendoza, *Comentarios*, 86-87.

del suyo. A Lovaina fueron la compañía de arcabuceros a caballo del capitán Montero y el regimiento del coronel Cristóbal de Mondragón. Bruselas fue reforzada con el regimiento del conde de Roeulx. Estas fuerzas se estimaron

bastantes guarniciones para guardar estas villas. Porque si los enemigos no venían sobre ninguna de ellas, no era menester más gente para hacerles daño, y si caminaban cerca, quitarles las vituallas, y cuando viniesen a ponerse sobre alguna, bastaba esta gente para entretener cualquiera de estas plazas en tanto que llegase el duque a socorrerlas. Lo cual no podía impedir el enemigo de ninguna manera, ni estorbarlo, andando tan abrazado con él, nuestro ejército.⁴⁰

Había opiniones en el consejo que recomendaban dirigirse a Tienen y continuar el estrecho marcaje a las tropas orangistas. El duque fue igualmente de la opinión de no perder de vista al enemigo pero marchando un poco más al suroeste del mismo, pues albergaba la sospecha de que Guillermo de Orange pretendiese acudir a reunirse con el socorro de Genlis proveniente de Francia, que se aproximaba desde el sur según los últimos informes. Con esta última decisión se puso en marcha (19 de octubre) el ejército español en dirección a Linsmeau, situada a unos 7 km al suroeste de Landen, en la margen oriental del río Gette. La vanguardia española no tardó mucho en divisar al ejército enemigo, que llevaba la caballería en vanguardia y el bagaje resguardado en el flanco derecho.



Evolución del 7 al 20 de octubre de 1568, mapa del autor

Alba ordenó destacar unas mangas de arcabuceros españoles y valones para que se apoderasen de dos arboledas cercanas, situadas a ambos lados del camino por el que debía pasar el ejército enemigo, y de cierto terreno elevado que habían reconocido anteriormente el duque y Chiapín Vitelli, donde habían de situarse las tropas en escuadrón. Los orangistas reaccionaron y tomaron una

⁴⁰ Mendoza, *Comentarios*, 87.

loma vecina, desde donde comenzaron a bombardear la posición española con piezas de artillería, respondiendo esta en los mismos términos. Pese a los ruegos de sus generales de dar la batalla, el príncipe de Orange declinó el combate argumentando que faltaba una hora para anochecer y que con el estado en que estaba el ejército lo más conveniente era proseguir la marcha y reunirse lo antes posible con el socorro que traía el señor de Genlis de Francia, que no debía de andar muy lejos.

La acción del río Gette⁴¹

Guillermo de Orange situó a su ejército en Linsmeau, detrás del terreno elevado que había ocupado. Pasada la medianoche ordenó que el bagaje comenzase a cruzar el río Gette a su margen occidental, de modo que a la mañana siguiente (20 de octubre) no encontrase dificultad a la hora de cruzar al otro lado sus escuadrones. El ejército español pasó la noche donde estaba, en las inmediaciones de la aldea de Walshoutem, a unos 4 km de distancia del campamento enemigo. Se prepararon los bagajes para que estuviesen listos al amanecer, caso de que el enemigo se moviese, y el resto de la madrugada se cavaron trincheras en la posición por si este decidía atacar. El duque ordenó a don Fadrique que ocupase con arcabuceros los dos bosquecillos del día anterior. Dos horas después de amanecido llegaron las patrullas de caballería con noticias de que el ejército rebelde se había puesto en marcha, aunque el destino parecía incierto según las distintas opiniones. Como en otras ocasiones, el duque de Alba fue a reconocer al enemigo en persona, acompañado de su maestre de campo general Chiapín Vitelli.

Una vez tuvo a los orangistas a la vista, el duque se percató de que pese a ir con buen orden, los escuadrones enemigos caminaban por un terreno angosto muy propicio para su hostigamiento, así que ordenó a la caballería ligera y a la arcabucería de los bosquecillos que se adelantasen y atacasen la retaguardia enemiga con el fin de ralentizar la marcha de todo el contingente orangista hasta que llegase el grueso del ejército español. La disposición de la marcha era la siguiente según Mendoza:

La caballería ligera de vanguardia, siguiéndola don Fadrique con aquella arcabucería, que eran 600 arcabuceros del tercio de Lombardía [...] 400 arcabuceros del tercio de Sicilia, [...] y Monsieur de Billy [Gaspar de Robles] con 500 arcabuceros de su coronelía, [...] siguiendo a esta arcabucería las seis cornetas de herreruelos y, a ellos, los hombres de armas [caballería pesada], con seis piezas de campaña, y luego todos los escuadrones de infantería, y el resto del ejército, con la demás artillería.⁴²

Guillermo de Orange destacó un escuadrón de cuatro cornetas de reitres apoyado por arcabucería para cubrir la marcha del ejército. En las primeras escaramuzas les tomó la caballería española una bandera. Los oficiales presionaban al duque para que les ordenase acometer a aquellos escuadrones

⁴¹ También conocida, impropriamente, como batalla de Jodoigne.

⁴² Mendoza, *Comentarios*, 89.

pero Alba se mostró prudente, ya que nada tenía que ganar arriesgándose a atacar; menos aún sin que hubiese llegado el grueso del ejército. En este punto se produjo un claro ejemplo del conflicto entre el ímpetu que debe guiar a un buen oficial táctico y las más altas miras del general que ha concebido una campaña de las características de este estudio. Según cuenta Bernardino de Mendoza:

*Oyéndola [la negativa del duque a ordenar el ataque] el barón de Cheureau, que era capitán de arcabuceros a caballo, y [que] aquel día [había] atacado la escaramuza gallardamente, arrojó el pistolete en tierra, diciendo con gran despecho: ¡El duque de Alba no quiere combatir! Oyéndolo el duque se rio, diciéndole, y a los demás que estaban presentes, no pesarle de ver que sus soldados hiciesen aquella demostración, por serlo de su mucho coraje y deseo de poner las manos en los enemigos, que era lo que les tocaba, y a los generales vencer. Convenientes palabras de un tan sabio guerrero, porque los soldados de ordinario quieren combatir para aventajarse y ganar honra, mostrando su esfuerzo; y la de los generales vencer, si es posible, sin pérdida de un soldado [...] Y así conviene tener entereza y pecho a los generales para no dar oídos a los pareceres de sus soldados si la razón no obliga a ello.*⁴³



Batalla de Jodoigne, grabado de Pieter Christiaansz Bor (1621)

⁴³ Mendoza, Comentarios, 89-90.

En mitad de este cambio de pareceres llegaron noticias de que sí era posible atacar sin peligro al escuadrón de *reitres*, porque según decía un paisano encontrado en los alrededores, entre este y el grueso del ejército orangista trascurría el río Gette. Pese a tener un cauce muy pequeño, las escarpadas orillas hacían difícil su paso, lo que obligaba al ejército rebelde a cruzar por el puente de la aldea de *Chasse*.⁴⁴ El mando español desconocía la existencia del riachuelo y del puente y, ante la imposibilidad de reconocerlo, el duque le ofreció al paisano 200 escudos si decía la verdad o, en otro caso, la horca. Este prefirió ir a comprobarlo. Entonces, con la llegada de toda la caballería y arcabucería españolas, el escuadrón de reitres rebeldes rompió la formación y se dispuso a cruzar el riachuelo de forma confusa y apresurada, arremolinándose los caballos en el cauce y las orillas, ocasión que aprovecharon los arcabuceros a caballo españoles para largar apretadas rociadas contra los aturdidos jinetes orangistas.

Todavía quedaban los arcabuceros rebeldes atrincherados a ambos lados de las cornetas de caballería que cruzaban. A fin de eliminar sus posiciones, «lugar cercado de muchos bastiones, setos y valladares»,⁴⁵ y de apoderarse de la aldea, que estaba en medio, los españoles efectuaron un ataque en pinza, yendo por la derecha Sancho Dávila con 400 arcabuceros y por la izquierda Gonzalo de Bracamonte con 600 arcabuceros del tercio de Lombardía y Gaspar de Robles con su arcabucería valona. Cuando se trabaron los combates, los españoles descubrieron que, a diferencia de lo que creían, la aldea, las posiciones fortificadas de la margen oriental y el propio punto de cruce estaban defendidos por un contingente enemigo de entre 4000 y 5000 infantes, muy superior a los 1500–1600 arcabuceros atacantes. Este contratiempo amenazó con frustrar el ataque, pero la oportuna llegada del paisano corroborando la existencia del riachuelo entre la aldea y las fortificaciones enemigas confirmó que dicha fuerza no podía ser socorrida por el cuerpo principal del ejército orangista, ni tampoco por las cornetas de reitres de retaguardia que habían cruzado apresuradamente el Gette a la margen occidental.

Confirmados todos los detalles, el duque de Alba ordenó cargar al grueso del ejército, que se unió al asalto de los arcabuceros de Dávila, Bracamonte y Robles. Se armó gran escabechina y la mayoría de los infantes orangistas acabaron degollados. Las fuerzas hispánicas cruzaron el riachuelo, se apropiaron de la aldea y aún tuvieron tiempo para adelantarse hasta llegar a tiro de mosquete del ejército rebelde y hostigar con sus arcabuces a las unidades que cerraban la retaguardia. Terminada la jornada, los rebeldes habían perdido alrededor de 3000 hombres. El ejército español solo tuvo que lamentar la muerte de 25 soldados, mientras que otros 40 resultaron heridos. A los prisioneros y a los muertos enemigos se les encontraron bolsitas de harina repujada con agua, que era lo que tenían para comer a falta de pan, confirmando el estado de necesidad por el que pasaba el ejército rebelde.⁴⁶

Guillermo de Orange se dirigió a Marilles, a poco más de 3 km del río Gette. El duque de Alba, que como ya hemos visto quería tomarle la delantera al enemigo

⁴⁴ Hoy aparentemente desaparecida, debía de estar entre Linsmeau y Maret.

⁴⁵ Mendoza, *Comentarios*, 90.

⁴⁶ Mendoza, *Comentarios*, 91.

para evitar que pudiese marchar sobre las plazas principales que quedaban más al noroeste, caminó hacia el norte con la caballería en retaguardia y acampó esa noche en Laar, situada a medio camino entre Tienen y el campamento rebelde de Marilles.

Al día siguiente (*21 de octubre*), el duque de Alba levantó el campo, cruzó el río Gette por Eliksem y se dirigió a Vissenaken, a unos 5 km al noroeste de Tienen. Guillermo de Orange, que desconocía el paradero de Alba, permaneció todo el día en Marilles con su ejército formado en escuadrón a la espera de la llegada del contingente español.

Volver a Alemania por el camino más corto

Las unidades rebeldes estaban tan maltrechas que urgía volver a Alemania, aunque el príncipe creyó más seguro reunirse en primer lugar con el socorro que traía de Francia el señor de Genlis. Para ello, levantó el campo al día siguiente (*22 de octubre*) y se dirigió a la localidad de Saint–Jean–Geest, donde se le unió finalmente Genlis con 1800 caballos y 4000 infantes al anochecer.

Al día siguiente (*23 de octubre*), levantó el campo el duque de Alba y se dirigió a Beauvechain, a unos 5 km al noroeste del campamento de Guillermo de Orange, cortándole con esta maniobra una posible marcha sobre Lovaina. Al objeto de cubrir también Bruselas, el duque dejó a la caballería y a 2000 arcabuceros de retaguardia y se dirigió con el ejército a la abadía de Park, junto a los muros de Lovaina, a unos 15 km del ejército rebelde. Sin embargo, las intenciones del príncipe de Orange eran muy otras,

viendo juntamente que morían de hambre, sin tener ningún remedio de vituallas, y [que] las esperanzas que les podían haber dado algunos del hallar ayuda o favor en la gente de los Estados, y villanos de ellos, no les habían salido verdaderas.⁴⁷

Guillermo hizo ademán de dirigirse al Mosa, aunque por lo avanzado de la estación y las copiosas lluvias iba el río tan crecido que no era posible pasar con seguridad a sus tropas. Así que levantó el campo de Saint–Jean–Geest y caminó hacia el noreste hasta Eliksem, cerca de Tienen, donde cruzó de vuelta el río Gette. El señor d’Hierge y Cristóbal de Mondragón, que estaban metidos en Tienen con su gente y cuatro compañías de caballería ligera, salieron en su busca y comenzaron a hostigarle la retaguardia durante todo ese día y el siguiente (*23 y 24 de octubre*), que se dirigieron a Walshoutem, provocándole más de 500 muertos.

Cuando el duque de Alba estuvo seguro de que el enemigo se retiraba, tuvo la precaución de enviar un regimiento a Diest, 30 km al noreste de Lovaina, por haber sido antiguo señorío del de Orange. A continuación, levantó el campo e inició la persecución del ejército enemigo. Se dirigió en primer lugar a Beauvechain, a 10 km al sureste de Lovaina y, vistas las intenciones del enemigo

⁴⁷ Mendoza, *Comentarios*, 93-94.

de cruzar el Mosa, ordenó a Cristóbal de Mondragón que saliese de Tienen con su regimiento y se metiese en el castillo de Huy, plaza del obispado de Lieja con puente de piedra sobre el río a unos 50 km al sureste. Con esa vía de salida bloqueada, el duque continuó su camino al día siguiente (25 de octubre) hasta Ezemaal, jornada en que los rebeldes llegaron a Lamine; y a la mañana siguiente (26 de octubre), partieron de allí con destino a la localidad de Awans, a unos 10 km al noroeste de Lieja.

Vistos los designios de Guillermo de Orange, el duque de Alba decidió enviar refuerzos a la plaza amenazada. Ordenó a Cristóbal de Mondragón que sacase a su regimiento de Huy y se dirigiese a Lieja, y al señor d'Hierge que saliese con su regimiento de Tienen y cruzase el Mosa por el puente de Huy a fin de llegar también a Lieja lo antes posible. Ese día, el duque de Alba caminó hasta Hasselbrouck. El príncipe de Orange marchó sobre Lieja al día siguiente (27 de octubre), plantando sus reales a tiro de cañón de los muros de la capital del obispado. El 3 de noviembre,⁴⁸ envió un mensajero al obispo solicitando víveres y permiso para cruzar el río, ofreciendo rehenes como garantía de que no intentaría nada contra la ciudad. El obispo, sabedor de la cercanía del duque de Alba y con el regimiento de Mondragón entre sus muros, dio una negativa. A consecuencia de ello se produjeron algunas escaramuzas que, finalmente, resultaron en mayores pérdidas para el ejército rebelde.



Evolución del 21 de octubre al 3 de noviembre de 1568, mapa del autor

⁴⁸ Carta al obispo de Lieja de 3 de noviembre de 1568. Gachard, *Correspondance*, 29.

Regresar a Alemania por el único camino posible

Desengañado de la idea de cruzar a Alemania por Lieja y haciendo de tripas corazón, Orange se dispuso a emprender el único camino que le quedaba: dar la vuelta por Francia.

Por ese tiempo llegó el duque de Alba a Pousset, a unos 20 km al noroeste de Lieja. Como de costumbre, el duque y Chiapín Vitelli estuvieron buscando un terreno apropiado por si había que hacer frente al enemigo, encontrándolo en una zona elevada a 1 km de distancia de Pousset, sobre el cruce de caminos por el que debían pasar forzosamente los orangistas si se retiraban por Lamine.⁴⁹

Una vez se puso en marcha el ejército rebelde (*5 de noviembre*), se adelantó el duque de Alba con sus tropas al lugar eminente elegido, que mandó atrincherar. A las tres de la tarde avistaron al enemigo, que llevaba una poderosa vanguardia, incluida toda la caballería. Pensando que las tropas españolas eran un refuerzo de infantería que se dirigía a Lieja, Guillermo de Orange envió un escuadrón de caballería hugonote a trabar escaramuza. Los jinetes se tropezaron entonces con el grueso del ejército español, bien atrincherado, y se retiraron de vuelta a sus escuadrones, que pasaron en formación hacia el suroeste a kilómetro y medio de distancia de los españoles. Ese día marchó Guillermo de Orange hasta *Lauchan*, a unos 10 km del ejército español, y al día siguiente (*6 de noviembre*) marchó a *Serrey* [¿Seraing-le-Chateau?].

Vistas las intenciones del príncipe rebelde, el duque de Alba envió órdenes a los condados de Henao y Artois para que se inutilizasen los molinos y se guardasen las provisiones en poblaciones amuralladas, convirtiéndolos en un teatro sin retaguardia, y mandó aviso al rey de Francia de las presumibles intenciones del ejército rebelde de retirarse por sus dominios, solicitándole que pusiese en sus fronteras los 2000 caballos que le había ofrecido al principio de la campaña. De igual modo, envió tropas a aquellas plazas por donde se temía que pudiesen pasar los rebeldes; así, el regimiento de Gaspar de Robles quedó repartido entre Tienen, Bruselas y Nivelles, y el de Cristóbal de Mondragón se metió en Binche, localidad de Henao.

Al día siguiente (*7 de noviembre*), se dirigió el duque a Walshoutem y los rebeldes a Boneffe. A continuación, el campo español caminó hasta Jauche y el rebelde a Gembloux. Alba envió por delante seis compañías de caballería en apoyo de las localidades por las que fuese pasando el de Orange para que,

si se les ofreciese ocasión en la vanguardia o batalla, les hiciesen otro cualquier daño, forzándolos con esto a que caminasen recogidos, sin alargarse por el países

Esto es, sin permitir que abandonasen sus banderas para forrajear,

⁴⁹ Quizá la parte alta de la actual localidad de Remicourt.

*matándole de ordinario a gente desmandada de su infantería, por mucho cuidado que tenían de cubrirla con su caballería.*⁵⁰

Además, las vanguardias de Alba no dejaron de hostigar a la retaguardia enemiga durante la marcha. El príncipe de Orange partió para Gosselies, a unos 25 km al suroeste, una jornada que era

*bastante grande para hacerla cualquier ejército, sino fuese con la prisa que este llevaba por ir huyendo y muerto de hambre.*⁵¹

Ese día llegó el duque a Gembloux. Los rebeldes continuaron la marcha hasta las inmediaciones de Binche y el duque se aproximó a Gosselies. A estas alturas el hostigamiento y las escaramuzas con la retaguardia del ejército rebelde eran constantes y en esta jornada un golpe de caballería del duque degolló a una tropa de infantería desmandada. Como se puede apreciar, si bien al principio de la campaña los movimientos del ejército español buscaban mantener la distancia y cubrir en todo momento la débil región de Lieja, además de impedir cualquier movimiento contra las plazas del rey, lo que vemos ahora es una pura persecución. Como dice Ulloa,

*y aunque el duque iba todavía en su seguimiento, [...] no lo podía entretener [a Orange] por ninguna manera: y por eso despachó la caballería, que iba delante del campo y siempre era a la cola de los enemigos molestándolos; y cualquier pequeño tropiezo que tuvieran los hubiese derrotado [...] porque caminaban con poca orden y en furia, dejando atrás mucha gente.*⁵²

Continuando la marcha, Guillermo de Orange acampó en unas aldeas de las inmediaciones de Bavay, mientras el ejército español se alojaba esa noche en Binche. El 12 de noviembre, tras una serie de escaramuzas con los españoles en Le Quesnoy, en la que estos salieron malparados y Sancho Dávila herido, el ejército rebelde se hizo con la población, aunque tuvo que abandonarla cuando el duque llegó a Taisnières-sur-Hon. Al día siguiente, el de Orange trató de hacerse con Le Cateau-Cambrésis, plaza del obispado de Cambrai, y el duque se puso sobre Bermerain. Le Cateau-Cambrésis era ya fronteriza con el reino de Francia y tenía por castellano a Jan van Wort con una guarnición de treinta soldados. Al no haber paisanos suficientes para aprestar la defensa de la plaza hizo que mujeres asomasen picas por los muros para engañar al enemigo respecto del tamaño de la guarnición. Los rebeldes batieron la villa con veinte piezas de artillería, cinco de ellas de sitio. El señor d'Hierge logró meter dentro de la plaza un contingente de 200 arcabuceros valones de su regimiento. Esto dio al traste definitivamente con la intentona rebelde ante la inminente llegada del duque de Alba, que ya había dejado atrás Vertain y Neuilly.

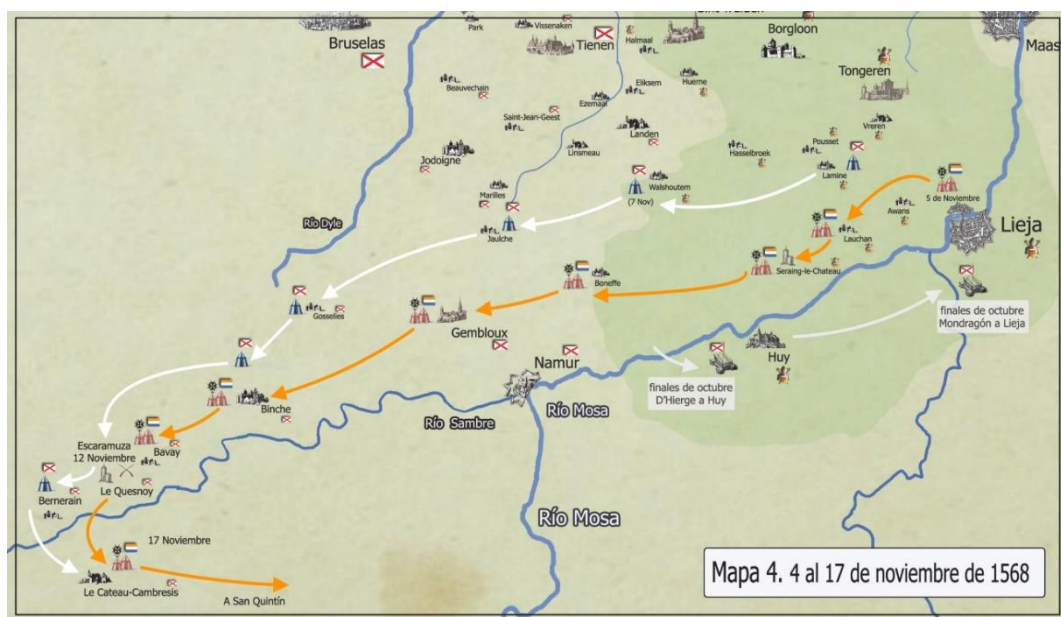
Guillermo de Orange se vio obligado a abandonar el sitio y marchó a Francia el 17 de noviembre, acampando en las inmediaciones de San Quintín. El duque de

⁵⁰ Mendoza, *Comentarios*, 96.

⁵¹ Mendoza, *Comentarios*, 97.

⁵² Ulloa *Comentarios*, 44.

Alba llegó a Le Cateau–Cambrésis y se detuvo, al no tener noticia de los 2000 caballos franceses que debían aguardarle en la frontera, ordenando al ejército que se alojase en las aldeas de los contornos del bosque de Mormal en espera de instrucciones.



Evolución del 4 al 17 de noviembre de 1568, mapa del autor

LECCIONES APRENDIDAS

En un teatro de operaciones sin retaguardia, y en ausencia de un tren logístico que permita sostener a las tropas sobre el terreno, tanto las derrotas como las victorias suelen ser de efectos limitados y la consecución de los objetivos globales deberá afrontarse, en consecuencia, a largo plazo. Ese es el motivo por el que conflictos como la guerra de los Ochenta Años o la guerra de los Treinta Años fueron tan prolongados. En este contexto, la estrategia de estómago es especialmente adecuada en aquellos casos en los que, pese a contarse con una fuerza muy superior desde el punto de vista cualitativo, esta es irremplazable; tal era el caso de las banderas españolas del duque de Alba en la campaña de 1568, unas unidades de élite como los tercios, únicas en todos los sentidos, y de cuya existencia dependía la propia supervivencia del teatro. Se hacía imperativo una racionalización máxima de su empleo, pues eran preciosas para arriesgarlas en combate. Hoy en día, la identificación de teatros sin retaguardia y la inspiración de tácticas basadas en la «estrategia de estómago» podrían contribuir a la derrota o debilitamiento del adversario minimizando unas pérdidas de efectivos que resultan de gran valor para las Fuerzas Armadas y para la sociedad en su conjunto. Entre las lecciones identificadas cabe destacar las siguientes:

- En un teatro de operaciones sin retaguardia el defensor cuenta con una enorme ventaja. La simple «no batalla» debilita al adversario.
- Los objetivos operacionales en un teatro sin retaguardia son necesariamente a medio–largo plazo.

- Para el defensor es vital tener el control de los enclaves (eso incluye a la población) y puntos estratégicos del teatro, y contar con garantías para su defensa.
- Resulta imprescindible contar con la capacidad para retirar o inutilizar cualquier vitualla o material del campo que pueda ser de utilidad al adversario. Fuera de los núcleos protegidos debe reinar el vacío.
- Se debe contar con una fuerza de maniobra que reste iniciativa al adversario y que preste apoyo a las áreas más débiles.
- Es vital que el oficial al mando demuestre liderazgo y sea capaz de mantener el espíritu combativo de sus oficiales subordinados pese a los posibles efectos desmoralizantes de una guerra prolongada de movimientos y hostigamiento. Como sucedió con el duque de Alba y su capitán de caballos en la acción del río Gette.
- El marcaje al adversario deberá ser lo suficientemente estrecho como para que este no consiga sus objetivos parciales y lo suficientemente relajado como para no tener que entablar combates a mayor escala que supongan bajas innecesarias.
- Necesidad de tener identificados y controlados a los elementos quintacolumnistas de los núcleos fortificados, con el fin de evitar que el adversario pueda ganar alguna plaza clave o cabeza de puente que consolide su presencia en el territorio y enquistase el conflicto.
- Debido a su cercanía con el adversario, conviene que la fuerza de maniobra defensora disponga de un servicio de reconocimiento activo y de un puesto de mando avanzado que evalúen el terreno y tengan identificado en todo momento el lugar más ventajoso para entablar combate. Igual que el duque de Alba y su maestro de campo general, Chapín Vitelli, iban en vanguardia con la primera compañía, seleccionando los lugares más ventajosos para pelear caso de que se propiciase un encuentro.
- Las operaciones del ejército de maniobra defensor deben ir acompañadas de operaciones de refuerzo de los núcleos más cercanos en cada momento al área de operaciones, frustrando cualquier oportunidad que se le pueda presentar al adversario. Tal es el caso de los envíos de refuerzos por parte del duque de Alba a distintas plazas que quedaban en el horizonte operativo del ejército orangista.

LOS TERCIOS EMBARCADOS: LA GUERRA EN EL MAR

Javier Wagener Cuenca

*Ni toda distancia es ausencia ni todo silencio es olvido.
Daniel conmigo antes, ahora... siempre.*

INTRODUCCIÓN

Estando casi en su totalidad rodeada de agua, España no puede ser entendida sin el mar, especialmente desde el descubrimiento de América. El binomio metrópoli–ultramar fue una realidad indisoluble entre 1492 y 1898, y ha de estar presente durante la lectura de estas páginas. La navegación a vela era el nexo de unión entre ambos mundos, y el dominio militar de los mares, una necesidad de primer orden para cualquier Estado como el español que tuviera un *imperium universalis* que sostener. Este Imperio basaba su hegemonía en los tercios, unas unidades que desde sus orígenes combatieron tanto por tierra como por mar.

El origen de las tropas embarcadas se remonta a la Edad Antigua, pues los hoplitas griegos y los legionarios romanos se enfrentaron a numerosos enemigos a bordo de sus galeras. Simultáneamente se desarrollaron operaciones anfibas de gran envergadura, como la de los aqueos en Troya, la de los persas en Maratón o las de César y Claudio en Britania. La Edad Media estuvo caracterizada por los *raids* de los vikingos en todas las costas europeas, que culminaron con la conquista de Inglaterra y del reino de las Dos Sicilias. También los cruzados realizaron diversos desembarcos en Tierra Santa y en el norte de África, destacando la conquista de Chipre por Ricardo Corazón de León. Por su parte, la Edad Moderna se inició con una de las mayores operaciones anfibas de la historia, la toma de Constantinopla por los otomanos.

Con el paso de los años y respondiendo a la acción exterior que marcaban los distintos reinos, las armadas se fueron adaptando a las nuevas realidades. Durante el reinado de Carlos V se realizaron numerosas operaciones anfibas, y todas las galeras mediterráneas se dotaron con pequeñas guarniciones de infantería. Pero estas unidades rotaban entre ellas o se desmovilizaban tras cada campaña¹. Felipe II fue el primer monarca europeo que dotó a su Armada con tercios fijos compuestos por infantes profesionales, favoreciendo así el tránsito de la infantería embarcada a la infantería de marina. Concretamente, sus dos primeras unidades fueron el tercio de Galeones y el tercio de Armada.

No se puede entender una batalla sin tener en cuenta el escenario donde se desarrolla; el terreno condiciona siempre, su estudio es crucial para poder

¹ Magdalena de Pazzis Pi Corrales, *Tercios del mar. Historia de la primera infantería de marina española* (Madrid: La Esfera de los Libros, 2019), 277.

racionalizar por qué se tomaron unas decisiones que obtuvieron determinados resultados en los enfrentamientos. Contemplando en silencio Igueriben, Edchera, Lomas de San Juan o Bocachica, uno puede comprender la cruda realidad de lo que allí pasó. Lo mismo ocurre cuando la lucha ocurre en el mar: vientos y corrientes, cercanía a la costa, estaciones del año, etc. son datos que se deben prever para obtener el éxito; pero eso es algo que se fue asimilando con el paso del tiempo. La lucha naval, como cualquier otra, tuvo su propia evolución; el modo conceptual de la lucha en el mar cambió.

El objetivo de este artículo es intentar difundir un caso muy concreto de la actuación de los tercios: cuando luchaban embarcados. Para ello, se analizarán de forma breve tres batallas navales icónicas del siglo XVI en las que estuvieron muy presentes. En Lepanto fueron los protagonistas de un combate embarcado; en las Azores se combinó este con una operación anfibia; en la Gran Armada estaba prevista la conquista de Inglaterra, pero el plan fracasó y, tras la desastrosa batalla de Gravelinas, los tercios se limitaron a sufrir las inclemencias del tiempo y los naufragios pero sin entrar en combate. Los escenarios son distintos pero muchos de sus protagonistas son los mismos y en ellos se aprecia cómo evoluciona su pensamiento con respecto a la maniobra, aunque en el caso español siempre se buscó el choque. No se realizará un análisis exhaustivo de estas batallas, repleto de datos y estadísticas, solo un análisis muy sucinto que permita identificar las lecciones necesarias. Para profundizar en el tema, basta con consultar la excelente bibliografía que ha servido de base para este relato.

LA BATALLA DE LEPANTO

Antes de Lepanto los tercios tomaron parte en muchas otras operaciones, tanto empleando el barco como mero medio de transporte hasta una playa lejana, o como plataforma donde se combate. Muchas de ellas ocurrieron en las plazas del norte de África, donde hubo victorias y descalabros: Los Gelves, Melilla, Mazalquivir, Vélez de la Gomera, Orán, Bujía, Trípoli... Los tercios socorrieron Malta cuando estaba a punto de caer en manos otomanas e hicieron frente a numerosas incursiones piráticas. Sin embargo, se ha elegido esta batalla porque la importancia que tuvo en su época ha trascendido hasta la actualidad. Diversos autores la consideran como el punto de inflexión en el que «el expansionismo de la Sublime Puerta fue frenado y la Europa que hoy conocemos pudo llegar a existir».² Recordemos que los turcos habían asediado dos veces Viena y campaban a sus anchas por la mitad oriental del Viejo Continente.

Lepanto fue la última gran batalla entre galeras, naves que, salvando las distancias tecnológicas, no habían evolucionado conceptualmente desde que en la antigüedad las usaron griegos y romanos, ya que estaban concebidas para un uso exclusivamente mediterráneo. Esto quedó patente en las aguas atlánticas, cuando en muchas de las travesías de aproximación a los escenarios de combate (Azores, Inglaterra...) tuvieron que retirarse buscando un puerto seguro por peligro de hundimiento. Simplemente no estaban concebidas ni preparadas para las aguas abiertas de los océanos, ya que estaban propulsadas a vela y a

² Agustín Ramón Rodríguez González, *Lepanto, la batalla que salvó a Europa* (Madrid: Grafite, 2004), 21.

remo, eran de poco calado y líneas finas. En ella embarcaba la tripulación (gente de mar), compuesta por la marinería (gente de vela) y los galeotes –forzados o no– (gente de remo); y además la fuerza de infantería destinada al combate o al abordaje (gente de guerra). La disposición de la artillería apuntando hacia proa refleja que estaba concebida para su uso frontal, es decir, avanzar hacia la nave enemiga para buscar el choque y luego resolver la situación con las tropas embarcadas mediante el abordaje. Su empleo habitual sería similar al siguiente: tras la embestida entre naves la artillería largaba una o varias andanadas sobre la cubierta de la galera enemiga para abrir una brecha, posteriormente las descargas eran de armas portátiles –arcabuces y mosquetes– y, finalmente, la infantería se lanzaba al abordaje para resolver el combate al asalto. A estos combates se unían otras galeras que se abarloban a las que ya estaban engarfiadas para poder desplazar sus efectivos entre ellas. Esa fue una forma de combatir muy nuestra, «a la española», a diferencia de holandeses e ingleses que preferían combatir de una forma más precavida utilizando la artillería a distancia; irónicamente se le llamó «a la galana».³



Juan de Austria en Lepanto, óleo de Juan Luna (1887)

Aunque la pólvora ya había sido inventada bastante tiempo atrás, su uso en las guerras durante la Edad Moderna supuso un cambio absolutamente trascendental en el campo militar. Incluso las ciudades tuvieron que cambiar sus morfologías y sus altas murallas medievales para poder soportar los proyectiles impulsados por esta nueva energía, de ahí la importancia que cobró la poliorcética. Pero, como decimos, en el campo bélico el cambio fue mucho más profundo; no se trataba solo de cargar las armas por la boca del cañón (avancarga) sino que hablamos de nubes enteras de humo sulfuroso, irritante e irrespirable; de complicadas maniobras para poder cargar las armas al tiempo

³ Rodríguez González, *Lepanto*, 262-263.

de que otros que ya las tenían listas disparaban sin dejar intervalos; de ruido ensordecedor por los disparos; de una organización militar que tuvo que hacer todo esto de forma homogénea y cohesionada. Creemos que así es, como poco, la forma correcta de aproximarse a este capítulo de la historia; recordemos que hay que contextualizar: no eran armas automáticas con cargadores repletos de cartuchos, ni pólvora moderna sin humo, ni cañones de tiro rápido y retrocarga. Dicho sea a modo de ejemplo, los arcabuceros llevaban ya preparadas doce cargas de pólvora para efectuar el tiro, los conocidos como «doce apóstoles», es decir que, en el mejor de los casos, solo podían disparar hasta doce veces en todo un combate antes de tener que acudir al tren logístico a por más pólvora y plomo para fundirse sus propias balas. Los cargadores actuales suelen ser de treinta cartuchos y se consumen en menos de un minuto.

Cobran especial importancia las diferencias conceptuales en cuanto al armamento y material entre los dos bandos enfrentados en Lepanto. En el de la Liga, la mayor parte de tropas eran tercios de Felipe II ya que Venecia y el Papado no disponían de suficientes efectivos para poder dotar a sus galeras con fuerzas de infantería. Embarcaban con su armamento habitual en el que tenían especial protagonismo las armas de fuego, los arcabuces y sus hermanos mayores, los mosquetes, que eran más pesados y requerían el uso de una horquilla como apoyo del arma mientras se apuntaba antes de efectuar el disparo. Utilizados con el necesario entrenamiento y en masa sus efectos eran absolutamente devastadores. Y todo ello sin olvidar las picas y armas blancas para las distancias más cortas y para formar frentes compactos e impenetrables que lo arrollaran todo a su paso. Los otomanos también tenían arcabuces, sobre todo sus tropas de élite, los jenízaros, pero lo cierto es que tenían una preferencia especial por el arco,⁴ quedando en evidente desventaja frente al bando cristiano, tanto en distancia de empleo como en poder de perforación de los petos y corazas que protegían a los soldados. También es verdad que tenían la doble ventaja de poder hacer fuego en condiciones climatológicas adversas, especialmente en alta mar, y de una cadencia de tiro mayor. El uso del arco requería efectuar maniobras elementales mientras que para cargar un arcabuz eran necesarios unos movimientos y acciones que tenían que ser entrenados individualmente por el soldado y adiestrados junto a otros tiradores para conseguir el efecto de masa al que nos referíamos anteriormente.

Y con respecto a la artillería gruesa, también había diferentes concepciones en su uso. Las galeras cristianas apostaban por un mayor número de piezas, cinco en total, donde el cañón de mayor calibre se colocaba en el centro por efectos de la estabilidad de la nave: era el cañón de crujía. Llevaba dos piezas menores a cada uno de sus lados.⁵ Lo habitual era largar una andanada previa al abordaje durante el cual los cañones enmudecían si había tropas propias delante, por su proximidad al combate era fácil que no se utilizaran más. Los turcos optaban por tres piezas, la de crujía y un solo cañón menor a cada lado. La pérdida de potencia de fuego era evidente. Como hemos visto el único sector de tiro era al frente, donde estaba el espolón de la galera utilizado, más que para perforar el casco adversario, como pasarela a la hora de asaltar el barco enemigo. Para

⁴ Rodríguez González, *Lepanto*, 100.

⁵ Rodríguez González, *Lepanto*, 99.

evitar dañarlo con los propios cañonazos, los artilleros solían dar una mayor elevación a las piezas, por lo que era normal que los tiros fueran altos y no causaran los daños que buscaban. Juan de Austria innovó en este aspecto para aprovechar la andanada: aserró los espolones pero los dejó colocados con medios de circunstancias para que no se notara a simple vista y el enemigo no sospechara; en el momento del choque los abatió de manera que la artillería pudo bajar el tiro y apuntar a las cubiertas de las galeras enemigas sin temor a dañar el propio barco. Sus efectos tuvieron que ser absolutamente demoledores.



Batalla de Lepanto, óleo de Andrea Vicentino (1603)

Aunque la batalla de Lepanto se desarrolló en el mar, no fue una batalla naval como podríamos entenderla en la actualidad. Cada bando siguió su táctica propia: el lado cristiano buscaba el choque frontal y resolver la acción lanzando al asalto a las tropas embarcadas donde los barcos eran una mera plataforma; tanto es así que Juan de Austria no descartó nunca la batalla en tierra con sus unidades desembarcadas. Esa fue la verdadera razón que inclinó la balanza al bando cristiano. La potencia de combate de los tercios, con su flexibilidad táctica y su distribución por armas (picas, arcabuces y mosquetes) no tenía igual en la época por lo que su victoria fue aplastante. Desde el bando turco, en cambio, se buscó el envolvimiento por ambos lados –hoy diríamos doble envolvimiento– fijando el centro. Por esa razón los turcos desplegaron en forma de media luna con tres cuerpos bien diferenciados. En cualquier caso ambas concepciones del combate son terrestres; todavía falta algo de tiempo para utilizar el barco como un arma y no como una plataforma, aunque ya asoman los primeros indicios.

Un resumen de la batalla podría ser el siguiente. Siroco con la escuadra turca del ala norte intentó envolver a su homóloga cristiana al mando del veneciano Barbarigo y quedó aprisionada entre esta y la costa; ya no hubo nada que hacer.

Tal fue la proximidad a la costa que hubo naves otomanas que quedaron embarrancadas, y muchos turcos huyeron del combate por tierra. Barbarigo, que murió en la acción por un flechazo en un ojo, era el segundo de Veniero, jefe de las fuerzas venecianas. La razón por la que estuvo al mando fue debido a un grave incidente, con muertos incluidos, que ocurrió antes de la batalla entre venecianos e italianos al servicio de Felipe II. Juan de Austria quiso la destitución del comandante veneciano aunque al final se contentó con que su segundo mandara la escuadra de su izquierda. Este incidente estuvo a punto de mandar la Liga a pique –nunca mejor dicho–, pero los buenos oficios de Álvaro de Bazán aportando calma y sensatez ayudaron a salvar la situación.

En el centro se produjo el choque entre las galeras donde embarcan los respectivos jefes, la Sultana y la Real, y el consiguiente enjambre de barcos que acudieron al combate para reforzar cada uno a los suyos. Las galeras capitanas al mismo tiempo estaban rodeadas por las capitanas de otros países; recordemos que la Liga la componían varios territorios aparte de la Monarquía Hispánica, Venecia y el Papado, como Génova, Malta y Saboya. Los otomanos buscaban huecos por donde infiltrarse y así poder atacar desde la retaguardia, es decir, presionar desde dos frentes simultáneos. Aquí las reservas cristianas cobraron una importancia capital, ya que veían desde atrás el desarrollo de la batalla y pudieron discernir dónde y cuándo emplearse y con cuánta intensidad. Fue entonces cuando surgió el genio, el gran Álvaro de Bazán, que iba en retaguardia, vio el peligro, reforzó los sectores más débiles y cubrió los huecos existentes por donde los turcos pretendían infiltrarse. A esto hay que añadir que en esta escuadra de reserva estaban embarcadas las compañías del tercio de Lope de Figueroa, con seguridad y sin desmerecer a los otros tercios, de las más combativas del bando cristiano.

En el flanco sur de la batalla, la escuadra otomana de Uluch Alí se separó mucho del centro buscando el envolvimiento por la izquierda, pero Andrea Doria le fue a la zaga. En un momento dado el turco consiguió virar e introducirse en el despliegue cristiano, Doria intentó cerrarle el paso pero no lo logró, al menos por completo. Durante su avance el turco consiguió alguna victoria parcial, como la capitana de la Orden de Malta, pero ya era demasiado tarde, las escuadras de la Liga cubrieron el hueco que dejó Doria y reforzaron todos los sectores; Uluch Alí tuvo que escapar a toda velocidad soltando todas sus presas ante el peligro de ser capturado también. Determinada historiografía es crítica con la acción de Doria por el grave peligro en que dejó al resto de la flota –con su flanco al descubierto– y por su falta de pericia en el viraje –al hacerlo mucho más lento que Uluch Alí y no poder bloquearlo completamente–.

Este fue el resultado, la flota turca destruida o capturada casi al completo y la Liga triunfante con un enorme botín de guerra y, sobre todo, con el peligro otomano alejado de sus territorios. El poder del sultán no decayó con esta derrota, rápidamente se rehízo y siguió hostigando el Mediterráneo occidental, bien directamente o a través de sus aliados berberiscos mediante la piratería, pero tras Lepanto cambió el foco de su política exterior hacia el este debido a la amenaza persa. Por esta razón, coincidimos con Rodríguez González cuando, con acierto, considera a la batalla de Lepanto como la que salvó a Europa, al menos como la entendemos hoy día. Y fue sobre todo gracias a los cuatro tercios

españoles que combatieron en ella: Sicilia (9 compañías al mando de Diego de Enríquez), Nápoles (10 compañías al de Pedro de Padilla), Moncada (12 compañías) y Granada (9 compañías al de Lope de Figueroa).⁶ A este último lo veremos también en la siguiente batalla recogida en este artículo.

Por cierto, en la batalla de Lepanto hubo un soldado español del tercio de Moncada, de nombre Miguel de Cervantes, que embarcó en una de las galeras de Andrea Doria, la Marquesa. Mientras defendía el reducto del esquife recibió tres impactos de arcabuz, dos en el pecho y otro en el brazo izquierdo, cuya movilidad perdió al igual que le ocurriría a un tal Blas de Lezo y Olavarrieta 143 años después mientras luchaba, también embarcado, por un pedazo de tierra española. Pero esa es otra historia.



Miguel de Cervantes, óleo atribuido a Juan de Jáuregui (1600)

LA CONQUISTA DE LAS AZORES

La posición geográfica de las islas Azores en el Atlántico tuvo una importancia fundamental en el sistema de flotas y viajes a América. Cuando estas partían de España iban principalmente a dos puertos de destino: Cartagena de Indias para la flota de Tierra Firme y Veracruz para la de Nueva España. Se aprovechaba el viaje de ida para llevar productos manufacturados de la metrópoli y se traían materias primas en el viaje de vuelta, estos encuentros se denominaron ferias.

⁶ Rodríguez González, *Lepanto*, 228.

Especialmente importante fue la de Veracruz, puerto de salida de las riquezas mejicanas y también de las provenientes de Asia a través del galeón de Manila, verdadero precursor del comercio intercontinental y que anualmente unía las dos orillas del océano Pacífico entre las islas Filipinas y Acapulco en la costa occidental de Nueva España. Es fácilmente imaginable la riqueza que viajaba en los galeones que volvían a España. Y la codicia que despertaban.

En el tramo del océano Atlántico que separa a España del Nuevo Mundo los vientos alisios son los dominantes. Recordemos que estamos hablando de navegación a vela. Estos vientos soplan en el sentido de las agujas del reloj; esa era la forma de navegar a América desde la península: rumbo sur hasta las islas Canarias y virar al oeste hasta las Antillas menores, que fueron la verdadera puerta de entrada a América. Una vez en el Caribe se acometía la última parte del viaje hasta el puerto de destino. Tras esto se realizaba la feria, las flotas cargaban sus riquezas y navegaban hacia La Habana donde quedaban a la espera una de la otra flota. Una vez ambas estuvieran juntas, iniciaban el viaje de regreso –el «tornaviaje»– ascendiendo hacia el norte a través del canal de Bahamas para finalmente virar al este y cruzar el Atlántico. Si nos fijamos en el sistema de fortalezas español en las costas del Nuevo Mundo veremos que están ubicadas estratégicamente para proteger estas rutas. Y a medio camino de regreso estaban las islas Azores donde las flotas reabastecían y afrontaban la última parte del viaje. En ocasiones de peligro allí les esperaba una flota armada española que los escoltaba hasta aguas peninsulares. Bien aprendieron esto los enemigos de España, sobre todo los ingleses, al convertir estas aguas lugar predilecto de espera en sus depredaciones a las flotas que regresaban cargadas de riquezas; de hecho Azores fue uno de los vértices del triángulo de espera de los ingleses, los otros fueron los cabos Finisterre y San Vicente. Los tres eran puntos de paso obligado ideales para emboscadas y en consecuencia, potencialmente rentables.

Cuando en este artículo hablamos de las Azores realmente nos referimos a dos batallas, la naval de San Miguel o de Ponta Delgada y a la conquista de la isla Tercera. Hablando de la primera sorprende cómo puede ser tan desconocida, la primera batalla oceánica en mar abierto de la historia protagonizada por naves «mancas», esto es, sin remos. En 1578 el rey Sebastián de Portugal murió sin descendencia guerreando en tierras moras. Le sucedió su tío Enrique que tampoco tenía hijos, tanto por ser cardenal como por su avanzada edad, de hecho, murió a los dos años. El Portugal del siglo XVI tenía un enorme imperio ultramarino propio y era una pieza muy deseada. En esta época las uniones entre países eran dinásticas, no políticas; la Monarquía Hispánica se trataba de un conjunto de reinos con consejos e instituciones propias que compartían un rey en común el cual tenía que respetar estos organismos. Esas eran las reglas del juego. El propio Felipe II tuvo que sufrir consecuencias insospechadas cuando envió un ejército castellano a Aragón para hacer frente a la traición de su antiguo secretario Antonio Pérez. Todavía estamos muy lejos del absolutismo borbónico. Rápidamente se postularon varios posibles candidatos a la corona lusa: todos ellos con derechos dinásticos en distintos grados. Los principales fueron Felipe II y don Antonio, prior de Crato.

Don Antonio se proclamó rey, pero Felipe decidió resolver la situación gracias a su mayor potencia militar, llamando a un anciano duque de Alba para que marchara a Lisboa con sus tercios por tierra, y a Álvaro de Bazán para que lo hiciera por mar con una flota de 59 galeras y otros dos tercios embarcados. Ambas fuerzas debían reunirse en Setúbal, donde el ejército de Alba sería transportado en los barcos de Bazán para cruzar al otro lado de la bocana de la bahía de Lisboa y atacar al enemigo desde detrás. En la batalla de Alcántara se decidió el destino de la corona portuguesa gracias a una aplastante victoria para las armas hispanas, que fue seguida inmediatamente por la proclamación de Felipe como rey de Portugal por las cortes lusas. Pero D. Antonio no cejó en sus intentos de llegar a ser rey y buscó ayuda en los potenciales enemigos de España, Francia e Inglaterra, llegando a ofrecer lo inimaginable a cambio de su apoyo, entre otros territorios el mismísimo Brasil. Francia e Inglaterra no vieron bien en absoluto este aumento enorme del Imperio español, donde a partir de ahora no se pondría en sol, y trataron de oponerse como pudieron pero no estaban en guerra con España y no podían dar su apoyo de forma abierta. Francia fue la que más se implicó con la causa de Crato. Una vez perdida la parte peninsular de Portugal, don Antonio se hizo fuerte en las Azores, donde las islas principales le juraron fidelidad.



Álvaro de Bazán, óleo de Rafael Tejeo (1828)

Portugal era una indiscutible potencia naval de primer orden en el siglo XVI, ya que su imperio ultramarino requería una flota acorde al mismo. Entre sus naves destacaban los fabulosos galeones, barcos concebidos para la guerra naval, grandes pero, al mismo tiempo, maniobreros, con una potente artillería en sus bandas y sin remos. Sin lugar a dudas se encontraban entre los barcos más poderosos de su época. No obstante, Bazán capturó nueve de ellos intactos en el mar de Paja, multiplicando así la potencia de combate naval de España. De

hecho, tanto Bazán como luego Medina Sidonia arbolaron su insignia en el más grande de ellos, el San Martín.

Tras la batalla de Lepanto, el combativo tercio de Figueroa había permanecido embarcado varios años en la flota de la Liga, persiguiendo a los piratas berberiscos, para pasar en 1578 a Flandes. Tras la evacuación de los Estados en 1580 regresó a la península ibérica a tiempo de participar en la expedición de Alba, tras la cual, sus compañías fueron embarcadas en las naves que partían hacia las Azores. Aparte de las fuerzas portuguesas, en las islas había tropas inglesas y sobre todo francesas apoyando a don Antonio. Enrique III de Francia, alentado por la reina madre Catalina de Medici, fue el que más se implicó en combatir contra España, ya que sus intereses estaban muy claros: aparte de luchar contra su eterno enemigo, el todopoderoso rey hispánico, todavía no estaba decidido definitivamente el resultado de la sucesión portuguesa. Si ganaba el bando de Crato, este le cedería Brasil,⁷ un trofeo demasiado valioso para dejarlo pasar y que posiblemente habría enfrentado a aquel con la propia nobleza lusa al verlo segregado de su imperio. Algo parecido ocurriría con los barcos, la mayor parte eran franceses pero la reina Isabel de Inglaterra no quiso mantenerse al margen y aportó siete barcos a la expedición, en previsión de que pudiera tomar parte en el reparto del botín.

El mando de la escuadra hispana se encargó a Álvaro de Bazán, que alistó en sus filas a veteranos marinos como Miguel Oquendo o Juan Martínez Recalde al frente de sus unidades subordinadas. Una primera armada al mando de Valdés fue a toda prisa al archipiélago para evitar que los portugueses y sus aliados tomaran las islas más orientales que se habían posicionado del lado del rey Felipe, al tiempo que debía proteger los barcos provenientes de América. En un exceso de confianza y creyendo que la Tercera, la isla principal del archipiélago carecía de una defensa sólida, Valdés la intentó tomar por sí solo desobedeciendo a su rey. El desastre fue mayúsculo. Los portugueses lanzaron rebaños de ganado bovino contra las líneas españolas para desbaratarlas, cosa que consiguieron. Su infantería hizo el resto y la victoria dio ánimos a los partidarios de Crato. Como suele pasar en la guerra, hasta el truco más nimio puede servir para derrotar a un enemigo confiado.

Mientras tanto en Lisboa, Álvaro de Bazán había comenzado a alistar una gran flota incluyendo barcasas de fondo plano que permitieran el desembarco de la infantería en las playas. En un principio, el plan era muy optimista en cuanto a número de naves y de hombres. Las sospechas de que una poderosa escuadra francesa se dirigía a las islas precipitaron su salida. Después de haber sufrido varias vicisitudes, don Álvaro tenía para combatir 27 barcos y unos 5500 soldados, menos de la mitad de la infantería prevista en un principio. Dos de estos barcos eran poderosos galeones portugueses, el San Martín –donde Bazán arboló su estandarte– y el San Mateo, que tuvo un especial protagonismo en la batalla. El resto eran naves menores, la mayoría sin remos. La fuerza anfibia reunía unos 4500 soldados repartidos entre cuatro tercios: el de Figueroa,

⁷ Ricardo Cerezo Martínez, «Recuerdo de una victoria (islas Terceras, 1582)», *Revista general de Marina*, 203 (1982), 22.

el de Moreno, el de Íñiguez y el de Francisco de Bobadilla. Tres años después este último se cubriría de gloria en la batalla de Empel, tras protagonizar el llamado «milagro de la Inmaculada», que tres siglos después se convertiría en patrona de la infantería española.



Desembarco en Terceira, fresco de Niccolò Granello (1591)

Francia había enviado 64 naves y 7000 soldados para dar el golpe final a la flota española y así recuperar para don Antonio las Azores y luego el Portugal peninsular, a cambio del Brasil. Pero como no estaba oficialmente en guerra con España, el rey puso al mando al florentino, Filippo Strozzi. Como puede verse, la superioridad francesa era apabullante. Las naves españolas se organizaron con precisión matemática para el combate. Los galeones fueron divididos en zonas perfectamente divididas y delimitadas que ocuparon unidades de infantería, se buscaba su eficiencia debido a su cohesión al combatir con sus mandos orgánicos y en función de sus armas. No se dejó nada al azar: todo el mundo sabía su puesto y lo que tenía que hacer en él. Esto incluía cubiertas, troneras, mástiles y vergas, cualquier lugar susceptible de albergar a un arcabucero era ocupado. En el San Mateo embarcó el maestre de campo Figueroa con dos compañías de su tercio, unos 250 hombres, que junto con los 30 cañones que llevaba de dotación lo convirtió en una fortaleza flotante inexpugnable.

Durante unos días ambas flotas estuvieron a la vista sin atreverse a nada más que algún cañonazo aislado para medir las fuerzas respectivas. Los barcos franceses eran el doble que los españoles, y don Antonio por fin veía sus sueños a punto de convertirse en realidad. Debido a un choque fortuito entre dos barcos españoles, el San Martín remolcaba a uno de ellos, que quedó averiado limitando así los movimientos de la flota hispana. Strozzi lo sabía y por eso maniobró para ganar el barlovento. El San Mateo se fue separando de la línea poco a poco

hacia la izquierda, hacia el enemigo. Strozzi comprendió que era una presa asequible y se lanzó al ataque. El San Mateo fue rodeado por los cuatro costados por buques enemigos que pretendían abordarlo, pero el veterano Figueroa aguardó a que las distancias fueran mínimas y que las andanadas de sus 32 cañones fueran más letales. A continuación intervino su tercio a distancia de arcabuz. El barco aguantó en solitario toda la fuerza del ataque francés durante 2 horas —encajó 500 cañonazos— hasta que Bazán con la vanguardia y Oquendo con la retaguardia acudieron en su auxilio. Miguel de Oquendo metió su barco a viva fuerza entre el San Mateo y una de sus presas francesas, «a la española», mientras su artillería le lanzaba una descarga. A partir de aquí, el combate se tornó tan convencional como en Lepanto, empleándose todo tipo de armas hasta que las unidades de infantería resolvieron la situación abordando cuanto barco enemigo se encontrara a su alcance. Todo barco francés que no estaba enganchado a un español intentó huir de la quema abandonando el resto a su suerte. Strozzi murió, y todas sus grandes naves (unas 40) resultaron perdidas. El prior de Crato sobrevivió y se refugió en la isla Tercera. Los 400 prisioneros franceses que se capturaron fueron ejecutados siguiendo las órdenes de Álvaro de Bazán que justificó su acción porque al no existir guerra declarada entre Francia y España, debían ser tratados como piratas.⁸ Esta medida tan extrema fue duramente criticada en toda Europa, incluso dentro del bando español. Aunque la razón le asistiera creemos que fue un tremendo error y que Bazán puso un borrón a una victoria tan brillante con todas estas muertes innecesarias. La batalla de las Azores fue la última vez que se utilizó la táctica del choque y el abordaje entre buques. A pesar de su éxito, Bazán decidió no desembarcar en la isla Tercera debido a que ya empezaba la época del mal tiempo y no tenía barcasas suficientes, ya que, recordemos, había tenido que salir a toda prisa sin que estuvieran construidas. Regresó a España y dejó para el año siguiente el fin de la conquista de Portugal rindiendo el último reducto del opositor.

Por su parte, la operación de conquista de la isla Tercera debe abordarse desde el punto de vista anfibio, es decir, como una operación lanzada desde el mar contra una costa hostil.⁹ El rey Felipe II ordenó a Bazán que aprestara una armada de unos 100 barcos y 15 000 hombres para lanzarse a la conquista de las Azores cuando llegara el buen tiempo, comenzando por la isla principal, la Tercera. Bazán mandaría las fuerzas navales mientras que de las operaciones de tierra se ocuparía el maestre de campo Lope de Figueroa. El monarca dio instrucciones claras de usar la fuerza contra sus ahora súbditos solo en caso necesario, y de que antes se intentara convencer a los rebeldes para que volvieran a la obediencia de su legítimo rey.¹⁰ Los franceses estaban ávidos de poder vengar la derrota sufrida en alta mar e intentaron conseguir aliados; también Don Antonio estaba en tratos con los turcos, pero ni unos ni otros obtuvieron ayuda.¹¹

⁸ Ibid. 30

⁹ Cerezo Martínez, Ricardo. «La conquista de la isla Tercera (1583)». *Revista de historia naval*, 3 (1983), 5

¹⁰ Cerezo Martínez, *Tercera*, 11.

¹¹ Agustín Ramón Rodríguez González, *Álvaro de Bazán. Capitán general del Mar Océano* (Madrid: EDAF, 2017), 261.

Don Álvaro se hizo a la mar con 91 barcos para cumplir su misión; las barcasas de fondo plano, auténticas predecesoras de las lanchas de desembarco actuales, iban a remolque de los buques mayores.¹² También llevó galeras por las ventajas que le proporcionaban: propulsión a remo independiente del viento para el momento del desembarco, poco calado que permitía su aproximación a las orillas, y la disposición de la artillería al frente para poder batir las playas. Esta vez las galeras sí arribaron felizmente sin mayores percances. Bazán izó de nuevo su insignia en el San Martín. Respecto a las tropas de tierra, embarcó unos 11 000 infantes, incluyendo los del tercio de Íñiguez de Zárate que había recogido previamente en la isla de San Miguel, fiel a Felipe II. Llevaba consigo a las mejores tropas de Europa. La logística se preparó con minuciosidad; el sostenimiento de esta fuerza no fue nada fácil, e incluía armas de respeto, pólvora, munición, víveres e, incluso, un hospital de campaña.

Una vez llegado el convoy a las islas, don Álvaro lo organizó para el combate distribuyendo personal y material. La captura de una embarcación procedente de la Tercera le proporcionó información militar valiosísima sobre las defensas enemigas. Muchos navíos y soldados franceses desertaron en cuanto avistaron la imponente armada hispana fondeada frente a la isla. A través de mensajeros Santa Cruz intentó rendir la plaza pacíficamente pero fueron recibidos a tiro limpio. La costa fue reconocida por Bazán y sus consejeros más próximos, entre los cuales estaba Miguel de Oquendo. Aparte de ellos también intervinieron los maestros de campo de los tercios. Buscaban una playa para el desembarco. Una vez fue elegida, Lope de Figueroa lo dispuso todo para la operación; protegió las proas de las galeras y barcasas ante impactos frontales, repartió munición de boca y de guerra y distribuyó al trozo de infantes que desembarcaría, 4 000 soldados, entre 40 y 50 compañías, la mayoría perteneciente a los tres tercios españoles. Ocuparon los botes durante la noche para poder atacar al amanecer. La aproximación fue sigilosa hasta que llegaron a distancia de tiro, y entonces las galeras rompieron el fuego con enorme violencia mientras las barcasas se aproximaban a remo a la playa elegida. Entre los primeros en saltar a la arena estaba el soldado Rodrigo de Cervantes, hermano de Miguel. Una vez en tierra las unidades formaron sus indestructibles escuadrones y su avance ya fue inevitable, aunque los franco-portugueses lo intentaron enviando numerosos refuerzos y causándoles 400 bajas.¹³ El rodillo militar hispano avanzaba imparable, los cuadros de los tercios iban desplegados para el combate sin que nada les pudiera detener. La capital, Angra, se rindió casi sin combatir. Toda la armada enemiga fondeada –31 buques– cayó intacta en manos españolas.¹⁴ Fue aquí, en Angra, desde donde Álvaro de Bazán escribió a Felipe II recomendándole repetir esta operación contra la Inglaterra hereje.

Y con respecto al resto de islas rebeldes, la isla de Fayal tuvo que ser tomada al asalto mientras que el resto se entregó casi sin combatir. Como afirma Cerezo Martínez,¹⁵ la organización del ejército y la ejecución del desembarco fueron las claves para el éxito de la conquista de la Tercera y del resto de islas del

¹² Pi Corrales, *Los tercios*, 319.

¹³ Cerezo Martínez, *Tercera*, 30.

¹⁴ Cerezo Martínez, *Tercera*, 16.

¹⁵ Cerezo Martínez, *Tercera*, 34.

archipiélago. El reconocimiento y elección del punto de desembarco, las maniobras de diversión en otros lugares y la sorpresa y rapidez en la consolidación de la cabeza de playa fueron elementos que, salvando las distancias históricas, son perfectamente trasladables a modelos de asaltos anfibios en la actualidad.

Y para finalizar este capítulo y volviendo a lo que decíamos sobre el triángulo favorito de Albión (Azores, Finisterre y San Vicente), hubo una vez un solitario navío llamado San Ignacio de Loyola, alias El Glorioso, que en 1747 volvía a España cargado de riquezas. Tuvo tres grandes encontronazos con ingleses – cuatro o cinco menores– y en todas las ocasiones les presentó batalla. No le quedaba otra porque la rendición no era una opción. En los tres vértices se enfrentó a ellos en solitario, uno contra todos. Mirando el cuadro de Brooking durante unos minutos se puede respirar el olor acre de la pólvora negra. Pero esa también es otra historia.



Captura del Glorioso, óleo de Charles Brooking (1747)

LA ARMADA INVENCIBLE

El término «INVENCIBLE» –en mayúsculas en el original– fue usado por primera vez en septiembre de 1588 por el Barón de Burghley, secretario de la reina de Inglaterra, Isabel I, para referirse a la «Gran Armada» o «Felicísima Armada», términos que fueron los realmente utilizados por España para definir a la flota que tomó parte en la empresa de Inglaterra. Siempre aumenta el valor de la victoria vencer algo que no puede serlo, algo invencible.

Los antecedentes de esta jornada son claros y evidentes. La Monarquía Hispánica estaba sufriendo repetidos ataques en sus posesiones europeas y americanas por parte de corsarios ingleses que contaban con el apoyo encubierto de la reina Isabel, con la que no estábamos oficialmente en guerra. De hecho, Drake y Hawkins comenzaron su larga carrera de saqueos en el Caribe español. En segundo lugar, Inglaterra apoyó la rebelión de Flandes y al

prior de Crato con el envío de tropas como ya hemos visto. A todo esto hay que sumar la ejecución de la católica reina de Escocia, María Estuardo, ordenada por Isabel. De esta forma, se libró de una pretendiente con derechos a la corona inglesa y se aseguró el triunfo del protestantismo anglicano.



Isabel I y la Armada Invencible, óleo anónimo (siglo XVII)

El rey Prudente decidió zanjar la situación, restablecer el catolicismo en Inglaterra y acabar con el apoyo inglés a los rebeldes de Flandes. Para ello se dejó asesar por sus mejores generales: Alejandro Farnesio, duque de Parma y general en jefe del ejército de Flandes; y Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que tras la conquista de las Azores permanecía en la capital de la isla Tercera. Ambos habían coincidido en Lepanto pero sus respuestas fueron bien distintas: visto el tremendo éxito en Azores, Santa Cruz ya había sugerido anteriormente repetir la operación en Inglaterra con un mayor número de hombres y barcos, 60 000 y 150 respectivamente. Era un esfuerzo colosal incluso para el todopoderoso Felipe II. La opinión de Farnesio consistía en acabar primero la guerra con unos Países Bajos rebeldes ya muy debilitados, y luego enviar una gran fuerza de invasión desde Flandes hasta Inglaterra. Los tercios harían el resto.

Al final, el rey optó por una solución intermedia: Santa Cruz iría con una flota de 130 naves y 19 000 hombres desde España, transportando la artillería, la impedimenta y los caballos necesarios para la lucha en tierra. En las costas de Flandes debía contactar con Farnesio y sus 27 000 infantes quienes, embarcados en 173 barcos menores, cruzarían el canal de la Mancha, desembarcarían en la costa inglesa de Kent y avanzarían directamente hasta Londres. La armada les acompañaría navegando por el Támesis. La situación era propicia ya que Inglaterra estaba al límite; tenía desplegados muchos veteranos en Flandes y en la frontera con Escocia, en previsión de que los escoceses pudieran atreverse a levantarse tras la decapitación de la reina María.

Esto es lo primero que queremos dejar claro: la Gran Armada no fue una fuerza de invasión, esa era la de Farnesio que esperaba en Flandes. Era una fuerza de escolta. ¿Por qué necesitaba Parma esta escolta? Las costas del canal de la Mancha en ambas orillas, tanto en Inglaterra como en el continente son enormemente traicioneras, están llenas de bajíos que no permiten el calado de

grandes naves como luego veremos. Los rebeldes holandeses tenían una flota de pequeños barcos ágiles y maniobreros que se había adaptado perfectamente a esta circunstancia, los famosos filibotes; aparte de esto conocían perfectamente sus aguas. Cualquier intento de transporte naval con pequeñas barcazas desde el continente hacia Inglaterra se habría visto las caras, primero con los cañones ligeros de los filibotes holandeses y luego con la Armada inglesa en las aguas del canal. Sin una fuerza de escolta que salvase de ambos peligros la empresa se antojaba imposible.

Con independencia de esto, la Armada llevaba infantería embarcada, claro que la llevaba, los 8000 soldados de cinco tercios necesarios para el combate naval. Y también habrían sido capaces de desembarcar en la costa y establecer una cabeza de playa temporalmente. Todas estas posibilidades estaban previstas en las instrucciones que dio el soberano, pero no era su función principal, no era una fuerza de invasión como lo fue en la Tercera. De hecho, podrían haber intentado el desembarco en la costa sur de Inglaterra durante todo su recorrido y no lo hicieron, insistimos, eso no era lo ordenado por el rey ni era su misión. En otro orden de cosas, las costas del Flandes español no disponían de un puerto con la capacidad y el fondo suficiente para la Armada, excepto el estuario del Escalda cuya entrada controlaban los rebeldes holandeses. Esto era un serio problema ya que no había un puerto seguro en el que recalar ante cualquier contingencia de las grandes naves. Algunos de los puertos atlánticos de Flandes estaban en manos de Farnesio, no así el control del mar. De hecho, Alejandro comenzó a construir, y luego a transportar a los puertos de Dunquerque y Nieuwpoort las pequeñas embarcaciones con las que sus infantes cruzarían el canal. Para su traslado utilizó en gran medida los canales interiores por no poder salir a aguas abiertas.

Mientras Santa Cruz aprestaba la Armada en Lisboa, murió inesperadamente de tifus. De forma un tanto precipitada, el rey ordenó su sustitución por el duque de Medina Sidonia quien, con total honestidad intentó disuadirle al considerar que era una decisión errónea, ya que no era marino ni sabía de cosas de la mar, y el tamaño de la empresa le desbordaba por completo. El rey no aceptó la réplica y se acabó la discusión. Mucha historiografía carga las culpas sobre Medina Sidonia, tras el desastre siempre se tiende a buscar una cabeza de turco, pero un análisis sensato y objetivo seguramente nos llevaría a relativizar su figura: fue honesto con el rey y le dijo que no estaba a la altura, no sabía nada del mar pero se rodeó de expertos que sí sabían –Miguel de Oquendo, Martínez Recalde– y finalmente cumplió con exactitud las órdenes reales. De hecho, llegó prácticamente intacto a las costas de Flandes para escoltar las barcazas de Farnesio.

En el bando inglés el mando era un anciano Charles Howard que contó entre sus subordinados a Hawkins y Drake. Aunque la armada española era superior, las fuerzas no estaban tan desequilibradas: frente a los 130 barcos, 2400 cañones y 26 000 infantes españoles, estaban 100 barcos, 2400 cañones y 20 000 infantes ingleses, más los 36 filibotes holandeses de bloqueo.

La Armada era enormemente heterogénea, magníficos galeones portugueses, naves de transporte lentas y panzudas, galeazas, etc. Incluso se intentó que

fueran galeras, de las que no llegó ninguna, no soportaron las abiertas aguas atlánticas y se tuvieron que retirar ante el riesgo de zozobra.¹⁶ La empresa comenzó su singladura sufriendo un gran temporal y tuvo que refugiarse en La Coruña. Tras agrupar a sus naves y reabastecerse, Medina Sidonia continuó.



Derrota de la Armada Invencible, óleo de Philippe-Jacques de Loutherbourg (1796)

A finales de julio de 1588 la Armada llegó a la costa meridional de Inglaterra, a la altura de Plymouth. En el interior de la bahía estaba fondeada la flota de Drake, la sorpresa había sido total. Medina Sidonia no supo qué hacer, sus asesores más experimentados le decían que atacara, otros que no lo hiciera. No era un hombre de mar, no sabía las ventajas que le daría esta acción ni fue lo suficientemente flexible para aprovechar oportunidades como esta. Al final decidió seguir literalmente las órdenes del rey y avanzar hacia el este por la costa para lograr contactar con Farnesio. Dejó pasar la oportunidad de aniquilar una flota enemiga tomada por sorpresa y encerrada en una bahía sin ninguna escapatoria. Creemos que este fue el mayor error que cometió Medina Sidonia durante toda la operación. Drake no desaprovechó la oportunidad, salió de la ratonera esa misma noche y, navegando de bolina hacia el oeste, se situó a barlovento de la Armada. No abandonaría esta privilegiada posición durante toda la batalla. Fue una maniobra formidable. Si hablamos de acciones entre veleros es absolutamente necesario tener en cuenta el viento y cómo se utiliza. Quien tiene el barlovento tiene el control del contacto, dispone la libertad de acción, elige cuándo, cómo y dónde atacar, mientras que la escuadra de sotavento solo

¹⁶ Agustín Ramón Rodríguez González, *Mitos desvelados: Drake y la «Invencible»* (Madrid: Sekotia, 2011) 98-99

le queda reaccionar a lo que le venga. Y en este aspecto los ingleses siempre han sido fabulosos.

Los ingleses propalaron una historia para minimizar el mérito español y maximizar el propio hasta el absurdo: al parecer, Drake estaría jugando a los bolos cuando le advirtieron que la Armada había llegado a las costas inglesas. Como si esto no fuera un motivo por el que preocuparse demasiado, decidió acabar la partida primero y vencer a los españoles después.¹⁷ Una excusa absurda que no se sostiene ni histórica ni documentalmente.

La Armada española comenzó a navegar hacia el este en busca del ejército de Flandes con la inglesa justo detrás. Durante la singladura se produjeron más escaramuzas que batallas. En todas ellas los barcos españoles intentaron abordar a sus enemigos, como en Lepanto y las Azores, a fin de que la infantería resolviera el contacto, pero los ingleses nunca lo permitieron. Se mantuvieron siempre a distancia de tiro de cañón y cuando esta disminuía sus barcos se retiraban. Un choque entre dos barcos españoles provocó que uno de ellos, el potente galeón Nuestra Señora del Rosario, perdiera un mástil y no fuera capaz de seguir a la Armada. Lo mandaba Pedro de Valdés, el mismo que había intentado tomar la isla Tercera y combatido contra las vacas. Poco a poco se fue rezagando hasta que finalmente quedó aislado. Howard había encargado a Drake encabezar la flota perseguidora, y por la noche tenía que encender un farol en popa para que el resto de la escuadra inglesa siguiera sus aguas. Drake se percató de que el Rosario se quedaba atrás y, ante la oportunidad de cazar la pieza, apagó el farol y se desvió de la ruta dejando que la flota inglesa continuara. Tras un breve combate, capturó el barco español prácticamente intacto, cargado de dinero, cañones, pólvora y munición. Ese era Drake, servía a la reina, pero sobre todo a sus propios intereses.

Al final, y solo con otra pérdida, la Armada llegó a la altura de Calais, puerto francés neutral. Allí fondeó Medina Sidonia esperando la noticia de que Farnesio estuviera listo para salir de sus puertos de embarque, pero este le advirtió que tardaría dos días. Este error de enlace y de coordinación fue el que sentenció la empresa. Los ingleses fondearon a barlovento y no esperaron mucho, esa misma noche lanzaron 8 barcos incendiarios –brulotes– para que el viento los llevara a la escuadra española anclada. Varios botes españoles fueron lanzados al agua y lograron desviar algunas de estas antorchas flotantes, pero hubo otras que continuaron en dirección a los barcos fondeados. Las tripulaciones entraron en pánico y comenzaron a largar las velas para salir de allí, con las prisas muchos de ellos no recogieron las anclas, simplemente cortaron las estachas y las dejaron. Todavía deben estar allí. Poco después muchos de ellos echarían de menos estas anclas en la costa occidental de Escocia e Irlanda. La Armada española salió a toda prisa sin ninguna disciplina y cada barco siguió su propio derrotero. Lo que no había conseguido la escuadra inglesa combatiendo durante los diez días que duró la travesía a lo largo del canal lo consiguieron 8 brulotes en unas horas. El caos hispano fue total ya que, debido a los vientos dominantes, nuestros barcos eran empujados irremisiblemente hacia el este, hacia la costa.

¹⁷ Rodríguez González, *Mitos*, 102-103.

Milagrosamente el viento cambió a última hora y muchos pudieron corregir el rumbo. Pero fue demasiado tarde para tres barcos que encallaron y se perdieron: la galeaza San Lorenzo, el galeón San Felipe y el galeón San Mateo, el mismo que se había cubierto de gloria combatiendo en solitario en las Azores.



Destrucción de la Armada Invencible, óleo de José Gartner de la Peña (1892)

Al alba, Medina Sidonia y otros valientes se quedaron a retaguardia para enfrentarse a los perseguidores ingleses que pretendían dar caza a la desorganizada escuadra española. Dio orden de acudir al combate a los barcos de guerra, pero en algunos casos no fue obedecida. Posteriormente alguno de estos capitanes serían ajusticiados y colgados de las vergas a la vista de todos. El contacto entre Farnesio y la Armada no se había logrado, y la empresa fracasó. Los restos de la Armada seguían navegando hacia el norte sin posibilidad de dar la vuelta debido al viento en contra y también a la vigilancia cercana a que les sometían los ingleses desde una distancia prudente.

Medina Sidonia ordenó retornar a España bordeando las islas Británicas, en un principio en formación y luego, al ver que la velocidad de los barcos era muy distinta, como cada uno pudiera. A partir de aquí la operación se convirtió en una odisea donde cada tripulación buscó su propia salvación. Hubo barcos que consiguieron agruparse y seguir la misma suerte. Debido a los temporales y al mal estado en que se encontraban muchas naves, 30 de ellas¹⁸ naufragaron contra la costa escocesa e irlandesa. Sus tripulaciones corrieron distintas suertes: la mayoría fue masacrada por los ingleses o irlandeses en las mismas playas de arribada; algunos fueron acogidos por los señores locales; otros intentaron hacerse fuertes en el terreno, etc. Concluimos que la intervención de los tercios embarcados fue nula ya que nunca se llegó al choque, los ingleses siempre lo evitaron y prefirieron usar el cañoneo a distancia. Había nacido una nueva forma de combatir en el mar donde la artillería era la protagonista.

Para finalizar contaremos el curioso caso del capitán Francisco de Cuéllar. Se alistó para la campaña de Portugal, combatió en las Azores, y en la Armada era

¹⁸ José Luis Casado Soto, *Los barcos españoles del siglo XVI y la Gran Armada de 1588* (Madrid: San Martín, 1988).

el capitán del galeón San Pedro, uno de los que rompieron la formación y no acudieron a la batalla cuando Medina Sidonia lo ordenó. Estaba detenido a la espera de la horca cuando su barco encalló en la costa de Irlanda junto a otros dos. Milagrosamente Cuéllar logró salvarse del naufragio y de la matanza posterior en la playa a manos de los ingleses. En su itinerario para escapar de la isla le ocurrió casi de todo: le robaron, pegaron, esclavizaron, tuvo que combatir... hasta que llegó al Flandes español y escribió una carta al rey. Una odisea digna de ser novelada. En la actualidad hay muchos recordatorios de la Gran Armada en Irlanda, uno de los más famosos es la ruta del capitán Cuéllar.

Aprovechando la precaria situación naval de España tras la Felicísima Armada, al año siguiente la reina Isabel decidió contraatacar y enviar una fuerza muy superior a las costas españolas para destruir lo que quedaba de la Armada, conquistar Lisboa e intentar capturar en las Azores las flotas de Indias; política y dinero siempre de la mano. Esta escuadra estaba compuesta por 180 barcos y 28 000 hombres, una fuerza mucho mayor que la española. Sin embargo, esta desconocida Contraarmada fracasó en todos los sitios donde estuvo. El desastre fue tan grande que la reina defenestró a Drake por desobediente pero, finalmente, esa también es otra historia.



Francis Drake, óleo de Marcus Gheeraerts el Joven (1591)

LECCIONES APRENDIDAS

Es un esfuerzo absolutamente estéril intentar comprender la historia sin contextualizarla. Historia es precisamente eso, **contextualización**, poder viajar en el tiempo hasta un momento y un lugar determinado y ver, sin prejuicios ni estereotipos, cómo era esa realidad allí y entonces. Muchas veces ocurre, las más, que humildemente nos damos cuenta de que, salvando las distancias, no hay grandes cambios con respecto a la actualidad que nosotros sí conocemos, pero que, como decimos, pertenece a un contexto distinto. No son los hombres los que hacen historia. Escuchar esto es muy agradable para nuestros egos pero es justo al revés: es la historia la que hace a los hombres. Toda persona pertenece a un momento y un lugar, el suyo, el que le ha tocado vivir. Cada uno ha sido, es y será una persona de su tiempo. Incluso los más innovadores y visionarios entran dentro de esta realidad. Parafraseando a Darwin: «... lamento decirles que tenemos más de monos que de ángeles». En nuestra opinión, esta es la principal premisa con la que se debe abordar cualquier asunto histórico: desde la humildad y sin prejuicios, pues es muy fácil caer en la trampa del juicio de valor basado en la falta de rigor o en el uso justificativo e intencionado en el que se utiliza la historia para demostrar una tesis preexistente. Estamos cansados de ver en infinidad de ámbitos y foros su uso tendencioso. Debe quedar claro que esto sucede en ambos sentidos, porque es igual de fácil caer hacia el otro lado, pasar de la demonización a la exaltación gratuita, de la leyenda negra a la leyenda rosa, a la idealización de una persona o una situación para encumbrar a algo o a alguien. Tan error es uno como el otro. Flaco favor haríamos a los demás y a nosotros mismos si habláramos sin rigor, si no contásemos la historia como fue, con sus luces y con sus sombras.

En Lepanto hubo varias causas que inclinaron la balanza hacia el bando de la Liga. El jefe fue un **líder** indiscutible. Juan de Austria, pese a su juventud, supo entender lo complicado de su misión combinada y llevarla a buen puerto. Hechos como el de tener previsto quitar los espolones en el momento del disparo; mezclar las galeras de distintas nacionalidades para hacer de la victoria un objetivo común; velar por la moral de sus soldados transmitiendo tranquilidad y serenidad antes del choque; o la humanidad en el trato con los hijos capturados de Alí Pachá hicieron de él un gran caudillo al que sus tropas no solo obedecían, sino también admiraban y respetaban. Su biografía así lo demuestra. La intervención de Álvaro de Bazán fue providencial; sus decisiones resolutivas, equilibradas y racionales impidiendo que el centro pudiera ser envuelto, reforzando los sectores que más lo necesitaban, o cubriendo los huecos al descubierto. La ventaja del uso masivo de **armas de fuego**, tanto portátiles como artillería, ya la hemos comentado en el texto. Aparte de la cantidad de bocas de fuego, la mecanización de las descargas de arcabucería, las *ruciadas*, barrieron las cubiertas turcas de forma sistemática obteniendo una victoria aplastante. Estas armas de complicado manejo requerían instrucción y disciplina en su uso.

En la batalla naval de San Miguel apareció, una vez más, el genio de Santa Cruz **adaptándose** a la situación y a las características de los nuevos barcos. Ordenó despliegues lineales por dos razones: aprovechar todo el poder de la artillería lateral de cada barco y que entre ellos no se quitaran el viento. Aunque este tipo de despliegues ya se conocía, no se habían efectuado con anterioridad en una

batalla de este tipo. Parece que se adelantaba a su tiempo, a lo que será el combate de navíos en línea; algo que tiene el mérito añadido de que Álvaro provenía del entorno del Mediterráneo y de las galeras. Y como también ya hemos comentado, incluso siendo algo habitual en la época, la ejecución de los prisioneros provocó quejas incluso de los suyos.

En la conquista de la Tercera, se acertó en la elección de **los medios** más idóneos para la operación, como las barcasas de desembarco transportando soldados de los tercios o empleando galeras para apoyar con su fuego frontal el momento más peligroso.

En nuestra opinión hubo dos grandes fallos que condenaron la empresa de Inglaterra: en primer lugar Medina Sidonia perdió una **oportunidad** de oro cuando no atacó Plymouth con la flota de Drake allí fondeada; no tuvo ninguna **flexibilidad** y decidió seguir literalmente las órdenes del rey. Y, en segundo lugar, el **enlace** entre Medina Sidonia y Farnesio en las costas de Flandes, a donde habían llegado los dos, no se produjo en la forma adecuada.

*Ocultar el pasado, enterrar los muertos, cubrir sus hazañas
y patear los hechos es forma segura de engendrar inútiles,
criar desconocedores, madurar incapaces y proteger privilegios;
que en el estiércol del olvido, bien se dan, y hozan a gusto,
la incultura, la injusticia, la vanidad, la codicia, la estupidez y los cerdos.¹⁹*

¹⁹ Víctor San Juan. *Morirás por Cartagena*.

FUENTES CONSULTADAS

Lansquenetes y piqueros suizos: precedentes de los tercios

- AA. VV. *New Encyclopaedia Britannica*, 15ª edición, vol. 5. Chicago: Britannica, 2003.
- Calleja Leal, Guillermo. «Los reisläufer suizos, una milicia a sueldo». *Revista internacional de historia militar*, n. 95 (2018).
- Martínez Ruiz, Enrique. *Historia militar de la Europa Moderna*. Madrid: Síntesis, 2015.
- Mesa Gallego, Eduardo de. *Los tercios en las campañas del Mediterráneo s. XVI. Italia*. Madrid: Almena, 2001.
- Miller, Douglas y Gerry Embleton. *The Swiss at war*. Oxford: Osprey, 1979.
- Hale, John R. *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento 1450–1620*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1990.
- Parker, Geoffrey. *La revolución militar: innovación militar y apogeo de Occidente 1500–1800*. Madrid: Alianza, 1999.
- Richards, John. *Landsknecht soldier*. Oxford: Osprey, 2002.
- Wickman, Chris. *Europa en la Edad Media. Una nueva interpretación*. Barcelona: Crítica, 2017.

De Granada a Nápoles: campañas del Gran Capitán

- AA. VV. *Historia militar ACINF–EET9*. Toledo: Academia de Infantería, 2016.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel. «Baja Edad Media 1250–1504». *Historia militar de España*, t. 2 *Edad Media*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2013.
- *Las guerras de Granada en el siglo XV*. Barcelona: Ariel, 2002.
- Martín Gómez, Antonio. *El Gran Capitán. Las campañas del duque de Terranova y Santángelo*. Madrid: Almena, 2000.
- Martínez Ruiz, Enrique. *Los ejércitos en tiempos de Isabel I*. Cervantes Virtual http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/los-ejrcitos-en-tiempos-de-isabel-i-0/html/00a68338-82b2-11df-acc7-002185ce6064_4.html (consultado en 2019).
- Pérez Gimena, José Antonio. «De Granada a Pavía. La evolución del Ejército español desde 1482 a 1525». *Revista de historia militar*, n. 123 (2018).
- «Génesis de la España militar moderna». *Militaria. Revista de cultura militar*, n. 7 (1995).
- Quatrefages, René. *La revolución militar moderna: el crisol español*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1996.
- Vigón Suero-Díaz, Jorge. *Ejército de los Reyes Católicos*. Madrid: Editora Nacional, 1968.
- Villamartín, Francisco. *Nociones del arte militar*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1989.
- Zurita, Jerónimo. *Historia del rey don Hernando el Católico*. En *Anales de Aragón*, vol. 5. Zaragoza: Herederos de Pedro Lanaja y Lamarca, 1670.

La infantería de los Austrias: análisis por capacidades

- AA. VV. *Colección legislativa de España*, vol. 31 (1843, 2º). Madrid: Imprenta Nacional, 1844.
- «La aportación extranjera a la milicia española». *Cuadernos de historia militar*, n. 1, 3 y 5 al 8. Madrid: Ministerio de Defensa, 2014–2019.
- *Recopilación de leyes de Indias*, t. 4. Madrid: Boix, 1841.
- Albareda, Joaquim. *La guerra de Sucesión de España*. Barcelona: Crítica, 2010.
- Albi de la Cuesta, Julio. *De Pavía a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Balkan, 1999.
- Belloso Martín, Carlos. *La antemuralla de la monarquía*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2010.
- Boeri, Giancarlo, José Luis Mirecki y José Palau. *The Spanish armies in the war of the League of Augsburg 1688–1697*. Milán: Boeri, 2002.
- Bosio, Iacomo. *Dell'istoria della sacra religione et illma. militia di San Giovanni Gerosolimitano*. 3 vols. Roma: Guglielmo Facciotto, 1602.
- Cabrera de Córdoba, Luis. *Filipe Segundo, rey de España*. 4 vols. Madrid: Aribau, 1876.
- Calderón de la Barca, Pedro. «Para vencer a amor, querer vencerle». *Comedias escogidas de los mejores ingenios de España*, vol. 7. Madrid: Domingo García y Morrás, 1654.
- Calero Palacios, María del Carmen. *Nafragio de la Armada española en La Herradura*. Granada: Diputación Provincial, 2012.

- Camarero, Raquel. *La guerra de recuperación de Cataluña*. Madrid: Actas, 2015.
- Cañete Carrasco, Hugo. *Los tercios de Flandes en Alemania*. Málaga: Salamina, 2014.
- *Los tercios en América*. Málaga: Salamina, 2017.
- *Los tercios en el Mediterráneo*. Málaga: Salamina, 2015.
- Castro Fernández, José Javier de y África Cuadrado. «Las fortificaciones de la corona hispánica en el Mediterráneo durante los siglos XVI y XVII». *IV Congreso de Castellología*. Madrid: Asociación Española de Amigos de los Castillos, 2012.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Segunda parte del ingenioso caballero don Quixote de la Mancha*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1615.
- Clonard, Serafín de Sutton conde de. *Historia orgánica de la infantería y la caballería españolas*. 16 vols. Madrid: D. B. González, 1851–1859.
- Contreras Gay, José. «Las milicias pecuniarias en la Corona de Castilla (1650–1715)». *Studia historica. Historia moderna*, n. 25 (2003).
- Domínguez Flores, María Antonia. *Discurso de mi vida de Alonso Contreras. Edición y estudio*. Tesis doctoral. Universidad Complutense, 2007.
- Estébanez Calderón, Serafín. *De la conquista y pérdida de Portugal*. Madrid: Pérez Dubrull, 1885.
- Fernández Duro, Cesáreo. «Informe en desagravio de don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque». *Memorias de la Real Academia de la Historia*, vol. 10. Madrid: Manuel Tello, 1881.
- *La Armada Invencible*. 2 vols. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1884.
- Ferrer Couto, José. *Álbum del Ejército*. 3 vols. Madrid: Ducazcal, 1846–1847.
- García Cerezeda, Martín. *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del emperador Carlos V*. 3 vols. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1873.
- Giménez González, Manuel. *El Ejército y la Armada*. 2 vols. Madrid: Ministerio de Defensa, 1982.
- Giménez Martín, Juan. *Tercios de Flandes*. Madrid: Falcata, 2004.
- Gómez Ruiz, Manuel y Vicente Alonso Juanola. *El ejército de los Borbones*, 8 vols. Madrid: Ministerio de Defensa, 1989–2009.
- Gracia Rivas, Manuel. «En torno a la biografía de Blas de Lezo». *Itsas Memoria. Revista de estudios marítimos del País Vasco*, n. 7 (2012).
- «La campaña de Bretaña». *Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n. 20 (1993).
- Guthrie, William P. *Batallas de la guerra de los Treinta Años (I). De la Montaña Blanca a Nördlingen, 1618–1635*. Málaga: Ediciones Salamina, 2016.
- Heros, Martín de los. *Historia del conde Pedro Navarro*. En *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vols. 24 y 25. Madrid: Viuda de Calero, 1854.
- Keegan, John. *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner, 2013.
- Kerney Walsh, Micheline. «La expedición española a Irlanda en 1601». *Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n. 20 (1993).
- Ladero Quesada, Miguel Ángel. *Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Nápoles y el Rosellón 1494–1504*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2010.
- Losada, Juan Carlos. *Los generales de Flandes: Alejandro Farnesio y Ambrosio de Spínola*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2007.
- Maffi, Davide. «Las guerras de los Austrias». *Historia militar de España*; t.2, vol.3 *El escenario europeo*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2013.
- Manuel, Francisco. *Epanaphoras de varia historia portugueza*. Lisboa: Henrique Valente, 1660.
- Marichalar, Antonio. *Julián Romero*. Madrid: Espasa-Calpe, 1952.
- Martens, Pieter. «La destruction de Théroouanne et d'Hesdin par Charles Quint en 1553». *La forteresse à l'épreuve du temps*. París: CTHS, 2007.
- Martínez Ruiz, Enrique. *Los soldados del rey*. Madrid: Actas, 2008.
- Mendoza, Bernardino. *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Payses Baxos*. Madrid: Pedro Madrigal, 1592.
- Mogaburo López, Fernando J. «Disertación sobre la antigüedad de los regimientos». *Ejército*, n. 923 y 924 (2018).
- *Enciclopedia multimedia de la caballería española*. <http://caballipedia.es> (2017).
- Muñoz de San Pedro, Miguel. «Don Álvaro de Sande, cronista del desastre de los Gelves». *Revista de estudios extremeños*. Badajoz: Diputación Provincial, 1955.
- Mur i Raurell, Anna. «Rocandolfo al servicio de Carlos V (1481–1541)». *Anuario de estudios medievales*, n. 28 (1998).
- Oman, Charles. *A history of the art of war*. Londres: Methuen & Co., 1937.
- Parker, Geoffrey. *El ejército de Flandes y el Camino Español*. Madrid: Alianza, 2006.

- Pi Corrales, Magdalena de Pazzis. *Tercios del mar*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2019.
- Portugués, José Antonio. *Colección general de las ordenanzas militares*. 10 vols. Madrid: Antonio Marín, 1764.
- Pulgar, Hernando del. *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel de Castilla y Aragón*. Valencia: Benito Monfort, 1780.
- Quatrefages, René. *La revolución militar moderna: el crisol español*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1996.
- *Los tercios*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2015.
- Recio Morales, Óscar. *El socorro de Irlanda en 1601 y la contribución del Ejército a la integración social de los irlandeses en España*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2002.
- Ribot García, Luis. «Las provincias italianas y la defensa de la monarquía». *Manuscrits*, n. 13 (1995).
- Roaro, Jorge. *El humanismo renacentista español visto a través de la retórica, la reflexión filosófica y la búsqueda de la virtud*. Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2017.
- Roberts, Michael. *The military revolution (1560–1660)*. Belfast: University Press, 1956.
- Rocha, Carlos de la, Hugo Cañete Carrasco y Javier González Martín. *El ejército de Alsacia*. Madrid: Sátrapa, 2010.
- Rodríguez Hernández, Antonio José. «De Galicia a Flandes: el reclutamiento y servicio de soldados gallegos en el ejército de Flandes», *Obradoiro de historia moderna*, 16 (2007).
- «La evolución del vestuario militar y la aparición de los primeros uniformes en el Ejército de la Monarquía Hispánica 1660–1680». *Obradoiro de historia moderna*, n. 26 (2017).
- *Los tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648–1700)*. Valladolid: Castilla Ediciones, 2011.
- Rodríguez Villa, Antonio. *Crónicas del Gran Capitán*. Madrid: Bailly Bailliere, 1908.
- *Expedición del maestro de campo Bernardo de Aldana a Hungría en 1548*. Madrid: Medina, 1878.
- *Italia desde la batalla de Pavía al saco de Roma*. Madrid: Luis Navarro, 1885.
- Rosell, Cayetano. *Historia del combate naval de Lepanto*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1823.
- Salazar, Pedro. *Historia de la guerra y presa de África*. Nápoles: Mattia Cancer, 1552.
- Samaniego, Juan Antonio. *Disertación sobre la antigüedad de los regimientos*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1992.
- San Martín de Artiñano, Francisco. *La defensa militar de la Carrera de Indias, la infantería de Armada y el tercio de Galeones (1521–1717)*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2015.
- Sánchez Sánchez, Mercedes. *Cartas de Quevedo a Sancho de Sandoval*. Madrid: Calambur, 2009.
- Sánchez Martín, Juan Luis. «La infantería española, italiana, valona, alemana y británica en Italia y Flandes». *La época de los tercios* <http://www.tercios.org> (consultada en 2015).
- «La infantería valona y alemana del ejército de Flandes, 1566–1609». *Researching & Dragona*, n. 5 (1998).
- «Las tropas británicas de la casa de Austria». *Researching & Dragona*, n. 8 (1999).
- «Los capitanes del soldado Miguel de Cervantes». *Revista de historia militar*, n. extraordinario (2016).
- «Rocroi (1643): el triunfo de la propaganda». *Dragona*, n. 3 (1993) y *Researching & Dragona*, n. 16 (2002).
- Sánchez Tarradellas, Víctor. *La logística de los tercios*. Zaragoza: HRM Ediciones, 2019.
- Sandoval, Prudencio. *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. 2 vols. Amberes: Geronymo Verdussen, 1681.
- Serrano y Pineda, Luis. «Correspondencia de los Reyes Católicos con el Gran Capitán». *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, vol. 19. Madrid: José Manuel de la Cuesta, 1913.
- Sola, Emilio. «España y Japón en el Siglo de Oro, historia de un desencuentro». *Japón y España: acercamientos y desencuentros (siglos XVI y XVII)*. Gijón: Satori, 2012.
- Strada, Famiano. *Guerras de Flandes*, 3 vols. Colonia: Melchor de Novar, 1681.
- Thompson, I.A.A. *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560–1620*. Barcelona: Crítica, 1981.
- Vallecillo, Antonio. *Legislación militar de España antigua y moderna*, vol. 11. Madrid: Díaz y Compañía, 1853.
- Vázquez, Alonso. *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese*. En *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vols. 72–74. Madrid: Miguel Ginesta, 1879.

- Vincart, Juan Antonio, *Relación de la campaña de 1643*. En *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vol. 75. Madrid: Miguel Ginesta, 1880.
- Zarza Sánchez, Emiliano. *La participación del duque de Béjar en el sitio de Buda*. Béjar: Centro de Estudios Bejaranos, 2014.
- Zurita, Jerónimo. *Historia del rey don Hernando el Católico*. En *Anales de Aragón*, vol. 5. Zaragoza: Herederos de Pedro Lanaja y Lamarca, 1670.

La caballería en los siglos XVI y XVII

- Aguado Bleye, Pedro. *Manual de historia de España*, t. 2. Madrid: Espasa-Calpe, 1971.
- Álava y Viamont, Diego de. *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1993.
- Albi de la Cuesta, Julio, Leopoldo Stampa y Juan Silvela Miláns del Bosch. *La caballería española: un eco de clarines*. Madrid: Tabapress, 1992.
- Aranda Mata, Antonio. *El arte militar*. Madrid: Pegaso, 1957.
- Barado, Francisco. *Historia del Ejército español*, 3 vols. Barcelona: Soler, 1883–1887.
- Basta, George. *Gobierno de la cavallería ligera*. Madrid: Francisco Martínez, 1641.
- Clonard, Serafín de Sutton conde de. *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas*. Madrid: D. B. González, 1851.
- Gil Álvaro, Antonio. *Glorias de la caballería*. Madrid: Tipografía Avrial, 1896.
- Gil Picache, Baltasar. *Elementos de historia militar*. Valladolid: Colegio Santiago, 1913.
- González de Simancas, Manuel. *España militar a principios de la Baja Edad Media*. Madrid: Taller del Departamento de Guerra, 1925.
- Jacquinet de Presle, C. *Curso de arte y de la historia militar*. Toledo: Jordán, 1833.
- Jomini, Antoine–Henri barón de. *Compendio del arte de la guerra*. Madrid: D. M. de Burgos, 1840.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel. *Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Nápoles y el Rosellón 1494–1504*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2010.
- Lion Valderrábano, Raúl y Juan Silvela Miláns del Bosch. *La caballería en la historia militar*. Valladolid: Academia de Caballería, 1979.
- Maraval, José Antonio. *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid: Centro Estudios Constitucionales, 1981.
- Marselli, Nicola. *La guerra y su historia*. Toledo: Fando y Hermano, 1884.
- Martín Arrúe, Francisco. *Curso de historia militar*. Toledo: Hermanos Menor, 1884.
- Martínez de Merlo, Juan. «La caballería entre los Austrias y Borbones». *Revista de historia militar*, n. 121 (2017).
- Sánchez Albornoz, Claudio: *La batalla de Polvoraria*. Madrid: Anales de la Universidad de Madrid, 1932.
- *Del ayer de España*. Madrid: Obras Selectas, 1973.
- Sotto y Montes, Joaquín. *Síntesis histórica de la caballería española*. Madrid: Escelicer, 1968.
- Vázquez, Alonso. *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese*. En *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vols. 72–74. Madrid: Miguel Ginesta, 1879.

La artillería en la época de los tercios

- AA.VV. *Revista de historia militar*, n. extra 250 aniversario del Real Colegio de Artillería. Madrid: Instituto de Historia y Cultura Militar, 2014.
- Álava y Viamont, Diego de. *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2000.
- Albi de la Cuesta, Julio. *De Pavía a Rocroi. Los tercios de la infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Balkan, 2005.
- Alcalá–Zamora, José. *Altos hornos y poder naval en la España de la Edad Moderna*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1999.
- Almirante, José. *Diccionario militar, etimológico, histórico, tecnológico*. Madrid: Depósito de la Guerra, 1869.
- Arantegui y Sanz, José de. *Apuntes históricos sobre la historia de la artillería española en los siglos XIV y XV*. Madrid: Fortanet, 1887.
- *Apuntes históricos sobre la artillería española en la primera mitad del siglo XVI*. Madrid: Imprenta del cuerpo de artillería, 1891.

- «Datos para la historia de la artillería española». *Memorial de artillería*, 3/11 (1885).
- «Nuevos datos para la historia de la artillería española». *Memorial de artillería*, 3/13 (1885).
- Bernaldez, Andrés. *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel*. Granada: José María Zamora, 1856.
- Campillo Meseguer, Antonio. *La fuerza de la razón. Guerra, estado y ciencia en los tratados militares del Renacimiento*. Murcia: Universidad de Murcia, 1986.
- Carrasco y Sayz, Adolfo. «Apuntes para la historia de la fundición de artillería de bronce en España». *Memorial de artillería*, 3/15 y 3/16 (1887).
- Cerdá y Rico, Francisco. *Crónica de D. Alfonso el Onceno de este nombre, de los reyes que reynaron en Castilla y en Leon*. Madrid: Antonio de Sancha, 1787.
- Collado, Luis. *Plática Manual de la artillería* (facsimil). Segovia: Academia de Artillería, 1985.
- Cook, Weston F. «The cannon conquest of Nasrid Spain and the end of the Reconquista», *Crusaders, condottieri, and cannon: medieval warfare in societies around the Mediterranean. History of warfare*, 13. Leiden: Brill Academic Publisher, 2003.
- Cortes, Hernán (s.a.) *Historia de Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador. Aumentada con otros documentos y notas por el ilustrísimo señor don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de México*. México: 1776.
- Escalante, Bernardino de. *Diálogos del arte militar*. Bruselas: Casa de Rutger Velvio, 1595.
- Fernández de Medrano, Sebastián. *El práctico artillero que contiene tres tratados*. Bruselas: Francisco Foppens, 1680.
- *El perfecto Bombardero y práctico artificial. Dividido en dos tratados*. Bruselas: Francisco Foppens, 1691.
- Firrufino, Julio César. *El perfecto artillero, theórica y práctica* (facsimil) Segovia: Academia de Artillería, 1987.
- Frontela Carreras, Guillermo. «La artillería en América». *Al pie de los cañones. La artillería española*. Madrid: Tabapress, 1994.
- González de León, Fernando. «Doctors of the military discipline». *The sixteenth century journal*, n. 27 (1996).
- Hugo, Herman. *Sitio de Breda*. Madrid: Balkan, 2001.
- Isla, Lázaro de la. *Breve tratado de la artillería y fábrica della y instrumentos de fuego*. Madrid: Viuda de P. Madrigal, 1595.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel. *¡Vencidos! Las guerras de Granada*. Barcelona: Ariel, 2002.
- Lechuga, Cristóbal. *Tratado de artillería y fortificación*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1990.
- López Martín, Javier. «La evolución de la artillería en la segunda mitad del siglo XV. El reinado de los Reyes Católicos y el contexto europeo». *Artillería y fortificaciones en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica 1474–1504*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2004.
- Maquiavelo, Nicolás. *Del arte de la guerra*. Estudio preliminar, traducción y notas de Manuel Carrera Díaz. Madrid: Tecnos, 1988.
- Maravall, Jose Antonio. *Escritos de historia militar*. Recopilación y estudios introductorios de Carmen Iglesias y Alejandro Diz. Madrid: Ministerio de Defensa, 2007.
- Marchena Fernández, Juan. *Ejército y milicias en el mundo colonial americano*. Madrid: MAPFRE, 1992.
- Martínez Bande, José Manuel. *Historia de la artillería*. Madrid: Escelicer, 1947.
- Medina Ávila, Carlos J. «La artillería en la Monarquía Hispánica». *Historia militar de España*, vol. 3, *Edad Moderna*, t. 2 *El escenario europeo*. Comisión de Historia Militar y Real Academia de la Historia. Madrid: Ministerio de Defensa, 2011.
- «El armamento. Visión histórica del material de artillería en España». *Al pie de los cañones. La artillería española*. Madrid: Tabapress, 1994.
- «Culebrinas y cañones: ciencia y práctica artillera en la Europa de los tercios». *Los Hasbburgo y Europa. Soldados y ejércitos (Siglos XVI y XVII)*. Ponencias del III Seminario Internacional de la Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar. Madrid: Universidad Complutense, en prensa.
- Mendoza, Bernardino de. *Theorica y practica de guerra, efcrita al principe don Felipe nuestro Señor*. Amberes: Imprenta Plantiniana, 1596.
- Ossorio, Fernando (1973). «Noticias orgánicas de la artillería española en el siglo XVII». *Revista de historia militar*, n. 34. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1983.
- Parker, Geoffrey. *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de occidente 1500–1800*. Barcelona: Crítica, 1990.

- Pulgar, Hernando del. *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel de Castilla y de Aragón*. Madrid: Juan Mata Carrizo, 1945.
- Quatrefages, René. *La revolución militar moderna: el crisol español*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1996.
- Ríos, Vicente de los. *Discurso sobre los ilustres autores e inventores de artillería que han florecido en España desde los Reyes Catholicos hasta el presente*. Madrid: Joachin Ibarra, 1767.
- Sáez Abad, Rubén. *Los grandes asedios de la época moderna (siglos XVI–XVII)*. Madrid: Almena, 2010.
- Salas, Ramón de. *Memorial histórico de la artillería española*. Madrid: García, 1831.
- Ufano, Diego. *Artillerie c'est-à-dire Vraye instruction de l'artillerie et de tous ses appartenances*. Zutphen: Andre d'Aelst, 1621.
- Vigón Suero-Díaz, Jorge. *Ejército de los Reyes Católicos*. Madrid: Editorial Nacional, 1968.
- *Historia de la artillería española*, 3 vols. Madrid: Instituto Jerónimo Zurita y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947.

Los ingenieros militares al comienzo de la Edad Moderna

- Almirante, José. *Historia militar de España*, 4 vols. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- Banús Comas, Carlos. «El empleo de minas en los sitios». *Memorial de ingenieros*, 4/5 (1908).
- Calderón, Quijano. *Visión general de las fortificaciones indianas en los distintos frentes continentales*. Madrid: Ministerio de Defensa: 1988.
- Campo, Jesús del. *Pedro Navarro, conde de Oliveto*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1983.
- Comellas, José Luis. *Historia de España moderna y contemporánea*. Madrid: Rialp, 1967–1978.
- Firrufino, Julio César. *El perfecto artillero, teórica y práctica* (facsimil). Segovia: Academia de Artillería, 1987.
- Herrero Fernández–Quesada, María Dolores et al. *Al pie de los cañones. La artillería española*. Madrid: Tabapress, 1994.
- Jovio, Paulo: *La vita di Gonzalvo Ferrando di Cordova, detto il Gran Capitano*. Florencia: Lorenzo Torrentino, 1550.
- Lechuga, Cristóbal. *Tratado de artillería y fortificación*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1990.
- Llave y García, Joaquín de la: «Lecciones de fortificación». *Memorial de ingenieros* (1898).
- «Lecciones de fortificación». *Revista de ciencias militares* (1904).
- «Don Sebastián Fernández de Medrano como escritor de fortificación». *Memorial de ingenieros*, 2/15 (1878).
- López Muiños, Juan: *Algunos aspectos de la ingeniería militar española y cuerpo técnico*. Madrid: Ministerio de Defensa 1993.
- Martín Valverde, Carlos: «La campaña de Antequera en 1410 y la toma de la plaza por el infante don Fernando». *Revista de Historia*, n. 43. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1977.
- Marvá, José: «Lista general de los oficiales del cuerpo de ingenieros del Ejército desde el siglo XVI hasta 1910». *Memorial de ingenieros*, 28 (1911).
- Rojas, Cristóbal de: *Sumario de la milicia antigua y moderna* (facsimil). Madrid: Biblioteca del CEHOPU, 1985.
- *Teoría y práctica de fortificación, conforme a las medidas y defensas de estos tiempos, repartidas en tres partes*. Madrid: Luis Sánchez, 1958
- Sojo y Lomba, Fermín de: «El capitán Luis Pizaño. Estudio histórico–militar referente a la primera mitad del siglo XVI». *Memorial de ingenieros* (1927).
- «Origen de las minas de pólvora». *Memorial de ingenieros* (1929).
- Valera y Limia: «Resumen histórico del arma de ingenieros en general y su organización en España». Madrid: Imprenta Nacional, 1846.
- «Biografía de Pedro Navarro». *Memorial de ingenieros* (1846).

El Camino Español: un prodigio logístico

- Albi de la Cuesta, Julio. *De Pavia a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Balkan, 1999.
- Barroso, Bernardino. *Teórica, práctica y ejemplos*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2004.
- García de Palacio, Diego. *Diálogos militares*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2003.

- Jomini, Henri Antoine de. *Compendio del arte de la guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1991.
- Londoño, Sancho de. *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1992.
- Martínez Laínez, Fernando. *Una pica en Flandes*. Madrid: EDAF, 2007.
- Mendoza, Bernardino de. *Teoría y práctica de guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1998.
- Parker, Geoffrey. *El ejército de Flandes y el Camino Español*. Madrid: Alianza, 2000.
- Quatrefages, René. *Los tercios*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2015.
- Sánchez Tarradellas, Víctor Javier. *La logística de los tercios*. Zaragoza: HRM, 2019.
- Sandoval, Prudencio de. *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. Amberes: Geronymo Verdussen, 1681.
- Strada, Famiano. *Guerras de Flandes*. Amberes: Bousquet, 1749.
- Van Creveld, Martin. *Los abastecimientos en la guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1985.

La guerra de las Alpujarras: insurgencia y contrainsurgencia

- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, t. 2, México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de. «La ayuda exterior a los moriscos. El Magreb y el Imperio otomano». *Desperta Ferro. Historia Moderna*, n. 25 (2016).
- Cañete, Hugo. *Los tercios en el Mediterráneo*. Madrid: Salamina, 2015.
- Castillo Fernández, Javier «Las operaciones militares». *Desperta Ferro. Historia Moderna*, n. 25 (2016).
- García Arenal, Mercedes. «Los españoles en el norte de África (siglos XV–XVII)». *Desperta Ferro. Los tercios (III). Norte de África ss. XVI–XVII*, especial 9, (2016).
- Giménez Martín, Juan Francisco. *Tercios de Flandes*. Madrid: Falcata Ibérica, 2000.
- Hurtado de Mendoza, Diego, *Historia de la guerra de Granada*. Valladolid: Maxtor, 2005.
- Mármol Carvajal, Luis del. *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*. Estudio y edición Javier Castillo Fernández. Granada: Universidad de Granada, 2015.
- Mesa Gallego, Eduardo de, «A fuego y a sangre». *Desperta Ferro. Historia Moderna*, n. 25 (2016).
- Parker, Geoffrey. *La gran estrategia de Felipe II*. Madrid: Alianza, 1998.
- Partner, Peter. *El dios de las batallas. La guerra santa desde la Biblia hasta nuestros días*. Madrid: Oberon, 2002.
- Pérez De Hita, Ginés. *Guerras Civiles de Granada*. Texto preparado por Enrique Suárez Figaredo a partir del de la selección publicada en el n. 1577 de la Colección Austral, Madrid: 1975.
- Rodríguez Hernández, Antonio J. «Las guarniciones africanas durante el siglo XVII». *Desperta Ferro. Los tercios (III). Norte de África ss. XVI–XVII*, especial 9, (2016).
- Ruiz Ibáñez, José Javier. «La comunidad morisca de Granada y la situación interna de la Monarquía Hispánica». *Desperta Ferro. Historia Moderna*, n. 25, (2016).
- Suárez, Luis. *Las guerras de Granada*. Barcelona: Ariel, 2017.

La estrategia de estomago en teatros sin retaguardia

- Bentivoglio, Guido. *Las guerras de Flandes*. Amberes: Geronymo Verdussen, 1687.
- Cañete, Hugo A. *La guerra de Frisia. Las campañas del coronel Verdugo en el norte de Flandes (1579–1594)*. Málaga: Salamina, 2015.
- Gachard, M. *Correspondance de Guillaume le Taciturne, prince d'Orange*, vol. 3. Bruselas: A. Vandale, 1851.
- Giménez Martín, Juan. *Tercios de Flandes*. Madrid: Falcata, 2005.
- Guthrie, William P., *Batallas de la guerra de los Treinta Años (I). De la Montaña Blanca a Nördlingen, 1618–1635*. Málaga: Ediciones Salamina, 2016.
- *Batallas de la guerra de los Treinta Años (II). De Wittstock a la Paz de Westfalia, 1638–1648*. Málaga: Salamina, 2017.
- Liddell Hart, Basil. *The strategy of indirect approach*. Londres: Faber, 1954. Traducción española en *Estrategia: la aproximación indirecta* (Madrid: Ministerio de Defensa, 1989).
- Londoño, Sancho de. *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Bruselas: Roger Velpius, 1596.
- Mendoza, Bernardino de. *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos, 1567–1577*. Madrid: Pedro Madrigal, 1592.

- *Teoría y práctica de guerra*. Madrid: Viuda de P. Madrigal, 1595.
- Parker, Geoffrey. *El ejército de Flandes y el Camino Español*. Madrid: RBA, 2006.
- Quatrefages, René. *Los tercios*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2015.
- Strada, Famiano. *Primera década de las guerras de Flandes*. Colonia: 1681.
- Ulloa, Alonso de. *Comentarios del S. Alonso de Ulloa*. Venecia: Domingo de Farris, 1569.

Los tercios embarcados: la guerra en el mar

- Albi de la Cuesta, Julio. *De Pavía a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Balkan, 1999.
- *Arcabuces, mosquetes y fusiles*. Madrid: Ollero y Ramos, 2013.
- Casado Soto, José Luis. *Los barcos españoles del siglo XVI y la Gran Armada de 1588*. Madrid: San Martín, 1988.
- Cerezo Martínez, Ricardo. «Recuerdo de una victoria (islas Terceras, 1582)». *Revista general de Marina*, n. 203. Madrid: Instituto de Historia y Cultura Naval, 1982.
- «La conquista de la isla Tercera (1583)». *Revista de historia naval*, n. 3. Madrid: Instituto de Historia y Cultura Naval, 1983.
- Claramunt Soto, Alex. *Farnesio. La ocasión perdida de los tercios*. Zaragoza: HRM, 2016.
- Giménez Martín, Juan. *Tercios de Flandes*. Madrid: Falcata Ibérica, 1999.
- Gómez Beltrán, Antonio Luis. *Islas Terceras. Batalla naval de San Miguel*. Málaga: Salamina, 2017.
- *La Invencible y su leyenda negra*. Málaga: Arín 2013, 2013.
- Gorrochategui Santos, Luis. *Contra Armada. La mayor catástrofe naval de la historia de Inglaterra*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2011.
- Lorente Liarte, Jesús y Teresa Andrés Baquedano. *Sangre en el Mediterráneo. Los tercios en defensa de Occidente*. Alicante: EAS, 2018.
- Martínez Laínez, Fernando. *La guerra del Turco*. Madrid: EDAF, 2010.
- Martínez Ruiz, Enrique. *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480–1700)*. Madrid: Actas, 2008.
- Pi Corrales, Magdalena de Pazzis. *Tercios del mar. Historia de la primera infantería de marina española*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2019.
- «La otra invencible» 1574. *España y las potencias nórdicas*. Madrid: San Martín, 1983.
- Quatrefages, René. *Los tercios*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1983.
- Riaño Lozano, Fernando. *Los medios navales de Alejandro Farnesio (1587–1588)*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1999.
- Rodríguez González, Agustín Ramón. *Lepanto, la batalla que salvó a Europa*. Madrid: Grafite, 2004.
- *Mitos desvelados. Drake y la «Invencible»*. Madrid: Sekotia, 2011.
- *Álvaro de Bazán. Capitán general del Mar Océano*. Madrid: EDAF, 2017.
- Samper, Marcos. *A galeras a remar*. Madrid: Guadarramistas, 2016.

LOS AUTORES

Andrés Romero Corpas

Brigada de infantería, diplomado en paracaidismo; operaciones especiales; y gestión de personal. Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

Bernardo Ramos Oliver

Coronel de infantería en la reserva, diplomado en carros de combate; paracaidismo; y operaciones especiales. Licenciado en Geografía e Historia por la UNED. Entre 2003 y 2017 desempeñó el puesto de analista de lecciones aprendidas en el MADOC. Autor de diversas publicaciones oficiales sobre esta materia para uso en las Fuerzas Armadas.

Fernando J. Mogaburo López

Suboficial mayor de caballería, diplomado en carros de combate; medios acorazados; inteligencia táctica, humana y de imágenes; identificación de materiales; y combate nocturno. Licenciado en Geografía e Historia por la UNED con premio extraordinario fin de carrera. Diversos cursos de formación del profesorado, incluyendo el de Aptitud pedagógica por la Universidad de Granada y el de Generación de material didáctico multimedia por la UNED. Autor de varios artículos sobre orgánica e historia militar en las revistas *Ejército* y *Memorial de caballería*. Coautor de *Málaga Penitente*. Administrador de la web <http://caballipedia.es>, dedicada a la historia militar de España. Premio Hernán Pérez del Pulgar 2018 por *Historia orgánica de las grandes unidades (1475–2018)*. Alumno de la Escuela Internacional de Doctorado, en la línea de investigación *La Monarquía Hispánica: el Ejército de los Austrias*.

Juan Silvela Miláns del Bosch

Coronel de caballería retirado, diplomado en carros de combate y paracaidismo. Curso de Técnicas pedagógicas en la Universidad de Valladolid; Información bibliotecaria por la Dirección General de Bellas Artes; Humanismo y milicia por la Universidad de Granada; Aptitud pedagógica por el Ministerio de Defensa; Comunicación creativa y liderazgo de IDEC; y Gestión de museos por la Universidad Complutense. Coautor de *La caballería en la guerra Civil*; *La caballería en la historia militar*; *Las órdenes militares de caballería*; y *Un eco de clarines*, 4º premio nacional del Ministerio de Educación y Ciencia. Colaborador en diferentes medios de comunicación y revistas militares.

Carlos J. Medina Ávila

Coronel de artillería en la reserva, diplomado en estado mayor, altos estudios de la Defensa nacional, alta gestión de recursos humanos y alta gestión logística por el CESEDEN. Diploma de estudios avanzados de doctorado en Ciencias Políticas; máster en Paz, seguridad y defensa por el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado; master en Protocolo y relaciones institucionales por la

Universidad de Granada; experto en Museología militar por la Complutense. Autor de *Organización y uniformes de la artillería española* (prólogo de S. M. el rey Juan Carlos); *Escenarios: historia de la artillería*; *La guerra Civil Española. Operaciones militares*; *Manual de simbología oficial*; *Guía de derecho premial militar*; *Manual de protocolo militar*; y *La institución militar: ceremonial, protocolo y símbolos*, con el que consiguió el Premio internacional de protocolo 2006. Coautor de *Al pie de los cañones*; *La guerra de la Independencia (1808–1814). El pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*; *Historia de la artillería de costa en España*; y de los tomos III al VI de la *Historia militar de España*, editada por la Real Academia de la Historia y la CEHISMI. Ha publicado numerosos artículos sobre la artillería, la uniformidad y el armamento. Premio Ejército 2005 de miniaturismo militar.

Miguel Mayoral Guiu

Teniente reservista voluntario. Licenciado en Geografía e Historia (sección Historia Contemporánea) y doctor en Historia por la Universidad de Salamanca con la tesis *Evacuación y acogida en Francia de los refugiados del frente norte durante la guerra Civil Española 1936–1937*. Autor de los libros *Historia del Regimiento de Especialidades de Ingenieros n. 11*; e *Historia de una comandancia. La Guardia Civil en Salamanca*; de diversos artículos sobre la guerra Civil Española y el régimen de Franco; y de trabajos de investigación como *Efemérides del arma* y *de la Academia de Artillería*, entre otros. Presta sus servicios en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca y colabora asiduamente en los medios <http://salamancartvaldía.es> y <http://www.noticiascyl.com>.

Víctor Javier Sánchez Tarradellas

Teniente coronel de artillería, diplomado en logística y paracaidismo. Licenciado en Psicología por la UNED; máster en Dirección de recursos humanos por la Fundación UNED y experto universitario en Metodología de la investigación y análisis prospectivo por la Universidad de Granada. Ha impartido numerosas conferencias y presentado diversas ponencias relacionadas con la historia de la logística militar. Es autor de varias publicaciones sobre este tema, entre las que destacan *Logística, arte sin gloria*, editada por el Ministerio de Defensa, y *La logística de los tercios*, publicada por HRM Ediciones. Coautor, con el periodista Fernando Martínez Laínez, del libro *El Camino Español y la logística en la época de los tercios*, editado por la Institución Fernando el Católico.

Javier Jordán Enamorado

Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Granada con la tesis *El tratamiento de la seguridad militar en las relaciones de España con los países del Magreb*. Profesor titular del Departamento de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad de Granada. Investigador invitado en el Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Oxford, Instituto Europeo de la London School of Economics, Instituto de Política Internacional y Departamento de Sociología del King's College of London, Leonard Davis Institute for International Relations de la Universidad Hebrea de Jerusalén e Instituto Español

de Estudios Estratégicos. Director del máster en Estudios estratégicos y seguridad internacional, así como de la *Revista de estudios en seguridad internacional* (RESI). Autor de *Seguridad y defensa hoy*; *La yihad terrorista*; *La gestión de la seguridad en el nuevo entorno estratégico*; y *Profetas del miedo*. Ha publicado numerosos artículos en *Studies in conflict and terrorism*; *Terrorism and political violence*; y en *Journal of strategic*, entre otras revistas científicas.

Hugo A. Cañete Carrasco

Licenciado en Derecho y en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Málaga. Máster en Dirección de Empresas por la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE). Director de Ediciones Salamina y profesor de estrategia empresarial. Miembro fundador del Grupo de Estudios de Historia Militar (GEHM) y del podcast *Histocast*. Autor de *Los tercios de Flandes en Alemania*; *La guerra de Frisia*; *Los tercios en el Mediterráneo*; *Los tercios en América*; y otros libros dedicados a la Segunda Guerra Mundial. Coautor de *El ejército de Alsacia*; y *Condottieri e battaglie della Napoli spagnola*. Ha publicado diversos artículos en la revista *Desperta Ferro* y traducido una treintena de obras de temática histórico-militar para editoriales especializadas. Colaborador externo del MADOC.

Javier Wagener Cuenca

Comandante de infantería, diplomado en paracaidismo; operaciones especiales; buceo elemental; guerra en selva (Brasil); y vigilancia y contravigilancia (Portugal). Estudiante del grado en Geografía e Historia por la UNED.